

A

ANATOMIA DEL CORAZON.



ANATOMIA DEL CORAZON,

NOVELA ORIGINAL

DE

DON TEODORO GUERRERO.

TERCERA EDICION.



MADRID: 1857.
IMPRENTA DE LUIS GARCIA, EDITOR.
Calle de San Bartolomé, núm. 4.

CARTA

que puede servir de prólogo.

Sr. D. Teodoro Guerrero.

Mi estimado amigo: V. quiere saber mi humilde juicio respecto á su novela *Anatomía del corazon*, que he leido con mucho placer, y en verdad que con solo decir esto último hago de ella un elogio; pues confieso á V. que he perdido gran parte de mi aficion á esta clase de obras, y muy particularmente á las modernas, de que nos inunda la nacion vecina, y de las que existen entre nosotros no pocos imitadores. ¿Por qué no he de ser franca con V.? He cobrado hastío á esos cuadros, mas ó menos recargados, pero siempre antipoéticos, de las miserias humanas y de los vicios de nuestra actual sociedad. Ni Víctor Hugo con todo el prestigio de su gran talento, ni Balzac con todo el ruido de su pasada boga, han logrado hacerme amena la pintura de las deformidades del hombre moral, ó interesarme en el trabajo inglorioso de desenvolver ruindades y miserias de entre el oro y la púrpura de eso que se llama *el gran mundo* en nuestros dias. Poeta antes que todo, yo amo *lo bello*, y aunque sepa por desgracia que

no siempre lo es *lo verdadero*, siento repugnancia invencible por esas *anatomías*, cuando solo se hacen para presentar *asquerosidades*. Imagine V., pues, si el título de su libro debió ser para mí *simpático* y *atrayente*, y comprenderá lo mucho que digo en su favor al asegurar que lo he leido *con gran satisfaccion*.

En efecto, V. no pertenece en manera alguna á esa escuela bastarda de los pintores de *lo feo*, y yo felicito á V. por ello cordialísimamente. *Lucía* es cien veces mas bella que desagradable la *Marquesa del Fresno*; pues aun en esta última nos presenta V. el sentimiento triunfante al cabo de la vanidad egoista, justificando así el dicho de un moralista, que define á la coqueta con estas palabras: «Es la mujer que no ha amado todavía.» *Eduardo de Campo-Real* no es tampoco odioso: la inconstancia, cómo ha dicho tambien otro filósofo, *es una desgracia y no un vicio*. Si en el *Conde de Tamajon* repugna tanto el alma como el cuerpo, V. ha cuidado de ponerle al lado la interesante figura del *General Medina*, y bien se puede decir que la mala impresion que produce aquel, queda agradablemente borrada por la que nos causa el noble y leal carácter del *héroe de la guerra civil*. No digo nada de otros personajes secundarios, muñecos de salon que V. pinta perfectamente, por mas que se escapen del escalpelo por su misma genuina insignificancia.

La novela de V. no es, por tanto, en manera alguna, del número de aquellas que dejan despues de leidas un sentimiento de disgusto, y aun pudiera decirse una sensacion de asco. (Páseme V. lo vulgar de la palabra.) No me ha sucedido ni una sola vez

con ella lo que con otros libros, muy ponderados por cierto, que he solido arrojar con ira, maldiciendo al ingenio que solo emplea los brillantes colores de su paleta en retratar mónstruos ó *bichos*. (Páseme V. tambien este sustantivo mal sonante.)

A veces me producen ciertos escritores aquella impresion de enojo, aun describiendo pasiones nobles que deberian conmoverme, pero que ellos *brutalizan* á fuerza de querer prestarles energía. Recuerdo, verbi gracia, algunas páginas de un autor ya citado, y cuyo talento soy la primera en reconocer, aunque no simpatizo con sus instintos literarios. Hablo de Victor Hugo, y se me viene involuntariamente á la memoria su manera de pintar el mas puro de los afectos, el amor maternal, en su célebre novela *Nuestra Señora de París*. Vea V. á la madre de *Esmeralda*, puesta en cuatro piés como una pantera, segun advierte el autor, espumando, *toute hérissée*, y tendrá que esclamar con Girardin: «¡Esa no es ni una mujer, ni una madre! ¡Es una bestia feroz! ¡*L'âme n'est plus*!» No es mas feliz en la pintura del amor paterno que nos hace en *Triboulet*, y que corre parejas con el que describe Balzac en *Goriot*: verdadera caricatura; degradacion repugnante del alto carácter de padre. Y, sin embargo, muchas novelas de esta índole han gozado y gozan todavía de gran reputacion, no faltando gentes que sostengan que pintan con verdad al corazon humano. Yo felicito á V. de nuevo, amigo mio, por haber tenido el buen gusto de no seguir semejante senda, rindiendo ese culto á *lo feo*, que tanto domina en la mayor parte de las novelas modernas. Las pasiones que juegan en la de V. no están desfiguradas ni en-

vilecidas: buenas ó malas, se presentan siempre verdaderas.

Añadiré á todo lo dicho, para satisfaccion de V., y en prueba de que en su *Anatomía del corazon* no salen las mujeres tan mal paradas como algunos suponen, que he oido á bocas muy lindas llamar á la obra de V. *bella é interesante*. V., además, se prepara ahora á una tercera edicion: ¿no es esta otra prueba concluyente de las simpatías que alcanza? Despues de todo eso, ¿qué puedo yo decir á V. que sea mas satisfactorio y decisivo?. Nada, en verdad, sino simplemente lo que manifesté al comienzo de esta carta: que he leido con mucho placer el lindo libro con que me ha obsequiado, que el miedo que me inspiró su título queda desvanecido; que deseo no sea esta la última produccion con que el talento de V. enriquezca á nuestra literatura, y que espero sea indulgente con el desaliño de esta larga carta, escrita de prisa, por no retardar á V. mas tiempo el conocer mi franca opinion, que se ha servido pedirme.

Siempre de V. muy amiga y paisana,

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

6

A...

«¿Ama de veras el hombre?» me preguntaste ayer en un momento de *crísis*.

En amor todo se hace *cuestion de gabinete*.

Ayer me sonreí; mi respuesta á aquella pregunta es este libro; no te quejarás: los dias que tarde en escribirlo, pensaré en tí, y esto halagará tu amor... propio.

¿Ama el hombre?—Madama de Stael opina que el amor es un episodio en la vida de los hombres y la historia entera de la vida de las mujeres; pero no debes dar entero crédito á Mad. de Stael, porque pertenecia á tu sexo: *no era leon el pintor*.

No te asuste el título de mi novela, creyendo encontrar en sus páginas, las fibras, ventrículos, mem-

branas, túnicas, etc. de que se compone el corazon; por mas que éste, segun los anatómicos, no sea mas que un robusto músculo que sirve de órgano principal del circuito de la sangre, en el cual consiste la vida, es tambien verdad que se le simboliza como centro moral de las pasiones. Mi anatomía no es física: mi escalpelo es la razon; así, mi novela no será un libro didáctico.

Si cuando leas la última línea, no quedas convencida, no me culpes: un libro sobre el amor es un libro mas. ¿Qué puedo yo decir en pró de una investigacion que ha trastornado el cerebro de cuantos pensaron y escribieron, sin despejar la incógnita?—El *nihil sub sole novum* es una gran verdad; ademas, *nihil dictum est, quod non sit jam dictum priús.*—Esto te lo copio en latin para quc no lo entiendas.

¿Qué es el amor?—Buscaré definiciones que ilustren tu razon.

El amor es ser dos y no ser mas que uno; un hombre y una mujer que se funden en un ángel: es el cielo.—*Victor Hugo.*

El amor no es mas que el cambio de dos caprichos y el contacto de dos epidermis.—*Champfort.*

El amor es el único bien que no se puede apreciar; el amor es el único mal para el que no se encuentra remedio; pintadlo como un monstruo peligroso; representadlo como un Dios bienhechor y lo encontrareis perfecto en uno y en otro retrato.—*De Bernis.*

El amor es un niño grande; la muger es su muñeca. —*Mad. Veillet.*

El amor es un encanto; gocemos de él sin procurar conocer y definir lo que nos divierte y seduce. Anatomizar el amor es querer curarnos de él.—*Ninon de Lenclos.*

El amor son las alas que Dios dá al hombre para que suba hasta él.—*[illegible]*

El amor es un contrato como el matrimonio.—*Jorje Sand.*

El amor es una gota celeste que el cielo derramó en el cáliz de la vida para corregir su amargura.—*Rochester.*

El amor es un no se qué, que se forma no sé cómo, y que nos encanta por no sé qué cosas.—*Du Boscg.*

El amor es . . . .—*Goldsmith, Platon, Balzac, Feijoó, La Rochefoucauld, Lessing, Larra, Rousseau, Byron, Ovidio, Montesquieu, Fenélon, Bossuet, Quevedo*, etc., etc.....

Ahora bien: despues de oir á esos sábios, filósofos y poetas, defíneme con exactitud el amor.

Por mi parte, voy á discurrir sobre todo lo que dijeron, deduciendo cual se acerca mas á la verdad.—Escucha:...

Creo que con mi lógica irresistible acabo de convencerte: ya sabes fijamente cual tiene razon.

Valgo menos que esos autores; pero ¿quién me quita el derecho de investigar, dando mi opinion?

¿La prensa no es un mar infinito donde pueden bogar todas las naves?—Pues allá va mi libro: ¡quiéra Dios que no naufrague antes de llegar á puerto!

. . . .

I.

¡Un héroe de la Guia de forasteros!

«Atendiendo á los heróicos servicios prestados en »la guerra civil por el brigadier D. Cárlos de Medina, »vengo en ascenderlo al empleo de mariscal de cam»po, etc.»

Este decreto apareció en la *Gaceta de Madrid* de un dia de no sé que mes del año 1839.

Toda España conocia el nombre de D. Cárlos de Medina: la prensa con sus cien sonoras trompetas lo habia proclamado diariamente en los siete años de guerra, y hasta los ciegos, con sus gritos, mas modestos, pero mas vocingleros, habian aturdido á los habitantes de Madrid, pregonando las *estraordinarias* que contaban los grandes servicios de Medi-

na: servicios que aquel dia recompensaba con una faja, la *Gaceta*, no siempre eco de la opinion pública.

La guerra civil habia terminado.

Poco tiempo despues de la fecha del decreto anterior llegó Medina á Madrid. Aunque un nuevo mundo le franqueaba sus puertas, no pisó la córte desvanecido con sus glorias y ganoso de placeres para él desconocidos; apenas habia abierto los ojos á la razon, su familia lo habia enviado al colegio militar; al ponerse la charretera, estallaba la guerra y corrió al campo de batalla, donde le llamaban sus instintos y aspiraciones.

Siete años le habian bastado para conquistar una fama colosal que ciñó su frente con legítimos laureles; el temple de su alma y su pericia le colocaron en primera línea, consiguiendo al cabo contar los dias de guerra por sus triunfos. La fortuna es un génio que eleva al que cubre con sus alas. Medina vió premiado su valor, y aunque la terminacion de la guerra era su sueño, como el de todo buen español, cerró sin embargo el camino de su ambicion.

Medina tenia treinta años.

Medina tenia una elevada estatura y una gallarda presencia.

Medina tenia unos ojos negros y rasgados, cuya mirada penetrante no era posible sostener: su mirada era la del águila: en sus pupilas estaban retratadas la altivez y la osadía; sus cejas pobladas se unian, dando á su fisonomía un ceño imponente, y

sin embargo, su fisonomía revelaba dulzura siempre que sus cejas no se arqueaban, efecto de alguna ráfaga que al cruzar por su imaginacion, era nuncio de una tempestad pronta á estallar; su voluntad era un rayo; no sabia dominarse: al suplicar mandaba.

Como la campaña lo habia alejado de la corte no comprendía que debiera nunca el hombre ocultar sus impresiones; para él siempre estaba el hombre á merced de los sentimientos; nunca los sentimientos á merced del hombre.

En la carrera militar, los individuos son como los guarismos, que valen segun el lugar que ocupan; la subordinacion forma una escala gradual indispensable, pero irritante. Medina que habia aprendido á obedecer, aprendió tambien á mandar: verdad es que esto se aprende pronto. Para *conocer* á cualquiera, fijaba los ojos en el distintivo de los hombros ó de las bocamangas del uniforme: debajo del uniforme hay solo una máquina que obedece al movimiento de un resorte: una máquina sin aparente instinto de conservacion, puesto que ni la vida le pertenece.

Y á pesar de eso, la milicia es una carrera gloriosa: en sus banderas están escritos nuestros fastos célebres: en sus pendones están grabados nuestros mas preciosos anales.

No comprendia Medina cómo los hombres podian vivir sin subordinarse domésticamente, sin reglamentar sus horas, sin depender cada cual de un su-

perior. Sabiendo que la mentira estaba penada por la ordenanza, al llegar á la córte no hubiera creido que los hombres pasan aquí como pasan las monedas falsas; galvanizándolas para darles un valor ficticio; no veia los antifaces que cubren los rostros en este carnaval perpétuo que llaman vida cortesana.

No le digais que un hombre vive de la usura, y que se presenta con la cara del filántropo, porque llevando en la mano izquierda el código, irá á arrancar con la derecha esa careta engañosa.

No le asegureis que una mujer que blasona de virtud envuelve su mercenaria hermosura con la riqueza de un desventurado que para saciar su necesidad despoja á su mismo padre, porque poniendo la mano sobre su corazon puro, gritará: ¡imposible!

No le querais convencer de que ese hombre que atropella con su carruaje á la humanidad vive de la infamia y del robo, que cubre con los nombres de especulacion y lucro, porque se cruzará en su camino y empuñará su noble espada, queriendo como D. Quijote *desfacer un entuerto*.

Nada le digais: Medina puso el pie en un mundo que no conoce, como el niño que descalzo se lanzara á cruzar un pedregal: ya aprenderá á precaverse; no le quiteis esas ilusiones que lo hacen feliz, pues cada una que se le arrancara, seria una leccion para lo porvenir. ¿No desagrada el que se nos refiera anticipadamente el argumento de una obra dramática? Para Medina, al entrar en ese gran teatro del mundo, todo debe ser inesperado: fuera injusto privarle del derecho

de sentir esas emociones violentas, esas peripecias de la vida, que forman un drama en cada historia: por mas insignificante que parezca un ser, es actor, y actor inimitable en escenas que nadie le ensaya, y que desempeña sin ajustarse á reglas del arte.

Para Medina, la vida habia sido una epopeya: entre los peligros y los arrebatos del entusiasmo habian transcurrido aquellos siete años que formaban su existencia entera: se habia remontado á la trajedia, que parecia ser la aspiracion de su alma, y juzgaba trivial la comedia y pobre el drama. ¡Qué error tan craso! En el teatro de la vida no hay para el hombre *género* que le corresponda: el primer actor de ayer es hoy último comparsa: el gracioso de hoy será mañana traidor de melodrama.

La humanidad trueca sus papeles con solo mudar de trajes.

La espontaneidad es el arte: el arte es la verdad: el estudio perfecciona, pero no crea.

Un pobre diablo se cree gigante como el héroe de Austerlitz, y buscando su *Santa Elena* vá á morir en un hospital de dementes.

Por el contrario, ¡ved á ese hombre oscuro, que no quiere gloria, que se asusta al leer su nombre impreso en una simple citacion del *Diario de avisos*! ¡presa de un vértigo espantoso, acaricia el crimen y levanta el puñal! ¡contemplad esa fisonomia en el terrible instante! ¡Los celos estraviaron su razon, y la razon estravia su mano, que en vez de buscar su propio corazon, vá á herir el de la mujer que adora! ¡Ese

hombre se eleva á la altura trájica! ¡Hé ahí á *Otelo!* ¡Hoy le censura justamente la destemplada voz del gacetillero, y acaso le glorifique mañana la robusta lira del poeta! ¡Cuánto hubiera dado Maiquez por ese momento de verdad!

Hay una distancia inmensa de la trajedia al sainete, y sin embargo, se representa en el mismo escenario y por los mismos actores, que al descalzarse el egregio coturno y soltar la malla, se calzan el botin andaluz ó se envuelven en la faja del chispero; todo es obra de un instante.

¿Pasa por ventura otra cosa en el mundo?

Buscad un hombre que represente la mision que esté llamado á cumplir. Para ello seria preciso (*libera nos Domine!*) que el socialismo consiguiera *igualar* á los hombres y que se estudiaran á sí mismos, sin rancias preocupaciones; pero el socialismo descansa en paz ó mejor diré que es un *nonato*.

Ahora noto que me voy separando de mi asunto: Los hombres son, fueron y serán siempre lo mismo, y yo nada adelanto con enseñar lo que saben todos. Mi mision en este caso iria mas allá de lo que prescribe el mandamiento de la Iglesia.

¿Y el general D. Cárlos de Medina? ¡Ah!...

Si vienes conmigo, lector, al Prado de Madrid, te diré lo que el caballo de copas de nuestras antiguas barajas: Ahí vá.

Con efecto, el general Medina, el héroe de la guerra civil, se pasea tranquilamente por el espacioso sa-

lon, confundiéndose con aquella turba que se codea y se empuja y se cierra el paso para cumplir con el precepto de *pasear*.

¡Qué ganas me asaltan de discurrir sobre ese ridículo *precepto*!

Tengo yo un amigo —¿quién no tiene amigos?— que hace muchos años me predica para quitarme el vicio que me domina de ir al Prado, siempre que el tiempo lo permite. En vano busco pretestos para disculpar mi necesidad, fundándola en que es una prescripcion hijiénica del médico, pues él, que dudando de todo duda de los médicos, me contesta que los animales no pasean y están sanos.

Ello es que me aburro en los paseos solitarios y que necesito para dar espansion al cuerpo, entretener los ojos en ese variado panorama que tiene como Atenas su *Pandemonium*: solo que en Madrid la fiesta es diaria.

Yo tengo mas cariño á la silla del Prado, que á la butaca del teatro; alguna vez me ocurre invadir con la mente el tiempo futuro, y me veo decrépito entre esa generacion que me viene empujando; si algo me desconsuela, es la idea de que entonces ya las mujeres serán para mí libros que no podrán leer mis ojos cansados: contra esta idea me sublevo, y acaso por esta razon, cada dia que voy al Prado abarco mas con el pensamiento aquel tumulto de mujeres, ávido de recobrar las ilusiones perdidas, ávido de encantos que huyen y que veo con el negro prisma de los treinta años.

¿A qué va la gente al Prado?—A que la vean.
La madre exhibe á sus hijas.
Las hijas, su cara.
El marido, á su mujer.
La mujer, las galas del marido.
Los calaveras, su amor vergonzante.
La juventud, su vejez prematura.
La vejez, su postiza juventud.
El tramposo, sus miserias.
El vicio, su apariencia de virtud.
Y la virtud, su triunfo—dudoso siempre para el mundo.

En esta exhibicion general, todos los géneros se confunden: el Prado es el mercado de amor. La mujer vale en lo que ella misma se tasa; al hombre por el contrario lo tasa el mundo.

¿Por qué voy al Prado?

¡Ah! Yo soy uno de tantos; allí está escrita la pobre historia de mi primera juventud; en cada pié de terreno encuentro una emocion, un recuerdo; allí, como todos, compré los desengaños á muy caro precio; allí está mi corazon, hollado por los pies de muchas mujeres; desde allí he creido subir al cielo; desde allí he creido bajar al infierno: la mujer es el ángel ó el demonio de nuestra existencia.

¡Yo deliro por las mujeres! Cuando me engañan, las perdono, porque tengo una idea fija que me preocupa en su favor; las mujeres son la imájen de mi madre; mi madre es para mí la imájen de una divinidad; deduciendo, me convenzo de que no pueden ser malas,

y si tengo que vengar alguna ofensa, vuelvo la vista hácia ellas y ellas vencen siempre.

Cuando sea viejo, es decir, cuando las mujeres me dejen, porque yo difícilmente sabré dejarlas, esclamaré con la zorra de la fábula: *¡Están verdes!* é iré al Prado á leer mi historia, á pedir á cada asiento una página, á cada árbol un capítulo.

Los árboles tambien habrán envejecido; pero ellos ¡ay! darán sombra, porque tienen su primavera anual. ¡Felices los árboles! ¡El hombre no tiene mas que una primavera!

Perdona, lector, me distraje con mi propia persona; oigo que me preguntas por el general Medina, y vuelvo á repetirte: Ahí vá.

Un hombre de bigote cano le acompaña, apoyándose en su brazo, van embebidos en su conversacion, sin reparar en la gente que los observa.

El anciano habia referido sus hechos gloriosos en Bailen.

Medina, en cambio, contaba su triunfo en Morella.

Para aquel el Prado era un libro insulso.

Para este, un libro cerrado.

Al pasar Medina, las gentes le miraban, hablándose al oido, decididamente su presencia causaba sensacion. ¿Tiene algo de estraño? Jóven, con una carrera brillante, con una figura distinguida y con el inmenso prestigio de su gloria, debia contar muchas envidias entre los hombres y muchas simpatías entre las mujeres.

Al poner el pié en el gran mundo, como dan en

llamarlo, el general no habia comprendido todas las ventajas de su posicion.

Para las madres, Medina era una gran presa.

Para las hijas, un gran partido.

Para las coquetas, un gran trofeo.

Y para los hombres, un gran enemigo.

Y á pesar de todas estas *grandezas*, Medina no habia aprovechado los treinta dias del mes para acreditarse de hombre sensible y apasionado. La crónica hacia mil comentarios, pues aunque menudeaban los tiros indirectos y las miradas espresivas, el general no daba motivo para que se cebase en él la murmuracion, que estaba en espectativa; su pecho cubierto sin duda con una bien templada malla, hacia inútiles los golpes del acero damasquino.

¡Qué! ¿no tiene Medina corazon? ¿cómo resiste á los encantos de las mujeres?

Enfrente de la fuente de las Cuatro Estaciones habia un grupo de jóvenes sentados, que sin cuidarse de sus vecinos, sostenian un diálogo vivísimo acerca de los que pasaban, sazonándolo con esos equívocos y chistes de mal tono, que de tiempo inmemorial forman el atractivo del paseo para esa porcion de mozalvetes que no están comprendidos en la ley de vagos porque viven de sus rentas, pero que no tienen otra ocupacion que ir á todas partes á proclamar sus propias y ajenas miserias, dando alimento contínuo á lo que bautizaron con el ridículo nombre de *crónica escandalosa*.

—¿Estás distraido, Leopoldo? dice uno; mira á la

derecha: aquella muchacha del sombrero verde te come con los ojos.

—Es tu Camila, esclama otro.

—¡Déjame en paz! contesta Leopoldo; ¡la persecucion de esa mujer es insolente!

—¿Quién es ese camafeo que la lleva del brazo?

—¿Quién ha de ser? su marido.

—¡Pobre hombre! te ha saludado con una sonrisa cariñosa.

—¡La predestinacion! dice Leopoldo con un tono insoportable de fatuidad.

Leopoldo Rivas apenas tiene veinte años: edad en que el alma sueña, edad en que la vida es una fuente inagotable de poesía; y sin embargo, escuchad á ese niño que apenas ha pisado los umbrales del mundo, y le oireis maldecir de todo y cebarse en desgarrar su propio corazon, que rebosa amar[illegible] [illegible]guras que no ha probado, desengaños que n[illegible]o ha sentido: reniega, porque aprendió de memoria l[illegible] la maldad, sin haberla estudiado; ha[illegible] hace gala de un escepticismo que no compr[illegible]ende; cree aparecer superior anticipándose á lo porvenir; pretende hacerse lugar, arrojando barro á los que le cierran el paso; es una fruta arrancada del árbol prematuramente y que maduró aporreándola.

El placer, ese nectar esquisito que brinda la copa del amor, ese nectar que el hombre en sus primeros años apura de un trago, que despues bebe y que por último paladea, era desconocido para Leopoldo: al llevar á los lábios la copa, la manchó con el cien-

de sus manos: el cristal empañado no deja ver la pureza del licor: así, el placer mundano vició su corazon, y no pudo distinguir las alas con que la mujer, ángel de la fantasía del hombre, refresca su abrasada imaginacion.

Para Leopoldo el amor era un pretesto, la mujer una necesidad.

Y sus fuerzas estaban enervadas; y sus dolencias, física y moral, le hacian prorrumpir en maldiciones contra la causa de su abatimiento, sin convencerse de que el hombre tiene sus épocas fijas, como el año sus estaciones marcadas, y que no se tuercen impunemente las leyes de la naturaleza.

Leopoldo perseguia á las mujeres, porque sus nombres, que abandonaba á la crónica, acrecian su fama. Desdichadamente, segun la estadística, las mujeres están de sobra: esto produce el mal, y de aquí el clamoreo contra ellas: una mujer mala perjudica á las demás: uno que grita vale por ciento que callan. La virtud es modesta, se esconde y no pregona sus merecimientos; el vicio se engalana y se deleita en cantar sus faltas.

—Julio ¿conoces á aquella muchacha que vá en la carretela verde-mar? pregunta uno de los jóvenes.

—Es Cecilia.

—La acompaña un aleman, dice Leopoldo; ya cambió de dueño.

—¡Ah! sí, esclama otro; no me estraña, porque estamos á principios de mes.

—Esplícanos ese enigma.

—Es muy fácil; Cecilia se ajusta por meses.

—Allí viene nuestro Mentor, grita uno; ya tenemos tela larga donde cortar, porque traerá noticias.

—Nos hacia falta el conde de Tamajon, dice Leopoldo.

—Parece un galápago asomando la cabeza por entre sus dos conchas.

—Le perdono su joroba, añade Leopoldo riéndose, porque tiene mucha gracia y es feroz con las mujeres: conoce bien á ese sexo que representa dignamente en la tierra á Satanás.

—¡Bienvenido! dicen todos, presentando las manos al recien llegado que tomó asiento entre ellos.

El conde de Tamajon habria cumplido veintiseis años; una protuberancia en su espalda, muy pronunciada, y otra no tan saliente en el pecho, ponian de relieve la exactitud de la comparacion con el galápago: ¡este chiste sangriento habia salido de la boca de uno de sus mejores amigos! El conde era rico, tenia un título, y siempre se le veia con el sarcasmo en los lábios, que provocaba la risa de cuantos le rodeaban. Las desdichas ajenas eran para él un objeto de mofa, y se gozaba en nublar la felicidad del prójimo, porque pensaba que todos los hombres viven unos á merced de otros.

El conde era el oráculo de aquella juventud licenciosa y sin creencias.

Su risa era el sello de la dicha que para el mundo disfrutaba; su risa aparecia como un mero pasatiempo: en la dulzura de su fisonomía habia sin embargo

alguna contraccion ligera que no podia reprimir, pero que sus amigos no sorprendian, como no sorprende el que no es marino en un cielo cubierto de argentados rayos, la negra nubecilla precursora de la tempestad; —su risa era un merengue lleno de acibar.

El diálogo siguió muy animado.

Los que paseaban tranquilamente no podian adivinar que allí, á dos pasos, algunas lenguas viperinas sacaban á la vergüenza sus misterios, y que la calumnia tambien clavaba su infame y despiadada garra en honras invulnerables.

El conde y sus amigos reian en coro.

—Mira, dice Leopoldo, allí viene el héroe del dia.

—Sí: el general Medina que vá estudiando el modo de aparecer interesante.

Al nombre de Medina se contrajo la fisonomía del conde; pero su risa corrió en seguida en su ayuda.

—¡Já, já, já!

—¿De qué te ries, preguntaron todos?

—Es curioso, contestó el conde, una anecdotilla de salon.

—¡Que la cuente! gritaron los amigos del jorobado, estrechando el círculo.

—Ya sabeis que ese hijo de la fortuna vino aquí como llovido del cielo, y que las mujeres prepararon sus baterias.

—¡Como que tiene una faja! esclamó Leopoldo.

—Pues bien, prosiguió el conde: hasta ahora ha permanecido insensible á los encantos de nuestras sirenas; aseguran que no hay medio de conmoverlo.

—¡Qué estúpido! dijo uno.

—Los militares, añadió Leopoldo, no conocen la táctica del amor: solo vencen en las guerrillas con sus prosáicas patronas.

—Dicen las damas, continuó el conde, que ese soldado invencible con los hombres, no sabe hacer frente á la mujer mas tímida; pero el caso es que se ha puesto en evidencia, y que por esta razon ellas se lo disputan: la curiosidad es el móvil de la mujer.

—Continúa.

—¿Todos conoceis á la marquesa del Fresno?

—¡Oh! esclamaron unos.

—¡Ah! dijeron otros.

Y el jorobado prosiguió:

—Anoche en casa de la marquesa se hablaba de la ferocidad de ese *ogro*, y ella se comprometió á rendir la inespugnable fortaleza, mediando una apuesta con la esposa del baron de Torre-Nueva, de ese veterano que ahora pasea con él.

—La marquesa vencerá, dijo uno; es irresistible.

El conde de Tamajon miró de reojo al que hablaba: al fijar este los ojos en el jorobado, no vió mas que la eterna risa en sus lábios.

—El general es una gran conquista para la marquesa, dijo Leopoldo: ha rendido ya á todas las notabilidades contemporáneas.

—Es una coqueta consumada.

—Y ¿de qué medio se vale para preparar la liza? Preguntó uno.

—Esta noche, contestó el conde, lo presenta en su casa la misma baronesa de Torre-Nueva.

—¡Pobre Eduardo de Campo-Real! esclamó uno.

—¡Y pobre general! añadió Leopoldo.

—No faltaré al palenque.

—Ni yo, dijeron todos á la vez.

La noche tendia su negro manto, como dicen los poetas, y los jóvenes abandonaron el Prado.

Al salir Medina del salon, su acompañante, el baron de Torre-Nueva, se quitó el sombrero para saludar á una señora que inclinó el cuerpo fuera de su carretela, haciendo un saludo graciosísimo.

—¿No conoce V. á esa dama, general?

—No.

—Es la marquesa del Fresno, á cuya casa va V. esta noche con mi esposa; es una mujer encantadora.

Medina se encogió de hombros, y ambos siguieron su retirada por la calle de Alcalá, siempre ocupados en recordar la guerra de la Independencia y la guerra civil, que ensalzaban los dos, porque simbolizaban esas dos grandes páginas militares de la historia de España en el siglo actual.

II.

El gabinete azul.

El gabinete azul de la casa era el aposento favorito de la marquesa del Fresno; los *dandys* cortesanos, en su lenguaje poco castizo, decian que era imposible casar con mas tino el buen gusto y el *confort*.—¿A qué me cansaria en describir ni el lujo de los muebles, ni la riqueza de los adornos? ¿quién no ha visto el gabinete de una coqueta del gran mundo?

Las paredes estaban forradas de seda azul; azul era la sillería; azul las colgaduras;—la marquesa era blanca y rubia.

El gabinete azul era el templo de Vénus; allí se reunian los amigos de confianza que eran muchos: satélites de un astro, giraban obedientes á su alrededor, rindiendo parias á la que todos llamaban

reina de los salones, á la que acataban todos como diosa del amor.

Dos magníficos candelabros de bronce, con diez velas de esperma, iluminaban la estancia.

En un divan frente á la chimenea, estaba reclinada la marquesa; sus ojos no seguian los cambiantes de la llama, que forma ese espectáculo tan variado y encantador con que suele abstraerse la imajinacion horas enteras.

El filósofo encuentra en lo interior de la chimenea retratada nuestra deleznable vida: la llama consume el tronco: el hombre la violenta con el fuelle, y la ceniza le trae aquel *memento homo!*...

Hé aqui la historia del amor: se unen dos troncos secos, se les aplica el combustible y se encienden; la llama los confunde, se prestan mútuo calor, enrojecen, y mientras mas se aviva el fuego, mas pronto se apaga: la misma llama que los une, los separa: el resto de los troncos cae, necesitando otro fuego que los reduzca á cenizas.

¡Todo es fugaz! ¡*Sic transit gloria mundi*!.

En la mente de la marquesa no vagaba ahora ese fatal *memento*: su vista seguia, acaso maquinalmente, las oscilaciones del péndulo de un reló colocado encima del mármol de la chimenea.

La campana vibró nueve veces, y la marquesa contó en voz alta la hora.

Su postura, aunque indolente, era estudiada: no queria descomponer su esquisita *toilette*.

El espejo robó al reló una mirada y una sonrisa

á la marquesa, que acarició sus rizos de oro, tan largos, que caían sobre su pecho de nieve: como ya dije que la marquesa era blanca y rubia, no se estrañará la comparacion: sé muy bien que unos rizos *de oro* serian de un valor inestimable en este siglo positivista; pero los rizos de la marquesa tenian un valor real, porque eran una red donde se prendian las almas; la nieve del pecho es otra cosa: puede admitirse mejor la calificacion porque aquella piel blanquísima y trasparente, que dejaba adivinar en las azuladas venas la circulacion de la sangre, parecia destinada á derretirse al fuego de las miradas; pero no, hay que fiarse de apariencias: pieles semejantes cubren muchas veces, ó un corazon curtido ó un corazon de hierro.

Los minutos pasaban lentamente para la marquesa: la imaginacion alarga ó acorta la carrera del tiempo, por mas que sea invariable.

El espejo compensaba algun tanto el tormento de su impaciencia.

El reló y el espejo son los únicos libros que consulta la mujer del gran mundo, y los que menos la enseñan: contemplando aquél, no aprende á estimar el tiempo; contemplándose en éste, no aprende á estimarse en lo que vale.

La marquesa tenia unos magníficos ojos negros, cualidad no comun en las rubias: habia en ellos cierta languidez voluptuosa que hablaba á los sentidos y al alma: sus ojos poseian esa mirada indefinible que forma un contraste entre el mate de la cornea y el

brillo de la pupila, presentando esa especie de humedad que revela un tesoro inagotable de deleites. Sus pestañas eran largas y sedosas.

Como si sus ojos no hubieran sido bastante para realizar en ella el tipo de la tentacion, la naturaleza se habia esmerado en formar una criatura perfecta. Su nariz aguileña resistia al exámen mas minucioso.

Su boca pequeña era incitante; al entreabrir sus delgados lábios, enseñaba dos hileras de dientes, que no diré que eran de marfil, porque podrian creerlos manufactura de Rotondo.

Unas formas redondas, un pié de medio pié, una cintura fabulosa y unas torneadas manos completaban el retrato de esta mujer; adviértase que no exajero; copio, y con tanta mas verdad, porque no me gustan las rubias—salvo alguna escepcion que no es del caso.

La cabeza de la marquesa del Fresno era la desesperacion de los pintores. Madrazo, ese pintor-poeta de nuestros dias, á quien tanto deben las damas, trasladando al lienzo las facciones de la marquesa, no hubiera tenido que acudir á su rica fantasía para, conservando la verdad, realzar gratuitamente al original: pues bien, la marquesa era el bello ideal de una cabeza de Madrazo.

¿No la adorarías, lector?—Pues eso aconteció á cuantos desventurados se encontraban en su camino; ¡pobre de tí, si la hubieras conocido el año de 1839! tu nombre hubiera enriquecido el catálogo de sus vu-

merosas víctimas; hubieras visto en ella la sonrisa mas seductora; el agrado mas exquisito, la conversacion mas amena; te hubiera dado un caudal de esperanzas y se hubiera gozado en tu dolor y en tus arrebatos: mientras mas públicos eran estos, mas alicientes añadian á su reputacion!

Sus atractivos eran irresistibles: su fisonomía se amoldaba á la escena que debia representar; si queria aturdir, era la sirena que arrastraba con su canto; si queria tocar las fibras de tu corazon, su rostro robaba el secreto de Murillo para aparecer como una castísima vírgen; si queria atormentarte con el desden, tomaba la actitud de una heroina, sin perder su dignidad: era una mujer distinta cada hora, cada minuto; era imposible combatir con ella; los hombres la temian, pero la adoraban; la fascinacion era completa.

La crónica que nada respeta, habia tenido que respetar su virtud, porque su rigidez habia puesto una barrera entre ella y sus víctimas: ¡leyes de la sociedad que tan en contradiccion están con las de la naturaleza! La mujer cree conservar su virtud cuando no dá el último paso, como si al dar el primero no se separase ya de la línea recta. Es mas disculpable á veces la que empieza por el último.

¡Virtud! ¿quién es capaz de definir esta palabra?— La mujer casada os dirá que es virtuosa, porque no se ha rendido á un amante que vive en su corazon, despues de haberle escuchado, despues de entregarle su mano calenturienta, despues de confesarle su pasion criminal.—Al fijar la primera mirada de amor

en otro hombre, pierde el marido todo el terreno: el corazon de su mujer ya no le pertenece: su mujer es un cadáver moral que no responde á su sentimiento: el pájaro vuela á posarse en otro nido, y sólo queda al marido la jaula vacía.

¡Y esto es la virtud! ¡Hé ahí á la marquesa! no se conmueve; pero como los hombres halagan su vanidad, los subyuga y se goza en atormentarlos; su virtud, ó era cuestion de temperamento, como dice Balzac, ó era un mal instinto como puede decir cualquiera. Si solo esta lucha quilata el mundo, reniego de la virtud tan mal entendida, porque traspasa los límites de la naturaleza, no satisfaciendo los sagrados deberes de la conciencia.

La marquesa era el tipo de la elegancia: si al despertar una mañana le ocurria alguna escentricidad en su trage, la *fashion* lo adoptaba, respetando á su deidad.

En una palabra, la marquesa era una mujer de moda.

Era una coqueta consumada.

Era un precioso vaso de china, pero al parecer, sin esencia dentro.

No habia pasado mas tiempo que el que he tardado en estas digresiones, que no me parecen del todo inútiles, cuando la colgadura de la puerta del gabinete azul se levantó, dando paso á un hombre.

La marquesa no cambió de postura, contentándose con estender la mano derecha al que habia entrado.

Si esperaba, no era este seguramente el objeto de su impaciencia.

—Adios, Alba.

—Adios, Celia.

Y aquél se dejó caer en una butaca, cerca de la chimenea, dando muestras de disfrutar confianza en la casa.

La marquesa tiró del cordon de la campanilla, que estaba al alcance de su brazo, y un instante despues entró un criado á servir el té, manifestando ser costumbre cotidiana, por cuanto no habia esperado la órden.

III.

El amigo íntimo.

Don Mariano de Alba, que frisaba en los cuarenta años, era un hombre de una figura regular.

Alba era el amigo de la marquesa, el único amigo que visitaba su casa: todos los demás que á ella concurrian, eran ó sus amantes ó sus admiradores.

Creo no haber dicho todavía que la marquesa tenia veinte y cuatro años y que era viuda. A los diez y ocho, su familia la habia casado con el marqués del Fresno, llevada de la fortuna y del rango de este, á pesar de que casi le triplicaba la edad; ella no le amó, ni tuvo tiempo para hacerlo feliz, porque al año de matrimonio murió, dejándola heredera de sus cuantiosos bienes.

Alba habia sido amigo íntimo del marqués; despues de su muerte siguió visitando diariamente la casa, sin ver en la viuda de su amigo mas que á su amigo mismo; la marquesa habia estrañado al principio su insensibilidad; pero al cabo se acostumbró á la compañía de este hombre original, y no sabia pasar sin verle.

Alba tomaba el té todas las noches con la marquesa: habia llegado á ser su confidente y leia en su alma: Alba era callado como un sepulcro, y la marquesa lo sabia demasiado.—Hé aquí por qué la llamaba familiarmente *Celia* (su nombre de pila) y no *marquesa*, como todo el mundo.

—¿Qué tal me encuentra V. esta noche? preguntó ella, queriendo disculpar una mirada que fijó en el espejo, sorprendiéndola Alba *in fraganti*.

—Como siempre.

Esta respuesta dudosa arrancó una sonrisa á la marquesa; el tono de Alba no encerraba una galantería.

—¿Cómo siempre?.... ¿Quiere V. decirme, señor filósofo, por qué no he de oir de su boca la menor lisonja? ¿no sabe V. que esta es para la mujer lo que el rocío para la flor?

—Esa es mi filosofía, Celia: no me gusta emplear el tiempo en fruslerías y menos en provecho de nadie.

—¡Qué egoismo!

—Tengo la franqueza de confesarlo: vivo á mi manera, y creo que no lo he desmentido en los años que nos hemos tratado.

—Seguramente; no agradezco á mi único amigo mas que una franqueza que otra no perdonaria.

—Ya: ¿hay alguna mujer á quien yo visite, á quien consagre una hora siquiera?

—¿Es posible que viva V. contento, encerrado en sí mismo como el caracol en su concha?

—Soy así feliz; tambien tuve una juventud y me dejé arrastrar por los devaneos; pero aprendí que el hombre pierde el tiempo en correr tras las ilusiones que huyen, como aves de paso; en soñar una dicha, que no es mas que un sueño; en buscar un amor, que no es mas que una fantasmagoría de la imaginacion; en perseguir mujeres, que hacen con nuestro corazon un juego de cubiletes.

—Nos trata V. sin piedad. ¿Y las pasiones?

—¡Oh! las encerré debajo de un candado.

—¿Pero guarda V. la llave? preguntó la marquesa riéndose.

—No: la arrojé por la ventana. Desengáñese V., Celia, y no se ofenda de mi confesion: la mujer no es digna del menor sacrificio, porque no sabe agradecer. Yo cómo tranquilamente; duermo sin que el nombre de la mujer tenga el derecho de espantarme el sueño; salgo cuando se me antoja, y hago, en una palabra, lo que quiero yo y no lo que quieren ellas; en un salon, lo que mas me cautiva es una butaca: soy oriental; y sin atormentarme por nada, tomando los sucesos prósperos ó adversos sin que me alteren, paso la vida como un sibarita.

—¿No tiene V. ambicion?

—No la conozco: la pintan como una pasion grande, pero es costosa, y si conseguir algo me proporciona la menor incomodidad, renuncio á ello.

—¡Parece broma!

—Pues no lo es; veo la política y el poder y el rango social como tres mentiras deslumbradoras, como tres esqueletos cubiertos con mantos de púrpura; vivo de la verdad; pero si la verdad me costara molestarme, tambien me amoldaria á vivir de la mentira.

—¿No tiene V. amigos?

—Doy la mano á los hombres que encuentro en mi camino; pero no los busco, porque no son para mí una necesidad. Cuando un amigo es mas que otro, lo domina; cuando es menos, no puede esplotarlo; los amigos en el mundo son como los naipes que sirven para ganar con ellos: el que juega de buena fé pierde siempre.

—¡Gracias, Alba!

—Repito que soy franco, Celia; el marqués y yo simpatizábamos, porque éramos de opuesto carácter; sigo viniendo á esta casa; pero si alguna vez sintiese la menor inclinacion hácia V. no volveria mas.

—Abusa V. del lazo que nos une intimamente, y que ya no sé cómo llamar.

—Llámelo V. *costumbre*; me agrada ocupar esta butaca que tiene buenos muelles y tomar este té lejítimo de la China; me distrae oir á V. cuando me cuenta esa vida incomprensible que arrastra, porque á lo menos veo á una mujer sin careta: ventaja que no disfrutan esos fátuos insoportables que siempre re-

dean á V. y de los cuales huyo como de los moscones, cuyo zumbido me roba el sueño.

—¿Encuentra V. goces en la soledad?

—La soledad es mi centro: el hombre que piensa, nunca está solo, y yo procuro desterrar hasta mi pensamiento porque toda ocupacion me incomoda: los recuerdos son un tormento y en la soledad vienen á hacernos compañía. Quiero vivir solo, sin que nada ni nadie me saque de esta inercia moral, que es mi delicia.

—Somos opuestos en todo, Alba; me encanta el bullicio y me deslumbra el mundo, por mas que esté convencida de que la verdad es una palabra que está en el diccionario, pero no en los labios de los hombres; sin embargo, me gusta la mentira ó me conformo con ella, porque me proporciona horas de solaz.

—Perderá V. en ese juego, Celia, porque los hombres son exigentes.

—Se precia V. de conocer á los hombres y no sabe que son siempre niños, pues se contentan con poca cosa; para dominarlos se les da una esperanza con que sueñan; para engañarlos se les da un juguete con que se entretienen.

—Y ¿qué va V. ganando?

—La vanidad, amigo mio, es mi flaqueza; me desvanecen las lisonjas, y entre mis admiradores y yo se forma una atmósfera que me embriaga; nada pierdo, porque ningun hombre me interesa; mas ó menos feos, todos son iguales; todos tienen las mismas aspi-

raciones; todos llevan un mismo objeto. Ven que brillo y quieren engalanarse con la distincion que les dispenso: soy para ellos lo que una venera codiciada, que se luce con orgullo.

Alba se habia arrellanado en la butaca y escuchaba impasible.

—Los hombres, continuó la marquesa, juegan de mala fé para ganar siempre; por eso escondo mis cartas y hago trampas. Ellos me presentan una medalla por el anverso y se las devuelvo por el reverso; asi, nada nos debemos.

—Ya vé V. que mi filosofía escéptica no va descaminada, dijo Alba sonriéndose.

—Es V. exagerado.

—No: paga V. mentiras con mentiras, y yo, verdades con verdades; es igual el sistema.

—No crea V. que no siento en el corazon una necesidad: mi corazon busca algo: un soplo que lo despierte, porpue está dormido, no muerto; pero vive subyugado á mi cabeza, y esta le manda que descanse porque no hay un hombre de alma vírgen, que me ofrezca palabras nuevas, nuevos pensamientos, nuevas sensaciones: un alma que combata entera.

—¡Ay Celia! se está V. ahora engañando á sí misma: ¿quién ignora que la flor que pása de mano en mano se deshoja y muere?

—Los dedos no me manchan; conservo mi pureza.

—¡Vana disculpa! La moneda, con ser de metal, se gasta al contacto de los dedos. La virtud consiste en no empañar ni el aliento que se envenena al

confundirlo con el hálito de la serpiente; la pureza del pensamiento es la virginidad del alma.

—¡Hola, señor filósofo escéptico! ¿Tambien tiene V. sus creencias y sus momentos de legítimo entusiasmo?

Alba se encontró sorprendido por un enemigo hábil, y despues de un momento, dijo:

—Es verdad; algunas veces me estravío; pero tiene V. la culpa porque me obliga á sostener la improba tarea de pensar.

—¡Me deleita oir á V. cuando discurre!

—Pues no pienso proporcionar á V. muchas veces ese placer.

—Al fin, amigo Alba, saldrá V. de su marasmo: esa inercia de que V. blasona, no es mas que un letargo como el mio: solo que V. duerme postrado, y yo me agito en el sonambulismo. ¿No es cierto?

El amigo íntimo de la marquesa se recostó mas en la butaca y no contestó.

—¿Se obstina V. en callar? dijo ella.

—Me obstino en no hablar.

—Pues escúcheme V. y acabaré de abrirle mi corazon. Es verdad que llevo detras de mí ese sinnúmero de satélites que forman, como V. dice, mi *Estado mayor*; pero tambien es verdad que ninguno logró conmoverme ni robarme el sueño: el fuego del amor no ha prendido todavía en mi corazon incombustible: pasé por la llama, como la salamandra, saliendo ilesa. He estudiado á algunos de esos hombres, sin encontrar un alma superior.....

Por los lábios de Alba vagó una palabra, y la marquesa le salió al encuentro, esclamando:

—¡Ya comprendo! ¿Persiste V. en creer que he amado y que amo todavía á Eduardo de Campo-Real?

Alba por toda respuesta se sonrió.

—¡Es V. terrible, amigo mio! Hubo, en efecto, un tiempo en que sospeché que Campo-Real fijaba mi volubilidad; yo tenia una idea elevada de los poetas, porque deliro por los versos: Campo-Real es poeta; me dijo frases que me parecieron nuevas, y que despues ví estereotipadas en todos los volúmenes de nuestros líricos; creyendo que llegaria á amarle, le distinguí, pero el ídolo cayó del altar, porque era del mismo barro que los demas. Los poetas no son mas que hombres que engañan mejor: es cuestion de palabras. Cuando me convencí de que el poeta era un ser que comia y roncaba, y que solo valia algo al acordarse que tenia en la frente un surtido de frases huecas que acomodaba segun las circunstancias, Campo-Real perdió el prestigio.

—¡Cuánto gozo escuchando á V., Celia! esclamó Alba rompiendo el silencio en que se habia encerrado.

—Ya vé V. que no me gana en franqueza.

—¡Y dicen que el poeta es un ave, cuyo canto melodioso fascina!

—El poeta, dijo la marquesa con desden, es un grajo con el canto de un ruiseñor: hay que oirle cantar, sin verlo. El amor no se alimenta solo del oido, pues tambien los ojos.....

—Lo mismo pasa entonces con el amor que con los

manjares, añadió Alba interrumpiéndola; lo que no entra por la vista.....

—No vulgarice V. la cuestion, dijo ella.

—Como V. guste.

—Dejando, pues, á *mi favorito*, nombre con que conocen en el mundo á Eduardo de Campo-Real, diré á V. que espero esta noche á un nuevo amigo.

—¿Amigo? preguntó Alba sonriéndose.

—Hasta ahora no puedo darle otro nombre; la crónica ha hablado mucho de ese soldado que habiendo rendido tanto culto á Belona, se niega ahora absolutamente á consagrarlo á Vénus; pero si he de hablar mitológicamente, añadió riéndose, diré á V. que cuento con el rapaz Cupido.

—¡Pobre general! esclamó Alba.

—Esta conquista me interesa, amigo mio: ¿creerá usted que acerca de él hice anoche una apuesta con la baronesa de Torre-Nueva?

—Lo sé; á pesar del retiro en que vivo, llegó esta mañana á mi noticia que se habia V. comprometido á avasallar á ese invencible soldado.

—¿Quién ha podido revelar esa apuesta? preguntó la marquesa agitada.

—¿Quién? La baronesa.

—¡Le encargué la mayor reserva!

—Por eso mismo.

—¡La baronesa es mi mejor amiga!

—Razon mas para que no calle.

—¡Oh! ¡Me vengaré de ella!

—¿De qué modo, Celia?

—Obligaré al conde de Tamajon á que le haga la corte sin descanso; el conde es atrevido y esto ajará su amor propio; ademas ella vé ya asomar los crepúsculos ponientes de su belleza, muy dudosa: ¿no es verdad?

—Nunca reparo en la cara de las mujeres.

—¡Es V. insoportable! esclamó ella dejándose llevar de su mal humor reprimido.

El filósofo se rió con fuerza.

Dieron las diez en aquel reló que habia abstraido a la marquesa antes de llegar Alba, y que en la hora siguiente habia consultado sesenta veces, sin cortar por eso el hilo de la conversacicon.

Se oyó el ruido de algunos pasos en la sala adonde daba el gabinete azul, y D. Mariano de Alba se puso en pié, encendió un cigarro, estrechó la mano de su amiga, y dijo con una sonrisa afectuosa, muy estraña en su fisonomía.

—La reina espera á su corte; el incienso lastima los ojos al salvaje, que necesita del aire puro; así goce V., amiga mia, que el dulce sueño me reclama.

—Adios, Alba: hasta mañana.

Apenas salió del gabinete azul el amigo íntimo, entraron varias personas y se dirigieron á saludar á la marquesa, disputándose la preferencia.

Ella habia tenido tiempo para fijar en el espejo su última mirada.

IV.

El enemigo íntimo.

El conde de Tamajon entró despues que sus amigos en el gabinete azul.

Al estrechar la mano de la marquesa, encontró en su rostro una afable sonrisa.

La sonrisa de la marquesa tuvo su justa correspondencia en la risa del conde. Sin embargo de la aparente calma de sus fisonomías, aquella risa y aquella sonrisa encerraban un secreto : la marquesa y el conde parecian estar unidos por un lazo misterioso que los obligaba á buscarse perpétuamente.

La sonrisa de la coqueta declaraba afecto, encubriendo el miedo y el desprecio.

La risa del jorobado encubria, bajo el velo del cariño, el odio reconcentrado. Aquel apreton de manos espresivo era una nota diplomática; la risa de ambos sostenia una lucha á muerte.

Cuatro individuos habian entrado en el gabinete azul, ademas del conde.

Era el primero Leopoldo Rivas, á quien ya conocemos.

El segundo, un bolsista que habia conseguido en su fortuna un *alza* fabulosa jugando á la *baja*; era hombre muy diestro: ¿quién no gana al juego barajando los naipes *con inteligencia?*

El tercero, el marqués del Espino, *sportman* sin rival, muy instruido en el manejo de las armas y de las cartas, y con una gracia especialísima para murmurar de los hombres y desacreditar á las mujeres; segun su propia confesion, nadie empleaba mejor que él el tiempo; sabia de todo: lo único que ignoraba era el idioma castellano.

Y el cuarto, un caballerete de provincia, apellidado Perez, hidalgo rico, que se distinguia por callar: en silencio gastaba sus rentas, en silencio escuchaba siempre, sin ocurrírsele nada; en silencio, por último, amaba á la marquesa, sin que otra cosa que sus furtivas miradas declarasen la pasion que escondia en su pecho.

Los admiradores de la marquesa eran víctimas de esta; Perez era la víctima de aquellos. A las repetidas chanzas del jorobado, Perez contestaba con el silencio.

El gabinete azul era el centro de las notabilidades de la época; allí se confundian las tres aristocracias, dándose la mano, en una fusion verdadera, el dinero, el talento y la sangre. Ninguno era superior para la

reina de aquella corte, pues habia sabido establecer la perfecta igualdad; aunque dando á entender á cada uno que era el preferido: esta es la ciencia de la coquetería.

El mismo Perez alimentaba esa esperanza: algunas miradas espresivas de la marquesa lo habian desconcertado, dándole la conviccion de que lo distinguia; Perez se consideraba dichoso desde que oyera á su ídolo que el silencio era sublime.

Si algun hombre se colocaba en primera línea por algun hecho notable, si el mundo fijaba en él la vista, si su nombre corria de boca en boca, aquel ser pertenecia á la coqueta: la reina de los salones subyugaba á la notabilidad y la diosa del amor lo uncía á su carro.

Tamajon, despues de saludar á sus amigos, se dejó caer en una butaca, escondiendo la cabeza entre los hombros.

Un momento despues entraron varias personas y la conversacion se hizo general; todos los ojos estaban fijos en la marquesa, y todos los oidos pendientes de los labios del conde de Tamajon.

—Está V. esta noche encantadora, dijo este.

—¡Encantadora! repitieron todos, menos Perez, que se contentó con mirarla fijamente.

—Hé aquí, continuó el conde, un puñado de hombres vueltos hácia V. como girasoles al astro del dia.

La marquesa se sonrió.

—Me hace V. el efecto de un espejo ustorio.

El marqués del Espino, que sabia de todo, hizo un

gesto; repitió entre dientes la palabra para buscarla despues en el Diccionario, y esclamó en voz muy alta:

—Es verdad: la comparacion es exactísima.

—¿Espejo ustorio? preguntó la marquesa.

—Sí: creo ver en todos nosotros los rayos que converjen en un mismo orígen: el rostro de V. es el punto converjente; ¿no es cierto, amigo Perez?

—Sí; contestó este maquinalmente.

—¿Tiene V. influencias en su provincia?

—Sí, repitió el hidalgo con trabajo.

—¿No ha pensado V. nunca en ser diputado? preguntó el conde con su sardónica risa.

—No, respondió Perez desconcertado.

—¡Es lástima! seria V. un gran representante sordo-mudo; un *si* ó un *no* salvan muchas veces al pais.

Todos, hasta la reina de los salones, celebraron la ocurrencia; Perez se encerró en aquel silencio calificado de sublime.

Levantóse la colgadura de la puerta y un jóven llegó á presentar la mano á la marquesa, haciendo despues un saludo general.

—Adios, poeta, dijo el conde, estrechándole la mano al paso. ¡Bien venido sea al templo del amor el favorito de la diosa!

La marquesa volvió la cara para que no viesen que subia la sangre á sus mejillas.

El recien llegado dijo sentándose:

—Eres terrible, amigo mio; nada respetas.

—El favorito de las musas, añadió el conde, bien

merece serlo tambien de la sacerdotisa del amor, de la deidad de la hermosura.

En aquel momento estaba pintado en el rostro de todos el mal humor: la satisfaccion del jorobado era grande.

Eduardo de Campo-Real, el amigo mas allegado de Tamajon, comprendió que perderia terreno provocándole á la lucha y dirigióse á la marquesa para decirla:

—Echo de menos esta noche á uno de los adornos de la reunion. ¿Y Lucía?

La pregunta era un dardo y se clavó en el amor propio de la coqueta; pero esta, haciéndose superior, contestó:

—Mi sobrina está algo indispuesta: su salud es muy delicada.

—Hágala V. presente mi recuerdo.

—Gracias, contestó secamente la marquesa.

El pecho del conde se agitó; pero su fisonomía era inalterable. En aquel instante hubiera dado un abrazo á Campo-Real.

—Lucía, dijo, es un alma que sufre; á mi modo de ver, llora la ingratitud de algun pastor estraviado ó el miopismo de algun ser insensible; vive en una region bucólica, que embellece su imaginacion exaltada: Lucía es una Galatea de salon.

—Nada perdona V., señor conde, y creo que juzga mal á mi sobrina, á esa pobre niña que si algun defecto tiene, es ser demasiado inocente y demasiado candorosa.

—¡Já, já, já! esclamó el jorobado con una esplosion de risa: respeto á Lucía; pero ¡ay, marquesa! el candor y la inocencia son flores que solo abren al aire puro; el mundo es un invernadero y el calor artificial les roba por lo menos su fragancia. En el jardin de la vida, la mujer es una rosa.....

—Y V. ¿qué es? le interrumpió la marquesa, sonriéndose para ocultar su despecho.

—¿Yo, señora?....Soy un cardo.

Todos se rieron; mordióse los lábios la marquesa, y el conde continuó:

—Cada individuo es algo: Julia es la sensitiva; Campo-Real, como poeta, será un pensamiento.....

—¿Y nuestro amigo Perez? preguntó Espino.

—¡Oh! El hidalgo silencioso es una adormidera.

Esta vez tambien la marquesa reia, sin poderlo remediar.

—Eres oportuno, dijo Campo-Real, sobre todo en haber comparado á Lucía con la sensitiva.

—¡Lucía es muy bella! añadió el conde, mirando de reojo á la marquesa, que cogió un juguete de encima de la chimenea para aparentar una distraccion de que estaba muy lejos.

Este disparo á quema-ropa habia producido su efecto: elogiar á una mujer en el gabinete azul era casi un sacrilegio. El conde lo sabia; gozando con su triunfo, continuó:

—Ya que de flores hablamos, amigo Eduardo, no es regular que olvidemos á la camelia de este ramillete.

—¡La marquesa! esclamaron todos, escepto Perez.

—Justamente: la marquesa; la camelia es la flor aristocrática por escelencia, que se estima en mucho, apesar de que carece de aroma.

El epígrama era sangriento; pero la marquesa, no queriendo manifestarse resentida, dijo con su sonrisa habitual:

—No hay otro como V., conde, para clavar un puñal, haciendo una caricia; me convenzo de que no hago mal en llamar á Vd. mi enemigo íntimo.

—¡Oh, marquesa! ¡es V. injusta! Si no le place esta comparacion, echaré mano de la siempreviva, flor que estoy dispuesto á probar tiene muchos puntos de contacto.....

—¡Gracias! contestó ella, levantándose de improviso.

Habia visto asomar el rostro de la baronesa de Torre-Nueva, al descorrer un criado la colgadura de la puerta.

La baronesa presentó á su amiga, con la fórmula acostumbrada, al general D. Cárlos de Medina.

La impaciencia de la marquesa habia cesado: desde aquel momento sobraba un objeto en el gabinete azul. De fijo ha comprendido el lector que este objeto era el reló.

V.

El favorito y el ogro.

El gabinete azul presentaba aquella noche lo que me atreveré á llamar una crísis de salon.

Los ánimos estaban agitados.

Medina era la manzana de la discordia arrojada en aquel campo de perpétua lucha; ninguno ignoraba que aquel soldado, jóven, elevado por la fortuna, con su prestigio y su posicion social, robaria las atenciones de la marquesa: la novedad es un gran incentivo para la coqueta que lleva siempre en su corazon este lema italiano: *per troppo variare natura é bella.*

Campo-Real no amaba á la marquesa del Fresno; pero su vanidad no podia soportar que otro

le arrebatase el pomposo título de *favorita* que le halagaba y le hacia subyugarse á los caprichos y veleidades de una mujer; ¡tanto puede en el hombre el amor propio! El poeta comprendia que el héroe de la guerra civil era el único enemigo terrible que se habia presentado en el gabinete azul desde que consiguió su tan estraordinaria privanza.

Sin embargo, Campo-Real calculaba el medio de hacer una retirada honorífica, no atreviéndose á sostener un ataque que le proporcionara una derrota vergonzosa: sabia por esperiencia que el favoritismo de una coqueta se compraba caro, no olvidando que habia dado una estocada á cierto príncipe polaco, adorador de la marquesa.

Al entrar Medina en el gabinete azul, se contentó Campo-Real con arquear las cejas, colocándose en segundo término para saber qué papel debia representar en lo sucesivo.

El conde de Tamajon se levantó y fué á apoyarse de espaldas en la chimenea, queriendo ver de frente las fisonomías de la marquesa y del general, para seguir paso á paso la táctica de la coqueta, midiendo al mismo tiempo las fuerzas de aquel ogro de tanto renombre, que esta vez iba á pelear con un enemigo desconocido y mas terrible acaso que todas las huestes del *Pretendiente.*

La baronesa de Torre-Nueva era una señora de cuarenta años, que revelaba en los rasgos de su fisonomía su antigua nobleza; sin pretensiones, como decirse suelo, vivia conforme con sus cuarenta años

y con su marido, veterano de la guerra de la Independencia. Ahora se comprenderá por qué la baronesa encontraba buena acogida en el gabinete azul: en el santuario de una coqueta no se admite mas que un ídolo; la coqueta es tan avara de incienso que no consiente en compartirlo con nadie. Una mujer jóven y bella, que se alimenta de la vanidad, es un astro que huye de cualquier cuerpo luminoso que pueda causarle un eclipse, aunque sea momentáneo. La baronesa era un sol poniente.

La baronesa, abandonando la víctima á su amiga, se sentó en una mesa de tresillo, para jugar una partida con el marqués del Espino, con el silencioso Perez y con otro de los admiradores de la marquesa, que bien á su pesar se separó del campo de batalla, pero muy dispuesto á observar, aunque fuera á costa de algun *codillo*.—Los codillos son la desesperacion de los jugadores de tresillo.

Los demas satélites formaron grupos para hablar de cosas indiferentes; aunque todos estaban preocupados, debian esforzarse por disimular su sobresalto.

Eduardo de Campo Real y Leopoldo Rivas ocuparon un divan: aquel procuraba en vano sostener la conversacion; este se sonreia con malicia, contemplando á la coqueta y al general.

La marquesa habia examinado á Medina con esa mirada escrutadora que intenta leer en el fondo del corazon, y le habia asustado la fria impasibilidad del general, pues daba á entender que su presencia en el gabinete azul era mas bien ocasionada por una exi-

gencia social que por la satisfaccion de su propio deseo: esto alarmó á la marquesa, que comprendiendo su falsa posicion, se preparó á combatir con todas sus armas.

Conocia bien que todos los ojos estaban fijos en ella y en el general, que todos los oidos pendian de sus palabras, que todos los corazones palpitaban con emociones distintas: en una palabra, que iba á presentar un sitio decisivo; la victoria levantaria su reputacion á una altura colosal; pero una derrota la hundiria para siempre: contaba mucho con sus fuerzas y con sus atractivos, aunque el exámen de la fisonomía del *ogro*, como le habia llamado, la desanimaba, porque no habia adivinado en sus facciones indicio alguno de atraccion, y al estrechar su mano, no le habia vendido uno de esos impulsos secretos é instintivos que no pasan desapercibidos para la mujer acostumbrada á los combates del amor.

Medina era un enemigo formidable; la coqueta, comprendiéndolo así, y preparada para la batalla, estudiaba el terreno; sabia que para las defensas heróicas vale mucho la estrategia.

El general y la marquesa estaban sentados en dos sillones, cerca uno de otro.

El general paseó la vista con indiferencia por los cuadros del gabinete: seguramente no estaba dispuesto á romper el primero el silencio.

La marquesa lo intentó dos veces; pero tenia enfrente la cara impasible del jorobado: este hombre ejercia en ella una influencia que la desconcertaba;

el conde hubo de adivinarlo, pues se sentó en aquel momento, ocupándose en arreglar los tizones y en avivar la llama. ¿Necesitaba mirar á los actores para estudiar la escena?

La marquesa respiró, viendo la accion del jorobado, pues su generosidad revelaba una transaccion: aprovechando aquella suspension de hostilidades, dijo al general con una sonrisa afectuosa.

—No sé cómo agradecer á mi amiga la baronesa el favor que ha dispensado á mi casa, presentando en ella al héroe á quien tanto debe la patria.

El general, mirándola fijamente, contestó:

—Señora, desconozco las frases de la galantería y soy poco afecto á ellas; pero en este instante siento ignorarlas para corresponder á ese elogio; aunque tengo el orgullo de creer que es justo.

Todas las conversaciones se interrumpieron por un segundo: aquel rasgo tan natural en un hombre de verdad se tradujo por falta de modestia.—Campo-Real miró á Rivas, que marcó una sonrisa de desprecio.

Medina nada notó; la marquesa aparentó no notar nada y dijo:

—Celebro mucho, general, que estime V. en su verdadero valor mis palabras; yo, por mas versada que esté en esa fraseologia que á V. disgusta, no prodigo elogios inmerecidos.

—Bien hecho; la verdad debe ser acogida en todas partes, porque tiene su trono en el corazon: mis labios nunca se mancharon con la mentira.

—Entonces, será V. desgraciado, porque en el mundo se conoce á la verdad, como al fénix: solo de nombre; muchos le cantan y se declaran sus sacerdotes; pero nadie vé sus hechos: la verdad es un mito.

—¡Oh! renegaria del mundo, si eso fuera cierto; pero no: yo amo á la verdad porque la he encontrado.

—¿En dónde? preguntó la marquesa con asombro y marcando mas en los lábios su sonrisa seductora.

Todos miraron mas ó menos directamente al general, que contestó sin notar aquella observacion.

—En los campos de batalla; si la gloria no fuera verdad, los hombres no espondrian su vida en los combates.

La coqueta vió que el enemigo se retiraba del campo, pero le persiguió, dispuesta á batirlo hasta en sus últimas trincheras. Hizo un gesto significativo y dijo:

—¿La gloria? Es cierto que tiene su aureola; pero si lo consideramos bien, deduciremos que no es siempre la gloria la que obliga al soldado á perecer.

Los ojos del general se inflamaron: peleaba en su terreno con ventaja y esclamó:

—¿Hay otra cosa por ventura?

—Sí, general, la disciplina; el soldado no puede retroceder, porque si el peligro envuelve una muerte dudosa, la desercion envuelve una muerte cierta. La ordenanza es inflexible, y V. lo sabe mejor que yo.

—¡No! dijo el general exaltado; ¡por la gloria pelea el soldado! La gloria no es una mentira deslumbradora; si el deber nos llama, vamos á morir; pero el

deber tiene su límite, señora; cuando la patria lanza un grito, el corazon del soldado se inflama, busca el peligro, ébrio de entusiasmo, y va siempre mas allá de lo que el mismo honor prescribe; ¡no es el deber! ¡es la ambicion de gloria! Decid á un soldado que le espera una derrota y le vereis invocar á la muerte con frenesí. Si queda victorioso, la gloria le cubre con sus alas y le ensancha el corazon; si perece en la refriega, muere abrazado á su bandera, porque sabe que de la tumba del soldado se levanta la fama que canta la apoteosis del héroe. Si pelea por la gloria y solo por ella, la gloria no es mentira; yo he soñado con los laureles, y al ceñirlos á mi frente, levanté los ojos para mirar á Dios con gratitud. ¡Yo entonces no era un hombre! ¡miraba al cielo porque me parecia estrecha y pobre la tierra para medirla con mi vista! ¡Y no era ambicion, marquesa! ¡yo no era el conquistador que ganaba un palmo de terreno, sino el enviado del Señor que devolvia á mis hermanos una perdida libertad! ¡oia al eco repetir mi nombre! Perdone V. mi franqueza, pero me creia gigante; entonces, mi frente brotaba fuego, y me lanzaba de nuevo á los combates, buscando ese momento de fascinacion, ese delirio que realizaba despues todas mis aspiraciones; ¿qué me importaba la vida? La muerte cruzándose en mi camino, hubiera puesto el sello á mi enajenacion: la muerte del héroe es dulce como la de los santos, tranquila como la del justo, grande como la del mártir; ¿y á esto llaman deber? ¡Diga V. ahora que la gloria es mentira!

Todos los admiradores de la marquesa estaban vueltos háeia el general, inmóviles, pendientes de sus palabras; solo el jorobado aparentando impasibilidad, arreglaba los tizones con las tenazas que tenia en la mano derecha, escondiendo la izquierda en su pecho entre el chaleco y la camisa. El conde conocia demasiado la posicion ventajosa que ocupaba el general.

La marquesa le miraba fijamente y en éxtasis: aquel entusiasmo tan espontáneo le hacia comprender que aun siendo la gloria mentira, habia un ser que le tendia un culto sagrado: un ser, en fin, que soñaba con la verdadera verdad.

El general Medina estaba hermoso en aquel momento de fascinacion: era Petrarca cantando á Laura; era Virgilio cantando al dolor; era Homero cantando las glorias del combate. La verdad agitaba su corazon: el corazon es siempre poeta.

—¡Con qué placer he escuchado á V., amigo mio! esclamó la marquesa en su enajenacion.

La frase *amigo mio* hizo volver en sí á los admiradores de la coqueta: dominada esta por aquel hombre superior, se habia dejado llevar de un impulso de su alma, estableciendo una confianza demasiado prematura.

Campo-Real se levantó y para ocultar su despecho, fué á sentarse junto á la baronesa, aparentando seguir con interés la marcha del juego.

El conde soltó al cabo las tenazas y se recostó en la butaca, sin sacar del pecho la mano izquierda, cuyas uñas maceraban su carne.

El general continuó:

—Veo que me hace V. justicia, reconociendo que era incierta su acusacion.

—No sé si será cierta, general; pero se defiende V. tan bien, que por lo menos hay que admirar su veneracion y su entusiasmo.

—Cada hombre rinde culto á una deidad, y la mia es la gloria; me habló V. de ella y para ensalzarla demostré un calor que aunque injusto, parcerá acaso intempestivo.

—De ninguna manera; solo me sorprende que pueda ser verdad ese delirio, porque las balas son verdades incontestables, añadió sonriéndose. Alabo en usted al héroe, por mas que hasta ahora la guerra nada haya dicho á mis sentidos.

—¿Ha leido V., marquesa, las impresiones de Lamartine y de Chateaubriand en sus viajes á Oriente?

—¡Oh! sí.

—Yo tambien he consagrado mis pocas horas de descanso á los grandes ingenios. Pues bien: considerad á un hombre que no rindiendo el primer culto á nuestra religion, lea esos preciosos volúmenes: se entusiasma con sus páginas, y al cerrar los libros, emprende la marcha á Jerusalen, siguiendo el mismo itinerario que Lamartine ó Chateaubriand. Aquel viaje idealizado ofrece mil penalidades que harian renegar de la espedicion, si no esperara el viajero pisar los Santos Lugares; pone el pié en ellos, rendido y abrumado; ¿qué encuentra?—¡Ruinas! ¡una sencilla losa de piedra! Entonces se arrepiente del viaje y

protesta contra la mentira de la imaginacion de los poetas; y sin embargo, allí está la inspiracion; aquel sitio es grande; aquella losa es una fuente inagotable de verdad y de poesía; allí se tocan de cerca los misterios que aprendimos á respetar; allí se ven todavía las huellas del Redentor de un mundo. Para el que no vé con los ojos del alma, allí no hay nada; pero Lamartine y Chateaubriand vieron todo lo que escribieron.

—Y ¿qué quiere V. decir, general?

—Quiero decir que sucede lo mismo con la guerra al que no le rinde culto en su corazon; ¿qué veis en un trofeo, en una bandera? ¿Un pedazo de tela desgarrada?.... ¡Ah! mis ojos leen en ella las brillantes páginas de la historia; la bandera me presenta la imágen viva del héroe: le hablo, le toco la mano y me considero feliz: sale de su tumba para señalarme el camino de la gloria: le veo con los ojos del alma, que ven siempre la verdad.

—¿Con que la gloria es una fascinacion?

—¡La gloria no es mentira!

—Entonces, dijo la marquesa queriendo traerle á su terreno, ¿ahora que se ha concluido la guerra, no vivirá V., general?

—Ahora vivo muriendo, señora; en el campo está mi puesto. Terminada la guerra, vengo á descansar; pero no dude V. que mi espada saltará de la vaina en cuanto asome la cabeza un enemigo.

—Comprendo muy bien esa noble aspiracion; pero si como espero, los enemigos no asoman la cabeza, creo

que tendrá V. tiempo para disfrutar de nuevas emociones, y acaso sienta V. algun dia que el grito de la patria lo arranque de la vida cortesana.

—¡No, señora! para mí no hay placeres en esta vida tranquila; quiero la agitacion de los combates y el estruendo y el peligro, porque estas horas siempre iguales son insufribles; me gusta contar los minutos que me faltan para realizar un pensamiento, las horas que necesito para conquistar un laurel mas, los dias que puedo sacrificar para añadir uno de gloria á mi patria: mi mente no se separa del reló del tiempo, porque del tiempo que no se aprovecha en algo, debe el hombre dar cuenta, vivo, á su patria; muerto á Dios. Aquí los hombres se reclinan muellemente en el carro de la fortuna, que los conduce á su antojo; yo no me dejo llevar: me unzo al carro y trabajo para guiarlo adonde aproveche á todos. Tengo voluntad y fuerzas...

—La vida de la corte...

—No me hable V. de eso; en la corte viven los hombres como máquinas: todos trabajan en provecho propio; ninguno sufre vigilias y contrariedades y peligros como el soldado, en provecho de los demas; el soldado vela para que los demás duerman.

—¡Oh! sí! pero, el soldado se alimenta con el sudor de sus hermanos; es un trabajo recíproco, dijo la marquesa, con impaciencia, porque no podia fijar la cuestion que la atormentaba. Ahora duerme V., general, y estoy segura que pronto no querrá V. despertar.

—¡Imposible!

—Esta vida de Madrid tiene atractivos que usted desconoce todavía.

—¿Atractivos? ¿qué me ofrecen los salones de la corte y las mujeres? ¿Delirios, molicie, calma y esa mentira que V. antes retrataba? Esos nó son mis sueños.

—Cuando se canse V. de descansar, amigo mio, buscará la lucha; pero aquí no hay campos de batalla, ni enemigos, ni balas, ni combates; en cambio, hay salones y paseos y mujeres y ojos muy traidores y amor en fin.

—No me conoce V., marquesa, si piensa que esas pasiones pobrísimas pueden alimentar las necesidades de mi alma. No dudo de la mujer, pero no la busco; tampoco dudo del amor, pero creo que es el recurso de los desocupados para entretener el tiempo.

—Luego ¿nunca amó V., general?

—Nunca, señora.

—¿Y está V. seguro que es inaccesible al amor?

—No me he ocupado de ese estudio en mi individuo; lo único que aseguro es que la mujer no me robó un minuto el pensamiento; mi corazon no ha aumentado sus latidos mas que por la gloria.

—¡Parece imposible! esclamó la marquesa con asombro; á la edad de V. hay aquí hombre que cuenta en su hoja de servicios mas victorias en el amor que V. en campaña.

—La costumbre, señora; esos héroes vergonzantes

pelearán con escudos para cubrirse el pecho; no comprendo que se ame por amar; el que rinda culto á la deidad del amor debe rendírselo entero, como lo rindo yo á la gloria.

La marquesa ahogó un suspiro; sus ojos brillaban y esclamó:

—¡Eso es verdad!

—Como lo es que no entiendo una palabra de esas escaramuzas de salon que llaman pasiones. Sospecho que tengo el corazon de acero, y bien templado, porque hace un mes que estoy en Madrid, y aunque veo mujeres hermosas, mi corazon late tranquilo; crea V. que echo de menos la guerra; ¿qué mujer puede proporcionarme las emociones que necesito? Hasta ahora no he visto ninguna.

La marquesa se mordió los labios con ira.

Una sonrisa estaba pintada en el rostro de todos.

Campo-Real volvió al lado de Rivas contoneándose.

El conde se habia inclinado sobre un brazo del sillon para escuchar atento al general: su mano izquierda ya no atormentaba secretamente sus levantadas costillas.

La coqueta con una rápida ojeada comprendió que necesitaba jugar el todo por el todo, pues su derrota era manifiesta; sin que la voz vendiera su emocion, dijo con su sonrisa eterna:

—No es una razon convincente, general; hasta hoy no encontró V. una mujer que dominara su alma; pero es imposible que no se cruce en su camino

alguna que despierte sus sentidos aletargados y que le haga sentir esas vivas emociones que por lo menos valen tanto como el desvarío de la gloria.

—Lo dudo, dijo Medina con indiferencia.

—¡Oh! ¡es un tributo que todos pagan!

—No me pesaria, marquesa; pero ¿adónde está ese ser que comprenda toda la fuerza de mis pasiones?

—En el mundo, amigo mio.

—La mujer ocuparia un lugar secundario en mi alma y difícilmente se conformaría con esa postergacion.

—El soldado sueña con la victoria que abrasa su cabeza porque lleva en el corazon la imágen de una mujer á quien quiere deslumbrar. Si no ama, ¿con quién comparte su gloria? Cuando regresa á su hogar, le satisface arrojar á los piés de su amada los laureles que conquistó: el hombre pretende ser grande para que la mujer lo admire.

—Eso es muy hermoso, señora; pero no habia pensado en ello.

—Cuando el Cid volvia á los brazos de su Jimena, esta adoraba al amante y admiraba al héroe.

—Es verdad; pero recuerde V. que Jimena se quejó al rey Fernando de que el Cid la olvidaba por los combates: esto prueba que el soldado atiende antes á la gloria que al amor.

La marquesa se sorprendió, encontrando en su enemigo una gran prueba de habilidad y talento; pero sin retroceder, dijo:

—No siempre, general; ¿negará V. que Marco-Antonio fué un gran militar?

—No, señora.

—Pues Marco-Antonio abandonó sus banderas, y su amor por Cleopatra tuvo la culpa de aquella desercion.

—Marco-Antonio era un loco.

—No, esclamó la marquesa riéndose; Marco-Antonio era un hombre que amaba; no sé si el amor y la locura se dan la mano; pero casi diré que entre sí tienen algun parentesco.

—No entiendo de eso, dijo Medina, queriendo cortar la conversacion, porque se iba metiendo en una red de donde temia no poder salir.

—¡Ah! sé muy bien que Madrid es un campo de conquistas donde correrá V. grandes peligros. Cuando vea V. una jóven sensible, amable, esbelta, graciosa, que en una mirada revele la impresion que siente; cuando comprenda V. las delicias de la comunicacion y busque un alma que corresponda á su alma; cuando una mujer...

—¿Una mujer como V. por ejemplo? preguntó el general, interrumpiendo á la marquesa.

Esta, riéndose para encubrir su agitacion, esclamó:

—¿Qué ès esto? ¿galante un soldado? ¿olvida V. la consigna?

Turbóse el general, y encojiéndose de hombros, se reclinó en la butaca sin contestar.

Campo-Real miraba al techo, despues de haber pasado revista á los muebles del gabinete.

Los jugadores no atendian á las cartas.

Leopoldo Rivas se habia dormido en el divan.

El jorobado habia vuelto á arreglar la chimenea y á esconder en el pecho su mano izquierda.

La coqueta habia triunfado. Paseó sus ojos por las fisonomías de todos, con simulada arrogancia, y quiso anudar la conversacion; pero el reló dió una campanada y la baronesa se volvió á consultarle.

—Señores, dijo, es la una; ajustemos cuentas.

La baronesa habia ganado: el interés no habia estado para los jugadores en los naipes.

¡Qué inoportuno es el reló!

El general Medina respiró, porque se hallaba colocado en una posicion desventajosa.

Todos se pusieron en pié.

La marquesa presentó la mano al general y despues de ofrecerle su casa con la fórmula acostumbrada, añadió:

—Quiero que seamos muy amigos para contemplar á Hércules cuando cambie su poderosa clava por la prosáica rueca.

—No entiendo, señora...

—Es decir, seré confidente de V. para conocer á la afortunada Onfale que trastorne su cerebro y le vea rendido á sus pies.

Quiso el general sonreirse, pero notando que todas las miradas estaban fijas en él, conservó la serenidad en su semblante.

La marquesa continuó:

—Me tomaré la libertad de suplicar á V. que honre mañana mi mesa.

—Señora....

—No admito disculpas; me agrada oir hablar con entusiasmo de la gloria y deseo que al fin convenga V. conmigo en que el soldado debe dar entrada en su corazon al amor. No espero un desaire....

—De ninguna manera, marquesa; me considero honrado con una distincion que no merezco.

—Hasta mañana, general.

—Hasta mañana, señora.

Los admiradores de la coqueta se miraron con asombro. ¡Medina estaba vencido!

La baronesa se despidió de su amiga, dándole esos dos besos de costumbre entre las damas, que las mas veces parodian el tan conocido como traidor de Judas; al poner sus labios en el carrillo derecho de la marquesa, le dijo al oido: «*¡Pierdes!*» Al devolverle el beso en el carrillo de la izquierda, murmuró la marquesa esta palabra: «*¡Gano!*»

Todos hicieron un saludo frio.

El enemigo íntimo, al darla la mano, marcó en su boca la risa de siempre; pero en el rostro de ella encontró su misma sonrisa.

Al entrar en el carruaje, dijo Campo-Real al jorobado:

—¡Esa mujer tiene mal instinto!

—Hace con Medina lo que contigo y conmigo y con los demas.

—No: esta vez se interesa mucho en el combate.

—Porque ès fuerte el enemigo, Eduardo.

—¡Qué agitada estaba!

—¡Es el primer dia!

—Lo veremos.

—¿Temes perder tu privanza?

—Nada me importa; pero lo siento por el general; es un hombre grande.

Los dos amigos se estrecharon las manos.

Al separarse decia el conde para sí:

—Este soldado vale mucho; conquistaré á todo trance su amistad.

La baronesa de Torre-Nueva, al apoyarse en el brazo del general, le dijo:

—Convendrá V. en que no ponderé las gracias de mi amiga.

—Señora, contestó Medina, la marquesa tiene talento y discrecion.

—Es una mujer peligrosa.

—¿Por qué?

—Porque inspira pasiones volcánicas; todos los amigos que ha visto V. esta noche en su casa son sus admiradores: mariposas que se queman revoloteando al rededor de la luz de su hermosura. ¡Cuidado, general!

—Soy incombustible, baronesa.

Esta ayudaba á la coqueta, sin embargo de mediar entre ambas una apuesta; no se estrañe este fenómeno: la baronesa nada esperaba ya del mundo.

Cuando la marquesa se quedó sola, esclamó apoyando la cabeza entre sus manos:

—¡Este hombre es digno de mí! la lucha será igual, pero reñida.... ¡Venceré!... ¡La gloria!... ¡Bá!...

Y se miró al espejo sonriéndose.

Aquella noche tardó una hora en dormirse. ¿Meditaría ó ensayaba su plan estratégico?



VI.

La causa y los efectos.

Voy á quitarte dos años, lector.—Estamos en 1837. ¿Ves ese carruaje con un blason en la portezuela, que cruza á escape por la calle del Arenal, á pesar de los bandos de policía?—Pues entra en él conmigo y siéntate en sus suaves almohadones.—Este privilegio que tiene el escritor de llevar á sus lectores adonde se le antoja, es inapreciable.

Calla y observa al individuo que ocupa el vehículo: ¿crees que va solo?—Pues le acompaña una mujer; pero no la verás, porque vá escondida en su pensamiento: repara que habla solo, y que ya se sonrie, ya se contraen sus labios y cierra los puños,

como si sufriera una crispacion nerviosa. Algunas palabras se escapan de su boca, pero tan inconexas que no podrias averiguar lo que vaga por su mente. Sueña despierto; se lleva las manos á la cabeza y despues al corazon; se incorpora en el asiento y luego se deja caer, como si hubiera sostenido una lucha superior á sus fuerzas.

El carruaje paró en la calle de Atocha, esquina á la de Cañizares, delante de una casa que daba frente á la iglesia de San Sebastian, cuya fachada no revelaba el lujo de lo interior; en 1837 todavía no se habia desplegado ese aliño con que hoy engañan los propietarios á los inquilinos; entonces las casas de Madrid ofrecian comodidades, aunque las fachadas eran antiguas y feas; hoy se han derribado aquellas para hacer avisperos de bonita vista; seguimos el influjo de la época: lo que se ha perdido en comodidad se ha ganado en apariencias.

Apeóse el individuo del carruaje y subió la escalera de la casa, mas despacio de lo que hubiera deseado por no permitírselo sus piernas cortas: era jorobado. Si te fijas en él, lector, reconocerás al conde de Tamajon. Este tiró del cordon de seda de la campanilla, y pocos segundos despues penetraba en un aposento que tampoco te es desconocido: en el gabinete azul.

Si no quieres perder tu libertad y acaso tu razon, no entres: conténtate con oir mi relato: á la puerta del gabinete azul podria haberse escrito aquel verso del Dante:

«*¡Lasciate ogni speranza, o voi ch' intrate!*»

La marquesa estaba sola, leyendo un libro que abstraia su imaginacion; la llegada del conde pareció que la importunaba; pero sin manifestarlo, le alargó la mano, con esa gracia y esa indolencia que cautiva en las mujeres de mundo.

El conde estaba agitado; su mano abrasaba; la marquesa le miró fijamente para preguntarle:

—¿Está V. enfermo?

—¿Y V. me lo pregunta?

—Sí, porque lo ignoro.

—¿Lo ignora V? esclamó el jorobado, apretando los dientes.

—¡Me dá V. miedo!

Y le señaló un sillon, donde él se dejó caer sin saber lo que hacia.

Hubo un momento de silencio, que rompió la marquesa, sonriéndose:

—Decididamente atraviesa V. alguna crísis, y ve con sentimiento que no soy acreedora á que un amigo comparta conmigo su pena.

—Marquesa, ¿ha llorado V. alguna vez? preguntó el conde con tono solemne.

—¡Viene V. hoy dramático, amigo mio! ¿Llorar yo? ¿por qué?

—¡Ah! ¡llorar! ¡tiene V. razon! El llanto es el rocío que Dios envia para refrescar una mente abrasada; el llanto es el bálsamo consolador que cura las heridas del alma; el llanto dulcifica las amarguras; pero la mujer que no tiene corazon, no necesita de

ese alivio, porque no sufre; ¡llorar! Las lágrimas que embellecen moralmente á la mujer, la marchitan físicamente; los surcos de las lágrimas quedan impresos en el rostro; las lágrimas abrasarian ese cútis delicado; ¡hace V. bien en no llorar!

—Me engañé, dijo la marquesa con calma; la fiebre es mas intensa de lo que creia; debe V. volver buscar el lecho, porque solo convenciéndome de que sufre V. las consecuencias del delirio puedo perdonarle esa granizada de insultos intempestivos.

—¿Insultos? No: la verdad no puede ser un insulto; ¿no confiesa V. misma que nunca llora?

—¡Es original! ¿Por qué pretende V. verme convertida en Dolorosa ó en Magdalena, si me rodea la felicidad y de nada me remuerde la conciencia?

—¿Es V. feliz?

—Y ¿qué me falta, amigo mio?

—Es verdad; soy un necio; la fiebre me estravia, ¡porque tengo fiebre! ¡esta noche he llorado!

—¿De veras? Debe V. tener una organizacion privilegiada para sentir; ¿dá fijo va V. á decirme ahora que fui yo la que con mi mano di vuelta á la llave para que brotara el raudal de la fuente de sus ojos.

—¿Se burla V., marquesa?

El gesto del conde era amenazador; estremecióse ella á su pesar y dijo, variando de tono:

—Amigo mio, veo que se convierte en trágica la escena; me costaba trabajo tomar por lo serio lo del llanto.

—Debiera avergonzarme de confesarlo; pero yo no me avergüenzo de tener corazon. Un año hace que mi vida está reconcentrada en la persona de la marquesa del Fresno; cifraba mi felicidad en agradarla; mi alegría en verla contenta: ella, aceptando mis obsequios, me ha dado derecho á pedirla cuentas de su conducta...

—¡Conde!... interrumpió la marquesa.

—Ella, sabiendo que yo la adoraba, continuó él sin oirla, me admitia á su lado; no creia sin duda contraer compromiso alguno con el hombre á quien engañaba; pero este hombre, que no puede prolongar por mas tiempo tan difícil situacion, necesita que la aurora de mañana salga para él resplandeciente, ó que no salga para él, añadió con una intencion muy marcada.

—Pero, conde...

—Los hombres que aquí vienen á todas horas me estorban; si es verdad que V. me distingue y comprende este fuego inmenso que me devora; abramos un porvenir para los dos lleno de encantos; tengo una fantasía rica y haré que en nuestra existencia no haya dos horas iguales.

Y acercó su sillon al de la marquesa, que retiró el suyo con miedo.

—¡No huya V. de mí, señora! ¡Amo á V. como se ama la propia existencia! ¡más todavia! ¡amo á usted hasta el crímen!

Levantóse la marquesa sobresaltada y estendió el brazo para cojer el cordon de la campanilla; el con-

de quiso evitarlo y cayó de rodillas á sus piés.

Por detrás de la colgadura de la puerta apareció la cabeza de un hombre; la coqueta respiró, porque se habia salvado, y sonriéndose señaló al que entraba.

El conde dió un rugido y salió atropellando á don Mariano de Alba, que era el que tan á tiempo habia llegado.

—¡Qué escena melodramática me prepara V., querida amiga! A fé que siento haberme molestado en venir para que ese gimio me atropellara.

—Me ha salvado V. de una catástrofe.

—¿Es posible?

—Ese gimio, como dice V. muy bien, dió en galantearme, y como para mí todos los hombres son iguales, oia sus necedades; pero hoy me ha pintado un amor esquisito: la quinta esencia del amor; me habló de crímen y de suicidio: está enfermo su cerebro.

—La influencia de la época; el romanticismo ha trastornado la cabeza de nuestra juventud: hombre conozco yo que se ha suicidado siete veces.

—¿Siete veces?

—Sí: de palabra. El suicidio es uno de los muchos recursos oratorios del amante, que no escasea ninguno para convencer.

—Me causaba miedo oirle espresarse con tanto calor.

—El calor es tambien artificial, añadió el escéptico Alba.

Pasemos del gabinete azul al aposento de la casa

de Tamajon, donde acaba de entrar este, fuera de sí, dejándose caer en un sofá y cubriéndose el rostro con las manos.

Diez minutos permaneció inmóvil, como si hubiera dejado de existir; levantó al fin la cabeza y se incorporó.

Sus ojos no estaban como antes inyectados de sangre, pero revelaban su abatimiento; habia pasado la exaltacion de la calentura y se hallaba en la postracion; puso una mano en la cabeza y otra sobre el corazon, que latia con menos violencia, y esclamó:

—¡Hay algo aquí y aquí! en mi corazon hay un tesoro de amor; en mi cabeza un raudal de pensamientos; y ¿de qué me sirven, Dios mio?

Se puso en pié y se paseó agitado por la estancia; al llegar frente á un espejo de cuerpo entero, se miró en él un prolongado rato.

—¡Ah! dijo con un acento de profundo dolor; he sido un loco; me quejé de la marquesa injustamente; estaba ciego; ¿cómo pude aspirar á rendir con mi horrible deformidad á esa turba de jóvenes apuestos y hermosos que la rodean? La desventaja era notoria; esa turba se mofa de mi joroba y me vence escarneciéndome. ¿Para qué quiero la riqueza de mi corazon, si las mujeres me desdeñan? ¿Para qué quiero las galas de mi mente si los hombres me desprecian?..... ¡Ella! ¡ah! ¡yo habia formado tantos ensueños deliciosos con este amor que me ha ocupado un año entero! ¡deliré tantas veces! ¡Porque tengo veinticinco años, y mi sangre hierve y mi fantasía se desborda!....,

¡Todo por ella y para ella!...Poseo un título y una fortuna; y ¿para qué los quiero? ¿Por ventura, la felicidad estriba en satisfacer las necesidades de la prosa de la vida y en deslumbrar la vanidad ajena?... ¡Ah! ¡no! mi corazon buscaba lo que la naturaleza no niega al último de los mortales... ¡Oh! ¡hubiera dado todas mis grandezas por un minuto de su amor!....

Desprendióse de sus ojos una lágrima, y al sentirla caer sobre sus manos cruzadas, se estremeció.

—¡Ah! ¡una lágrima! ¡Dios es bueno! pero el demonio necesita de su presa; esta lágrima me recuerda el sarcasmo de ella; el mundo tambien se reiria ahora viéndome llorar... Mañana este cuerpo deforme que fué pasto del sarcasmo de los hombres, será pasto de los gusanos, menos roedores que aquellos... ¡Yo debo morir!

Y dirijiéndose á su pupitre, fuera de sí, sacó del cajon una pistola; despues de examinarla para convencerse de que estaba bien cargada, la montó diciendo:

—¡Voy á morir! ¡perdóname, Dios mio! ¡soy débil! ¡no tengo fuerzas para ahogar esta pasion ni para luchar con los hombres! ¡Ella se reirá mañana!... ¿Qué me importa? Si la vida no es mas que un tránsito para la eternidad y mi senda está erizada de escollos, abreviemos el camino... ¡Mi corazon late con fuerza! ¡Yo no puedo, yo no quiero, yo no debo tener miedo!... ¡Dios mio, perdon!...

Y aplicó el cañon de la pistola sobre la sien derecha.

El balcon estaba abierto y se oyó en la calle una

estrepitosa carcajada; el conde se estremeció, cayósele de la mano la pistola y corrió al balcon para ver al que tan cruelmente se burlaba de un hombre que habia levantado la losa de su tumba.

Pasaban por la calle dos jóvenes, hablando de cualquier cosa que habia escitado su hilaridad.

Aquella carcajada, indiferente para el jorobado, le dió la vida.

—¡Ah! ¡creí!.... esclamó: ¡estoy delirando! ¡la risa me hace daño siempre!

Apoyando la cabeza en las manos, meditó por espacio de algunos minutos; al cabo dijo, presentando en su fisonomía un cambio notable.

—¿Por qué no he de reir yo tambien? ¿Por qué no he de devolver al mundo esa carcajada que parece vino á insultar mi dolor? ¿No consiste la felicidad en la existencia que se forja el hombre? Yo tenia un corazon puro y una mujer me lo ha llenado de veneno; ¿por qué no ha de probar este veneno, si puedo devolvérselo gota á gota para amargar las horas de su vida?... Los hombres se burlan de mi deformidad física; ¿acaso no llevan ellos en el alma una joroba mas pronunciada que la mia? ¡Ah! sí: en mi cabeza hay talento: la lucha no es desigual; el mundo es un campo que brota flores y espinas; yo cojeré las espinas para ceñirlas á las sienes de esos miserables que se creen superiores á mí porque la naturaleza les regaló una figura mas perfecta. La Providencia al formar los seres les pone un sello especial; yo soy una mueca de la Providencia......

El conde se oprimió el pecho con las manos y continuó:

—Debo reir siempre y esconder á las gentes esta tempestad de que acabo de salvarme... La marquesa es bella; yo, como un áspid, me cruzaré en su camino y venceré en la lucha; mi encono será un rayo que fulminaré contra ella; pero siempre con una risa engañosa que ocultando mis sentimientos, me haga saborear el placer de la venganza... ¡Yo quiero vivir! ¡vivir solo para envenenar sus dias mas halagüeños, para desgarrar su corazon como ella ha desgarrado el mio! ¡quiero vivir para sostener una valiente lucha con la humanidad!... ¡Já, já, já!

Y el jorobado ensayó al espejo aquella risa diabólica y mentirosa, que fué la careta de su dolor.

Hé ahí la causa de la risa del conde de Tamajon.

Al siguiente dia se presentó en el gabinete azul sereno y con la risa en los lábios. La marquesa, al verle entrar, le miró fijamente y le dijo:

—¿Está V. mas aliviado, conde?

—¿Representé bien mi papel, marquesa?

Y el jorobado soltó una carcajada que heló en las venas la sangre de la coqueta.

—¿Qué dice V., amigo mio?

—Nada: que ayer estuve sublime, á juzgar por el efecto que hizo mi exaltacion; ¿me negará V. que tengo cualidades de actor?

—Finje V. bien, dijo la marquesa herida en su amor propio.

—¡Oh! me empeñé en saber hasta dónde llegaba la

impasibilidad de V.; la amenaza aquella del suicidio me elevó, lo menos, á la altura de Cárlos Latorre; ¿no es cierto?

—¡Oh! sí.

—¿Esperaba V. hoy recibir la noticia de mi romántico suicidio? Pues no, marquesa: vivo para querer á V. como antes, ó mas que antes.

Y el conde volvió á reirse con una espontaneidad que provocó la sonrisa de la marquesa: aquella sonrisa que habia de ser en lo sucesivo el eco de la risa del jorobado.

La marquesa acaso sentia en aquel momento que el conde no se hubiese suicidado: el conde habia arrebatado un trofeo á la coqueta.

La lucha estaba entablada.

Desde aquel dia la marquesa habia encontrado en el conde un amigo allegado, una persona inseparable, un concurrente asíduo al gabinete azul.

Desde aquel dia, la marquesa habia sentido contrariedades: los satélites del astro no miraban al ídolo con la misma veneracion: habia una mano oculta que movia el pedestal para derribarlo.

La crónica trataba de hincar su diente despiadado en la coqueta, y no pudiendo herir su honra, proclamaba á voz en grito que la diosa de los salones no tenia corazon, que el ídolo no queria mas que incienso.

Apareció Campo-Real en el gabinete azul, y apareció con el prestijio del favoritismo; acercóse el conde al poeta; le estrechó la mano y trató de intere-

sar á la marquesa para tener el gusto de atormentarla; Campo-Real encontró en el jorobado un amigo sin igual, que se sacrificaba por su afeccion y que seguia paso á paso su vida: queria que le sirviera de instrumento de su venganza.

Nadie como Tamajon elogiaba al poeta en el gabinete azul; nadie estaba mas dispuesto á salir á su defensa. Campo-Real pertenecia al jorobado y le abria su corazon.

Cuando se convenció de que la marquesa no se habia fijado de una vez, tramó el medio de alejar al favorito para que le dejase el campo libre, é intrigando consiguió que en el teatro del Príncipe se representase una comedia de Campo-Real que dormia en el archivo, de cuando el poeta cultivaba la literatura. El dia del estreno de la comedia organizó Tamajon una *claque* aparente, que silbó sin piedad, á pesar del mérito de la obra; ¡y quiso pelearse con el público porque silbaba la obra *de su mejor amigo*!

El prestijio del poeta sufrió el golpe contundente que esperaba el conde; herido en la vanidad, Campo-Real perdió terreno y no conservaba ya en el gabinete azul mas que el nombre de *favorito*.

El jorobado aparecia en el mundo con su perpétua risa: sus sangrientos epigramas y su talento le conquistaron una reputacion entre la juventud licenciosa, que le buscaba siempre para saciar ese fatal instinto de los maldicientes. Tamajon se vengaba de la humanidad poniendo de relieve jorobas mas pronunciadas que la suya.

La marquesa adivinaba la mano del conde, aunque no se atrevia á delatarlo, porque tenia miedo á aquella serpiente.

Cuando se anunció en el gabinete azul la presentacion del general Medina, el jorobado se puso en guardia y preparó de nuevo sus armas para combatir al que comprendió á primera vista que era formidable enemigo.

Y si quieres, lector, ver todos los efectos de la risa del conde de Tamajon, sigue el curso de mi historia en el año 1839.

VII.

Táctica y estratejia.

Eran las tres de la tarde.

Dos horas hacia que la marquesa estaba ocupadísima, perfilando su tocado y en consulta con el espejo; en sus adornos lucía una gran riqueza de detalles.

Su mal humor era visible; la doncella no acertaba à prenderla como siempre y el peluquero habia tenido que desbaratar três veces su *chef d' œuvre* por faltar un no sé qué á sus magníficos rizos. Hasta la atmósfera sufría sus acusàciones injustas, porque creia que el sol le prestaba poca luz para contemplarse en la luna veneciana; nunca habia quedado mas descontenta del conjunto de su cabeza, y sin

embargo, nunca habia estado mas deslumbradora ni mas bella.

No es estraño: aquel dia comia con ella el general Medina.

Aloir las tres hizo un gesto de impaciencia: temia que llegara la hora de entrar los convidados, sin haberse acabado de vestir; ¡y los convidados no debian asistir á la cita lo menos hasta las cinco!

Dije *los convidados* y debo una esplicacion.

Cuando la marquesa habia despertado por la mañana á las ocho, hora muy desusada por cierto para ella, lo primero que cruzó por su mente fué el nombre del general; dormirse una mujer con un nombre en la imajinacion, que al despertar la acomete de nuevo, es un sintoma alarmante; pero no debe olvidarse que para la mujer que vive de galanteos, una conquista es lo que para el avaro un negocio: si este quiere encerrar un talego mas en su arca, aquella ansía apuntar una victima mas en su lista.

La marquesa recordó palabra por palabra la conversacion de la noche anterior, y ya se nublaba su semblante, ya acariciaba una sonrisa, segun iba interpretando las frases del general.—Entre sí decia:

—Este soldado será un ogro que se comerá á los hombres, pero para las mujeres debe ser un cordero; su corazon virjen no puede resistir mucho tiempo á los embates del amor. ¡Y si llegara á impresionarlo!... ¡oh! ¿quién como él me proporciona una victoria que cantará la fama con sus cien trompetas? Sin esos calculados afectos, que

en todos los hombres se parecen; ¡qué nuevas emociones me esperan! Le dominaré y confesará que la gloria no es la diosa del soldado; este triunfo me enloquece!.... ¡Y lo conseguiré! ¿No le hice cambiar anoche en una hora?... ¡Y si al fin le amase!..... ¡Ah! ¡imposible! Medina aprenderá en esa escuela viciada y pronto no será mas que un hombre como los demás; ¿no me sucedió lo mismo con Campo-Real? Sin embargo... ¡no! ¡no! ¡es un delirio!

Y la marquesa no volvió á conciliar el sueño; pero estuvo meditando una hora.

A las diez llamó y entró la doncella alarmada, creyendo que su señora estaria enferma cuando tanto madrugaba.

La marquesa se vistió y mandó dos tarjetas con una invitacion de su propio puño, convidando á comer á Eduardo de Campo-Real y al conde de Tamajon.

Habia comprendido que estos dos hombres debian seguir paso á paso su victoria para que la supiera el mundo; de esa manera atormentaba tambien á dos de los que mas la distinguian con sus obsequios.

La coqueteria no es un arte: está elevada á categoría mas alta: la coqueteria es una ciencia.

Despues de almorzar entró la marquesa en su tocador: este era el laboratorio de sus encantos. Allí estaba al empezar este capítulo y allí la dejo completar el estudio práctico de su persona.

Estamos en el gabinete azul.

Al lado de la chimenea, en una butaca, está sentada una jóven, inmóvil como una estátua.

Era Lucía.

Hija de un hermano del marqués del Fresno, que como segundon no habia dejado á su muerte mas que un ilustre apellido, Lucía habia vivido siempre con su tio: al morir este, la recomendó á su mujer, defraudándola en su herencia, por haber hecho un testamento á favor de la marquesa en un momento de demasiado amor.

La pobre huérfana arrastraba una existencia penosa al lado de su tia; las dos eran jóvenes y bellas, aunque con una hermosura muy distinta. La marquesa veia en su sobrina una sombra; la coqueta no consiente que nada se interponga entre ella y su vanidad; y sin embargo, Lucía llevaba en el rostro las muestras inequívocas de la bondad y de la resignacion, viviendo al parecer contenta con aquella especie de aislamiento á que la condenaba el orgullo de la única persona allegada que tenia en el mundo; nunca una queja salió de sus lábios; nunca tuvo la coqueta que echarle en cara una accion, una mirada siquiera con que esta niña pretendiera atraer á ninguno de los infinitos adoradores de aquella.

Lucía se presentaba pocas veces en el gabinete azul; y aunque todos convenian en que su belleza era notoria, no se atrevian á ponerla de manifiesto, bien porque la creyesen eclipsada por la reina

de los salones, bien por no rendir culto en aquel sitio á otra deidad; su ausencia se disculpaba siempre con sus dolencias físicas, porque disfrutaba de poca salud.

Lucía tenia diez y ocho años.

Aunque en su fisonomía estaba pintado el candor, en su alma habia una tempestad que combatía su débil existencia y que la iba destruyendo.

Su cútis moreno era lustroso como el terciopelo.

Sus ojos eran incomprensibles: sus párpados, casi siempre medio cerrados, dejaban adivinar sus pupilas negras como el azabache; pero si alguna vez cruzaba por su mente cierta idea, sus ojos se dilataban, brillando como dos ascuas; pero pronto volvian sus párpados á cerrarse y su fisonomía recobraba su languidez: este brillo era fugaz como el del relámpago que ilumina por un momento el horizonte en una noche de tinieblas. Sus ojos estaban velados con unas ojeras pronunciadas.—Yo deliro por las ojeras: son el alma que se asoma á los ojos, para delatar el temperamento de la mujer; para algunos son las ojeras nubes que oscurecen la trasparencia del cielo; pero sin ellas no comprendo la belleza: una mujer sin ojeras es una flor sin aroma.

Su boca estaba siempre entreabierta, dando paso á un aliento igual, pero agitado; su pecho se levantaba con un movimiento visible, revelando una lucha interior que acaso ella misma no comprendia.

En sus posturas y en su andar no se veia estudio: en sus miembros no habia rigidez; su cuerpo se doblegaba con abandono; sus movimientos parecian indolentes; se mecia como la palmera del desierto á los embates del viento. Era una hija del Oriente con un alma de fuego; pero de un fuego escondido como el del volcan.

El mundo no conócia á Lucía; Lucía no conocia el mundo! Condenada al aislamiento habíase reconcentrado en sí misma sin envidiar la brillante posicion de su tia: aquella turba de admiradores que acosaba perpétuamente á esta, habia pasado desapercibida para ella. Solo un hombre se fijó en su mente.

En sus sueños vió aparecer un fantasma que iba á realizar una idea: este fantasma tomó despues cuerpo y le habló con la voz del alma: habia pasado revista á los hombres que la rodeaban y el fantasma se parecia á Eduardo de Campo-Real.

Pero Lucía habia comprendido que Campo-Real estaba subyugado por la marquesa, y así le amaba en secreto, temiendo confesarse á sí propia aquella impresion que creia pasajera y que sin embargo cada dia tomaba mayores proporciones.

Huyó de Campo-Real, evitando su presencia; pero el amor es implacable y mas con organizaciones como la de Lucía; en la soledad le veia clara y distintamente: el fantasma estaba siempre delante de sus ojos. Se retorcia los brazos y mientras mas se atormentaba mas tenia que pensar en él.

El poeta, que habia empleado su primera juventud

en estudiar á las mujeres, ni siquiera sospechaba que aquella tenia fijo en él su pensamiento; los hombres de mundo que se jactan de ser conocedores del corazon no ven en los ojos mas que la desenvoltura y las miradas del desenfreno. El amor de la virtud, aunque tiene tambien su lengua en los ojos, habla otro idioma, incomprensible para las almas gastadas.

La marquesa no habia sospechado el interés de su sobrina por el poeta, pues la creia insensible.

La colgadura del gabinete azul se levantó y una carcajada hizo estremecer á Lucía, que se puso en pié de un salto: su sistema nervioso se afectaba con cualquiera emocion.

El conde de Tamajon dijo, sin dejar de reirse:

—¿La cándida paloma levanta el vuelo al ver al milano?

—¡Qué susto me ha dado V., señor conde!

—Si comoo yo tuviera V. nervios de acero, no estaria espuesta á esas impresiones peligrosas. Sin duda creyó V. que seria otra persona.... Vamos...

—¿Quién? preguntó Lucía con espanto.

—Otra persona.... el objeto de ese abatimiento contínuo en que está V. siempre.

—¿Yo?

—Sí: seguramente ama V. en secreto á algun venturoso mortal, que ni siquiera sospecha la dicha.....

—¡Se equivoca V., esclamó Lucía interrumpiéndole.

—¡Bah!... No me equivoco. El amor tiene sus

síntomas como las enfermedades; hay dolencias que matan y fiebres que abrasan; ¡ay, Lucía! ¡se está usted quemando á fuego lento!

El conde dió rienda suelta á su risa, porque estaba gozándose en atormentar á una criatura; Lucía se estremeció y con la mano derecha se oprimió el corazon que queria saltar del pecho; ella no adivinaba cómo aquel hombre podia haber leido en su alma.

—No es estraño, continuó el jorobado; esta casa es el templo del amor, y todos los que en ella viven están bajo su influencia; niegue V. que ama.

—Puedo negarlo.

—A mí, no; yo tengo un talisman con el cual leo en lo interior de los individuos. ¿Quiere V. que sea su confidente?

—No, señor conde.

—Lo siento; podriamos hacer causa comun contra esa reina que es fácil destronar.

Eduardo de Campo-Real entró en aquel momento en el gabinete azul. Dilatóse el pecho de Lucía y tuvo que volver la cabeza para esconder la pálidez de su semblante; pero al conde no se le ocultaban los fenómenos psicolójicos: al sorprender aquella impresion abrió los ojos, haciendo un gesto significativo y dijo:

—¡Hola, poeta! llegas en buen momento.

—¿Por qué? preguntó Campo-Real.

—Porque me ayudarás á convencer á esta niña.

Lucía clavó sus ojos en el jorobado para rogarle que callara.

Apesar de que lo comprendió; estaba decidido á mostrarse como siempre implacable; pero felizmente para ella entró la marquesa.

—Doy á ustedes gracias, señores, dijo esta, por la bondad de haber aceptado mi convite.

—Una invitacion de V. es para mí una órden, contestó el conde.

—Me considero honrado con esa distincion, añadió Campo-Real.

—Son ustedes muy amables, dijo la marquesa; el general Medina come hoy conmigo, y me pareció que la compañía de mis mejores amigos le haria mas agradable el rato de la mesa.

—Seguramente, repuso el jorobado casi entre dientes.

—Yo creo, dijo el poeta, que el general no necesita mas aliciente que la compañía de V., marquesa.

—Ya sabe V. que estoy reñida con la galantería.

El general Medina llegó á interrumpir la conversacion.

El conde le hizo un saludo afectuosísimo.

Se entabló una conversacion indiferente que duró mas de una hora. El jorobado agotó los recursos de su imajinacion para captarse la simpatía de Medina, hablándole con entusiasmo de la guerra y de la gloria; queria al mismo tiempo distraerlo para que no se fijase en las miradas de la marquesa, que habia triunfado al fin en el espejo: estaba hermosísima.

La coqueta á primera vista comprendió que habia ganado terreno, y aun le pareció que el general

habia mirado de reojo mas de una vez; apesar del interés que debia inspirarle la conversacion del conde.

Campo-Real callaba y observaba.

Lucía ó miraba al suelo ó se atrevia á fijar sus bellos ojos en el jorobado, en su tia ó en el general: en todos, menos en el poeta; ¿seria por miedo ó porque no necesitaba mirarle para verle?

A las siete, la marquesa llamó; al presentarse un criado mandó servir la sopa y se puso en pié.

Todos la imitaron.

El criado dió el aviso y levantó la colgadura de la puerta para franquear el paso.

Campo-Real se dirijió á la marquesa por la izquierda y el conde por la derecha, presentándola ambos el brazo para conducirla.

La marquesa miró al uno, despues al otro y dijo sonriéndose:

—Señores, me ponen ustedes en un compromiso.

—Yo llegué primero, dijo Campo-Real con gravedad.

—No: tengo la primacia, esclamó el jorobado riéndose.

—No quiero dejar descontento á ninguno de los dos, añadió la coqueta.

—Eso es, repuso el poeta parodiando á García del Castañar; para dos brazos dos. Me pertenece el izquierdo.

—Y á mí el derecho.

—La igualdad es mi norma, señores.

—Bien, dijeron los dos.

—General, ¿me hace V. el favor de ofrecerme su brazo?

—Señora, con mucho gusto.

Y la marquesa se apoyó en el brazo de Medina, dejando al poeta y al jorobado en actitud académica y absortos.

El conde soltó una carcajada, esclamando:

—General, apunte V. en su biografía esta victoria inesperada.

—No lo olvidaré, contestó Medina frunciendo las cejas.

—Eduardo, continuó el conde, ¿te has quedado convertido en estátua de sal, como la mujer de Lot?

Campo-Real rechinó los dientes, murmurando un grito de venganza.

—¡Derrota completa, amigo mio! añadió el jorobado; pero consuélate con que la Providencia te depara aquí una criatura angelical, no menos bella por cierto.

Y señaló á Lucía que estaba reclinada sobre el mármol de la chimenea, pálida como un cadáver, pero bella como una aparicion ideal.

Por la mente del poeta cruzó una ráfaga, y adelantándose á Lucía, presentó su brazo, diciendo:

—Efectivamente, querido conde, gano en el cambio; estaba ciego, pues no habia visto á la sensitiva, como la llamaste anoche.

—Vamos, Lucía, dé V. el brazo á ese galan, que la marquesa nos estará echando de menos en el comedor.

Lucía se apoyó en el brazo de Campo-Real; pero al moverse, un sacudimiento nervioso ajitó su cuerpo reclinándose sobre el poeta, como un lirio cuyo tallo se troncha; aquel roce conmovió á Campo-Real.

—¿Está V. indispuesta, Lucía?

—No es nada: un vértigo; el calor de la chimenea sin duda.

—Sí: el calor, dijo el conde maliciosamente.

—Apóyese V. bien en mi brazo.

—Gracias, murmuró ella.

—Soy cruel, Lucía, añadió Campo-Real; pero crea V. que quisiera verla padecer; está V. bellísima con esa palidez.

Lucía se estremeció de nuevo.

—Lucía es una perla escondida entre las rocas, dijo el conde; los hombres se pagan del oropel, porque no saben quilatar el oro.

Lucía no podia contestar; su corazon queria romper la cárcel de su pecho.

Llegaron al comedor y tomaron asiento.

La mesa estuvo animada.

Medina, que habia conseguido una preferencia y que veia las atenciones de aquella mujer suprema, estuvo inspirado, sosteniendo sin embargo con mas brío que la noche anterior su creencia de que solo la gloria reinaba en su corazon; pero en aquella fisonomia de hierro habia aparecido alguna vez la sonrisa, y la coqueta estaba leyendo su triunfo en los ojos del general: este acojia con agrado los chistes repetidos del jorobado que se esforzaba en demostrar su talento.

Campo-Real habia formado su proyecto: herido vivamente en su amor propio se fijó en Lucía, comprendiendo que irritaria á la marquesa verse postergada por otra mujer; así, durante la comida dirijió frases galantes á Lucía, consagrándose á obsequiarla; pero la marquesa ni le vió ni le oyó: el general llenaba aquel dia toda su atencion.

Lucía callaba y no comia: aunque su alma privilejiada adivinara que aquel cambio era un estudio, gozaba con las mentiras del poeta, porque creia que realizaba uno de sus ensueños: son tan dulces las mentiras, que aun viéndolas palpables las acoje la mujer con frenesí. Los ojos de Lucía estaban enteramente cerrados: Lucía soñaba despierta.

Concluyó la comida, y despues de tomar el café, los convidados se retiraron.

El conde cojió del brazo á Campo-Real y le dijo apenas pisaron la calle:

—No tienes mundo.

—¡Esa mujer me precipita!

—¿La amas?

—No: te lo juro; pero ha herido mi amor propio y me vengaré de ella.

Los ojos del conde de Tamajon se dilataron.

—No tienes derecho, Eduardo, á pedirla cuentas.

—Sí.

—¿Porqué?

—Porque espuse mi vida por ella.

—¿Tú? no recuerdo....

—Sí: cuando el desafío con el príncipe polaco me

escribió una carta; estuvo despues en mi casa y juró que me amaba para que le sirviera de arma contra el hombre que la habia ofendido.

—¿Una carta? y ¿qué resultó?

—Que me batí con el polaco.

—¡Ah! sí; ya me acuerdo. Esa mujer es infame, Eduardo, y necesitas vengarte; no hubiera creido en ella tanta maldad.

Llegaron á la puerta de la casa de Campo-Real y el conde se despidió, diciéndole:

—Mañana me enseñarás esa carta y combinaremos un plan para vengarnos, porque tambien me hirió con su desaire.

El júbilo ahogaba al jorobado: necesitaba apoderarse de aquella carta que le deparaba Satanás para perder á la marquesa.

El conde no durmió aquella noche, contando los minutos y echando maldiciones al reló, que andaba muy despacio.

Campo-Real entró en su casa ajitado; abrió un cajon de su pupitre, sacó un manuscrito voluminoso que estuvo hojeando y escribió en una hoja:

«15 *de diciembre.*—El general Medina me ha robado el puesto; pero mi amigo el conde tiene razon: necesito vengarme de la marquesa y puedo hacerlo.»

Despues se acostó; al dormirse vagaba por sus lábios el nombre de Lucía.

Sin duda la pobre niña era el instrumento elejido para la venganza.

VIII.

El diario de un poeta.

¿Quieres conocer, lector, á Eduardo de Campo-Real? ¿Quieres profundizar en la intimidad de la vida del poeta?—Tengo en la mano un cuaderno en fólio, manuscrito, el mismo donde escribió las palabras con que concluye el capítulo anterior; lo hojearé solamente, pasando por alto muchas pájinas para no cansarte: verás solo algunos de sus apuntes, que te bastarán para formar una idea de su carácter; Campo-Real jugará mucho en la historia demasiado verídica que voy trazando.

Cuando conozcas á fondo á Eduardo de Campo-Real, conocerás á muchos de esos hombres que te dan la mano en el paseo; que admites en tu casa á todas

horas, que se llaman tu amigo y que por respetos á tí miran solo de reojo á tu hermana ó á tu esposa: uno de esos hombres que no tienen conciencia respecto á la mujer, porque creyéndola pais conquistado profesan esta máxima de un amigo mio que vive de los negocios: «la intencion en Dios y la mano donde caiga.»

Leamos, pues, el manuscrito:

«9 *de noviembre de* 1831.—Hoy cumplo veinticinco años; soy mayor de edad: ventaja que no aprecio en su justo valor, porque no tengo bienes que administrar: soy pobre, pues vivo *de la pluma*, ni mas ni menos que el dueño del corral de enfrente de mi casa que vende pollos y gallinas.

»En cambio, soy *libre*; la suerte me libertó de la quinta y la astucia me vá libertando de la Milicia nacional. Detesto la carrera de las armas porque me gusta obrar á mi antojo y no saber en lo que ocuparé el dia de mañana.

»Tengo veinticinco años: ya puedo ser diputado; no sé confeccionar leyes, pero aprenderé en el Congreso; en hablando mucho, cumpliré con mi mision y me elevaré.

»Debo conquistar un nombre en el Parnaso, pues prometo: así me lo dijo *Fígaro* en una crítica; en los diarios he escrito yo algunos sueltos llamándome *génio*, y el público, que es un bobalicon, se lo ha creido; todos me llaman *el poeta*, y esto me envanece, porque con ese mismo sustantivo se evocan siempre los nombres de Calderon y de Lope y de Tirso.

»Vivo en un cuarto desde donde no necesito telescopio para ver las estrellas ni bocina para hablar con los habitantes de la luna.

»Dicen que el hambre es la musa del poeta; pero yo no puedo componer una redondilla antes de almorzar; lo que sí aseguro es que soy hombre de ideas y de posicion *elevadas*: mi bohardilla está á mil piés sobre el nivel del mar. Para mis amigos habito en el Pindo: nunca les doy las señas de mi casa.

»Mi traje es siempre elegante, porque para alternar con la gente de tono es preciso llevar un frac *á lal dernière* y unas botas de charol; cuando no tengo dinero—enfermedad de que suele adolecer el talento—hago cambiar de nacionalidad á los sastres y á los zapateros: sean franceses, alemanes ó españoles, los convierto en *ingleses*. La gente *comme il faut* admite en su casa al frac que viste el individuo, no al individuo; así, como necesito perpétuamente de un traje, no me paro en los medios.

»Soy soltero y no pienso por ahora en casarme; el poeta necesita de una mujer que lo inspire: cualquiera mujer- menos la propia.—Un poeta casado me hace el efecto de un violin con funda.

»¡Qué estro tan fecundo el mio! A los quince años ya hablaba yo de desengaños y de dolores y de falsías: viajaba por un mundo desconocido, copiando los apuntes de los que me habian precedido: á los quince años era yo un náufrago, sin haber visto el mar. Cantaba á todo, porque mi vena brotaba como una sangría suelta.

»He escrito mas que el Tostado: felizmente el papel contínuo se espénde á tan módico precio que está al alcance de mi fortuna.

»¡Cómo he engañado á las mujeres! Hice una poesía titulada *A ella*, que me sirvió de *circular*: era una profesion de fé ministerial, aceptable y acomodaticia.

»A propósito de mujeres: haré exámen de conciencia. Quiero escribir un diario que será el sepulcro de mis ideas; en él vaciaré cada noche mis pensamientos; en él depositaré las horas de mi existencia: no tengo á quien confiar mis goces y mis penas, porque vivo en la córte como el hongo en el campo.

»Aseguran que no hay mas que un amor verdadero en la vida: amé con delirio á un centenar de mujeres y me hallo dispuesto á amar igual ó mayor número. No me atrevo á compararme con Petrarca; pero sí diré que he compuesto mas sonetos que él á mi Laura:—esta *Laura* es un nombre que puede acomodarse á aquellas cien mujeres.

»He pasado por ellas muy malos ratos: sobretodo en las épocas en que tuve la debilidad de querer á una sola; el que pretenda ser feliz ame á muchas á la vez, porque así hay donde variar y cuando se pierde una, como queda *la reserva*, no es tan fuerte el dolor: repartido el cariño está amenguado, como se comprende fácilmente.

»Calumnian á las mujeres suponiendo que son interesadas; nunca les dí mas que disgustos: verdad es

que me pagaron con usura en la misma moneda. He recorrido la escala social: con mas ó menos fórmulas, todas las mujeres exijen lo mismo.

»Con ellas no desperdicié el tiempo, pues tambien supe esplotar el amor. Yo estropeaba el idioma francés y topé en mi camino con una deliciosa *grisette* que ignoraba el castellano; nos entendimos, porque el lenguaje del amor es el mismo en todos los paises y la necesidad de comunicarnos nos hizo aprender, á mí su idioma y á ella el mio; ¡qué delicioso es ser á un tiempo maestro y discípulo de una mujer bonita á quien se ama! porque amaba á la *grisette*.

»¡Qué diferencia entre la *grisette* de Francia y la modista de España! La *grisette* conocia el uso de la gramática, sabia *par cœur* á Paul de Kock y á Victor Hugo y escribia cartas-modelos. La modista apenas sabe leer (si sabe), y si aplaude algun sainete—su bello ideal literario—no le pregunteis quien era don Ramon de la Cruz.

»Amaestrado en el idioma francés, busqué el amor en los bastidores y una *prima donna* me enseñó á hablar el italiano.

»Agradándome este sistema de lingüística, corrí detrás de una inglesa, que no tuvo tiempo de perfeccionarme, porque me dejó por un compatriota suyo, sin comprender que necesitaba algunas lecciones mas de inglés.

»Y héme aquí desde entonces afiliado á cuantas estranjeras encuentro, para llegar á ser de una manera nueva y económica, un verdadero polígloto.

»En amor se juega al gana-pierde, pues quien mas pone, pierde mas.

»Me gustan las mujeres, sin escepcion:—las feas y las viejas no son mujeres;—serán todo lo mas, una dejeneracion del sexo.—He amado gordas y flacas, rubias y morenas, altas y bajas; me he convencido de que la perdiz, estofada y en escabeche y en salsa, es siempre perdiz. He sido gastrónomo en amor: cuando tuve pocos años, atendí mas á la cantidad que á la calidad; despues que crecí, atiendo mas á la calidad que á la cantidad: en este cambio no he ganado mas que depurar el gusto.

»Por ellas pasé muchas noches sin dormir; por ellas cojí resfriados, haciendo centinelas; por ellas abandoné el estudio y el trabajo; por ellas no soy rico; pero ¿qué me importa? ¿sé yo acaso ser feliz sin ellas? Tengo una calentura perpétua que la produce la exaltacion del amor; por fortuna, las que veo hoy me gustan mas que las que ví ayer; y las que adivino, me gustan mas que las que veo hoy. Mi organizacion es impresionable: la primera mirada de una mujer me conmueve y dormido acaricio la mano que despues me abandonó como primera prueba de una pasion irresistible.

»Si voy al teatro y á paseo y á los salones, no voy mas que á pescar: pesco con anzuelo y con nasa y con red; cuanto cojo, aprovecho: desde el pescado mas basto hasta el suculento mero.

»¡Cuánto las he engañado! pero ¡cuánto me deben todavía!

»Tengo un cajon de cartas y retratos y cabellos y despojos simbólicos: es el botin de las batallas; pero un botin sin valor alguno.

»Las cartas nada dicen, despues de haberlo dicho todo; aparecen escritas por un formulario: ó las mujeres aprenden una misma coleccion de frases ó el amor es muy pobre: todas me juraron morirse el dia que dejara de quererlas; voy al Campo-santo á buscarlas y no veo inscritos sus nombres en aquella hilera regimentada de lápidas, en aquella *Guia de forasteros*, de piedra; en cambio las encuentro á cada paso por el mundo, como si no me hubiesen conocido, ó bien me saludan con una indiferencia que engaña al hombre que va á su lado. ¡Ay! ¡yo tambien las acompañé! ¡Cuántos saludos harian entonces de la misma manera!

»Decid á un amante que la mujer que estrecha con frenesí entre sus brazos le verá mañana impasible y os espondreis á recibir una estocada. ¡Este es el mundo!

»Las cartas yacen en mi cajon como documentos en un archivo; cuando voy á consultarlos, aprendo algo, porque aprendo mi propia historia. ¡Los hombres, desconociéndose á sí mismos, pretenden conocer á los demas!

»La mujer me encantó en todos sus estados, porque soltera, casada ó viuda era siempre mujer; pero hoy prefiero á la mujer independiente, porque sea por celos, por orgullo ó por amor, he modificado mis ideas, y ya hasta el aire que se interpone en-

tre mi cariño y la mujer que amo, me roba algo de ella. Antes buscaba en el amor la mujer; hoy busco en la mujer el amor. He idealizado mis sentimientos: el amor es el alma de la mujer; la mujer es el alma del amor.

»No hago protesta alguna, porque no llevo trazas de corregirme; lo que digo ahora lo desmiento dos renglones mas abajo; ¿sé yo cómo pienso respecto al amor y á la mujer? ¿sé yo tampoco lo que necesito?— El tiempo me lo dirá......

»Pero ¿qué miro? El descarado Febo entra por las rendijas de mi ventana; debe ser tarde: aunque bien mirado, el sol me visita una hora antes que á los mortales que habitan en la tierra: mi vela de sebo espira, y ahora recuerdo que debo tener sueño: son las seis de la mañana y á las siete me levanto diariamente para seguir las huellas á ese ciervo que huye delante del hombre y que solo á fuerza de piernas consigue dar alcance al terminar la jornada: ¿quién no comprende que ese ciervo es *el pan de cada dia*?

»Me voy á la cama: ¡quiera Dios que las mujeres que evoqué me dejen dormir! Las mujeres son como los remordimientos: quitan el sueño y atormentan.»

«10 *de noviembre*.—Ya me voy enmendando; se me figura que esta pasion será eterna, porque sospecho que al fin me fijo. Al salir del Prado, una jóven me dijo que yo le gustaba, que me amaria con delirio y qué se yo cuántas cosas, mandándome que la siguiera: órden que obedecí, porque soy muy subor-

dihado, sobre todo el primer dia. ¡Cuánto me dijo! verdad es que todo lo interpreté en solo una mirada que me dirijió.

»¡Qué mujer! ¡rubia!—¡No hay nada como una mujer rubia!—¡Es encantadora! Filena (que así se llama) me hará perder el juicio; nunca amé como hoy: parezco un niño de quince años.—Voy á acostarme, acariciando su nombre y su recuerdo.»

«20 *de noviembre.*—Diez dias hace que conozco á Filena; ¡qué dias tan sin iguales! Filena no ha amado mas que á otro hombre, á quien detesta hoy:—debo creerlo porque ella me lo dice; su ex-amante estaba dedicado al comercio y apostrofa con mucha gracia á los comerciantes, llamándolos *hombres del maravedí*; me asegura que desprecia el vil metal y que solo anhela mi amor, con lo cual está de enhorabuena mi escuálido bolsillo.

»¡Ah! ¡mujer suprema! Hoy me juzgo dichoso: Filena no me engaña.»

«4 *de diciembre.*—¡Infame Filena! á pesar de tantas protestas me ha dejado por un hortera rico de la calle de Postas que la ofreció lujo. ¡Ella!... ¡Ah!..

»¡Qué carta la he escrito! ¡debe morirse de vergüenza! He probado á Filena que eran falsas sus teorías contra el comercio:—¡contra el comercio que tiene un trono en su corazon y un mostrador en su cuerpo!—¡Qué idea tan feroz! ¡de fijo se muere!»

«5 *de diciembre.*—Parece imposible: he visto esta noche á Filena en un palco del teatro del Príncipe; la acompañaba el hortera: ¡un hombre vulgar y gordo!

¡Filena no solo no habia muerto sino que me saludó sonriéndose!—Cometí la tontería de salirme del teatro, manifestando despecho.

»Del teatro fuí á una tertulia; allí conocí á Ruperta: una muchacha angelical; para vengarme de Filena, empecé á dirigirla tiernas miradas que encontraron su correspondencia. A las once me senté junto á Ruperta y á las doce estaba furiosamente enamorado de ella. ¡Cómo rabiará Filena cuando lo sepa!

»Ruperta es mas linda; Ruperta es morena; ¡no hay nada como una mujer morena! ¡Ruperta es mi bello ideal!—Ahora sí que estoy enamorado de veras.»

«1.° *de enero de* 1835.—«Año nuevo, vida nueva» dice el refran y no debo desmentirlo. En la misa del gallo conocí á Felisa: este amor ya es viejo; me correspondió en la Navidad de 1834 y ya estoy en otro año. Mucho he querido á Felisa, pero tambien queria á Ruperta, que me dejó por un capitan de ingenieros que le ofreció la *casaca*; el capitan llevaba dos charreteras: ¡la niña antes del matrimonio habia pensado en la *viudedad*!

»Mañana rompo mis relaciones con Felisa y con Cármen y con Manuela y con Patrocinio; año nuevo, vida nueva.»

«20 *de mayo*.—Cojo la pluma riéndome: he escapado de una catástrofe.

»Fuí esta noche á ver á Matilde, que me escribe seis cartas diarias, y cuando estaba dándome quejas llamó el marido á la puerta; Matilde se asustó y quiso esconderme; pero no habia ningun mueble á pro-

pósito en aquel aposento, que no tenia mas salida que la alcoba; feliz ó desgraciadamente fijó la vista en un reló grande y antiguo, que debé haber conocido el diluvio; sin darme tiempo para reflexionar, abrió la caja y á empujones me hizo meter en ella, echando la llave:—estaba emparedado y sin movimiento.

»El marido se dirijió á la alcoba; pero como con mi cuerpo habia parado la péndola, me ocurrió que si el marido notaba la falta del movimiento mecánico, podia abrir la caja y darme un mal rato; ¡qué idea! imité con la boca el *tic-tac* de la péndola por espacio de una hora que tardó en dormirse: esta ocupacion me secó la boca y me irritó la garganta.

»La benéfica mano de la fámula-Mercurio, abrió la caja y salí medio asfixiado; por fortuna, aunque estoy resfriado, no me acometió ningun importuno golpe de tos.

»Cuando me ví en la calle me pareció mentira y eché á correr, haciendo la cruz á Matilde y á su casa.

»¡Cuánto reirán mañana mis amigos en el café del Príncipe!»

«15 *de julio*.—Al retirarme encuentro una carta por debajo de la puerta; es de una mujer; ¿quién puede haberla dado mis señas? ¿Qué no averiguan las mujeres?—La carta dice así:

«Mi querido Eduardo: vivo soñando con tu amor »y necesito verte siempre. Pasa por mi calle todas las »tardes á las siete, que estaré al balcon; si cierro la »persiana de la derecha, comprenderás que voy al

»Prado; si cierro la de la izquierda, voy á casa de *mi* »*amiga*; si me arreglo los rizos, subes á verme; si »bajo los brazos, puedes ir despacio y volver la ca»beza muchas veces para mirarme; si permanezco »inmóvil, sigue de prisa, porque me comprometerías; »¡habrá moros en la costa!

»No vayas á paseo, ni al teatro, ni mires á otras »mujeres; estáte en casa todo el dia; como soy exi»gente, solo así me darás gusto. Te adora—*La Cala»midad.*»

»No me equivoqué al ponerla ese nombre el dia que la conocí; ¡esta mujer es atroz! necesito formar una lista de los signos telegráficos que me marca para comprenderla.»

«21 *de agosto.*—Al entrar hoy en la calle donde vive *La Calamidad*, la ví cerrar la persiana de la derecha; aquella seña no era para mí porque todavía no me habia divisado; reparé bien y distinguí á un mozalvete rubio que pasaba por la acera opuesta, contemplándola con esa mirada que nunca se equivoca.

»Ella iba al Prado y allá fuí: tambien estaba el mozalvete rubio. ¡Qué dignidad la mia! La miré con el mayor desprecio y creo que me comprendió.—Su sistema telegráfico me cansaba ya y ella tambien. ¡Soy feliz! ¡he roto ese lazo!»

«30 *de octubre.*—Estoy en crisis. Mañana se estrena en el teatro de la Cruz un drama que escribí en casa de Etelvina. Etelvina y mi drama llenan hoy mi pensamiento.

»Etelvina es una niña romántica que bebe vinagre para estar descolorida, que sueña con fantasmas, que delira por Bouchardy y que sabe de memoria *La Conjuracion de Venecia* y *Don Alvaro*; en la pulsera lleva un frasco de veneno y se empeña en esconder un puñal debajo de mi chaleco. Ella me invadió como el cólera-morbo, inficionándome en el romanticismo; ella, en una palabra, me inspiró mi drama. ¡Estoy horrizado de mi inspiracion!

»El drama se titula *Los cien espectros ensangrentados* y está amoldado al gusto de la época; Espronceda y Larra dicen que mi drama es un acontecimiento literario; Etelvina daria un año de vida por hacer el papel de la dama. Las escenas son terrorificas; ningun actor se escapa de la muerte; quise dejar con vida á una pobre criatura y á un viejo; pero no pude conmover el duro corazon de Etelvina. El drama concluye con un incendio voraz, donde perecen todos; hay que perseguir á un traidor; se sabe que está en una ciudad, se prende fuego á esta y no hay remedio: el traidor *acaba* convertido en toston; ¿qué importa que mueran allí cien mil personas, si se consigue castigar á un criminal?—Esta es la moralidad de la obra.

»Cuando recobro el juicio que esta mujer me ha robado, cuando tengo un momento lúcido, me zumba en las orejas una descarga de silbidos; pero Etelvina me llama necio y cobarde y me entusiasma. Quiere que mañana vaya con ella á la tertulia, á un palco oscuro para que nadie nos vea; me resisto,

pero se empeña y vencerá. Tiene la fibra de acero colado y la mia es de manteca.

—»¡Qué noche, Eduardo mio! me dijo esta tarde en uno de sus arrebatos; compartirás tu triunfo conmigo solamente; por cada aplauso que recibas te daré un beso.

—»¿Y si me silban? pregunté yo estremeciéndome.

—»Entonces, me contestó levantándose sobre la punta de los piés, ¡entonces te daré mil!

»Decididamente, Etelvina es una mujer superior; su rasgo me volvió las fuerzas. ¡Ay! ¡qué dia el de mañana!»

«31 *de octubre.*—Mi drama se ha representado con un éxito asombroso; el público aplaudia á rabiar; ya veo que no soy yo sino el público el que ha perdido el juicio. Al apuntador lo sacaron de la concha medio ahogado con el humo del incendio.—Larra y Espronceda tenian razon: mi drama ha sido *un acontecimiento.*

»Me llamaron á la escena; estaba con Etelvina en el consabido palco de tertulia y me sujetó con fuerza; su mano abrasaba; tenia calentura. No quiso dejarme salir á las tablas, pues dijo que mi obra pertenecia al público, pero que yo pertenecia á ella. ¡Pobre niña! ¡adora en mí!

»Voy á dormir; temo que los aplausos y el incendio y Etelvina me causen esta noche una pesadilla.»

«3 *de febrero de* 1836.—Estoy solo; Etelvina se escapó ayer á Granada con un segundo galan, de

quien se enamoró porque sabía *matar* muy bien: era un hombre que crispaba los nervios. Mi organizacion no se prestaba á sostener sus ilusiones, pues quería que siempre estuviera yo con los pelos herizados.

»Sin duda por equivocacion se ha llevado mi reló, única alhaja salvada de la crisis monetaria que atravieso; lo sentí porque era regalo de mi madre y porque valia treinta duros.»

«15 *de febrero*.—La desesperacion me hace invocar la muerte; necesito suicidarme; son las cuatro de la tarde y todavia no he almorzado; toda la mañana la ocupé en meditar un suicidio cómodo y barato; no tengo armas blancas, ni de fuego, ni dinero para comprar un cordel, ni carbon para asfixiarme; podria tirarme desde la bohardilla á la calle, pero además de que el viaje seria largo, recuerdo que una vecina que me gusta mucho es muy nerviosa y la proporcionaria un ataque epiléptico; el Canal es mi único recurso, pero me ocurre que el agua estará muy fria; y luego morir entre fango como un sapo es una muerte pobre para quien posee una fantasía tan rica; para ir al Canal tengo que atravesar muchas calles de Madrid y esto es imposible: yo no puedo salir más que de noche como los murciélagos.... ¡Está nevando! ¡mi capa está de temporada en casa del prestamista!

»Conservo un plano de la coronada villa; voy á formar un itinerario de mi casa al Canal. Paso el dedo por las calles y en todas encuentro establecimientos que me cierran el paso, porque representan otros tantos créditos contra mí; despues de recorrer el plano,

esclamo dando un suspiro: «¡Ay, Eduardo! ¡*poco Madrid* te queda!»

»Debo hoy la vida á mis acreedores; me voy á acostar, porque dicen que el sueño *alimenta*.»

«16 *de febrero*.—Si es verdad que alimenta el sueño, tambien lo es que el hambre destierra el sueño; pasé la noche *en blanco* y pasaré el dia *sin blanca*; las gentes aseguran que tengo mucho talento; y ¿de qué me sirve el talento? ¿en qué puedo emplearlo si aquí nadie le dá trabajo?—¡Qué venturoso es el zapatero de mi portal! Los zapatos se rompen y hay que remendarlos; pero leer no es una necesidad.

»Mis esperanzas se desvanecen ante el vacío del estómago; voy á suicidarme... Pero llaman á la puerta.....

»La Providencia acaba de visitarme; ¡¡Dios no abandona á sus criaturas! La Providencia venia vestida con un sobretodo forrado de pieles: era un editor que acometió la heroicidad de subir mis ciento sesenta escalones, para traerme dinero: ¡ esto sí que parecerá fabuloso!

»Acabo de comprometerme á traducir una biblioteca, á 20 rs. el pliego: ¡traducir un poeta como yó! Y sin embargo ¡ soy feliz ! Ya seré rico algunos meses.

»Mi portero me trae una chuleta del bodegon de la esquina y mis dientes no perdonan ni el hueso: ya por el hambre que tenia, ya porque el hueso tambien cuesta dinero. Me pongo en seguida el frac y las botas de charol, flamantes siempre por mi siste-

ma, y me lanzo á la calle sin miedo á mi lejion de *ingleses*; ¡soy mas rico que Creso! ¡llevo en el bolsillo seis napoleones!»

«*Domingo de Ramos*.—He salido á buscar una *palma* y llegué tarde; pero he apuntado una mujer mas en mi lista; Amelia no es muy bella y sin embargo hace dos meses que la quiero: Amelia es una mujer peligrosa, porque tiene talento y unas magníficas ojeras; es una mujer de fuego: su temperatura iguala á la del agua hirviendo.

»Amelia es artista: una mujer de teatro es mi tipo.—Creo que Amelia me adora.»

«20 *de mayo*.—Nada echo de menos con Amelia; paso las horas enteras á su lado y no me acuerdo del bullicio del mundo; cuando está en escena canta para mí solo y se establece entre nuestros ojos una corriente magnética; cuando la aplauden me regocijo apropiándome aquellos aplausos; cuando el público se muestra indiferente me batiria con el público.—Creo que la adoro.»

«15 *de agosto*.—Amelia se ha marchado hoy para cantar en un teatro de provincia.—Madrid me parece desierto.»

»20 *de octubre*.—Me he batido con un *quidam* porque me dijo que Amelia me era infiel. ¡No es posible! ¡ella me escribe que la calumnian!»

«10 *de diciembre*.—Amelia me engañaba; el empresario de su teatro gastaba con ella un capital y la eleccion no era dudosa; el empresario le daba mucho dinero; yo no le daba mas que mucho amor.

»La mujer de teatro no tiene corazon; ama al público mas que al amante; su móvil es siempre el interés; acostumbrada á finjir en la escena, representa muy bien el papel de *Eloisa*; ¡y yo que fuí un *Abelardo* consagrado á ella! Soy incorregible; Amelia acaba de escribir una página mas en la historia infeliz de mis dolores.» . . . .

«25 *de diciembre*.—Quince dias han pasado: sufrí un poco, pero ahora me alegro; he perdido una mujer y en cambio he encontrado mil.» . . . .

«13 *de mayo de* 1837.—Dice un periódico que Amelia se ha casado con el empresario.—¡Já, já, já! ¡ya estoy vengado!» . . . . .

«15 *de mayo*.—Ahora sí que tropecé con la felicidad. Yo tenia un tio en la Habana y no lo sabia; este tio acaba de morir—¡qué tio tan oportuno!—dejándome una herencia de cien mil pesos; ¡y dicen que la alegria mata! ¡y dicen que ya pertenecen á la historia *los tios en Indias!* . . . . . .

»Voy á descender de mi elevada posicion para habitar en un cuarto principal; quemaré mis libros y mi lira; no vuelvo á coger la pluma ni para escribir una carta. Hace un año que presenté al teatro del Príncipe una comedia y voy á retirarla; no quiero que el público me aplauda; no quiero que mi nombre figure en los carteles. . . . . . .

»Despues de hacer estas reflexiones he bailado la galop en mi reducida estancia. . . . . . .

»¡Ah! ahora me acuerdo que debo estar triste por la muerte de mi querido tio; cumpliré con el mundo;

voy á llevar mi sombrero á Aimable para que le ponga la gasa negra. De paso cobraré la letra.

»Cojo el plano de Madrid y lo guardo en el bolsillo del frac; voy á reconquistar mi libertad, adquiriendo el derecho de transitar por todas partes á todas horas.»

«20 *de junio.*—Mañana me voy á Francia; dejo á mi mayordomo la comision de cuidar el cuarto que alquilé en la calle de la Montera y que amueblé con lujo; tengo un carruaje y soy hombre de posicion; no leo ningun periódico, pues me dan horror las letras de molde.»

«5 *de noviembre.*—He pasado el verano en París; ¡qué bien se gasta allí el dinero! ¡qué mujeres hay en aquella Babel! Desde que soy rico noto que tengo mas aficion á *ellas.*»

«4 *de mayo de* 1838.—Soy un hombre del gran mundo: duermo de dia, murmuro y paseo por la tarde y por la noche pierdo el tiempo en las *soirées* y el dinero en el Casino: he reñido completamente con las Musas; son unas desventuradas que habitan de limosna en las *Incurables*; sus harapos mancharían mis guantes blancos.

»Cuento por mayor *les bonnes fortunes.* El amor no cambia de faz al trasladarse de la bohardilla al cuarto principal, de la silla de pino á la butaca de muelles; cambia solo de traje; debajo del percal late el corazon lo mismo que debajo del terciopelo; si hay alguna diferencia no lleva el terciopelo la ventaja.

»En los salones, las mamás me miran con codicia y

las hijas con ternura; estas miradas que como flechas me dirijen no traspasan mi chaleco: se clavan en el *bolsillo*.—Nadie ignora que soy rico.

»Hace tres dias que me presentaron en el gabinete azul de la marquesa del Fresno: es una mujer deliciosa que necesito subyugar porque es la reina de los salones, y su conquista me proporcionará otras muchas: es una coqueta. Las mujeres de mundo aman por orgullo á los hombres que tienen *partido*: siguen la costumbre de la moda; codician las prendas codiciadas, porque no aman para ellas sino para el mundo.

»La cualidad de poeta me vale la distincion de la marquesa; cree que pienso en verso y que hablo en verso; cuanto digo le parece nuevo y original. Ella concebia al poeta como un ser ideal, mantenido de ilusiones y viviendo en la miseria: lo concebia, en una palabra, como era yo antes de la bienaventurada muerte de mi tio el de Cuba; soñaba con el amor de un poeta, pero al ver en mí á un hombre aseado que gasta lujo y que tiene una posicion, asegura que el despertar superó á su sueño.

»La marquesa me prefiere á todos los que concurren al gabinete azul; sus admiradores me miran de reojo y me llaman con desden *el poeta*, sin ver que me realzan á sus ojos.»

«12 *de mayo*.—No amo á la marquesa á pesar de su hermosura; y sin embargo, no sé estar sino á su lado; cada dia pondero mas la exaltacion de mi cariño: ella no vive sin mí: sus satélites me apellidan

el favorito de la reina de los salones: aparento indiferencia, pero este título me trastorna los sentidos y me enorgullece; y repito que no la amo: no acierto á esplicarme este fenómeno.

»He conocido en su casa al conde de Tamajon, un hombre ilustre que está siempre contento, sin deplorar su deformidad física; me ha tomado tal cariño que no se separa de mí un instante: el conde debe tener un corazon muy sano: lleva pintada en el rostro la lealtad: se mataria por mí.»

«10 *de junio.*—Me voy á Francia y se me figura que la marquesa está triste; delante de la gente nos hablamos de *usted*, y de *tú* cuando estamos solos; le debo favores, pero es bien parca en ellos: me prefiere para darla el brazo al salir del teatro, me saluda con una sonrisa mas graciosa que á los demás, me estrecha la mano suavemente, admite algunos versos *de circunstancias* (que resucito de mi coleccion) y me convida á menudo á comer. Esto es bien poco para dos amantes, pero tampoco exijo mas.

»No he conseguido que me escriba á París: dice que las cartas son *documentos fehacientes.*»

«22 *de octubre.*—He vuelto de París: la marquesa me ha recibido con una sonrisa de satisfaccion. En cambio, el conde de Tamajon me ha dado un abrazo fraternal.»

«7 *de noviembre.*—Esta noche dí quejas á la marquesa porque coqueteaba en el teatro con un príncipe polaco recien llegado á Madrid; al salir me llamó *impertinente* y me incomodé; al dejarla en su car-

ruaje la hice un saludo grave.—No amo á esa mujer y no puedo soportar á los hombres que la rodean.»

«8 *de noviembre.*—Esta tarde sostuve una polémica fuerte con la marquesa, acerca del príncipe polaco; pero como hoy se lo presentaban me contestó con aspereza. No vuelvo á visitarla: es una coqueta perjudicial.»

«9 *de noviembre.*—Al levantarme conocí que era débil y que iria á su casa: ella es una necesidad para mí; pero me he defendido todo el dia. Hoy es mi cumpleaños y no me ha enviado ni una tarjeta; mi amor propio herido me dió fortaleza.

»La marquesa murió para mi amor.»

«20 *de noviembre.*—Han pasado once dias mas sin poner los piés en el gabinete azul: la crónica forma mil comentarios y me halaga que se ocupen de mí. He visto á la marquesa en paseo y en el teatro, y la he saludado sin recibir la menor queja por mi retraimiento.—Debe sufrir porque me queria mas que yo á ella.»

«2 *de diciembre.*—En el Casino he sabido que el príncipe polaco habia insultado á la marquesa en el teatro; se apasionó de ella y no pudo conseguir que no coqueteasе con los demás. En el teatro hubo una conmocion y la marquesa se desmayó.

»El príncipe me ha vengado de esta mujer sin corazon.»

«3 *de diciembre.*—La marquesa me mandó buscar á las seis de la mañana y á las tres de la tarde; pero no fuí, disculpándome frívolamente; ¡soy un héroe!»

«4 *de diciembre.*—A las seis recibí esta carta suya:

«¿No quieres venir, Eduardo? Pues iré á buscarte »yo.—Olvida nuestra pasada tormenta y espérame »en tu casa esta noche á las diez; no necesito exijirte »discrecion porque eres un cumplido caballero. Hoy »sabré si amas á—*Celia.*»

»Al leer esta carta, dí un salto en la silla y me sujeté el corazon con ambas manos: en aquel momento no fuí dueño de mí y besé la carta como un colejial: mi orgullo habia triunfado.

»A las diez paró á la puerta un carruaje de alquiler y dos minutos despues entraba en la sala de mi casa una mujer con el velo echado.

—»¿Estamos solos? me preguntó ajitada.

—»Sí, señora, contesté yo con sequedad y queriendo aparentar indiferencia.

»Levantóse el velo la marquesa y me dijo:

—»Eduardo, un mes va á hacer que huiste de mi casa por un orgullo mal entendido; pero tú no habrás dejado de pensar en mí, como yo no he dejado de pensar en tí.

—»¡Celia! esclamé yo impulsivamente.

—»En vano es huir cuando estamos ligados por el corazon.

—»Es verdad, dije exaltado y estrechando la mano que me presentaba.

—»No tengo en el mundo, continuó, mas persona allegada que Eduardo de Campo-Real, y vengo á buscarla.

—»¡Mi vida te pertenece! añadí con entusiasmo.

—»¡No me habia equivocado; ¡eres un hombre superior!

»Dejóse caer la marquesa en un sillon y enjugó dos lágrimas: ¡estaba bellísima en su dolor! Sintiéndome enajenado esclamé:

—»¿Sufres?... ¡Habla, Celia!

—»¡Sufro, Eduardo!

—»¡Habla!

—»Acudo á tí como acudiria á mi hermano; antes de anoche un hombre me insultó groseramente en el teatro; el que insulta á una mujer es un villano y un cobarde. Si es cierto que me amas, es preciso que lo mates.

»Confieso que aquellas palabras me helaron el corazon, pues creí adivinar que me escojia para instrumento de su venganza; pero ella lloraba y era muy hermosa: no sé resistir á las lágrimas de una mujer, aunque sean finjidas. Hubo, sin embargo, un momento de pausa.

—»¿Vacilas? me preguntó la marquesa poniéndose en pié.

—»Celia, ¿dudas de mí? dije yo en un tono trájico digno de Maiquez.

—»¡No, no! contestó ella; ¡si fuera hombre, me mataría por tí cien veces!

»Y tendió el brazo, presentándome un papel con el nombre y las señas de la casa del príncipe polaco: la sangre se heló otra vez en mis venas; pero los ojos de la marquesa le volvieron su calor.

—»Adios, Eduardo; volveré á verte mañana.

—»¡Dios mediante! dije yo estrechando su mano.

—»Te veré: confío en ese Dios que has invocado.

—»El y tú me daban fuerzas.

»Y acompañé á la marquesa hasta la puerta.

»Al volver á mi cuarto recapacité y maldije á las mujeres que obligan al hombre á tales peligros; pero un momento despues comprendí que necesitaba de ese duelo, porque siendo el escándalo el que sostiene y acrece las grandes reputaciones, la estocada que recibiera el príncipe daria pasto á la crónica para muchos dias.—No contaba con que la espada del príncipe tuviera punta.»

«5 *de diciembre.*—Nos hemos batido como dos gallos; el príncipe acaba de desmentir al *Romancero del Cid*: es tan atrevido con los hombres como con las mujeres; pero *el juicio de Dios* es infalible: he dado una estocada al polaco que le obligará á guardar cama algunas semanas; su espada tambien tenía punta, pues he recibido un pinchazo en el muslo, pero de poca consideracion; dentro de ocho dias iré á verla; ¿qué son ocho dias para el servicio que he hecho á Celia? ¿Qué puede ella negarme ya?....»

«13 *de diciembre.*—He visto á la marquesa; al entrar en el gabinete azul me llamó *amigo mio* y me dijo que habia estado interesada por mi salud; ¡de qué distinta manera me hablaba hace nueve dias! ¡pero soy un necio! Hace nueve dias estábamos solos. —¡Cuánto habrá sufrido por mí!»

«3 *de febrero de* 1839.—Soy para la marquesa del Fresno lo que era antes y nada mas: ha olvi-

dado que espuse mi vida por ella; como he ganado en reputacion se sostiene todavía mi prestijio en el gabinete azul; pero no estoy dispuesto á batirme con nadie por sus veleidades.

»No hay ningun juego de azar mas peligroso que el amor; se espone el todo para ganar nada.

»Sigo siendo el favorito y esto me basta.»

«8 *de mayo.*—He retrocedido dos años: mañana se estrena en el teatro del Príncipe la comedia que tenia presentada y que me olvidé retirar; una nueva empresa la encontró en el archivo, y la hace un actor para su beneficio. No me he opuesto á ello y he cedido su producto para el Hospicio.—Este rasgo filantrópico me captará simpatías.

»Mañana asistirá al teatro toda la *fashion.* Los actores se esmeran y espero una ovacion completa; tengo á pesar mio instintos literarios: esta comedia me recuerda mi vida borrascosa de poeta. El conde de Tamajon ha organizado una *claque* de guante blanco desconocida en los fastos teatrales.—Dubost estará agradecido á mi triunfo.»

«9 *de mayo.*—¡Qué horror! ¡vengo desconcertado! A pesar del mérito de mi obra, á pesar del celo de los actores y á pesar de todos los esfuerzos del conde, han silbado estrepitosamente la comedia. Cuando recuerdo que me aplaudieron tanto *Los cien espectros*, reniego de la literatura y del público: mi nuevo trabajo tenia tendencias sociales y era una obra de reconocida importancia. ¿Por qué la habré dejado representar?

»Al salir, los amigos se encojian de hombros; el conde se contentó con desahogarse, echando veneno por la boca contra el público y contra España. La marquesa me recibió con la mayor frialdad; su sobrina Lucía me tendió la mano, y estreché la mia; estaba temblorosa, y como la miré fijamente, bajó los ojos. ¿Por qué se interesaria esta niña en mi descalabro?

»La crónica se ceñará en mí algunos dias; me voy á Italia huyendo de mi derrota vergonzosa.»

«8 de octubre.—Ya estoy de vuelta; en el mundo todo se olvida; ya nadie se acuerda de mi pobre comedia. Cuando alguno me llama *poeta* me pongo colorado. He perdido mucho terreno con la marquesa; ¡y sin embargo, espuse mi vida por ella!

»La única persona que me quiere entrañablemente es el conde de Tamajon.»

«10 de diciembre.—El mundo dice que soy feliz y tengo que creerlo. Soy rico y la fortuna me sonrie; ¿qué me falta?—No lo sé; pero algunas veces recuerdo mi bohardilla y suspiro; allí á lo menos me alentaba la ambicion y vivia agitado; el hombre necesita de emociones fuertes: la riqueza produce el hastío, porque la vida sin necesidades hace iguales los dias; esta monotonía me cansa.

»He cumplido treinta años y sigo estudiando á las mujeres; pero creo que cada dia las conozco menos. Las mujeres son como los libros de una biblioteca: todos son idénticos por fuera y por dentro no hay dos que se parezcan. Si se hojean por pasatiempo, nada

se aprende; si se leen para instruirse, se embrolla la cabeza.—¿Quién recuerda todo lo que ha leido?.....

»Y la verdad es que empiezo á tener miedo á las mujeres. Hasta los veinte y cinco años estuve convencido de que los que se casaban eran víctimas de alguna enajenacion mental; pasada esta época, empecé á familiarizarme con el matrimonio y ví casarse á mis amigos y conocidos como vé un soldado en campaña caer muertos á sus compañeros de armas; me acostumbré al enlace como una cosa natural, aunque peligrosa y no formé comentario alguno; pero desde que he cumplido los treinta años, observo los goces que proporciona esa vida íntima de dos séres que se aman y que se ven reproducidos: la paternidad debe ser un sentimiento tan noble como grande.........

»De este cambio tiene mucha culpa mi hermana Adela, que vino á establecerse á Madrid: ¡qué dichosa es! Su marido y los seis hijos con que han poetizado su union en seis años, forman para ella el mundo: no vé mas allá de la puerta de su casa; se aman como el primer dia: ¡y dicen los necios que el matrimonio es la tumba del amor!.

»Mi cuñado me aconseja que me case y me pinta las delicias de la vida conyugal, cuando tiene encima á sus seis párvulos que gritan y le manosean; verdad es que Adela vive solo para él; pero aunque los años domen mis instintos, ¿dónde encontraré otra mujer como mi hermana?.......

»Voy á casa del vecino y observo; tambien es di-

choso; entonces ¿por qué se declama tanto contra el matrimonio?—Los maridos tienen la culpa: su clamoreo retrae á muchos hombres avisados.

»El mundo vé de relieve una infidelidad y no observa cien virtudes escondidas que gozan su dicha en silencio.

»No puedo casarme todavía: veo en cada mujer un escollo.»

Ahí tienes, lector, á Eduardo de Campo-Real retratado por sí mismo. Ahora, si te place, sigue leyendo mi historia.

IX.

Un documento fehaciente.

A las diez de la mañana entró el conde de Tamajon en la alcoba de Eduardo de Campo-Real, que dormía profundamente.

El ayuda de cámara del poeta hizo presente al Jorobado que su señor no acostumbraba á levantarse hasta las doce; pero el conde le mandó con tono imperioso que se retirara y aquel obedeció, sabiendo la intimidad que unia á su amo con él que tan temprano le visitaba aquel dia.

El conde descorrió la colgadura de la cama y se puso á cantar con voz estentórea la cavatina del *Barbero de Sevilla.*

Campo-Real abrió los ojos espantado y al ver al conde, esclamó:

—¿Eres tú?

—*Sono il factotum della cittá*, respondió el jorobado sin dejar el destemplado canto con que imitaba á *Fígaro*.

—Amigo mio, podias irte con la música á otra parte, pues no es hora esta de despertar á un hombre de bien.

—Al contrario, Eduardo, tú no sabes los goces que proporciona un madrugon; hace un dia delicioso.

—Me parece que te equivocas, porque ó mi vista me engaña ó al través de las cortinas del balcon distingo el reflejo blanco de la nieve.

—Madrid está cubierto todo con una sábana mas blanca que las que cubren tu cuerpo. Levántate y hablaremos.

—Empieza, pues lo mismo se oye echado que de pié.

—Vengo á almorzar contigo; no seas perezoso.

—¿Me necesitas?

—Sí.

—¿Tienes algun duelo?

—No: ¿te olvidaste ya de la marquesa del Fresno?

Este nombre nubló la fisonomía del poeta, que sin contestar se arrojó de la cama y se puso la bata.

—Así me gusta, dijo el conde; veo que sabes conservar tu dignidad.

—Mucho interés tomas en este asunto.

—Porque te quiero bien, Eduardo; no seas ingrato.

—Perdona, repuso Campo-Real, y presentó su mano al jorobado, que la estrechó con efusion.

—Me indigna la conducta de esa mujer sin corazon, porque despues de haberte manifestado deferencias á que eres acreedor, se adUerme con las lisonjas, cambiando como la veleta á todos los vientos.

—No sabes, amigo conde, cuánto me ha hecho sufrir esa mujer.

—Lo sé perfectamente; desde que te presentaron en su casa te cobré una simpatía que ha ido creciendo de dia en dia; y te aseguro que detesto á esa mujer solo porque no ha sabido comprender tu amor y corresponder á él.

—Yo no la amo.

—Te engañas; supones que solo la vanidad ha sido el móvil de tu pasion; pero no, Eduardo; he seguido paso á paso tu correspondencia y he llegado á conocer que la amas mucho.

—¡Qué disparate!

—Te causa rubor confesar tu cariño porque la marquesa es indigna de él: ocúltalo enhorabuena al mundo; pero no á un buen amigo que lee en tu corazon como en el suyo.

—Su distincion halagaba mi amor propio.

—¡Disculpas, querido Eduardo! Cuando un hombre vive adherido á una mujer, como la yedra al árbol, es porque necesita de su sávia para vivir.

—Repito, conde, que...

—¡Nada, nada! ¿crees que he olvidado tu desafío con el príncipe polaco? Demasiado comprendí que tu provocacion no fué casual, sino movida por el amor que profesabas á la marquesa, herida por el insulto de aquél.

—Acabas de poner el dedo en la llaga y leerás en mi corazon, nunca cerrado para tí.

El conde acercó su sillon al de Campo-Real, diciéndole con un tono que revelaba su interés:

—¡Habla! cuanto te atañe me interesa sobremanera.

—¿Recuerdas la estocada que dí al príncipe polaco?

—¡Valiente estocada! te batiste con la calma de un inglés y con el ardor de un español.

—Pues bien: me batí por vengar á la marquesa y por exijencia suya.

—Lo sospechaba: continúa.

—Hacía tiempo que habia roto mis relaciones con esa mujer por sus instintos de coquetería; pero cuando recibió la ofensa del polaco, me mandó buscar y no fuí.

—Eres un bravo digno de mejor suerte.

—Entonces me escribió una carta y vino á mi casa llorando; perdí el juicio y reté al príncipe. Lo demás lo sabes ya.

—¿Y esa carta?

—La conservo.

El conde respiró.

—Quisiera verla.

—Aquí la tienes.

Campo-Real abrió un pupitre, sacó la carta y la puso en manos del conde, que la cojió convulso de emocion.

El jorobado leyó la carta en voz baja, pintándose en su fisonomía una satisfaccion inmensa. Colon no debió gozar mas al descubrir el Nuevo-Mundo que el conde al deletrear aquellas palabras de la marquesa que formarian el corolario de su venganza.

—«¿No quieres venir, Eduardo? Pues iré á buscarte yo» dijo el jorobado leyendo; ¡este principio es magnífico!

—Ahí tienes marcada mi negativa anterior.

—«Olvida nuestra pasada tormenta y espérame en tu casa esta noche á las diez.»—¡Bravo! con las mujeres se triunfa siempre usando de la política de resistencia. ¿Por supuesto vino?

—A las diez en punto.

—Bien; continúo: «No necesito exijirte discrecion, porque eres todo un caballero.» ¡Esta frase es sublime! ¿nadie ha visto esta carta?

—Nadie mas que tú.

—No se engañó la marquesa; eres un hombre discretísimo. La carta, muy espresiva, aunque lacónica, concluye con esta frase de cajon: «Hoy sabré si amas á—*Celia.*» Bien probaste que la amabas, esponiendo tu vida por ella y ya viste el pago que te dió; no creo que el general Medina hiciera otro tanto. En el amor siempre hay una víctima; tú lo has sido de esa coqueta.

—Confieso mi debilidad.

—Yo en tu lugar hubiera publicado en el *Diario de Avisos* esa carta para escarmiento de coquetas; pero aun estamos á tiempo.

—¿Qué dices?

—¿Te asusta la idea? Cuando el hombre quiere vengarse no debe detenerse ante los medios, por raros que parezcan.

—¡Eso seria indigno!

—Al contrario; no harás mas que usar un arma que ella misma te dió. ¿No conoces que esa carta dá lugar á interpretaciones malignas? ¿sabe el mundo á qué vino esa mujer á tu casa? El ídolo perderá su prestijio y el mismo Medina la juzgará una mujer indigna de su amor.

—Sin embargo, rechazo ese pensamiento por inícuo; una mujer que vá á casa de un hombre soltero, tapada y con el misterio de la noche, dá derecho á pensar mal de su virtud.

—Justamente, querido Eduardo; esa carta nos viene como llovida del cielo; dámela y ya verás como la marquesa capitula y arría su pabellon. Eres un niño que no sabe pelear...... ¡Já, já, já!

Y el conde soltó una carcajada, preparándose á guardar la carta; pero Campo-Real estendió la mano y le quitó el papel, diciendo:

—No, conde; la marquesa me echaria en cara mi infamia, y las jentes, aunque se aprovecharan de este documento para desacreditarla, no disculparian mi accion bastarda.

—Como quieras, Eduardo; no tengo otro interés en este asunto que tu dignidad herida; el mundo dice que la marquesa te desdeña por ese militar advenedizo, y yo deseaba que te vengaras poniendo entre ambos una barrera. Te abandono á tu ódio que será impotente, si no aprovechas tus armas.

—Bien quisiera, pero no puedo decidirme á transijir con una villanía.

—¡Bah! esa actitud caballeresca te perderá siempre; con las mujeres implacables debe el hombre tambien ser implacable..

—Es verdad.

—¿Te agrada que el mundo haga mofa de tu falsa posicion? ¿No te complaceria ver á esa sirena arrastrarse á tus piés, implorando compasion?

—Sí.

—Pues escucha: guarda esa carta y déjame obrar.

—¿Qué intentas?

—¿Qué te parece Lucía, la sobrina de la marquesa?

—Hasta ayer no me habia fijado en ella: es una niña encantadora.

—Hoy nos la depara la Providencia..

—No te entiendo.

—Lucía sufre, porque está enamorada de un hombre que no ha adivinado su impresion.

—¿Y ese hombre?

—Eres tú.

—¡Deliras!

—¡Já, já. já!... Yo vivo estudiando á las personas

que me rodean y nunca me engañan mis ojos esperimentados. Lucía te quiere con ese primer amor que pintais los poetas y que comprendeis menos que nadie. Preséntate á ella afable, dila cuatro mentiras y la verás inflamarse como la pólvora; pero ten presente que la esplosion de su cariño ha de utilizarse en nuestro plan.

—¿De qué manera?

—La marquesa no consiente que en la atmósfera que la circunda se crucen frases apasionadas que no vayan dirijidas á ella; en cuanto se aperciba del estado de su sobrina, la aborrecerá, y el escándalo que provoque nos dará pié para poner de relieve su torcido instinto.

—Y despues......

—Despues, la crónica te ensalza, sale á relucir tu nombre y esa benéfica carta; preparando yo el terreno dudo mucho que cuando reviente la mina, la marquesa se escape de los tiros de la venganza. Creo que conozco al general y recelo que al fin esa mujer triunfaría: es preciso vivir prevenido, Eduardo; cuando nos dirijen un golpe certero, es conveniente que nos encuentren en guardia.

—Voy comprendiendo.

—Tu obligacion es bien sabrosa; apunta en tu lista el nombre de Lucía, desvanécela con vanas palabras y ella nos ayudará; no sabes qué arma tan terrible es una mujer irritada que ama: seguro estoy que no andará como tú con melindres para vengarse, porque Lucía tiene veneno en el alma: te quiere y sabe tu

intimidad con su tia: este amor acabará de trastornar su razon exaltada.

—¡Pobre niña!

—¿Por qué? Ella te adora y vas á realizar sus ensueños; pinta un cariño acendrado, procurando no interesarte mucho para encontrar libre la retirada cuando te convenga; haz en una palabra lo que has hecho hasta aquí; ¿qué te importa una víctima mas?

—¡Si vieras cuánta repugnancia me inspira engañarla!

—¿Por qué?

—Porque he variado mucho con respecto á las mujeres.

—Tiempo tendrás de arrepentirte; además la ocupacion es deleitable. Engañár á una niña de corazon ardiente, qúe será capaz de arrostrarlo todo por tí, es un trofeo de valía para un hombre del gran mundo.

—Creo que Lucía me inspirará.

—Por supuesto; llevas en esta lucha la mejor parte, querido Eduardo. En tu victoria no lamentarás como César no tener un Homero, porque seré yo el Homero que la cantará, y ya sabes que mis pulmones levantan mucho una reputacion...... ¡Já, já, já!

Y Campo-Real acompañó en su risa al conde, que dijo:

—Amigo mio; despues de trabajar tanto con la cabeza, noto que el estómago pide su parte en la tarea.

—¿Tienes apetito?

—No: tengo hambre.

—Voy á mandar que preparen el almuerzo.

—Supongo que obsequiarás á tu convidado.

—¿Quién lo duda? ¿qué apeteces?

—Cualquier cosa; pero no te olvides de la consabida botella de *Chateau-Laffite*, que es mi bebida predilecta.

—Voy á mandar que bajen por ella á la cueva.

—Beberemos á la salud de Lucía.

—Y de la marquesa, añadió Campo-Real riéndose.

Y salió del aposento.

El jorobado se levantó de improviso, y abriendo el cajon del pupitre, sacó la carta de la marquesa del sitio donde la habia puesto Campo-Real; examinó la carta, la guardó en el bolsillo interior de su levita, y volvió á echar la llave al cajon, diciendo:

—Este es un documento fehaciente que debe obrar en mi poder; Eduardo es un necio que se deja dominar por las mujeres en un rapto de entusiasmo y podria la marquesa arrebatarle esta prueba incontestable, por la que hubiera dado toda mi sangre. ¡Ah, marquesa! ¡ya eres mia!

Dejóse caer de nuevo en el sillon; al entrar el poeta estaba hojeando un album con la mayor indiferencia.

Cuando concluyó el almuerzo se despidió el jorobado y apretando la mano á su amigo, le dijo:

—Hasta la noche.

—No faltaré; se me figura que Lucía me vá interesando.

—¡Vanidoso! te basta saber que ha puesto los ojos en tí para creer que la amas.

—Acaso tengas razon.

—Adios.

—Adios.

Al salir el jorobado llevaba puesta la mano derecha sobre el bolsillo de su levita.

X.

Una flor por una cinta.

Cuatro dias habian pasado.

¡Cuántos sucesos pueden ocurrir en noventa y seis horas!

En esos cuatro dias, creyendo Lucía entrever la felicidad, habia orado con un fervor febril; las almas grandes que conservan el instinto de la virtud ven siempre el dedo de Dios en los acontecimientos prósperos ó adversos de la vida y su primera mirada de súplica ó de gratitud se dirije al cielo. Lucía que soñaba con el amor de Campo-Real, al revelarle este su simpatía, con ese silencio mas elocuente que todas las palabras, elevó sus ojos para dar gracias á Dios que le concedia la suprema dicha: la pobre niña no comprendia que al acercarse un hombre á una

mujer pudiera guiarle otra atraccion que la del amor.

Campo-Real, obedeciendo á las instrucciones del conde de Tamajon, se habia mostrado solícito con la huérfana, haciéndola comprender sobradamente que alimentaba una esperanza; Lucía, no queriendo dar entero crédito á su ventura, se contentaba con fijar sus bellos ojos en el poeta con esa melancólica y eterna mirada que, partiendo de una emanacion lejítima del alma, no es posible ni imitar ni copiar.

Su dolencia, que era una enervacion física, hija de su delicada constitucion, parecia haber cesado, y sin embargo, un doctor hubiera encontrado su pulso mas frecuente y mas alarmante el brillo de sus pupilas: la felicidad y el insomnio sostenian en ella una perpétua calentura que le prestaba una fuerza ficticia; además Lucía no se acordaba en aquellos instantes de su cuerpo: su alma absorvía todo su pensamiento; ¡era tan dichosa! En la embriaguez de la orgía ¿quién se acuerda de los dolores de ayer ni piensa en los tormentos de mañana? Vivia preocupada con lo presente y solo la espantaba el temor de que aquel sueño tan deleitable no fuera mas que una pesadilla...

Campo-Real cumplia con su mision; el primer dia le remordió la conciencia; el segundo se acordó de la necesidad de vengarse de la marquesa; el tercero le pareció Lucía muy bella, y el cuarto se convenció de que amar y ser correspondido de una mujer como Lucía, era una tarea que habia de proporcionarle momentos deliciosos.—Ya se sabe que el poeta era

impresionable; así no se estrañará que no solo cumpliera con los deseos del conde, sino que fuera mas allá; nada habia podido decirla todavia; pero ¿es necesario hablar á una mujer que ama como Lucía?

Varias veces tomó la pluma para escribir; pero ó se acordó de la máxima de la marquesa respecto al arte epistolar erótico, ó le pareció demasiado pronto; la casualidad debia proporcionarle una ocasion que a su modo de ver tardaba; los hombres como Campo-Real, que tienen muy trillado el camino del amor, quieren atravesarlo pronto para llegar al término, sin comprender que los encantos de este viaje están en cruzar las sendas llenas de flores, en saltar matorrales herizados de espinas, en perderse en algun intrincado laberinto y sobretodo en ignorar en dónde se dará el último paso. Las barreras en este camino ecsaltan la fantasía y avivan el amor.

El amor en el matrímonio no encuentra barreras: hé ahí la causa de su estincion violenta ó á lo menos de su progresiva consuncion.

Los cuatro días trascurridos habian sido supremos para la jóven y de solaz para el poeta. Los admiradores de la marquesa estrañaban esta pasion consentida, porque todos habian visto la carta de la coqueta á Campo-Real.

Infatigable el conde en su proyecto, al exhibir el documento fehaciente, habia tenido buen cuidado de decir que Campo-Real, victorioso, despreciaba á la marquesa y se habia fijado en Lucía; que se preparaba una tormenta en el gabinete azul entre las dos

mujeres y que Medina era el instrumento elejido por ella para vengarse del poeta, como este lo habia sido en otro tiempo para castigar al príncipe polaco. En la opinion pública la marquesa habia perdido su prestijio porque sus idólatras la veian sin la aureola de virtud que hasta entonces la escudaba; seguian concurriendo al gabinete azul mas asíduamente que antes, solo por saciar el instinto de curiosidad, que no es patrimonio esclusivo de la mujer, como supone el vulgo.

La marquesa, completamente abstraida con el general Medina, nada habia notado de aquel cambio: no veia que estaban de pié los que antes la servían de rodillas; no veia á Campo-Real consagrado á Lucía; no veia mas que al general Medina: aquella conquista ocupaba todo su pensamiento.

Esta abstraccion completa, estraña á la coquetería, parecerá inverosímil, con tanta mas razon porque así se lo parecía tambien á la marquesa misma; hay síntomas fatales en el amor que para los seres esperimentados marcan el peligro, pero que no es dado evitar porque cuando se vé el escollo, una atraccion poderosa lleva á él la víctima. La marquesa al segundo dia de conocer al general Medina lo habia calificado de hombre peligroso; apesar de sus deseos de subyugarlo hubo momentos en que temió que esto sucediera, porque acaso no llevaria ella la mejor parte en la victoria que alcanzara; en seguida, desechando esta idea, forjaba á sus solas mil planes y revolvia en su mente esperanzas, que, al considerar ilusorias, le hacian estremecer.

La brusca franqueza de Medina era un aliciente para la coqueta, cansada de oir siempre frases galantes: su resistencia y su negativa la habian interesado en la lucha; comprendia tambien que el hombre que sabia morir con entusiasmo por la gloria, una vez deslumbrado con otra deidad la idolatraría. La marquesa empezaba á convencerse de que vale mas ser querida que admirada; tenia miedo á esta impresion, pero la acariciaba; no sabia si amaba á Medina, pero pensando en él se dormia y le parecian eternas las horas que no pasaba á su lado, fastidiándole todos los concurrentes al gabinete azul, sobre todo cuando Medina estaba ausente.

En los cuatro dias que habian trascurrido, Medina la habia visitado dos veces, y en la última ella le habia dirigido una queja afectuosa porque la tenia *olvidada*.

Ni una palabra habia dejado escapar el general que hiciese concebir á la coqueta una fundada esperanza, y sin embargo la coqueta sabia que el general le pertenecia ya en cuerpo y alma, sin que él mismo lo supiera.

La coqueta no se habia atrevido á hablar de su apuesta á la baronesa de Torre-Nueva; pero esta habia dicho á sus compañeros de tresillo que la marquesa ganaba.

¿Y Medina?—La marquesa pensaba bien; ni siquiera sospechaba que habia un cambio visible en su ser concurria al gabinete azul sin preguntarse la causa y se sentaba al lado de la marquesa para hablar solo

con ella sin comprender el motivo de esta preferencia; tampoco podia esplicarse porqué le disgustaban todos los hombres que veia siempre al rededor de aquella mujer.

Cuatro dias habian pasado y en ellos mi historia, como se vé, habia adelantado mucho.

Eran las ocho de la noche: hora en que diariamente visitaba á la marquesa su amigo íntimo D. Mariano de Alba.

Los dos están sentados al lado de la chimenea.

—¿Con que la fiera se domestica? preguntó él.

—No lo sé, amigo mio; ese hombre vá ejerciendo sobre mí un dominio estraño.

—Como todos, Celia; dentro de quince dias se habrá nivelado con los demás.

—¿Sigue V. creyendo que mi corazon no es susceptible de enjendrar una pasion verdadera?

—La veleidad es el norte de V. y creo que el amor no hace estragos en un corazon esperimentado.

—Sin embargo, Medina es un hombre distinto de todos.

—¡Ilusion de óptica, Celia! la novedad es un prisma deslumbrador.

—No: ¿quiere V. creer que no me ha dirijido todavía una frase galante?

—Por eso le distingue V.; en cuanto cometa esta flaqueza le verá V. tan vulgar como á todos.

—Si llega á quererme, sabré que su pasion es verdadera; porque Medina no es uno de esos fátuos que aprenden de memoria cuatro frases de rutina para

repetirlas á todas; Medina puede realizar los ensueños de un alma bien templada como la mia; lo digo aunque se burle V. de mis palabras.

—Deseo conocer á ese hombre estraordinario, digno de ocupar un puesto en el gabinete de Historia natural.

—No tardará; le he convidado á tomar el té conmigo esta noche y como militar vive al minuto.

—Buenos ratos me esperan, amiga mia, con esta nueva pasion que ha tomado á V. por asalto.

—Han llamado: el corazon me dice que es él.

—¿Habla V. ya de corazon? veo que se entrega V. al juego con tal interés que hasta quiere engañarme.

—¡Es V. incorrejible!

El corazon de la marquesa no se habia engañado: en aquel momento entró en el gabinete azul D. Cárlos de Medina.

La marquesa presentó á su amigo íntimo al general que le dió la mano con afecto.

Un criado sirvió el té.

Alba sostuvo la conversacion, contra su costumbre, dirijiendo varias preguntas al general sobre algunas páginas de la guerra civil, que nada le interesaban, y Medina estuvo elocuente.

Media hora despues, Alba oyó las nueve en el reló y se puso en pié, diciendo:

—Celia, es mi hora.

—¿No será posible que haga V. hoy alguna escepcion en su regla?

—¡Oh! no.

Saludó al general y estrechó la mano de la marquesa, haciéndola con los dedos una señal significativa que ella debió comprender, pues volvió la cabeza para ocultar á Medina una sonrisa.

Medina sintió que aquel hombre á quien no conocia se marchara; sin saber por qué temia quedarse solo con la marquesa.

Apenas salió Alba dijo ella:

—Ahí tiene V., general, á un amigo consecuente; desde que murió mi marido, de quien era inseparable, no ha dejado un dia de venir á acompañarme.

—¿Qué hay de estraño en esa consecuencia?

—Los hombres se cansan tan pronto de ser amigos como de ser amantes.

—¡Pobre idea ha formado V. de los hombres en el mundo, marquesa!

—He aprendido á conocerlos.

—Y sin embargo, ¿se deleita V. con su compañía?

—Hay que tomar á los hombres como son, no pudiendo rejenerarlos.

—Si yo tuviera esa opinion de ellos, les cerraria mis puertas.

—Viviria V. como un cenobita.

—Y seria feliz en la soledad.

—La soledad tiene sus inconvenientes; el mundo á primera vista espanta y no gusta al que no lo conoce.

—Por eso vive V. contenta entre las lisonjas y el fausto, apesar de saber que todo es mentira.

Estas palabras sencillas del general ensancharon el

pecho de la coqueta: para ella envolvian una queja amorosa.

—¡Ah! no, repuso la marquesa; es verdad que todos los hombres que me rodean me inspiran solo desden; es verdad que recibo como ofrenda las lisonjas; pero tambien es verdad que no hay un hombre que me comprenda. Me ofrecen su cariño, pero no echan de ver que escondo el corazon para que no se gocen en atormentarlo; solo guardo de ellos sus nombres, cubriendo mi rostro con un antifaz, necesario para no ser infeliz en el mundo.

—Encubrir sus sentimientos, marquesa, es ya ser infeliz.

—No; cuando la mujer vé en el mundo un hombre digno de ella, se entrega al amor sin reserva y se presenta tal cual es.

—Lo dudo; se acostumbrarán á la mentira.

—Se vengan de mi insensibilidad, llamándome coqueta.

—¡Qué horror! ¿quiere V. mayor ofensa?

—¡Ah! ¡si viera V. que mal entienden en el mundo el nombre de coqueta! La coqueta es una flor que se codicia por ostentacion; pero á nadie presta su aroma porque lo encierra cuidadosamente en el cáliz de su amor; cuando se apasiona, en su corola encuentra el hombre toda su esquisita esencia.

—No entiendo una palabra de amor; pero creo que la flor pierde todo su brillo no conservándose intacta en el tallo.

Un criado entró en aquel momento en el gabinete

azul y entregó á la marquesa un magnífico ramo de flores que le enviaba Eduardo de Campo-Real.

La coqueta miró de reojo al general que no pudo contener un gesto.

La coqueta habia triunfado, pues el ramo era un ardid preparado por ella; habia conocido que entre todos los hombres que frecuentaban su casa, el que mas desagradaba al general era el poeta: habia creido sin duda que despertar en un momento dado los celos del soldado, seria una prueba decisiva. Los celos se habian marcado en el rostro del general con aquel gesto que ella habia traducido perfectamente.

—Apropósito de flores, dijo la marquesa sonriéndose; vea V. un hermoso ramo que llega muy á tiempo. ¿Le gustan á V. las flores, general?

—No, señora, contestó este con disgusto marcado.

—No es estraño; el soldado no ama mas que el laurel.

—El laurel es eterno, marquesa, y las flores no duran mas que un dia.

—Es verdad; pero las flores son muy bellas.

La marquesa arrancó una camelia blanca del ramo y tiró este con desprecio sobre un sofá.

—Trata V. sin piedad á esas pobres flores.

—Las cosas se aprecian en su verdadero valor, y este obsequio de Campo-Real no tiene para mí ninguno.

—¿De veras? preguntó el general con simulado interés.

—Ya vió V. en lo que estimé su presente.

—Guarda V. sin embargo una flor.

La coqueta tomó una postura estudiada y dijo mirando fijamente á Medina:

—He guardado está flor con una intencion decidida.

—¿Una intencion?

—Sí; voy á pedir á V. un favor.

—¿Favor á mí?

—Sí; quiero hacer un cambio con V., general.

—No comprendo.

—Doy á V. esta camelia por esa cinta que lleva en el ojal.

El general se levantó espantado y cubrió la cinta con sus dos manos, esclamando:

—Señora ¿sabe V. que esta cinta la gané en Morella? ¿sabe V. que es un pedazo de mi gloria que no daria por nada en el mundo?

—Por eso mismo la quiero; la conservaría como un recuerdo histórico, inapreciable para mí.

—¿Se chandea V., marquesa? dijo Medina mas sereno y volviendo á sentarse.

—No me chanceo, amigo mio; no creo que esta camelia valga menos que un pedazo de cinta, por mas que Marte pretenda reñir con Flora.

—¡Pida V. mi sangre toda y la verteré con gusto.

—Veo que toma V. demasiado interés por lo que ha escrito en su corazon.

—¡Sabe V. que la gloria es mi ídolo!

—¡Qué idolatría tan mal empleada!

Al pronunciar estas palabras, con mal reprimido

despecho, la marquesa empezó á deshojar la camelia. El general dijo, fijando la vista en las hojas que caian sobre la alfombra:

—Esas pobres hojas formaban el trofeo de una conquista que V. no sabe apreciar; pero yo moriré defendiendo esta venera, porque en mi corazon no entra mas que la verdad.

—Tiene razon, murmuró la marquesa entre dientes.

Y miró al general, cuya altivez le ensalzó á sus ojos.

El jorobado entró en aquel momento.

Con una mirada comprendió este que en aquel sitio acababa de representarse una escena de interés, y saludó, metiendo la mano isquierda en el bolsillo del pecho para cerciorarse sin duda de que estaba allí siempre aquella carta que era su talisman.

Esta vez, la eterna risa del conde no encontró en los lábios de la marquesa su mentirosa sonrisa.

La marquesa se habia estremecido al ver al jorobado, porque un presentimiento fatal la anunciaba que aquel hombre era su ánjel malo.

XI.

Dos renglones y dos palabras.

Eduardo de Campo-Real, que al parecer obedecia solo á un compromiso, contaba los dias esperando que el acaso le proporcionará una ocasion para aprisionar á Lucía y cumplir con los deseos del conde, pues este le apremiaba, burlándose de su cortedad de génio: calificándole de inesperiencia, heria el amor propio del poeta, que deseaba por momentos acreditar que era ducho en intrigas y que sabia preparar un plan para conseguir una victoria pronta y completa.

Lucía no contaba los dias; Lucía contaba los segundos en el reló de su pecho: convencida de que Campo-Real la distinguia, soñaba con una palabra que sellase todo lo que los ojos del poeta la decian de

contínuo; no porque necesitara de esta prueba para convencerse de su cariño, sino para grabar aquella palabra en su corazon y leerla sesenta veces cada hora. La mujer es siempre una niña: juega al amor como á las muñecas.

El hombre que ama consagra al amor solo una parte del dia: generalmente el tiempo que pasa al lado de la mujer; los negocios, la ambicion, la familia, las diversiones y á veces tambien otras mujeres que le cierran el paso ocupan su pensamiento, sin que por eso deje de reinar la que llena su alma; esto es ó una ley injusta de la naturaleza ó una ley necesaria de la sociedad; la práctica acredita que la mujer nació para amar y el hombre para ser amado.—Hay, sin embargo, escepciones muy honrosas.

Sí: la mujer nació para amar y consagra al amor las veinte y cuatro horas del dia, pues si su impresion es verdadera, hasta dormida acaricia la imájen del ser que la persigue: toda su vida se reconcentra en el hombre y como sus labores no ocupan la imaginacion puede seguir sus faenas, sin hacer por eso un paréntesis que robe nada al ídolo á quien rinde entero culto.

La mujer escribe siempre en su mente un poema de su amor, en el que no escasea ninguno de los detalles; porque nada olvida de lo que á él concierne; guarda en su memoria con escrupulosidad todas las efemérides; sabe donde vió á su amante la primera vez, donde le dirijió la primera palabra ó recibió el primer billete; recuerda si aquel dia llevaba una cor-

bata azul ó un chaleco de listas (de cuyas prendas tambien se apasiona); en una palabra, cuanto parte del hombre que ama lo recoje para inscribirlo en ese libro que hojea á todas horas y cuya lectura, apesar de ser la misma siempre, nunca le cansa.

Sabiendo el inmenso amor que Lucía profesaba á Campo-Real, se comprenderá fácilmente cuánto habria padecido viéndole consagrado á la marquesa y se comprenderá tambien que apesar del cambio de su amante y de la indiferencia que manifestaba ahora hácia su rival, Lucía sostuviese una lucha cruel, porque queriendo verle á cada minuto, al verle temblaba, acaso por temor de que la marquesa volviendo á ejercer su dominio, se lo arrebatase. La pobre niña tenia celos y esta lucha era superior á su resistencia; amaba con toda su alma y su alma era mas fuerte que su cuerpo: la calentura lenta la consumia.

La marquesa, al salir de su tocador, entró en el gabinete azul y vió allí á su sobrina, con la mejilla apoyada en la mano derecha, y en tan completo éxtasis que no sintió sus pasos. Lucía, con su palidez y su inmovilidad, parecia una estátua; la marquesa, despues de contemplarla algunos segundos, puso una mano sobre su hombro; la jóven levantó la cabeza y no pudo contener un estremecimiento.

—¿Qué tienes? preguntó la marquesa.

—Nada, contestó Lucía con disgusto.

—Tu rostro está alterado, hija mia, añadió aquella con estremada dulzura.

Lucía la miró fijamente; nunca se habia cuidado

su tia del estado de su salud, ni le habia hablado con tanto afecto.

La coqueta era feliz porque cada dia se cercioraba mas del dominio que iba ejerciendo sobre Medina; las personas felices son egoistas; quieren que todo les sonria á su alrededor y huyen de los dolores ajenos que pueden turbar su calma; comprendiendo que su sobrina padecia, mostraba aquella afabilidad estraña para animarla y acaso para tener á quien comunicar su dicha.

Lucía no contestó, contentándose con hacer un gesto y encojerse de hombros.

—Estás indisplicente, añadió la marquesa con tono severo, y yo tengo la culpa por el interés que me tomo por tí.

Una amarga sonrisa vagó por los lábios de la huérfana. La marquesa continuó, reprimiendo su cólera:

—Si padeces, llamaré al médico.

—No hace falta: gracias.

—No me acuses entónces de indiferencia; seria injusto; pues creo haberte dado sobradas pruebas de cariño en la hospitalidad noble que te concedo.

—Sí, murmuró Lucía con trabajo; y volvió la cabeza para ocultar dos lágrimas que estaban abrasando sus ojos y que no podia detener.

La marquesa adivinó lo que sufria y cojió una de sus manos que ella le abandonó sin resistencia.

—¡Estás muy pálida, Lucía! ¿padeces?

—No.

—Sé franca conmigo; soy tu madre.

—Nada tengo.

Y Lucía retiró la mano de entre las de su tia, asustada sin duda de oir profanar el santo afecto de madre.

—El marqués á su muerte me encargó tu cuidado y he cumplido fielmente su última voluntad; ya tienes diez y ocho años y es preciso pensar en tu porvenir.

La jóven clavó en la marquesa sus lánguidos ojos que brillaron por un momento con un resplandor vivo y esclamó:

—¿Qué está V. diciendo?

—Digo que necesitas tomar estado; ¿no has visto ningun hombre que haya conmovido tu corazon? Esa es la carrera de las mujeres, y mirando por tu felicidad, deseo que aproveches tus atractivos y la posicion social que gozas á mi sombra para prendar á algun hombre que te dé su mano y su apellido; este es, hija mia, el único problema que resuelve la mujer en su vida. Vamos: ábreme tu corazon.

Lucía habia escuchado absorta este razonamiento y solo pudo articular estas palabras:

—No sé......

—Piénsalo bien, y sobre todo estudia el terreno que pisas; espero que no elijas otro confidente, pues nadie se interesa como yo en tu felicidad.

La jóven bajó la cabeza y la marquesa dijo para sí:

—Es una inocente que ni siquiera sospecha que tiene corazon y se asusta de lo que no comprende. Bien mirado, es preciso atrapar á alguno de esos ne-

cios que me rodean, pues á un tiempo me libraré de dos estorbos. Elija el que quiera, no siendo el general Medina: todos los demás me sobran.

Hubo un momento de silencio.

La marquesa se levantó y dijo:

—Ahora recuerdo que tengo que contestar á algunas cartas; aprovecharé este tiempo que me dejan libre las visitas importunas.

Al salir, Lucía levantó la cabeza para seguir con la vista á su tia; varias ideas se agolparon á su mente en tan confuso torbellino que se llevó las manos á las sienes, como queriendo comprimirlas, y esclamó:

—¡Qué desventurada soy! ¡sola en el mundo! ¡sin una mano cariñosa que enjugue mis lágrimas! ¡sin un corazon que responda á los ecos del mio!.... ¡Ay! ¡debe ser tan hermoso tener quien nos ayude á llorar!.... ¡Madre mia!

Y al pronunciar sus lábios este nombre, sus ojos derramaron copioso llanto.

Lucía habia perdido á su madre en la niñez; pero hay sentimientos desconocidos, cuya grandeza se adivina; el amor á una madre es como el amor á Dios: está grabado en el corazon de los séres; se le adora sin conocerlo, porque se le vé en todo lo que nos rodea.—No puede llamarse infeliz el hombre que al nacer recibe de su madre el primer beso, que encuentra durante su vida la mano de su madre para coronarlo en sus glorias y para enjugar su llanto; que lucha con él y que al cerrar para siempre los ojos vé que recoje su último suspiro quien recojió su primer

aliento. El dolor que en aquel instante supremo se postra á su cabecera, no es el dolor frio del mundo, ese dolor que vive menos que el crespon negro que lo manifiesta: es el dolor que parte del corazon y que el mundo no comprende, porque una madre sufre en el retiro y no quiere que nadie tenga el bárbaro derecho de ir á consolarla.

Si te mueres, lector,—lo cual no te será muy agradable por mucho desprecio que te inspire la vida,—ten por seguro que tus parientes te llorarán un dia, dos, tres..... pero al noveno los verás correr á esas tiendas funerarias (que tal nombre pueden llevar) donde la moda ha hecho del luto una ostentacion mas, y gastarán tu patrimonio *en obsequio tuyo*; ¡sienta á todos tan bien el traje negro!... Pero si tienes una madre, no lo dudes, muere contento, porque tendrás siempre una memoria, una lágrima y una oracion.

Sé que me he separado de mi relato; pero sé tambien que acaso estos mismos pensamientos cruzaron por la mente de Lucía al invocar el nombre de su madre; ¿quién sino esta hubiera adivinado todo lo que pasaba en el alma de la desventurada niña? ¿qué otro cáliz que los lábios de su madre hubieran recojido aquel llanto de amargura?

El dolor de Lucía se calmó; pero momentos de lucha como este eran irresistibles y destruian su pobre naturaleza.

Quiso levantarse; pero sus fuerzas estaban enervadas y conoció que padecia realmente; su respira-

cion era fatigosa y sentia oprimido el pecho: Lucía lo atribuyó al calor de la habitacion y volvió á caer en su estado de abatimiento, recordando palabra por palabra cuanto le habia dicho su tia, que en váno queria esplicarse; aquella amabilidad y aquel proyecto repentino de boda le parecieron un lazo que la tendia; sospechó que la marquesa estaria celosa, adivinando el nuevo amor del poeta, y á este pensamiento sus lábios se dilataron para marcar una sonrisa.—La mujer, aun elevada á la categoría de ángel, se acuerda de vez en cuando de que es mujer.

En este momento de felicidad la encontró Campo-Real, que levantando la colgadura de la puerta y viéndola sola, se estremeció, ya de emocion, ya de sorpresa.

Lucía al verle ahogó un grito y se cubrió el rostro con las manos: Campo-Real que se habia alarmado ya con su palidez corrió en su ayuda, echando mano al cordon de la campanilla para llamar.

—¡No! esclamó Lucía, que sintió arder su cabeza y recobrar la vida que parecia iba ya á abandonarla; ¡no llame V.! ¡no!

Los ojos de Lucía recobraron su brillo; cuando la calentura se apoderaba de ella la sostenia.

Sentóse Campo-Real á su lado y dijo:

—¡Me ha alarmado V., Lucía!

—No haga V. caso de los nervios porque son muy exajerados, contestó ella haciendo un esfuerzo para sonreirse.

Acordóse el poeta del jorobado y creyó llegada la

ocasion; Lucía estaba bellísima en aquel instante de emocion.

—Iba á alborotar la casa, pidiendo socorro, y lo hubiera sentido.

—Y yo, dijo cándidamente Lucía.

—¿Por qué? preguntó el poeta con interés, interpretando mal el sentido de aquella espresion.

—Porque hubiera causado un disgusto á mi tia por una cosa que no valia la pena.

—¡Ya! añadió el poeta. Pues yo lo hubiera sentido porque me privaba del gusto de estar con V. un momento y verla sin que nadie me robe algo de usted, Lucía.

La jóven no pudo contestar; pero clavó en él sus melancólicos ojos.

—¡Es tan pobre tener que contentarse con mirar á una mujer, cuando se desea comunicarla todos sus pensamientos!

En aquel instante Lucía no estaba enferma; sentia hervir su sangre y con vigor ajitábanse sus nervios.

Campo-Real, conociendo que adelantaba terreno, añadió:

—¿Ha hablado con V. de mí la marquesa?

Lucía se estremeció y dijo:

—No.

—Es mujer muy sagaz.

—¡Mucho la ama V., Campo-Real!

—¿Yo? ¡está V. delirando!

—¿No he visto á V. á sus piés, esclavo de sus caprichos?

—Es verdad; fué un vértigo que me dominó algun tiempo.

—¡Tres años!

—Recuerda V. bien la fecha.

—¡Oh! ¡si! la recuerdo.

Campo-Real estaba enajenado; ya no se acordaba del conde; contemplaba á Lucía con pasion y obedecia á su alma al pintarla su emocion.

—¡Ay, Lucía! el hombre aprende muy tarde á conocer á la mujer; la marquesa no tiene corazon, y confesaré á V. mi debilidad: nunca la amé; nos correspondimos mútuamente por orgullo; así, nada me costó olvidarla; el desprecio es un arma poderosa para combatir el amor.

Lucía escuchaba trémula: entregados los dos á aquella atraccion que los fascinaba, no habian visto ajitarse la colgadura de la puerta.

—La marquesa es insensible.

—Sin embargo, repuso Lucía, mil veces dijo usted lo contrario, pues leí infinitos versos idealizándola.

—¡Momentos de estravío!

—¿Miente el poeta cuando canta? preguntó la niña con temor.

—No siempre, Lucía.

—¡Qué hermosa es la poesía! ¡feliz la mujer que se vé ensalzada por un poeta que la ama!

—¡En este momento compondria yo un poema! ¡Mi frente quema! ¡Siento un raudal de inspiracion!

—¡Ah! ¿de veras?

—Sí, esclamó el poeta sacando su cartera.

—¿Va V. á componer? ¡Cuidado con mentir!

Campo-Real cojió el lápiz y al arrancar una de las hojas de la cartera, Lucía detuvo su mano, diciéndole:

—¡No! aquí.

Y le entregó una tarjeta donde estaba litografiado este nombre: «*Eduardo de Campo-Real.*»

El poeta la miró con amor; la niña al exhibir la tarjeta guardada en su pecho delataba su escondida pasion.

—¡Una tarjeta mia! preguntó Campo-Real con asombro.

Lucía se turbó.

—Sí: la que mandó V. á mi tia con un ramo de flores el dia de su santo.

—¡Ah! ¡Lucía! quisiera ser Petrarca para escribir á usted lo que hay ahora en mi cabeza.

—Escríbame V. dos renglones; nada mas que dos renglones para conservarlos eternamente.

Campo-Real se apoderó de la tarjeta y escribió con rapidez; la niña habia trasmitido su fiebre al poeta.

Campo-Real estendió el brazo y dió la tarjeta á Lucía.

En ella habia escrito lo siguiente:

«*Me pides dos renglones y no te doy mas que dos palabras*: ¡TE AMO!»

Lucía sintió un estremecimiento nervioso al leer aquellas palabras, dió un grito de dolor, comprimióse el pecho con las manos y cayó desvanecida en el sillon.

Campo-Real se arrodilló á sus piés; pero se puso en pié de repente, marcando en su rostro la ira.

La colgadura de la puerta se habia levantado, apareciendo la figura de la marquesa, irritada como el dios de la venganza, pero queriendo aparecer grave como la Némesis severa.

—¡Caballero! dijo ella, señalándole la puerta.

—¡No, señora! contestó Campo-Real; ¡no puedo salir en este instante! ¡Lucía sufre!

—Eso corre de mi cuenta; espero que será la última vez que pise V. mi casa, pues la ofensa....

—No hay ofensa....

—Lo he oido todo, señor de Campo-Real; salga usted al momento.

—¿Me declara V. la guerra?

—Yo, no; me ha arrojado V. el guante.

Y la marquesa se estremeció á su pesar.

—Espero que como en otra ocasion me llamará usted, señora.

—¡Eso envuelve un insulto!

—¡La provocacion no fué mia! Creo que esa pobre niña no sufrirá ningun nuevo disgusto por mi causa.

—Esté V. tranquilo, dijo ella, queriendo sonreirse.

—A los piés de V., señora.

La marquesa tiró de la campanilla y dijo al criado:

—Que vengan Ana y Laura.

En seguida cojió la tarjeta de Campo-Real, y despues de leerla, rechinando los dientes, la arrojó al fuego.

Cuando las criadas entraron en el gabinete azul

Lucía no habia vuelto en sí; la marquesa les dijo:

—Lleven ustedes á la señorita á su cuarto, metánla en la cama y que avisen al momento al médico.

Al verse sola la marquesa, cerró los puños con ira; comprendia el peligro que la amenazaba; pero no comprendia cómo Lucía y Campo-Real habian ocultado su cariño hasta aquel dia.

Su amor propio estaba herido por las ofensas del poeta.

Al entrar este en su cuarto, dirijióse á su pupitre y escribió en el diario:

«23 *de diciembre.*—¡Qué dia! ¡vale por un año de tormentos! ¡Lucía me ama! ¡yo la adoro! ¡Oh! ¡qué emociones me esperan! ¡habrá lucha y saldré de m inercia!

»¡Cuánto tengo que agradecer á mi amigo el conde de Tamajon! ¡Sin él no hubiera encontrado al fin la felicidad!»

XII.

(.................)

Este capítulo forma parte de mi novela; pero este capítulo es un *paréntesis*.

He llamado á mi historia, segun costumbre, novela orijinal; no estrañen mis lectores este paréntesis, que siendo tambien *orijinal* justifica mas la calificacion de mi novela.

Este libro se titula *Anatomía del corazon*. En la autopsia del amor el escalpelo de la razon desgarra el velo de las ilusiones y encuentra desengaños, como el anatómico que analiza el cuerpo de una mujer perfecta no halla mas que materias asquerosas.

¿Qué es el corazon?—Un arcano.

El corazon es para los hombres un *kaleidoscopio*:

cada uno que lo mira encuentra colocados de distinto modo los objetos que reflejan los cristales.

Lector, el mundo nos abre sus puertas y los hombres su corazon; entremos en aquél, y leamos en este.

Nos sale al encuentro una jóven de facciones repugnantes y como fea, envidiosa; como está desengañada, su corazon es una voz sin eco: llama ; pero nadie acude á calmar esa fiebre sin médico. Su corazon es un tormento.

Aquel jóven de rostro lívido, ojos lánguidos y delgado, es un escéptico: apuró los goces de la vida y despues de haberse profundizado, esclamó: «¡lo que somos!» Ese hombre que finje estar alegre porque no quiere vender sus desengaños dice que su corazon es el ataud de sus ilusiones. Ese jóven es en el mundo lo que una manzana del mercado: su esterior engaña por su frescura, pero tiene dañado el corazon.

El que está á su lado, jóven tambien, vivaracho y rebosando alegría, se impresiona al momento, goza con una mirada, se entusiasma con un apreton de manos y no duerme, estrechando contra su pecho un pedazo de papel, donde una niña le vende cuatro palabras cariñosas que aprendió como todas en la rutina de pasar el tiempo. Es un amante de oficio; cree que su corazon es la flor de su vida y que su riego es el amor. Juega, sin ver en las cartas mas que una diversion: no penetra el laberinto del juego.

Aquel niño baila, sin saber lo que sufrió ayer ni lo que sufrirá mañana; ese niño no tiene corazon: es una

parte de su cuerpo, tan influyente en la vida como un brazo ó una pierna; es un cuerpo sin sombra.

Los estremos se tocan; la abuela de ese niño está abriendo con una mano las puertas del sepulcro, y con la otra vá á cerrar las puertas de la vida: ahora rie en su decrepitud: su corazon es una roca adonde se estrellan los recuerdos, una rosa marchita, un panorama que le retrata lo pasado.

Aquél que tiene la cabeza reclinada sobre el pecho es un filósofo: estudió el mundo y todo lo rompe para *verlo*. Para definir su corazon lo analizará, diciendo que es un abismo insondable donde se pierden la imaginacion y los ojos, sin hallar otra cosa que un verdadero caos.

Dejad libre el paso á ese hombre de aspecto severo y cargado de alhajas, porque es un aristócrata orgulloso que puede atropellaros con sus trenes; si se digna contestar, os dirá que su corazon es un pergamino, que su corazon es el trono del poder.

Él que pasa ahora por su lado, nada posee; es pobre, pero su corazon es el altar de la esperanza y de la resignacion—santidad del sufrimiento.

Ved á aquél: es un fátuo, un pedante; todo lo ignora, pero habla de todo: se llama sábio él mismo y el mundo lo cree: hace valer su opinion con sofismas necios; sabe adular, galantear y despreciar al vulgo; por eso los hombres le buscan, las mujeres le adoran y el vulgo le ensalza. Su corazon es de cobre, pero lo lleva galvanizado y pasa por de oro.

Repara, lector, en ese rostro ajado, aunque no por

los años; repara en esa mirada pensadora; repara en el aislamiento de ese ser: es un sábio. Si alguno se digna fijarse en él, le llama loco y se rie; el estudio no es la mision del hombre, porque saber mucho para el mundo equivale á ignorarlo todo. Su corazon es de oro; las vigilias le enmohecieron y parece de cobre: es una estrella de brillante luz, pero colocada á tal altura que no la distinguen los ojos contemporáneos; al apagarse la estrella, notarán la falta de su luz: cuando se inscribe el epitafio, empieza la apoteósis.

Aquel viejo de mirar astuto es un avaro que guarda su corazon como su dinero: si le piden que lo defina, se horrorizará porque todo es *pedirle*, y poniendo sobre él las manos, responderá que es un arca cerrada. El avaro es una moneda falsa de la sociedad: todos evitan su roce, porque su bolsa es una cárcel.

El que habla con él es un usurero; una polilla que roe cuantos caudales caen entre sus uñas. Dice que su corazon es una mina que esplota segun le conviene, calculando su estado, como calcula el acecho una fiera antes de arrojarse sobre la presa y pesando sus goces, como pesa las monedas antes de admitirlas.

Junto á esos dos últimos hay un jóven libertino que derrocha su caudal: su filosofía está basada en el principio de que mañana puede morirse y no quiere que otros disfruten lo que él haya ahorrado. Cree que su corazon es una luz: mientras arda, se alumbrará con ella.

Allá vá un matrimonio que aparenta ser feliz; el marido corteja por un lado á una niña y la mujer admite los obsequios de un jóven galante. Un impulso unió á estos dos séres; pero como dos bolas de villar que se tocan, volvieron á separarse por la fuerza de aquel mismo impulso. Sus corazones, como el aceite y el agua, no pueden unirse porque son contrarios.

Estoy haciendo la anatomía del corazon. Medina y Lucía y Campo-Real y Tamajon y Rivas y Alba son estudios que presento al lector; la marquesa es acaso el relieve de mi trabajo; la marquesa es una coqueta: su corazon es un vaso que necesita siempre tener flores que lo adornen, pero cada dia las renueva, porque se secan al calor de su inconstancia.

El corazon de una coqueta es un archivo; pero es inútil rebuscar en él antecedentes para su historia, porque el polvo del olvido los cubre al momento y el diente roedor de la inconsecuencia los destruye. Cuando el nuevo amante comete la tontería de querer estudiar el pasado de la mujer, apenas encuentra los nombres inscritos en las losas sepulcrales, que hacen del corazon un cementerio.—El pasado de la mujer es un libro que ni ella misma acierta á leer, porque las palabras que escribió en horas de entusiasmo, fueron *geroglíficas.*

Recuerdo que Fígaro encontró en el faccioso una *planta nueva.*

He encontrado otra planta, nueva tambien, y la ofrezco á los horticultores: se llama *la coqueta.*

La coqueta es una planta que crece en todos los paises, con mas ó menos profusion y con mas ó menos fertilidad, segun el cuidado con que la cultive el jardinero *civilizacion*. Mientras mas adelantan los siglos, mas gusto hay por esta planta; así es que casi no hay casa donde no exista alguna; se la vé con frecuencia en los balcones, sirviendo de adorno, como los tiestos de flores.

En los puntos mas helados de la Rusia, en las temperaturas templadas, como la de Andalucía, en la ardiente América se encuentra esta planta; pero el oríjen de la coqueta es francés: nació en París y allí tiene su verdadero valor; en cualquiera otra parte pierde mucho y se la considera como planta exótica.

La coqueta luce mas en los salones; el lujo, los perfumes, la riqueza le dan un valor inestimable: es planta de *invernadero*. La noche favorece á la coqueta como favorece á otras flores que en ocultándose el sol esparcen su fragancia: la luz *artificial* la realza.

La coqueta posee las propiedades de otras plantas, flores y frutas: es erguida como la caña, cautiva como la amapola, pero envenena como la adelfa; se vuelve á los hombres como el girasol al astro del dia; se enlaza como la enredadera de *pasion*; pero presenta espinas como la rosa al que quiere cojerla, jugando con los hombres como esta con los niños, que cada vez que estienden la mano, la picada les hace soltar; si alguno llega á tocarla, se marchita como la sensitiva, adormeciendo al que la aspira como la flor de cera. La coqueta como muchas

frutas no tiene *corazon*, y si á alguna se le encuentra, es dañado; pierde á la planta á que se arrima como la yedra y posee la cualidad de la mora, cuya mancha *con otra verde se quita;* la coqueta, como planta medicinal, se receta para los males de amor.

La sávia que nutre á la coqueta es el espejo: sus *rayos* le dan vida.

La única cualidad que envidia la coqueta es la de la siempreviva; pero no *vive* mucho; es planta transitoria y de *época*; cuando pasa su moda ya nada la reconquista el puesto.

Siendo planta tiene cualidades peculiares de muchos animales; es astuta como la zorra; se arrastra como la culebra; vuela con la gracia de la mariposa, para cautivar y que corran tras ella; es desleal como el gato; vengativa como el tigre; habla como la cotorra (hablar por hablar); destruye cuanto cae en su lengua como la rata, sin perder el aguijon como la avispa, y es cobarde como la cierva, que huye siempre.

La coqueta se deja columpiar con cualquier viento y lo mismo se mece risueña con el dulce céfiro de las lisonjas que con el huracan de una pasion que procura doblarla. Cambia á cada momento, pues se deleita en jugar con *ellos* sin comprender que ellos son los que juegan con *ella*.

Cuando llega á su término y se seca, sus admiradores pisan el suelo donde yace y bailan y rien donde ayer suspiraban por una flor.

He concluido mi *paréntesis*: si te ha parecido largo, lector, culpa solo á la coqueta.

XIII.

Mercurio con frac.

A las once de la noche cruzaba Eduardo de Campo-Real por la Puerta del Sol en direccion á la Carrera de San Gerónimo y una mano le detuvo por el hombro. Al volverse, le dijeron:

—¿El rapazuelo Cupido te puso la venda en los ojos? ¿ya no ves á los amigos?

—¡Hola, conde! iba preocupado.

—Lo creo; el amor te entra siempre con fuerza; los primeros dias de una pasion nueva no hay que contar contigo para nada.

—¿Te pesa?

—De ningun modo; te estás portando con habilidad aunque adelantas poco.

—¡Eres un pobre hombre, conde! con todo tu talento no hubieras movido el escándalo que yo.

A la palabra *escándalo*, el jorobado, abriendo estraordinariamente los ojos, esclamó:

—¿Ha ocurrido algo?

—¡Mucho!

—¿Adónde ibas?

—Al Casino.

—Pues te acompaño, porque en la calle hace un frio escesivo; allí cenaremos y me contarás detalladamente esa escena que de fijo no será digna de las proporciones que le has dado.

—Lo veremos.

Y los dos amigos se dirijieron al Casino.—Al conde le pareció una legua la pequeña distancia que tuvo que andar.

Entraron en la sala y despues de cambiar algunos saludos espresivos con varios conocidos, se sentaron en un estremo, pidiendo al camarero que le trajese la cena.

—Ahora, dijo el conde impaciente, comienza tu relacion, sin omitir ningun detalle, para juzgar mejor de tu pericia.

—Empezaré, amigo Tamajon, asegurándote que estoy perdidamente enamorado de Lucía.

—¡Bah! ¡lo de siempre!

—No: la amo con delirio.

—El delirio es efecto de la fiebre y toda fiebre tiene su crisis.

—¿Quieres creer que por primera vez me ha asaltado esta tarde la idea del matrimonio?

El jórobado frunció las cejas; pero al momento soltó una carcajada, diciendo:

—¡Já, já, já! ¿no te lo decia? ¡Hé ahí la crisis de tu calentura! solo que en esta ocasion te ataca con tal fuerza que amenaza llevarte al sepulcro.

—Riete, amigo mio; perdono el sarcasmo porque te debo la pasion de Lucía.

—¡Buen regalo! Si no te conociera, me darian miedo tus palabras.

—Amo á Lucía y te juro que nada haré que pueda perjudicarla.

El conde le miró de reojo, mientras partia el *beefteak* que acababa de ponerle delante el camarero.

—Querido Eduardo, eres incorrejible; pero celebro que Lucía sea la que te inspire esa pasion descompasada, pues bien mirado, la niña lo merece; no olvidarás cuánto la celebré siempre; es una mujer de corazon sensible.

—¡No lo sabes bien! esclamó el poeta con entusiasmo; cuando esta tarde la declaré mi amor, se desmayó.

—¡Hola! ¿conque hubo declaracion y desmayo? Veo que eres hombre de pró; pero haz el favor de sacarme de pena, contándomelo todo.

—La marquesa me ha echado ignominiosamente de su casa.

—¡La marquesa!

El conde soltó el tenedor que se llevaba á la boca.

—Sí, porque me sorprendió á los piés de Lucía.

—¡Magnífico! hubiera dado un año de vida por

presenciar esa escena, que veo toma colorido. No me atormentes mas, que estoy con una impaciencia que me devora.

Campo-Real apuró de un trago una copa de Burdeos, dejó sobre la mesa la servilleta, despues de limpiarse los lábios y refirió palabra por palabra su entrevista con Lucía.

El jorobado escuchaba inmóvil; cuando su amigo concluyó la narracion, dijo:

—¡Te portaste como un gladiador romano despues de la victoria!

—Fui generoso con la marquesa porque Lucía vive con ella.

—La coqueta está vencida, Eduardo; no solo te aborrecerá porque se vé postergada, sino porque sabe que eres un enemigo formidable.

—Sin embargo, debo respetarla porque Lucía es su sobrina.

—Nada de eso: ¡guerra á muerte! ¿Es cierto que amas á Lucía?

—¡Con locura!

—Y ¿qué piensas hacer?

—No lo sé.

—¿Necesitas comunicarte con ella?

—Sí: no vivo ya sin verla.

—¿Crees en mi amistad?

—Hoy mas que nunca, pues me has dado muchas pruebas de adhesion.

—Te preparo otra mayor todavía.

—¿Cuál? preguntó el poeta con interés.

—Voy á ser tu alado Mercurio; escribe á Lucía, que yo entregaré tu carta, y confia en mí, pues pronto la verás, mal que pese á la marquesa.

—¿Qué dices?

—La pura verdad.

—¡No sabes el placer que me causas!

—Lo comprendo. ¿Conoces á Ana, la doncella de la marquesa?

—Sí.

—Pues esa muger me pertenece en cuerpo y alma; por ella sé cuánto ocurre en la casa: la fidelidad de los criados es una puerta que se abre con una llave de oro.

—¿Qué intentas?

—Déjame obrar: quiero contribuir á tu felicidad.

—¡Amigo mio!

Y Campo-Real estrechó la mano del conde, que se rió dando rienda suelta al regocijo que sentia en su alma. En aquel momento habia madurado un plan diabólico en su cabeza.

Leopoldo Rivas, que entraba en la sala, se acercó á saludarlos, diciendo:

—Adios, amigos; vengo de casa de la marquesa, donde se ha echado de menos á los dos; pero no me estraña la ausencia, porque están ustedes ocupados en entretener al estómago.

—Y al corazon, añadió el jorobado riéndose.

—Todo es compatible, querido conde.

—Te participo, Leopoldo, que nuestro amigo Eduardo está enamorado.

Campo-Real oprimió con su pié el del conde; pero este esclamó, haciendo un jesto significativo:

—¡Cáspita! no me hagas señas, pues yo no sé callar.

—¿Reserva conmigo? preguntó Leopoldo.

—Bromas de Tamajon, dijo el poeta.

—No le creas; ama y proyecta un suicidio.

—¡Un suicidio!

—Es decir: un matrimonio.

—¡Qué prosáico te vuelves, Eduardo! añadió Leopoldo irónicamente; recuerda que Byron dice que «el matrimonio nació del amor, como el vinagre del vino.»

—¿Vienes del gabinete azul? preguntó el jorobado.

—Sí; allí estaba el general, como siempre; ¡pobre hombre! Casi puedo asegurar que todavía no se ha declarado; y eso que ella lo marea bien.

—Quiere vengarse de Eduardo porque sospecha que le es infiel; pero ella le ama con delirio: ¡es su única pasion!

—Ya lo sé, dijo Leopoldo con malicia; Eduardo, eres un mortal venturoso porque la marquesa es un *boccato di cardinale*.

Campo-Real le miró fijamente; pero á una señal del conde cedió en su movimiento hostil: este se dirijió al jóven para preguntarle:

—¿Viste á Lucía?

—No: se acostó temprano, porque estaba indispuesta.

Campo-Real palideció.

—¡Melindres sin duda! dijo el jorobado.

Leopoldo Rivas se despidió, dirijiéndose á la sala de juego, y los dos amigos salieron del Casino.

—Mañana iré á buscar la carta, querido Eduardo, y no te atormentes por Lucía, que estoy dispuesto á probarte que soy un Maquiavelo para la marquesa y para tí un Orestes.

El poeta volvió á estrecharle la mano y se separaron.

El gozo embargaba la voz al conde de Tamajon; aunque es bastardo el placer de la venganza, no hay otro mas dulce ni mas intenso; hasta las almas generosas que perdonan encuentran su goce porque el perdon humilla; el perdon es tambien una venganza: hay egoismo en la generosidad, por mas noble que aparezca.

Al siguiente dia fué el conde á casa de Campo-Real, que se levantaba de la mesa, y viendo intactos los platos, dijo:

—¡Qué! ¿estás desganado?

—Creo que sí.

—¿Crees? ¿no te atreves á confesarlo? ¡Ay, Eduardo! no sirves para la guerra porque te interesas en el combate de tal modo, que presentas desnudo el pecho.

—Lo sé; ¿viste á Lucía?

—Eres muy vivo de genio; vengo ahora por la carta y antes de una hora estará en su poder; ¿supongo que la habrás escrito?

—Aquí está.

El jorobado cojió la carta y al ver lacrado el sobre, dijo sonriéndose:

—Hiciste bien en cerrarla porque no necesito leerla; ¿quieres que te diga frase por frase lo que contiene? Las cartas de amor se escriben con una estampilla.

—Mucho te deberé si me traes buenas noticias; estoy intranquilo por el estado alarmante de su salud.

—Aunque se esté muriendo, más todavía, aunque haya muerto ya, resucitará á mi voz como Lázaro; llevo conmigo un medicamento que ningun doctor puede administrar.

—¿Tú? preguntó el poeta cándidamente.

—Sí; llevo esta carta, dijo el jorobado riéndose á carcajadas.

—Procura prepararla, conde, porque es muy susceptible su organizacion; ayer creí que se moria cuando confesé que la amaba.

—No tengas cuidado, la emocion de hoy la curará de la de ayer; para el amor es muy eficaz ese nuevo sistema que quiere enterrar á los médicos y á los boticarios y que nos ha legado Hannemann; si el *similia similibus curantur* es una verdad, hoy debe ponerse Lucía completamente buena. Además, añadió irónicamente, el sol dá vida á las flores y luego las mata; tú harás lo contrario por no parecerte á Febo; la mataste ayer para darle hoy vida.

—Dichoso tú, conde, que siempre estás de buen humor; nunca cruza por tu imajinacion una ráfaga triste que nuble tu perpétua felicidad.

—¿Qué quieres? esclamó el conde; nada echo de menos en el mundo y todo me sonríe.

—¡Mil veces venturoso el hombre que como tú nada espera ni ambiciona! ¡Mil veces venturoso el que solo vé en el mundo un juego sin interés!

—Mi joroba, querido Eduardo, es una muralla que me pone á cubierto de todos los tiros; las pasiones no penetran en mi pecho, porque no pueden romper este promontorio; este otro—y señaló á su espalda—es el mundo; lo cargo á cuestas como Hércules; pero como lo llevo detrás, no veo ni sus placeres ni sus miserias; vivo como la almeja, encerrado en mis dos conchas.... Y me rio del mundo.... ¡Já, já, já!....

—Me hace daño oirte, pues me haces comprender que eres egoista.

—¿Egoista yo? Bien te acredito que sé sacrificarme por un amigo.

—Es cierto: soy injusto contigo.

—Son las nueve: corro á aliviar á tu enferma; espérame en el Casino.

—Adios: pide toda mi sangre y te la daré con gusto.

—Gracias; no soy sanguijuela: detesto á Broussais.

Y salió riéndose: en la escalera se detuvo y mirando á la puerta de Campo-Real, esclamó:

—¡Mil veces venturoso! ¡Hé aquí el mundo!... ¡Venturoso sí, porque él mismo, como el mundo, no adivina las facciones que encubre esta careta de hierro! ¡Venturoso, sí, porque se acerca el dia de la ven-

ganza! ¡Venturoso, sí, porque ese dia no lo cambiaré por mil años de placeres sin cuento!..... ¡Imbécil Eduardo!,...

Entró en su carruaje, apretándose el corazon con ambas manos, y con voz ahogada dijo al lacayo que esperaba la órden sumiso al pié de la portezuela con el sombrero en la mano:

—A la calle de Atocha.

Algunos minutos despues llamaba en casa de la marquesa del Fresno. Al ver á Ana, la doncella, que le habia abierto casualmente, dijo sonriéndose:

—Mucho me alegro de que hoy me sirvas de Cerbero.

—¿De qué? preguntó la fámula haciendo un gesto.

—Digo que me alegro de que seas tú quien me abra la puerta del infierno.

—¡Qué cosas tiene V., señor conde! ¡Siempre me hace V. reir!

—¡Já! mi genio es muy alegre.

—Ya lo sé.

—¿Pasa algo?

—No, señor.

—¿Cómo sigue Lucía?

—Cuando el médico salió ayer de su habitacion, hizo un gesto.

—Temerá que se muera pronto; para los médicos una dolencia larga es una renta.

—Ya lo creo; ¡qué lástima de dinero!

—¿Se ha levantado?

—Sí señor; pero no se ha movido de una butaca en todo el dia; está muy triste.

—¿La marquesa ha entrado á verla?

—¡Cá! están reñidas por no sé qué lío que movió ayer el señor de Campo-Real, y la señorita se desmayó.

—Necesito ver á Lucía sin que la marquesa se aperciba de ello.

—¡Imposible! la señora me despediría.

—¿Y la marquesa?

—En el gabinete azul con ese caballero indigesto que viene todas las noches á tomar el té; no he visto un hombre mas ágrio ni mas callado.

—Alba no se irá hasta las diez; llévame al cuarto de Lucía.

—¡No es posible, señor!

El jorobado puso en la mano de Ana una moneda de oro, preguntando:

—¿Por dónde se vá?

—Por aquí; entre V. sin hacer ruido con los tacones, no lo sienta Felipa, que es muy chismosa.

Ana miró con codicia la moneda, que guardó en el bolsillo, y guió al jorobado por un largo pasillo, deteniéndose delante de una puerta; allí le dijo en voz baja:

—Este es el cuarto de la señorita.

—Entra y dí que quiero verla; si se resiste, añade que traigo noticias interesantes.

Dos minutos despues, Ana abrió la puerta, hizo una señal al conde y se retiró.

Lucía miró al jorobado con asombro y esclamó:

—¿A qué debo esta visita misteriosa, señor conde?

—Sabe V. muy bien, Lucía, que soy el único amigo de Eduardo de Campo-Real.

—¡Ah! ¿viene V. en nombre suyo?

—Sí: no hay sacrificio que no esté dispuesto á hacer por el cariño que le profeso.

—¡Qué bueno es V., señor conde!

—Cumplo con un deber de amistad; pero para cumplirlo realmente empiezo por informarme del estado de la salud de V. que nos puso ayer en alarma.

—He pasado muy mala noche, efecto de la ajitacion y de la tós; pero en este momento estoy completamente buena. Creí que le perdia para siempre, y V. me devuelve la esperanza.

—¿Ama V. mucho á Eduardo?

—¡Ay! le amé en secreto tanto tiempo, que cuando ayer ví realizada mi ilusion, la vida me abandonó por algunos instantes; la dicha mata como el dolor.

—No estraño que concibiera V. esa pasion por Eduardo; es un jóven de talento y de cualidades nada vulgares; comprendo cuánto habrá V. sufrido viéndole dominado por la marquesa.

Lucía puso una mano sobre su corazon, lanzando un suspiro ahogado. El conde que observaba su respiracion desigual y su mortal palidez, se convenció de que sus padecimientos se habian agravado mucho desde el dia anterior.

—No me recuerde V. esos dias, señor conde, dice ella afectada; porque aun sufro con esa idea.

—La marquesa no comprende lo que ha perdido, y yo tengo la culpa, porque hice á Eduardo fijarse en V., Lucía.

—¡Oh, gracias!

Y la pobre niña estrechó convulsivamente una mano del jorobado, que contrajo su fisonomía para no marcar su perpétua risa.

—Es preciso, Lucía, prosiguió el conde, que tenga usted valor para luchar, sin afectarse tanto; cuente usted conmigo, pues me he empeñado en labrar la felicidad de dos séres que se aman y lo conseguiré.

—¡Oh! sí; ¡tendré valor! ¡esta noche he sufrido por cien años!

—Anímese V. Eloisa, que voy á entregarla una carta de Abelardo.

El conde se sonreía; los ojos de Lucía brillaron con fuego y esclamó tendiendo la mano en actitud suplicante:

—¡Una carta! ¡Ah! ¡pronto! ¡pronto!... Ayer me despojó la marquesa de sus dos renglones, de aquellos dos renglones por los que daría mi vida entera.

—Vamos: dos renglones son poca cosa; aquí traigo algunos mas. Tome V. y lea con calma.

El jorobado cojió el quinqué para alumbrar á Lucía mientras leyese la carta y para examinar detenidamente en su fisonomía las huellas del mal que la consumía.

Al cojer Lucía el venturoso papel, lo llevó á sus lábios, besándolo con ardor, sin acordarse que estaba presente una persona estraña á su pasion.

La carta decia así:

«Mi Lucía: vive para mí. Ayer te abrí mi corazon »y leí en el tuyo. Si padeces todavía, tén la seguri»dad de que yo tambien padezco: dos almas que se »aman no pueden sufrir dolor alguno que no sea mú»tuo. Morir tú sería decretar mi muerte; pero confio »en Dios que es bueno: nos esperan dias de embria»guez, dias de felicidad, en los cuales no quiero que »pienses, porque te sería imposible esperar: tén valor »como yo y escalaremos el cielo con las alas de nues»tra fantasía.

»Pón tu entera confianza en mi amigo el conde de »Tamajon: la Providencia lo ha puesto en nuestro »camino para dicha de los dos. ¿Cuándo te veré?... »—*Eduardo de Campo-Real.*»

Lucía leyó la carta á media voz, olvidada siempre de que el conde estaba delante y haciendo algunas pausas, porque la emocion la fatigaba; cuando concluyó de leerla, volvió á besar la carta y dijo al conde que acababa de dejar el quinqué sobre la mesa:

—¿Cómo podré pagar á V. este inmenso servicio?

—De una manera.

—¿De cuál?

—Siendo obediente, y cuidándose mucho; cuando se restablezca V, verá á Eduardo; lo prometo formalmente, á pesar de haberle cerrado las puertas la marquesa.

—¡Qué crueldad!

—Confíe V. en mí; Eduardo lo exije y yo tambien.

—¡Es V. nuestro ángel tutelar!

—No tanto, niña; no soy mas que un buen amigo. Ahora conviene que conteste V. á esa carta, si se halla en estado de escribir sin perjudicar su salud.

—¡Qué disparate! Ya estoy buena.

Lucía se levantó resuelta y escribió estas palabras:

«Eduardo mio: acabas de darme la vida; los médi»cos son unos ignorantes, pues todas sus recetas no »han conseguido lo que tu carta. ¡Qué feliz soy! Nues»tra *Providencia*, mas feliz que yo pues vá á verte, »te dirá cuanto te amo. Piensa en mí siquiera una »hora al dia, para pagarme las veinte y cuatro que »en tí pienso: ¿por qué no tendrá mas horas el dia «para consagrártelas?...

»Si quieres que viva, ven á ver pronto á tu— »*Lucía*.»

El conde guardó la carta en el bolsillo del frac y presentando la mano á la jóven, dijo con afecto:

—Hasta mañana: ¡cuidado!

—Es V. mi médico y obedeceré ciegamente sus prescripciones.

El conde salió del cuarto de Lucía y atravesando la sala, entró en el gabinete azul, donde habia ya muchas personas reunidas.

Cuando quedó sola Lucía, acercó su butaca á la mesa donde estaba el quinqué para leer cien veces la carta de Campo-Real.

Cualquiera hubiera dicho que su dolencia habia

desaparecido completamente; pero cuando él médico entró á verla aquella noche, marcó en sus facciones el mismo gesto que habia notado Ana la noche anterior: la calentura era mas intensa.

XIV.

Marte y Vénus.

En el gabinete azul halló el conde á los concurrentes cotidianos, sin faltar el general Medina que volvia la cabeza con interés para ver á cada uno que entraba: sin duda temia la llegada de Campo-Real; sin poderlo remediar la presencia del poeta en aquel sitio le hacia daño: no sé si el general conocia el título de *favorito* con que se le designaba ó si era una de esas antipatías irresistibles que no tienen causa justa y que sin embargo existen en el mundo.

Si á Medina le hubieran preguntado qué interés le llevaba asíduamente á casa de la marquesa del Fresno se hubiera encojido de hombros; pero es lo cierto que para el general, que habia vivido siete años corriendo los peligros y azares de la guerra y que tanto

blasonaba de sus aspiraciones belicosas, la vida tranquila del gabinete azul habia llegado á ser en pocos dias una necesidad; no sé si su alma se iba amoldando á la existencia cortesana ó si aquella monotonía era una tregua que aceptaba gustoso para prepararse de nuevo al combate cuando el grito de la pátria lo sacase de su estupor. . . .

Los hombres como Medina necesitan siempre una idea que preocupe sus sentidos, no pudiendo amoldarse á la inaccion; hizo una costumbre de visitar á la marquesa y en la costumbre se creó una especie de deber, no conociendo el peligro que corria. No habiendo amado nunca ignoraba el verdadero valor de ciertos síntomas inequívocos que no engañan al hombre esperimentado y que apesar de su fuerza los séres avisados combaten al principio para evitar el desarrollo del mal; Medina no sabia que amaba á la coqueta; notaba cierto malestar estraño, cierta inquietud nueva, cierta atraccion rara hácia la marquesa que no podia comprender, como no comprende el tísico su gravedad, apesar de que está herido de muerte: es un mal interno que el doctor gradúa, que todos leen en el semblante del doliente y que solo á este engaña.

Medina creia no amar á la marquesa y sin embargo, vedle siempre buscar el sitio mas próximo á ella; vedle concurrir puntualmente al teatro si sabe que ella vá; no le pregunteis si la pieza que se representa tiene interés; no trateis de indagar qué personas le rodean: sus ojos se fijan en un palco toda la noche;

preguntadle, si ¿qué personas entran á rendir homenaje á la mujer que lo ocupa? preguntadle ¿cuántas veces se vuelve ella á mirar hácia el sitio del patio donde él se halla?—Si la marquesa vá al Prado, ved al general domando un brioso corcel que, al pasar por delante de su carretela, luce sus escarcéos como si obedeciera á una órden secreta.—Si alguno la saluda con afecto, reparad cómo se contraen sus facciones; si Campo-Real le dá la mano, notad que se muerde los lábios ó cruje los dientes: ¡y todo esto sin saberlo él ó sin esplicarse su agitacion!

Medina no conoce el amor; como no aprendió á galantear, no obedece mas que á los impulsos de su alma. Medina no estudia sus acciones porque ignora que ama; y ¿qué mas haria un jóven de mundo que siguiendo los trámites de una pasion, calculara los medios de rendir á una mujer?

Si al general le dijeran que amaba á la marquesa, se reiria; si le convencieran de que lo estaba haciendo patente con su conducta, se avergonzaria; pero como nadie le habia hecho tales advertencias, seguia el impulso que lo arrastraba hácia ella sin sentir, como á la hoja que lleva la corriente del arroyo que vá á dar en el rio, aunque parece que no se mueve.

Si entonces se hubiera levantado un clamor guerrero, si entonces el dios Marte hubiera tocado su clarin bélico, Medina hubiera corrido con embriaguez á seguir su aspiracion, empuñando su espada, humeante todavía con la sangre del enemigo; Marte, al lanzarlo en los peligros del combate, lo hubiera librado de

otro peligro mayor; pero Marte dormía y el soldado disfrutaba de la molicie que brinda la paz; ¿quién sabe si llegará un dia en que venga el dios de la guerra á llamar á sus puertas y le encuentre en un sueño profundo, con el brazo debilitado y la espada mohosa? ¿Acaso Marte no encontraba en los brazos de Vénus una dicha inmensa?

Si la gloria enajena los sentidos, el amor los trastorna. Decididamente el general Medina se estaba durmiendo, como el mancebo de la fábula de Samaniego, *á la orilla de un pozo*; no sé si llegará á tiempo *la Fortuna* para despertarlo.

¿Y la marquesa?—¡Estraño fenómeno se obraba en la coqueta!

Si en todos los hombres habia visto séres vulgares, en Medina veia una figura poética: ¡en Medina que no la dirijia una frase galante! ¡en Medina que nada le exijia! ¡en Medina que no hablaba de pasion ni concedía esperanzas!.... ¡Defínase ahora á la mujer!...

Ella misma habia dicho que era incombustible como la salamandra, y en los pocos dias que trascurrieron desde que conocia al general, sintiendo quizá el calor del fuego, temia acercarse, porque si habia perdido aquella virtud, seguramente se quemaria. Recordaba la apuesta que hizo con la baronesa de Torre-Nueva, y no le asustaba perder por lo que el mundo dijera, sino porque calculaba la fuerza de este golpe contrario: los hombres le causaban hastío, y á estar segura de su victoria, hubiera cerrado las puertas de su casa

á todos: creia que le bastaba con el general Medina para ser feliz. Como la victoria era dudosa todavía, la marquesa comprendió que necesitaba deslumbrar al soldado para aprisionarlo en un momento de ceguedad.

La marquesa adivinaba el interés que el general habia escitado en su alma; pero sin confesarlo, seguia con su táctica; aunque le inspirara miedo la lucha no podia retroceder ante el peligro. La marquesa hubiera dado diez años de vida, que era dar su vida entera, porque Medina no se hubiera cruzado en su camino, pero al conocer su flaqueza, se encastilló en la coquetería, como único medio de quedar á salvo si se hacia pública una derrota vergonzosa.

La coqueta calculaba todavia, y el que calcula en el amor aun tiene medios de defensa; tenia concentrado todo su interés en aquel combate y estaba dispuesta á quemar sus naves como Hernan-Cortés para perecer en el terreno.

En una palabra, la marquesa ignoraba lo que queria, porque amaba á Medina. El corazon es una caja cerrada por un secreto; muchos llegan á ella sin poder abrirlo; Medina, sin intentarlo, parecia haber tocado el misterioso resorte.

Cuando aquella noche entró el conde de Tamajon en el gabinete azul, Medina le estendió la mano con muestras de afecto, ya porque habia conseguido captarse sus simpatías, ya porque no iba con él su inseparable Eduardo de Campo-Real.

Solo éste faltaba en el templo de la diosa de los salones.

Como siempre, la baronesa jugaba al tresillo con algunos de los concurrentes, y por supuesto con Perez, que encontraba un recurso en los naipes para escusar su eterno silencio.

La conversacion estaba poco animada cuando entró el conde; pero al verle, todos se sonrieron.

—Bien venido seas, dijo Leopoldo, porque empezaba á dormirme.

—¡Qué galantería! esclamó la coqueta.

—¿Qué quiere V., marquesa? hace dias que encuentro á V. variada.

—¿A mí?

—Sí; ya no sostiene V. la conversacion con aquella gracia que le es característica; temo que nuestra compañía le canse.

—Es V. injusto, Leopoldo.

—¡Oh! soy esperto, y mis amigos pueden decir si es cierto que se ha operado en V. un cambio notable.

Todos, menos Perez y Medina, hicieron una señal afirmativa.

—Eso proviene de la atmósfera, dijo el conde riéndose irónicamente.

—¿De la atmósfera? preguntó la marquesa picada.

—¿Quién lo duda? Si el cielo, con ser la mansion divina, no siempre presenta el mismo aspecto á los mortales, ¿cómo puede exijirse que ese rostro, por mas que sea tan bello, aparezca siempre para nosotros con tintas de azul y grana?

—Conde, V. sí que es siempre el mismo: un hombre terrible.

—¡Qué disparate!

—Se remonta V. mucho cuando habla de mi pobre persona.

—Me remonto hasta el sol, marquesa, añadió el jorobado, dando á esta frase un tono mareado de galantería.

—Cuidado con llegar al sol; no se le derritan á usted las alas como á Icaro.

—Mis espaldas son mas fuertes que las de aquel pobre mozo; ya vé V. que tengo sitio bastante donde colocar las alas..... No sé, general, si ha notado usted que soy algo cargado de espaldas...... ¡Já, já, já!

Todos se echaron á reir; la marquesa se mordió los lábios porque temió que no perdonándose á sí mismo el jorobado en su sangrienta burla, le preparabé algun tiro certero.

—No deja V. en paz, conde, ni su propia persona.

—Cosas tan de bulto no pueden esconderse: están demasiado á la vista.

—Sin embargo......

—Hablábamos del sol y veo que no me equivoqua al invocar á este astro-rey mirando á V., marquesa.

—¿Por qué?

—Porque si es V. bella como el sol, quemando como el sol, tambien como el sol tiene V. eclipses.

—¿Eclipses yo?

—Sí; y hé aquí la causa de ese nublado de la fisonomía de V. que advirtió fundadamente Leopoldo; el eclipse lo produce un cuerpo que se coloca delante del astro..... Creo que me esplico.

—No comprendo lo que quiere V., decir, añadió la marquesa con temor.

—Quiero decir que algun cuerpo se ha colocado entre V. y nosotros, robándonos su luz; solo que hasta ahora el eclipse es parcial, aunque visible; no consienta el cielo que llegue á ser total porque nos quedaremos á oscuras los que adoramos al sol con todo fervor.

El conde al decir estas palabras habia paseado su vista de la marquesa á Medina, y este se turbó, dando muestras de querer levantarse; pero comprendiendo sin duda que darse por aludido seria ponerse en ridículo, se contuvo, dispuesto á pedir cuenta de aquellas palabras al jorobado.

La marquesa habia clavado sus ojos en el conde con un ademan de desprecio; pero él se rió, dirijiendo la palabra en voz baja á Leopoldo que estaba á su izquierda.

—La verdad es, señora, dijo el marqués del Espino, tratando de sostener aquel diálogo picante, que ya no se cuida V. de sus amigos como antes, y quisiéramos saber si hemos caido en desgracia.

—De ningun modo, amigo mio; tan es ilusorio, que preparo una fiesta en loor de mis dignos tertulios.

—¿Una fiesta? esclamaron todos.

—Sí: el dia de Año-nuevo se acerca y quiero solemnizarlo, por mas que lo vea llegar con tristeza.

—¿Por qué? preguntaron algunos.

—¡Ay! es mi cumpleaños, y aunque es triste felicitar al tiempo porque avanza con esa guadaña infle-

xible que ha de segarnos, es el mejor dia para abrir mis salones, cerrados todo este invierno.

—Lo cual, dijo uno, es muy sensible para el mundo.

—¡Oh! añadió otro; no ha dejado la crónica de lamentarse de la clausura de estos salones.

—Ya sabe V. que ni los bailes de la embajada han podido competir con los de la marquesa del Fresno.

—Esta fiesta vá á poner en conmocion á Madrid.

—¡Dichosos nosotros que tendremos la fortuna de asistir á ella, porque nos damos por convidados!

—Por supuesto, dijo la marquesa; en un dia tan clásico para mí quiero verme rodeada de mis afecciones. La vejez me amenaza.

—¡La vejez! esclamaron muchos con horror.

—¡Oh! dijo ella; voy á cumplir veintidos años.

—¡Bah! ¡imposible! dijo uno; serán veinte.

—No.

En la fé de bautismo de la marquesa aparecian veinticinco años, pero como nunca consultaba este documento no debe estrañarse la *equivocacion*.

El disgusto estaba marcado en el rostro de Medina; aquel diluvio de adulaciones y el anuncio del baile le pusieron de mal humor; además estaba preocupado con las palabras del conde.

—Creo, dijo Leopoldo con intencion, que nuestro amigo Campo-Real no faltará á la fiesta.

El general se estremeció á su pesar; la marquesa sorprendió aquel estremecimiento que acababa de venderlo y no contestó á Leopoldo, ya porque no le

conviniera aclarar aquel punto, ya porque Medina ocupaba su atencion.

—Apropósito de Campo-Real, dijo el marqués del Espino, hace dos noches que no se le vé por aquí; ¿está enfermo?

—No, contestó Leopoldo; anoche le vi cenar en el Casino, con mucho apetito por cierto.

Y recargó estas últimas palabras.

—Creo que está enamorado, añadió otro.

—Ese es su estado normal, repuso Leopoldo. Nuestro poeta es hombre de mucha fortuna con las mujeres.

Leopoldo miró de reojo á la marquesa sonriéndose, y como Medina estaba entre los dos, interceptó esta mirada clandestina; entonces sin poder contener su disgusto, cojió el sombrero y se despidió.

La marquesa sufria horriblemente; pero ¿cómo detenerlo?

El jorobado se puso en pié al mismo tiempo y dijo:

—Yo tambien me voy, general; tendré el honor de llevar á V. en mi carruaje hasta su casa.

—Con mucho gusto, dijo Medina con intencion.

Y salieron los dos.

Al poner el pié en la calle volvióse Medina al jorobado y le dijo:

—Mucho me alegro que haya V. comprendido que teniamos que hablar.

—Soy adivino, contestó el conde sonriéndose.

—Necesito pedir á V. cuentas de ciertas pa-

labras que ha vertido esta noche, fijando en mí los ojos.

—General, estimo á V. en mucho; pero como los números son complicados no me parece que la calle es el mejor sitio para hacer una buena suma; en dos sillones ajustaremos mejor esas cuentas, y si V. se digna recibirme mañana en su casa iré á probarle que soy un gran aritmético.

—No: ahora mismo.

—¿Tanto interesa á V. el asunto?

—Yo no tolero.

—Veo que ha interpretado V. mal alguna chanza mia, y como no me gusta tener acreedores, repito que puntualmente iré mañana á satisfacer mi deuda.

—Pues hasta mañana.

—Hágame V. la honra de aceptar un asiento en mi carruaje.

—Gracias; voy siempre á pié.

—Como V. guste; no insisto.

—Hasta mañana.

—¿A qué hora se levanta V., general?

—Soy madrugador.

—A las diez iré.

El general se embozó en su capa y bajó por la calle de Atocha á buscar la plazuela del Anjel, donde vivia.

El jorobado entró en su carruaje, diciendo:

—Mañana tomaré posesion de la casa del general para llevarle adonde yo quiera. ¡Mi plan marcha á toda vela y viento en popa!

Se apeó en el Casino donde le esperaba impaciente Campo-Real y le entregó la carta de Lucía.

El pecho del poeta se dilató; las palabras de Lucía le hicieron distinguir la felicidad que creia en esta época que estaba simbolizada en ella.

Aquella noche fué de insomnio para cuatro personas.

Campo-Real y Lucía soñaron despiertos con un ánjel que refrescaba su fantasía.

La marquesa vió en su sol un verdadero eclipse: el cuerpo del jorobado que se interponia entre ella y Medina. Aquella noche no durmió: ¡era su primera vijilia!

Medina contó las horas, esperando el dia siguiente.

El jorobado dormía; pero en sus lábios estaba marcada su perpétua risa; sin duda acariciaba á Satanás, queriendo robarle su poder como ya le habia robado su instinto.

XV.

El abrazo de la serpiente.

A las nueve de la mañana del siguiente dia se paseaba el general Medina por su habitacion, dando muestras de estar muy ajitado; de repente se detuvo y corrió á su pupitre, como queriendo aprovechar una idea luminosa.

Despues de haber escrito una carta lacónica la leyó y marcando un jesto hizo mil pedazos el papel, no sin demostrar su mal humor creciente. Levantóse tirando la pluma y volvió á continuar sus paseos, interrumpidos de vez en cuando por ciertos movimientos que ponian de manifiesto bien claramente la lucha interior que sostenia.

Al fin esclamó en voz alta como si contestase á alguna persona que rebatia su opinion:

—¡No quiero escribirle! ¿para qué? ¿Tengo por

ventura miedo á ese jorobado? ¡Qué venga! Mi carta seria inoportuna; decirle que es inútil nuestra entrevista y que reconozco mi error, es confesarme vencido; ¿qué me importa su visita? Si no me dá una satisfaccion, lo mataré..... Acaso me convendrá que venga; él sabe cosas que tambien necesito saber...... ¡La verdad es que estoy impaciente! ¿de qué provendrá esta impaciencia? ¿qué influjo ejerce ahora ese hombre sobre mí?... ¡No me conozco! ¡no parece sino que aguardo el resultado de una batalla decisiva!.... ¡Bah! ¿estoy loco? veré al conde y aprenderá este mozo cortesano que tiene que habérselas con un corazon de temple.

El general dió un golpe con la mano en un timbre que habia sobre la mesa y la puerta de la habitacion se abrió en seguida, presentándose un anciano con unos grandes bigotes blancos, al que preguntó el general:

—¿Han traido alguna carta para mí, Corrales?

—No, señor.

—A las diez vendrá un caballero á visitarme: el conde de Tamaron; que me pasen recado al punto.

—Está bien, señor.

—Retírate.

—¿Me permite V., mi general, que le haga una pregunta?

—¡Déjame en paz!

—Ahora insistiré mas, porque no acierto á esplicarme lo que de pocos dias á esta parte pasa por usted, señor; le ví á V. nacer, le acompañé siempre

en sus peligros, gocé con sus triunfos, y nunca me trató V. con esa dureza y ese desvio; si por mi clase no he sido un fiel amigo, á lo menos cuidando á usted asíduamente le vijilé con la lealtad de un perro.

—¿Vienes á reconvenirme? esclamó Medina exaltado.

—¡Líbreme Dios! cuando el coronel D. Enrique de Medina (Q. E. P. D.) me encargó que no me separara de su hijo, le ofrecí velar hasta por su sueño y así lo hice hasta hoy; veo que V. E. está ajitado y que alguna cosa grande le amenaza ¡por vida!... en tiempos de paz estar así un militar tan valiente, me asusta! ¿No tengo derecho á saber lo que á V. E. atormenta? ¿quién como yo puede consolarle? ¿quién como yo está dispuesto á esponer cien veces su vida por ahorrarle el menor disgusto?

El general se sonrió á su pesar, oyendo á su criado darle un tratamiento que le habia dispensado, y tendiéndole la mano, dijo:

—Conozco tu fidelidad y sé apreciarla; ni tú ni yo somos hombres de mundo, mi buen Corrales, y queremos de una manera que aquí no saben comprender.

—Nosotros queremos como Dios manda, mi general; aquí se quieren las gentes por lo que valen, y lo que valen se estima por una levita mas ó menos. ¡Qué lástima que no haya guerra! Yo no me encuentro mas que peleando; el olor de estos inciensos que llevan encima los cortesanos no agrada á mi olfato como el de la pólvora; allí se conocen las personas por

el corazon, y allí veia á V., alegre y activo, aunque la muerte estaba siempre con el aldabon de la puerta en la mano; pero ¡quiá! nos haciamos los sordos y por mas que llamaba no conseguia entrar.

—Tienes razon, Corrales; y vienes á recordarme la causa de ese disgusto que te sorprende en mí; no puedo acostumbrarme á esta vida tranquila.

—Sin embargo, señor, hay en V. un no sé qué muy raro; recuerdo que cuando era mozo estuve así una vez.....

—¿Tú? ¿por qué?

—Por una chiquela que me trastornó la cabeza; las mujeres se ponen en nuestro camino para perdernos.

—¿Las mujeres? esclamó Medina, estremeciéndose á su pesar. ¿Estás ébrio?

—No, señor; sé lo que me digo y sé dónde va usted todas las noches. Mi general, no se olvide usted del cuadro que hay en la sala.

—¿Qué cuadro?

—Aquel que representa á una mujer cortando los pelos á un hombre muy fuerte.

—¡Ah! ¡Sanson!

—Sí: cuando me curé de mi mal, hice la cruz á las mujeres y me fué muy bien. Tengo la esperiencia que dan sesenta años y ya que es V. mozo y que por desgracia ha de vivir en el mundo, no olvide V. que esta es una casa de locos y que ellas son un reclamo para los pájaros tontos: banderas que van enganchando reclutas..... La mujer es un agua que hier-

ve pronto, pero que pronta tambien se enfria.....

—Vaya, vete, que me cansan tus necedades y harto hago con oirlas.

—Ya me voy; veo que está V. en peligro, señor, y aunque se enfade por mi atrevida franqueza, le diré que cumplo la oferta que hice hace siete años; ¡por vida! no consentiré yo que en ese pecho entre ningun alojado sospechoso.

El general arqueó las cejas; Corrales sabia bien que esta señal era terrible, y volvió la espalda sin añadir una palabra mas; pero mirándole de reojo y moviendo la cabeza y los hombros.

No debe estrañarse esta tolerancia de Medina con un hombre inferior; Corrales habia sido durante la guerra de la Independencia asistente de su padre, y despues criado de la casa; habia visto nacer al general, y le habia seguido en los siete años de campaña, apesar de su avanzada edad; asi es que ejercía sobre él cierto dominio y se creia justamente autorizado á vijilarlo, cumpliendo con el encargo paterno; Medina queria entrañablemente á aquel hombre que habia llegado á ser mas que su criado, su compañero; para él los hombres valian por su buen instinto y no por el traje que vestian; y considerado así, Corrales era inapreciable.

Apenas salió el veterano de la habitacion, Medina se puso en pié y volvió á comenzar sus anteriores paseos, diciendo entre si:

—¡Por Dios, que ese hombre rudo tiene razon!... ¡Oh! ¡si! ¡el mundo es una casa de locos! ¿qué es aho-

ra mismo este cuarto mas que una jaula, donde un hombre, luchando con su destino, es víctima de una monomanía? ¿Qué me importan el conde, ni la marquesa, ni ninguno de los hombres que allí veo y que esta noche en mi insómnio cruzaron por delante de mis ojos, causándome disgustos?..... ¡Las mujeres! Corrales las trata con dureza.... No me conmueven.... ¡La marquesa! tiene talento y es muy bella; pero yo no siento hácia ella amor; ¡qué disparate! me inspira la simpatía de un afecto raro, y nada mas; verdad es que me complace verla siempre y que la busco y que no quisiera que nadie le dirijiese la palabra, que nadie la mirase... Cuando me acerco á ella, este corazon que en medio de los peligros no aumentó un latido mas, se ajita como el de un mozo inesperto que por primera vez oye romper el fuego en el campo........ ¡Ah! ¡no! ¡será casual! ¿qué tengo yo que ver con la marquesa?.....

En este momento volvió á entrar Corrales en la habitacion y dijo:

—El señor conde de Tamajon espera en la sala.

—Allá voy.

Y siguió á Corrales que abriendo la puerta de la sala para que entrara su amo, volvió despues á cerrarla, diciendo para sí:

—¡Mala estampa tiene ese jorobado! no me separaré de aquí, pues me conviene vijilar al general y saber lo que trae á casa á ese pajarraco de mal agüero si no me engaña el olfato.

Cuando entró Medina, estrechóle la mano el conde, y con su risa habitual dijo:

—Ya vé V. que soy exacto; son las diez menos dos minutos.

—Celebro la puntualidad.

—Soy inglés para las citas.

—Tome V. asiento, conde.

Y los dos se sentaron en el sofá.

—Supuesto que estamos solos, general, y que nadie nos oye, hable V. sin reparo.

Corrales, que miraba por el ojo de la llave y tenia el oido atento, se sonrió con malicia.

—Ya dije á V. que deseaba pedirle cuentas de ciertas alusiones que se permitió anoche respecto á mi persona, dijo Medina.

—¿Alusiones?

—Yo no tolero que directa, ni indirectamente, se tome en boca mi nombre para tratarlo sin respeto.

—Veo con sentimiento que se deja V. llevar de esa susceptibilidad que el mundo quiere poner como vanguardia de la honra, para gozarse en que dos hombres de bien arreglen sus diferencias con la punta de un florete ó con una onza de plomo; le suponía á V. mas grande, general.

—¿Con qué derecho?....

—Me esplicaré: cuando conocí á V. en el gabinete azul, formé una idea aventajadísima de su individuo; voy á hacer una salvedad que creo necesaria; aunque vivo en la córte, no soy cortesano; así, desconozco la adulacion. Pues bien, repito que una atraccion parti-

cular me arrastró hácia V. y que me halagó la idea de ser amigo de un hombre que, como dijo V. muy bien la primera noche que tuve el gusto de escucharle con admiracion, rendia entero culto á la verdad; ¡se miente tanto en el mundo!

Medina oia atento al jorobado y de su fisonomía iba desapareciendo aquel ceño que era señal distintiva de una emocion violenta; el conde, que estaba leyendo en su alma, continuó con su tono marcado de hipocresía:

—¡Ay, general! los hombres como nosotros debiamos vivir en el desierto; allí á lo menos nadie nos engañaría, ni seriamos víctimas de crueles desengaños. Yo, que alimenté la idea de tener en V. á un amigo, me veo citado cuando menos para un duelo; es muy duro abrigar una esperanza y verse en la dura precision de cambiar dos balas ó atravesar el corazon de un sér que distinguimos, porque este sér entra en un terreno nuevo, sin conocer las preocupaciones ridículas, que han dado en llamar costumbres.

—Está V. en un error, señor conde, prorrumpió el general casi conmovido; yo no he retado á V.; solo pedia una esplicacion, y lo que acabo de oir me basta para deponer el mayor resentimiento. El hombre que miente no habla así.

—Es cierto; ¡cuánto me alegro que me comprenda V, general! esclamó el conde con una espresion de regocijo que Medina tradujo de muy distinta manera.

—Me he equivocado en el juicio que de V. iba formando.

—No es estraño; lo mismo me sucede con todos los hombres. Mi carácter franco y alegre es un obstáculo para que me comprendan; pero no sé finjir. Hé aquí la razon porque al entrar confesé la simpatía que usted me habia inspirado.

—Simpatía á que sabré corresponder, señor conde; nadie llama en balde á las puertas de mi corazon.

Y le tendió la mano con tal generosidad, con tal muestra de afecto, que cualquier hombre hubiera retrocedido ante la idea de engañar á aquella alma noble que se abria para dar entrada á una impresion que creia lejítima; el conde, por el contrario, estrechó aquella mano con efusion, contrayendo sus lábios par esconder su pérfida risa y esclamó:

—¡Este dia lo considero grande en mi vida! Espero que nunca se arrepentirá V. de haber aceptado mi mano.

—El que una vez estrecha la mia, señor conde, debe saber que esta mano fuerte antes se arrancará del brazo á que está unida, que aceptar la traicion.

El conde le miró de reojo y dijo:

—Nos comprendemos; sé que puedo contar con usted del mismo modo que V. conmigo.

—Por mi parte, sí.

—Y por la mia, tambien.

Y volvieron á estrecharse las manos.

Corrales que observaba siempre, trató de arrancarse con rabia un puñado de pelos; medida que no llevó á cabo porque era completamente calvo, pero se quedó con la peluca entre los dedos; el pobre vetera-

no, sin conocer al conde, se sentia impulsado á entrar en la sala y arrojarle por el balcon.

—Soy desgraciado con mis amigos, añadió el conde con intencion.

—¿Desgraciado?

—Sí: no recibo de ellos mas que desengaños, pues hasta el mismo Campo-Real desoyó mis consejos.

—¡Campo-Real! esclamó Medina turbado.

El conde comprendió que en aquel golpe la espada habia tocado en el corazon del general, y dijo aparentando sorpresa.

—Sí: Campo-Real es mi mejor amigo; seria un escelente muchacho sin ese frenético amor que concibió por la marquesa, y que ella alimenta con bien torcida intencion.

El general mudó de color y se recostó en el sofá, sin poder articular una palabra; la alegría del jorobado no es posible pintarla, pues comprendía que en aquel segundo golpe la espada habia entrado hasta la empuñadura.

Hubo un momento de pausa; el conde anudó la conversacion, diciendo á Medina con acento de dolor:

—¡Ay! desgraciadamente, general, me convenzo en este momento de lo que hace dias recelaba, y me tenia inquieto; está V. al borde de un precipicio.

—¿Yo? preguntó Medina, sin saber lo que preguntaba.

—Sí, mi querido general; acaba V. de darme una prueba inequívoca de que era cierta mi sospecha; veo que ama V. á la marquesa.

—¿Yo? volvió á preguntar el general; pero esta vez con ímpetu, poniéndose en pié y arqueando las cejas.

En aquel momento era la culebra que, habiéndose visto acariciada, siente el pié que la pisa para ahogarla.

La puerta se entreabrió, pero Corrales se detuvo, porque el general, reponiéndose en seguida, volvió á sentarse.

—Me dá V. miedo, amigo mio, dijo el conde; variaré de conversacion si esta disgusta á V. tanto.

—No, conde; perdone V. este arrebato que no me esplico.

—Si mi suposicion era falsa, no valia la pena.

—Es verdad; ¿tendria algo de estraño que yo amara á la marquesa?

—Absolutamente nada; muchos padecen de esa enfermedad, que es bien peligrosa por cierto, y celebro saber que V. no corre ese riesgo.

—¿Por qué?

—Porque siendo la marquesa una mujer sin corazon, el hombre que á ella se consagra corre á su perdicion segura.

—¿No tiene corazon?

—No: á todos oye; aunque Eduardo siempre fué su favorito y le unen con ella lazos muy íntimos, nunca pudo conseguir que se fijára de una vez.

—¿Dice V. que le unen lazos?

—Eso asegura la crónica y yo lo creo.

El conde metió la mano tres veces en el bolsillo

para sacar la carta de la marquesa, dispuesto á ponérsela delante de los ojos, pero se detuvo, ya por parecerle demasiado pronto, ya porque le diera miedo la alteracion del rostro del general.

El jorobado se puso en pié y se despidió, diciendo:

—Espero que no será esta la última visita que haga á V., pues quiero que seamos muy amigos; juntos gozarémos de las peripecias que ofrece el gabinete azul, porque allí se representan perpétuamente dramas, que para nosotros, general, que estamos en antecedentes, no serán mas que sainetes.

—¡Nos verémos, conde!

—Salgo de esta casa mas feliz de lo que entré.

—Gracias.

El general le presentó la mano y el jorobado le echó el brazo por la cintura, oprimiéndosela suavemente. Entonces dijo para sí: «¡Ya es mio!» Y puso el pié en la calle, mas contento que Colon al pisar el Nuevo-Mundo.

Corrales se acercó á su amo y no atreviéndose en aquel momento á hablar de la visita, le preguntó sencillamente:

—¿Quiere V. almorzar?

—No: vete.

Y Corrales salió, moviendo los hombros y la cabeza, signo habitual en él para demostrar que comprendia lo que pasaba por el general.

Este se dejó caer en una butaca, esclamando:

—¿Con que no tiene corazon? ¿con que ama á todos? ¿con que ese Campo Real es su favorito?...

¡Bien, marquesa!... ¡Yo no siento amor hácia tí!..... ¡No es posible! ¡Pero esta atraccion!... ¡Oh, nos veremos cara á cara! ¡Aunque no la quiero, bendigo á la Providencia que me ha deparado al conde! ¡la amistad de este jorobado es una gran adquisicion!

Y llamó á Corrales para que le sirvieran el almuerzo.

XVI.

Aprestos de guerra.

Aquella noche, al salir D. Mariano de Alba del gabinete azul, encontró en la puerta al conde de Tamajon y comprendió que algun motivo de interés le traia á la casa cuando se adelantaba á sus contertulios.

—Con efecto, el conde queria hablar á solas con la marquesa y sabia perfectamente las horas de que esta podia disponer.

La coqueta estaba abatida; no era preciso saber leer en el corazon humano para adivinar que algun fenómeno psicolójico se operaba en ella; el lector no necesitará que yo le esplique: la marquesa amaba al general Medina y veia levantarse entre ambos una nube amenazando descargar su fluido peligroso.

Al ver la marquesa al jorobado, le asaltó el mismo pensamiento que á su amigo íntimo y se estremeció; creyendo que en aquel momento la nube se cernía sobre su cabeza, tembló como el ave que vé desde su nido cruzár al gavilan.

—Adios, amiga mia, dijo el conde enseñando sus blancos dientes y dándole con afecto la mano.

—Adios, conde; ¿á qué debo esta visita tan anticipada?

—¡Siempre ingrata conmigo! Voy esta noche al teatro y no quiero privarme del gusto de ver antes á mi mejor amiga.

—Gracias por la galantería.

—Además de ingrata es V. injusta; no atino ya de qué medios he de valerme para que comprenda usted el afecto que me inspira.

—¿Desea V. que sea franca, conde?

—¡Oh! sí.

—Pues confieso que hasta ahora no he conocido todo el miedo que tengo á esa enemistad que V. me declaró, bien sin fundamento.

—Corresponderé á esa franqueza, confesando tambien que si somos enemigos, la culpa no es mia.

—¿Pues de quién es?

—De V. solamente, marquesa.

—¿Por qué?

—Porque se presentó V. siempre hostil á mi persona, correspondiendo á mi afecto sincero con un sarcasmo y un desden, muy crueles por cierto.

—¿Yo? ¡me juzga V. mal!

—No; yo no hice mas que cubrir los golpes que usted sin cesar me dirijió.

—Nuestra susceptibilidad fué causa de todo, conde.

—Puede ser.

—Transijamos.

—Con mucho gusto.

—Ponga V. las condiciones.

—Seré muy exijente, marquesa, porque en la lucha llevé la peor parte.

—Acepto sin oirlas.

—Esa generosidad me habla en favor de V. y depongo todo mi encono.

—Yo tambien. Veamos las condiciones.

—Dentro de tres dias es Año-nuevo y dá V. un gran baile en sus salones.....

—No comprendo.....

—Ahora me comprenderá V., marquesa. Es preciciso que mañana envie V. una esquela de convite á Eduardo de Campo-Real.

—¡Imposible!

—Aceptó V. las condiciones y ya no es tiempo de volverse atrás.

—¿Con qué objeto?.....

—Es muy sencillo; Eduardo ama á Lucía, y privar á dos amantes de que se vean es una crueldad; sabe usted cuanto quiero á Eduardo, y si ya nada interesa á usted su ex-favorito, poco le costará dar este paso.

—¡Campo-Real me infirió una ofensa!

—¿Quién no tiene algo que perdonar? Hoy es dia de indulgencia plenaria; y como vuelvo á cobrar á usted

la estimacion perdida, deseo que no dé un derecho á la crónica para que se cebe en su persona.

—¿Qué derecho?

—Las gentes comentan de mala manera la ausencia de Eduardo, y viéndole en el baile dedicarán que se engañaron. Además si ama V. al general Medina...

—¿Yo? preguntó la marquesa sobresaltada.

—Sí: ¿vá V. á negarlo?

—¿Por qué no?

—Porque seria empezar un tratado de paz con una mentira. Confiese V. que ama al general y nos entenderemos.

—Pues bien, sí: le amo como no amé á ningun hombre, como no amaré á otro.

Los ojos del conde chispearon y ahogó un rugido; pero al mirarle la marquesa, ya no habia en su semblante más que una ráfaga que se disipó para marcar una sonrisa.

—Ahora comprendo, dijo, el cambio que todos notan en la reina de los salones.

—Estoy arrepentida, conde, de haber sido coqueta, porque conozco que lo he sido; pero mi amor hácia ese hombre sobrenatural cambió mi sér.

—Es muy justo, y celebro en el alma oir en los lábios de V. ese *confiteor* que la realza á mis ojos.

—¿De veras?

—Estoy hablando con sinceridad, y aseguro á usted que cuanto esté de mi parte contribuiré á la dicha de mi nueva amiga; pero exijo que venga Eduardo al baile; por mas que V. me crea un hombre insen-

sible, soy víctima de mis afecciones y deseo ver contentos á Lucía y á Campo-Real.

—Por mi parte accedo á la condicion, aunque rebaja mi dignidad.

—De ningun modo, señora; además no olvide usted que no hay enemigo pequeño, y que Eduardo, aunque es muy noble, puede ser temible con la exasperacion.

—No le tengo miedo.

—¿Quién sabe? dijo el jorobado con reticencia.

—¿Pretende V. asustarme?

—Nada de eso; obro ya lealmente y quiero poner á V. á cubierto de su poder.

—¡Bah! No reconozco ese poder.

—Cuando una mujer ha soltado una prenda.....

—¿Prenda yo?

—Sí: cuando una mujer escribe una carta amorosa que acredita que fué á visitar á deshora y con misterio á un jóven soltero.....

—¿Y esa carta?

—La tengo en mi poder, marquesa.

—¡No es posible!

—Es tan posible que la traigo aquí. Vea V. si la reconoce.

Y el conde sacó la carta; la marquesa, ahogando un grito, tendió la mano para apoderarse de aquel papel; pero el conde volvió á guardarla en el bolsillo de la levita.

La marquesa vió un precipicio á sus piés; estaba desde aquel momento á merced del jorobado, puesto

que aquella carta bastaria, dándole una interpretacion maligna, para robarle su honra y desacreditarla á los ojos de Medina. La coqueta, midiendo con sus ojos el abismo, comprendió que no le quedaba otro remedio que echarse en brazos de la Providencia y transijir con el jorobado.

—¡Es una infamia de Campo-Real! esclamó.

—No, señora, añadió el conde; Eduardo ignora que está en mi poder esta carta; yo se la he quitado.

—¿Con qué objeto? preguntó la marquesa ajitada.

—Con el objeto de que desapareciera una prueba incontestable.

—Déme V. entonces ese papel.

—Todavía no; pero tranquilícese V., marquesa, porque nadie le verá; para arrancarme esta carta, me arrancarian antes la existencia.

—Sin embargo.....

—Soy un caballero y estimo á V. mucho; pero necesito que se cumpla lo pactado.

—Se cumplirá.

—Aun no he puesto mi última condicion.

—¿Cuál es?

—Cada cosa á su tiempo; esté V. sosegada que no corre peligro alguno.

—¡Es horrible esta situacion!

—No sea V. pesimista y sepa que soy ya amigo del ogro.

—¿Amigo de Medina?

—Sí; por cierto que esta mañana, cuando estuve en su casa, hice un elogio de V. que le causó honda

impresion; ¡oh! ¡está herido de muerte! Toda su fiereza yace ya á los pies de la mujer que le inspiró una pasion violenta.

—¿Se chancea V. todavía?

—¿No acaba V. de conocerme?

—¡Alguien viene! dijo la marquesa; ¡esa carta!...

—Está escondida debajo de cien llaves. ¿Acepta V. mi amistad?

—¡Con toda mi alma, conde!

—¡Me hace V. feliz, marquesa!

Esta le tendió la mano y despues de estrecharla con una efusion que á cualquiera hubiese engañado, el conde imprimió en ella un beso respetuoso. La marquesa alzó los ojos para invocar á la Providencia.

—Si V. me permite, amiga mia, me retiro.

—¿Nos abandona V. esta noche?

—Me aguardan en el teatro.

—¿Alguna mujer? preguntó la marquesa, esforzándose por ocultar su emocion con su seductora sonrisa.

—Puede ser.

—¡Cuidado, conde!

—Hasta mañana.

Algunas personas entraron en el gabinete azul al salir el conde.

Este, en vez de abrir la puerta, se deslizó por detrás de una colgadura y atravesando un pasillo, encontró á Ana que le aguardaba.

Un momento despues, el conde estaba sentado junto á Lucía en su aposento, diciéndola:

—Comprendo la impaciencia de los amantes, pero todo martirio tiene su término.

—¡Sufro tanto sin verle!

—Hay inconvenientes.....

—¡Que V. me ofreció salvar, señor conde!

—Es cierto; ¿está V. dispuesta á arrostrarlo todo para ver á Eduardo?

—Eso no se pregunta.

—¿Y la salud?

—Ya estoy buena; y sobre todo, la mujer que ama no se acuerda de sus males físicos; ¿qué enfermedad hay mas terrible que la carencia del sér querido?

—Veo que tiene V. corazon y que Eduardo no se engañó.

—¿En qué?

—En contar con V. para un lance arriesgado.

—¡Eduardo me conoce!

—Dígame V., Lucía: ¿quién guarda la llave de la puerta del jardin?

—No lo sé, porque esa puerta está condenada.

—Bien; ¿en el cuarto bajo habitan solo los criados de la marquesa?

—Y el portero.

—Ese dormirá como todos los porteros.

—¿Qué piensa V. hacer?

—Mañana, á las dos de la madrugada, baje V. por la escalera interior al cuarto bajo; Eduardo estará en el jardin.

—¡Ah! ¿qué me propone V., señor conde?

—Un medio sencillo de ver á Eduardo.

—Y el mundo, ¿qué diria?

—El mundo duerme á esas horas, hija mia; entre los dos habrá una reja que pone á cubierto todo temor, aunque Eduardo ama á V. demasiado para no respetarla.

—Sin embargo...

—¿Vacila V.? ¿y aquella decision?

—¡Eduardo me exije tanto!

—Quiere hablar con V. para combinar el medio de no separarse nunca.

—¡Nunca! esclamó la jóven; ¡ah! ¡sí, sí, señor conde! ¡qué dichosa soy!

—Vaya V. bien arropada para que no le perjudique la frialdad de la noche.

—¿Qué me importa el frio? ¡Ah! ¡le veré!

—Modere V. su emocion para no retroceder en su cura y privarse del gusto de verle.

—¡Ah! iria aunque fuera arrastrándome!

—Adios, hija mia; nos verémos mañana, si puedo hurtar las vueltas á la marquesa, pues no conviene que se aperciba de mis visitas.

Ana esperaba en el pasillo al jorobado, que al verla, le dió un golpecito en la mejilla, diciéndola:

—Voy á buscarte un marido buen mozo.

—¿De veras? esclamó la fámula, abriendo estraordinariamente los ojos.

—Sí; ¿no quieres?

—¡Vaya! ¡qué cosas dice este señor conde!

—De mi cuenta corre el dote.

—¿Tambien dote? ¡me vá V. á quitar el sueño esta noche!

—A propósito de sueño: ¿el del portero es muy pesado?

—El portero tiene siete hijos y su mujer, y es muy feo.

—¿Te pregunto si duerme profundamente?

—No le despierta ni un cañon de artillería.

—¡Magnífico! cuando esté durmiendo esta noche, quítale la llave de la puerta del jardin que dá á la calle de Cañizares.

—¿Para qué?

—Eso no te importa; si quieres que te busque el marido has de darme mañana la llave.

—No me atrevo.

—Puede ser que poniendo esos anteojos al portero, no vea que coges la llave.

Y dejó caer en la mano de Ana dos medias onzas de oro; si en aquel momento la criada hubiera tenido en su poder las llaves de la ciudad, hubiera imitado á Perinet-Leclerc.

—¿Cuento con la llave? preguntó el conde sonriéndose.

—Ya lo creo; tiene V. un modo de hablar tan espresivo que siempre me convence.

Cuando al siguiente dia entró el jorobado en casa de su amigo Campo-Real, éste le presentó con asombro una esquela de la marquesa del Fresno, convidándole al baile que daba el dia de Año-nuevo, en celebridad de su cumpleaños.

—¡Hola! esclamó el jorobado; ¿la coqueta arria el pabellon?

—No me esplico este convite; pero no iré al baile.

—Irás.

—De ningun modo.

—¿Y Lucía?

—Tienes razon; además la marquesa es la que cede, puesto que me llama.

—Antes verás á Lucía.

—¿En dónde?

—En su casa.

—¿Estás loco?

—Toma esta llave que te abrirá las puertas del paraiso.

—Esplícame ese enigma.

—Escucha y verás lo que inventé para contribuir á tu felicidad.

Y el conde le refirió su proyecto.

XVII.

Amor....

Lucía amaba á Eduardo de Campo-Real.

¿Eduardo de Campo-Real amaba del mismo modo á Lucía?

¡Cuán difícil es contestar á esta pregunta!

Lucía amaba por primera vez.

Campo-Real habia amado muchas veces.

Para ella, todo era nuevo; y sin embargo, espresaba sus sentimientos con las mismas palabras que él; el amor no se enseña en las universidades: en él se adivina todo; el alma aprende á amar por intuicion.

Para él, egercitado en las luchas de la pasion, no era difícil presentar de relieve un amor grande; el

amor para el hombre de mundo es un drama de sabidas y estudiadas peripecias; yo que soy historiador imparcial debo presentar la verdad: al leer en el corazon de Campo-Real no encontré un cálculo, sino una impresion; él mismo confesaba que esta era distinta de las que otras mujeres le habian inspirado.

Creia que era su primer amor.—Si has revisado su diario, comprenderás, lector, que su pensamiento podia ser tan estraño como dudoso.

Lo cierto es que Lucía ocupaba el alma del poeta.

¡Qué contraste entre Lucía y la marquesa!

¡Y los hombres se postraban ante la mujer sin corazon, no quilatando á aquel sér que á su lado vivia, tesoro de amor y de sensibilidad!

Para el amor todos los hombres son miopes.

La mujer es la mejor invencion del hombre.

No hay que asustarse; Dios formó á Adan su hembra, como á todos los animales la suya; pero la mujer, con sus ridiculeces y sus nervios y sus susceptibilidades y su carácter anguloso (que son sus atractivos en la sociedad), es sin disputa una invencion nuestra; sin esos defectos ¿qué mujer cautivaria? El imperio de la hermosura no dura mas que una hora. Dios formó al hombre á su imágen y semejanza; pero el hombre, caprichoso y voluble, ha formado despues á la mujer á imájen y semejanza suya.

¿Adonde está el amor? Para mí murió al nacer..... Veo abrir tamaños ojos á algunos criticastros, dispuestos á atropellar mi pensamiento; pero no he soltado la idea sin reflexionar antes.

El amor, purísimo como un rayo del arco-iris, cual lo puede comprender solo la mente, descendió como el perfume de la brisa matinal al Paraiso, meciéndose ante los ojos de nuestros primeros padres; pero ¿quién negará que á las sugestiones de la serpiente se arredraría, viendo que en su cuna manchaban su pureza? El amor se escondió avergonzado, cerrando sus alas, como la fresca pasionaria que al desplegar sus pétalos sintiese un gusano que llegaba á esconderse en su corola.

A la creacion del ser siguió la corrupcion y la vergüenza; y si Eva, madre de todas las mujeres, rechazó el amor por la sensualidad, que es su asesino, ¿cómo hemos de encontrar, despues de tantos siglos lo que se perdió en su formacion? La serpiente que sugirió á la mujer simbolizaba la inteligencia: sin la inteligencia hubiera vivido el amor, y de aquí tendria que deducir, que el amor no puede existir donde exista la serpiente; y esa serpiente se cobija en nuestro corazon, vé con nuestros ojos, oye con nuestros oidos, piensa con nuestra cabeza, habla con nuestra boca y con su tendencia fatal, nos hace arrastrar con ella. La mano de Eva destrozó las alas de la mariposa, al abandonar la oruga; no la veo ya, y si vive todavía, impotente para estender sus alas por el viento, vá rozándose por el suelo con paso incierto.

Ahora bien: ¿existe el amor, ó no existe? Si no existe, ¿qué nombre tiene ese móvil del mundo, ese eje sobre el cual puede decirse que gira la máquina social?

¿Cómo se llama entonces esa inclinacion de los dos sexos?

¿Miente la historia al recordarnos tantos amores célebres?

¿Por qué se nombra en todo y para todo el amor?

Conserva su nombre por que no se atrevieron á quitárselo despues que lo mancharon; pero no es el mismo soplo que Dios formó con ese nombre, sino un engendro maléfico que se lo usurpó, ó un hijo desnaturalizado que no guardó la reputacion de su padre, sin que por eso perdiera su *apellido*.

El mundo le ha llamado siempre amor y amor le llamo aquí; pero hay que mirarlo como es y como debió ser.

El amor, formado á la voz de Dios, era una gota de rocío, trasparente y diáfana; hoy, cuando mas puro se le vé, es una gota de agua filtrada; dista el uno del otro, cuanto dista la naturaleza del arte, cuanto dista el Criador de un filtro. Dios le formó sin precio como formó el diamante en la roca; la civilizacion lo pule y lo vende como al diamante labrado.

Existe el amor; pero un amor indefinible, pálida copia de un precioso original. Existe el amor y se ama; pero no es el amor que creó Dios, como la esencia de lo bello, de lo ideal, de lo fantástico, de lo perfecto.

Algunos séres luchan contra el torrente y libertan su corazon del contacto del cieno, conservándose intactos como algunas imágenes entre las ruinas de un templo. Si el mundo fija en ellos la vista, una sonrisa

irónica aparece en sus lábios; para el mundo, esos séres no comprenden su mision; en vano tratarian de ser apóstoles de una causa perdida; para el mundo, el amor es un cálculo matemático, y pisa su templo sin mirar si lo mancha con los pies.

¡Es verdad! ya no es el amor hijo de una impresion sino del estudio; no es un sueño, sino una realidad; no es una atraccion, sino una necesidad; no es el dulce arrullo de la tórtola, sino el hambre feroz del tigre.

El amor es un niño mal criado que sin respeto alguno juega con la dignidad de los séres; tiene un curso de depravacion que lo hace desarrollarse á su pesar y perder la inocencia; se ha ilustrado á costa de su virtud, de su aroma que perdió con sus cavilaciones; le enseñan, pero no aprende lo bueno; le deslumbraron con el oro y los placeres y hoy le gusta recostarse en los mullidos sillones y libar la fragancia de los vinos. Ya no busca el corazon de *Chactas*, pero se cobija gustoso en el de *Don Juan*.

El amor es, sin embargo, como el sol: calienta y alumbra el universo; pero, ¿quién no sabe que el sol no quema, buscando la sombra?

¿Se puede encontrar siempre una sombra que nos ponga á cubierto de sus rayos?

No: vivimos todos bajo su influencia; no son los hombres los que huyen de este sol; él es quien los abandona cuando halla en el corazon la fria losa de un sepulcro.

El amor me reclama y voy á buscarlo.

No sé si recordará el lector que la casa de la marquesa del Fresno estaba situada en la calle de Atocha, frente á la iglesia de San Sebastian, la casa hacia esquina á la calle de Cañizares, calle estrecha y mal alumbrada en 1839 que todavía el gas no habia traspasado el Pirineo, apesar de que ya corria el tan decantado siglo *de las luces.*

La casa de la marquesa no tenia mas que cuarto bajo y principal; ella habitaba este, destinando aquel á los criados; atravesando un patio grande habia una reja de madera que daba vista á un terreno reducido, inculto á la sazon, pero que llevaba el pomposo nombre de jardin; allí no habia mas que algunos tiestos de flores, que en la primavera se trasladaban al los balcones para servir de recreo á la marquesa. El jardin tenia una puerta falsa á la calle de Cañizares.

Era de noche: la luna alumbraba con todos sus rayos: con esos rayos que parece roba al sol y que tan importunos son para los amantes y los rateros; reinaba el viento Norte, regalando á los habitantes de la coronada villa ese frio glacial y seco de diciembre que embota los miembros y que tan mala fama ha proporcionado á la atmósfera cortesana, causando pánico á los forasteros.

A esta hora no se oia mas que la destemplada voz del sereno cantando *¡las dos!* y los pasos precipitados de algunos que se retiraban á dormir manifestando deseos de envolver sus cuerpos entre las sábanas.— A las dos de la madrugada, una gran parte de Madrid vela todavía; el Casino, los clubs, los salones y las

casas de juego están abiertos á las doce de la noche; los primeros se cierran al apuntar el alba; las últimas no se cierran nunca.

Un minuto despues de haber herido el viento la voz aguda de la campana y la voz bronca del sereno, anunciando ambos una misma cosa, apareció una figura humana, como una sombra, en una de las rejas del cuarto bajo que daban al jardin. Era una mujer envuelta en un abrigo que la preservaba todo el cuerpo; en la mano derecha tenia un pañuelo blanco con el que se tapaba la boca; á pesar de estas precauciones, era fácil ver que tiritaba de frio y que padecia, pues de vez en cuando se llevaba la mano al pecho, queriendo sin duda contener una tos seca, tan molesta como inoportuna en aquella cita misteriosa. Porque solo una cita podia, á hora tan desusada, conducir á aquel sitio á una mujer.

Si era una cita, el amante no se hacia esperar, porque en aquel momento se oyeron pasos en la calle solitaria y la jóven murmuró: «¿Es él!»

El ruido de los pasos dejó de oirse detrás de la puerta falsa. El que llegaba se habia detenido para examinar de arriba abajo la calle; nadie pasaba en aquel momento; el sereno recorria la calle de Atocha dando desaforados gritos para anunciar la hora, despertando así al dormido vecindario que le pagaba por guardarle el sueño. Despues que el rondador nocturno se hubo convencido de que nadie le espiaba, se desembozó y metiendo no sin trabajo la llave en la cerradura, que estaba mohosa por falta de uso, dió

dos vueltas á aquella y la puerta se abrió, volviéndose á cerrar un instante despues.

Eduardo de Campo-Real, porque era él, no tuvo necesidad de reconocer el reducido jardin, porque enfrente de la puerta se destacaba en la reja la figura de Lucía, iluminada por la luna que daba de lleno en su cara; nada hay mas poético—y por lo tanto nada mas engañoso—que la luna; pero esta vez no encubria mas que las huellas de un padecimiento profundo. Lucía estaba pálida como una estátua de mármol; pero animada como la esperanza y sublime como el dolor.

Campo-Real de un salto se encontró al pié de la reja; al cojer la mano derecha de Lucía, ésta se oprimió con la izquierda el corazon que queria saltar de su pecho.

En el primer momento no pronunciaron sus lábios mas que estas dos palabras: «¡Eduardo!» «¡Lucía!» Y se contemplaron en mudo éxtasis, electrizándose con el fuego de sus ojos, magnetizándose con el contacto de sus manos; aquel silencio encerraba un lenguaje mas elocuente que el de las palabras, mas verdadero que el de los lábios: era el lenguaje del corazon.

La mano de Lucía abrasaba: la pobre niña tenia calentura; la mano de Campo-Real quemaba: el poeta tenia tambien fiebre, olvidándose en aquel instante de las muchas escenas parecidas en que habia tomado parte con el mismo interés; ella, por el contrario, reconcentraba toda su vida en aquel minuto. El frio de la noche no hacia impresion entonces en la

robusta organizacion de Campo-Real, ni—¡cosa rara! —en la organizacion delicada de Lucía: la calentura del amor es una segunda vida; Lucía empezaba á vivir de nuevo y la calor ficticia de su sangre la animaba, dándole fuerzas estraordinarias.

Pasados algunos segundos, Lucía se llevó las manos á la frente, cubriéndose despues los ojos, como si coordinára sus ideas; Campo-Real preguntó con emocion:

—¿Qué tienes?

—Creí que soñaba; pero no, estás á mi lado y estrecho tu mano; ¡ay, Eduardo! ¡qué feliz soy en este primer momento de amor!

—¡Ah! yo tambien, mi Lucía, me considero dichoso; vienes hoy á embellecer las horas de mi existencia.

—¿Es verdad, Eduardo, que no hay mas que un amor en el trascurso de la vida de los séres?

—¡Uno solo! ¡no hay mas que un amor como no hay mas que un sol!

—¡Terrible revelacion! esclamó la jóven, lanzando un hondo suspiro.

—¿Por qué?

—Porque si no hay mas que un amor y tú le has sentido ya, ¿qué puedo esperar de tí, yo, vírgen hasta del pensamiento? En mis sueños no se ha cruzado otra imágen que la tuya, Eduardo; mis ojos no han cambiado con otros ojos ni esa mirada inteligente, en que como se dá algo, algo se pierde: si el amor es una esencia esquisita de los séres, mi alma no ha

exhalado ni un átomo de su perfume; entera la conservé, y entera te la doy; ¡oh! ¡qué horrible es abrigar la idea de un cambio tan desigual!...

—¡No, Lucía! en el cielo hay muchas estrellas que aunque de radiante luz, nunca consiguen robar su brillo al sol; hay en la existencia del hombre multitud de estrellas que al parecer le alumbran; pero todas se oscurecen á los primeros crepúsculos del sol; así, todas esas impresiones pasajeras de mi vida, han desaparecido cuando se iluminó mi horizonte con el resplandor de tus ojos, porque tú eres mi sol, Lucía; tu amor es el dia para mí; ¿qué te importan esas estrellas nocturnas que se quedan ya oscurecidas ante tus magníficos rayos?

—¡Ay! el sol se pone y las estrellas vuelven á lucir con su brillo, fatal para quien ama con todo su corazon.

—El sol no muere, vida mia; cuando desaparece del horizonte de nuestra vista, es porque vá á alumbrar otras regiones; nuestra fantasía ardiente le seguirá donde quiera que vaya, iluminando siempre nuestros corazones con su vivífico rayo; el verdadero amor, el que tú me inspiras, no encuentra nunca su occidente; muere el individuo, pero el amor vela sobre el sepulcro para que nadie lo profane.

—¡Ah! ¡no me engañes! si un dia has de dejar de quererme; si esas bellas imágenes que me pintas hoy son ilusiones de un momento de fascinacion, ¡vuelve en tí, Eduardo! ¡mátame ahora, para no sufrir un desengaño que amargaria mi existencia!

—¡Engañarte yo? ¡Si sabes leer en el fondo del alma, ven, Lucía! ¡ven á aprender á sentir! por mas que tú me creas aleccionado en el mundo, por mas que temas, al entregar tu alma vírgen, encontrar en mi corazon un cadáver, ven y verás mi corazon: entero te lo doy.

—¡Quiero creerte! es tan hermoso lo que me dices que me horroriza pensar que cabria en tus lábios la mentira!

—Desecha esa idea; el porvenir se abre risueño para nosotros; ¿no te conmueves al pensar en las horas de abandono y de delicias que pueden disfrutar dos séres que se aman? Yo soñaba en mis devaneos con un ángel que me comprendiera, con un alma de fuego que correspondiendo á mi enajenacion me elevára al cielo con las alas del amor; soñaba con una mujer distinta de las otras mujeres; Lucía, ¡tú eres mi sueño!

La pobre niña habia apoyado su cabeza ardorosa contra la reja y escuchaba estasiada, encontrando acaso en la frialdad de los hierros un consuelo al calor sobrenatural de su frente.

—¡Tengo miedo al mundo, Eduardo! dijo.

—¡Tú eres para mí el mundo!

—¿Piensas mucho en mí?

—¡Eres mi único pensamiento!

—¡En la soledad de mi cuarto te veo á todas horas, Eduardo!

—¡En el bullicio del mundo te veo siempre, Lucía!

—¡Qué venturosa me siento en este instante! ¡Y dicen que la felicidad mata! Creí que no podria soportar tu vista y no solo me encuentro fuerte, sino que tu mano me presta nueva vida; ¡qué ignorantes son los médicos! afirman que conocen nuestros males y se empeñan en curar el cuerpo, cuándo el padecimiento está en el alma: ¿ahora mismo no lo estoy palpando? me juzgaba muy enferma, y mi dolencia ha desaparecido; es verdad que mi pulso está agitado, que mi corazon late con violencia, que mi respiracion es mas difícil; ¿pero no sientes tú todo esto lo mismo que yo?

—Sí, esclamó Campo-Real mirando con dolor á su amada y ahogando un suspiro.

—Debe ser una ley de nuestra pobre naturaleza, Eduardo; la agitacion del amor aviva mi pulso; al sentir el calor de tu mano, mi corazon aumenta sus latidos; la atmósfera que forma tu aliento me ahoga y respiro con trabajo; hé aquí esplicado lo que siento; ¡que vengan ahora los médicos á analizar mi sufrimiento, á curarlo con su ciencia inútil! ¡tú eres mi médico! ¡solo tú, que comprendes mi sér y causas el trastorno, puedes aliviarme! ¡viéndote, soy feliz!

—¡Yo siento lo mismo que tú, Lucía! Hoy he tenido una sorpresa que me enajenó, despues de haberme causado un disgusto.

—¿Sorpresa?

—Sí, esta casa en que habitas, me inspira odio y desprecio; y aunque habia jurado no volver á pisarla, el destino me llama á ella de nuevo.

—¿Vienes por mí?

—Por tí nada mas; hoy recibí una esquela de la marquesa, convidándome para el gran baile que dá mañana en sus salones.

—¡La marquesa!... ¡el baile!... ¡oh!...

Lucía se oprimió el corazon, reprimiendo un grito; Campo-Real la sujetó por la mano, diciendo:

—¿Qué tienes?

—¡Ah! ¿la marquesa te llama? ¿Vendrás al baile?

—Sí: para verte y decirla que serás mia ante Dios.

—¡Oh! ¡no! ¡no quiero que vengas al baile! ¡la marquesa me robaría tu corazon!

—¿Deliras?

—Esta casa es un infierno, Eduardo. Prefiero no verte nunca, á verte al lado de esa mujer. ¡Me asesina la idea de que hables con ella! ¡tiene imperio sobre tí!

—¡No, mi bien! ¡te engañas!

—¡Ah! ¿lo ves? ¡ahora sí que me pongo muy mala! ¡mi corazon se rompe y mi cabeza vacila!

—¡Por Dios! ¡ten valor!

—¿Qué es esto que pasa por mí? ¡Esa mujer!...

—¿Tienes celos?

—¡Ay! si celos son, ¡quiera Dios que nunca sepas lo que son los celos!

—Tranquilízate, Lucía; tampoco deseo pisar esta casa; ¿pero cómo verte? venir á estas horas como un malhechor, esponiendo tu salud y tu estimacion, es imposible.

—Prefiero no verte.

—Mi amor, Lucía, es puro y santo: ¿quiéres unir tu suerte á la mia? ¿quieres ser mi esposa?

—¡Oh! esclamó la jóven, oprimiéndose el pecho con las dos manos.

—¡Responde! ¡De tus lábios pende mi felicidad! ¡responde!

—¡Soy tuya desde que te conocí, Eduardo!

—Pues bien, vendré mañana al baile.

—¡No!

—Vendré al baile para consagrarme á tí y para probarte el desprecio que la marquesa me inspira; allí te diré el plan que forme y pasado mañana dejarás esta casa para no volver á pisarla.

—¡Ah, sí, sí!...

—Seremos felices, muy felices; te llevaré á casa de mi hermana Adela, que te amará como yo; desde allí saldrás para sellar nuestra dicha ante el altar.

—¡Eduardo, la felicidad mata! tus palábras han entrado en el fondo de mi corazon como un hierro ardiendo; ¡desfallézco!... ¡ay!...

—Retírate, mi bien, y recuerda que de tu vida depende la mia.

—¡Hasta mañana! ¡aunque te vas, te quedas conmigo!

—¡Conmigo te llevo! ¡adios!

Campo-Real estampó un beso en la mano de Lucía y se dirijió á la puerta falsa.

Lucía se retiró de la reja y con voz desfallecida lamó á Ana que la aguardaba, durmiendo en el aposento inmediato; apoyóse en el hombro de la criada

y arrastrándose llegó á su cuarto. Ana tuvo que desnudar á la pobre niña, que cayó en el lecho como herida de un golpe mortal.

Abrió Campo-Real la puerta falsa y al salir á la calle de Cañizares, tuvo la precaucion de examinarla por si alguno pasaba á la sazon; pero el silencio completo que reinaba le animó á cerrar la puerta y embozándose en su capa siguió hasta la calle de Atocha. Al desembocar en ella, cuatro jóvenes que al parecer salian del átrio de la iglesia le cortaron el paso; uno de ellos dijo en alta voz, soltando una carcajada:

—¡Ja, ja, ja! Mira, Leopoldo: aquí tienes á nuestro Eduardo de Campo-Real que vá preocupado.

—¡Dichoso mortal! esclamó Leopoldo; ¿de dónde vienes? ¿Andas rondando la casa de tu ex-amada?

—Parece que estás contento, añadió el marqués del Espino; la noche habrá sido agradable.

—¡Qué buen humor! dijo Campo-Real queriendo abrirse paso. ¿Están ustedes de ronda?

—Sí, como tú.

—Ya vés, repuso Leopoldo; he perdido en el Casino mi última peseta; en vez de ir á tirarme al Canal, tomo el fresco por las calles; y á fé que no me pesa, porque se ven cosas á estas horas.....

—¿Qué dices? preguntó Campo-Real fijando en el jóven sus ojos centellantes.

—Nada: digo que veo á estas horas á mis amigos tan desesperados como yo, pues dejan el blando sueño por buscar emociones, que no son tan fáciles de encontrar como una pulmonía.

—Buenas noches, señores; dijo Eduardo con tono seco.

Y siguió por la calle de Atocha, sin comprender que sus amigos le habian estado espiando.

—¡Qué ajeno vá, dijo el marqués del Espino, de que conocemos su guarida nocturna!

—¡Qué reservado se ha vuelto Eduardo! añadió Leopoldo; no hubiera creido que un hombre que se jacta de tener mundo escondiera una victoria que le enalteceria á nuestros ojos.

—¡Cáspita! repuso otro; le envidio la velada.

—Ya no nos queda duda de lo que contó Tamajon.

—Yo nunca miento, dijo con voz estentórea un embozado que llegaba de la calle de Cañizares.

—¡Hola! conde; ¿dónde andabas?

—Estuve escondido en el quicio de una puerta para verle salir.

—Hemos hablado con Campo-Real.

—Ya lo sé: ¿me negareis ahora que la marquesa admite de noche en su casa á Eduardo de Campo-Real?

—¡Y por la puerta falsa! añadió uno con malicia.

—¡Crea V. en la aparente virtud de las mujeres!

—¡Oh! repuso el conde de Tamajon; ¡la marquesa es hipócrita! ¡necesita que una mano atrevida le arranque la careta!

—Eso corre de nuestra cuenta, dijeron los cuatro en coro.

XVIII.

La gran batalla

Llegó el dia primero de enero de 1840; era un dia como otro cualquiera para las gentes que veian correr el tiempo con la impasibilidad de la indiferencia; pero no para la *fashion* cortesana, que hacia una semana que andaba revuelta con los preparativos de una fiesta: esta fiesta era el gran baile que daba en sus salones la ilustre marquesa del Fresno, en celebridad de su cumpleaños.

Por la noche, al dar las doce, cuando las tiendas habian apagado ya sus luces, cuando el vecindario se iba recojiendo en sus respectivos domicilios, cuando, en una palabra, para Madrid empezaba la noche, amanecia para una casa de la calle de Atocha; así debia juzgarse por el movimiento que su inqui-

lino ponia de manifiesto, sin cuidarse de molestar á sus soñolientos vecinos. Por todos lados llegaban a la puerta de esta casa carruajes, conduciendo personas que sacrificaban el sueño aquella noche por disfrutar de la fiesta: los bailes de etiqueta son siempre acontecimientos en el gran mundo, por mas que se prodiguen: son un palenque donde todos van á conquistar el primer puesto: el lujo y la hermosura son los premios del torneo.

A la una estaban llenos de gente los salones de la marquesa del Fresno.

Los folletinistas de aquel tiempo, que ya habian anunciado á tambor-batiente la fiesta que se preparaba, se ocuparon despues en sus *revistas* en pintar detalladamente el lujo del decorado y la esquisita amabilidad de la marquesa en *hacer los honores* de su casa y la riqueza de su *toilette* y lo bien servido del espléndido *buffet*, insertando una larga lista de las personas que llenaban los salones, entre las que se contaban, por ejemplo: las ilustres señoras de A, B y C, el duque de D, los condes de E y F, los diplomáticos G y H, el célebre literato CH, los grandes de España I y J, el gran escritor aleman K, los generales L y M, los ministros N y O, los altos dignatarios P, Q y R, los distinguidos caballeros S, T y U, el viajero inglés sir W, el *conocido* príncipe ruso X, (que viajaba entonces *de incógnito*) y las lindísimas y deslumbradoras señoritas de Y y Z, no olvidándose consagrar siempre el primer puesto á la marquesa del Fresno, bien porque era la dueña de la casa, bien

porque todo el mundo sabia que llevaba el nombre de reina de los salones y deidad de la hermosura.

Del anuncio geroglífico de aquellas revistas no me seria fácil sacar en limpio mas que un *abecedario*, y lo trascribo á mis lectores, siguiendo su fórmula, para que investiguen, si algo les interesa, los nombres de las personas que concurrieron al sarao de la marquesa del Fresno. (Ahora veo que he incurrido en una falta que tendría que salvar en la fé de erratas; donde dice *sarao*, léase *soirée*.)

Las revistas, al ponderar á la marquesa, no habian exajerado, pues llamaba la atencion por sus attractivos; su hermosura se realzaba mas con los adornos, porque no era una hermosura modesta: sus admiradores que ya tenian trastornado el juicio, acabaron de perderlo aquella noche, acosándola todos en monton, ávidos de una mirada suya, creyéndose felices con una palabra, con una sonrisa, que traducian por un signo de preferencia; muchas mujeres muy bellas habia en los salones; pero era preciso confesar que estaban eclipsadas. La marquesa, que atendia con prolijidad á los deberes que le imponia la etiqueta, huia sin embargo del incienso que aquella noche parecia incomodarla, y aunque recibia á todos con una sonrisa afectuosa, no era la sonrisa de siempre: la sonrisa de la reina que vende proteccion á sus vasallos. La marquesa estaba fuertemente preocupada; lo diré de una vez: entre aquella multitud faltaba un hombre: faltaba D. Cárlos de Medina. Cuando una coqueta halagada, obsequiada, rodeada de sus

admiradores, encuentra que le falta algo y este algo es un hombre, dá á entender bien claramente que ha abdicado. ¡La marquesa amaba al general Medina! La orquesta anunció que iba á romperse el baile, y la marquesa con disgusto dió el brazo al embajador de Francia, su pareja para el primer rigodon; todos los hombres hubieran querido en aquel instante ser embajadores de Francia, solo por obtener distincion tan honorífica.

El baile empieza y me voy por el salon en busca de mis personajes; unos bailan y otros hablan; el provinciano Perez se comprenderá que era de los primeros; moviendo los pies se creia dispensado de mover la lengua.—No veo ni á Lucía, ni á Medina, ni á Campo-Real.

Me acerco al conde de Tamajon; pero éste se separa de un grupo y corre á la puerta principal para recibir á uno que entraba; despues de saludar afectuosamente al general Medina, se apoya en su brazo; movido por la curiosidad, me voy detrás de los dos y busco por encima de las cabezas á la marquesa; su pareja estaba en actitud de empezar la *pastorelle*, pero ella se habia distraido y el embajador se vió obligado á cojerla por la mano para no perder el compás; conocí que ella se disculpaba y siguió el movimiento del baile, mirando siempre adonde estaba el general Medina, á quien saludó sonriéndose, sin que obtuviera respuesta.

—¡Está magnífico el baile, general! dijo el conde de Tamajon.

—¡Hace aquí un calor insoportable!

—¡Es de rigor, amigo mio!

—¡Reniego de ese rigor que con tal rigor nos trata!

—Dicen que asi se divierten.

—¿Y el siglo ilustrado no condena el baile como inmoral?

—¡Oh! no; el baile es un ramo de educacion general; las leyes de la buena sociedad exijen que todos aprendamos á seguir ese movimiento acompasado, que nada dice al alma, pero que estropea el cuerpo y ajita el corazon.

—¡Qué bien dicta la sociedad sus leyes, conde! ¡Ay del hombre que toque con un dedo á una mujer! ¡seria un caso de honra! Y llega el baile y ella abandona su cuerpo á un indiferente y luego á otro y á otros, por el gusto de hacer contorsiones. ¿Creerá la mujer que nada pierde en ese enlace?

—¿Abomina V. el baile, segun veo?

—Tengo mi modo raro de ver las cosas, conde; si yo amara á alguna mujer, no me parece que soportaría que bailara con otro hombre.

Al decir estas palabras, el general fijaba la vista en la marquesa, arqueando las cejas; ella hubo de comprenderlo, pues clavó en él sus ojos con una mirada apasionadísima. El conde, que sorprendió aquel signo telegráfico, hizo dar una media vuelta á Medina y riéndose, añadió:

—Si V. amara, general, haria lo que todos, pues las mujeres del gran mundo son incorrejibles; el bai-

le es para ellas una necesidad. Felizmente, está usted libre de esa desgracia.

—Es verdad, murmuró Medina casi entre dientes.

—Lo que acaba V. de decir me recuerda una ocurrencia de cierto viajero.

—¿Cuál es? preguntó el general maquinalmente.

—Vino á Europa un turco y leváronlo á un sarao para que estudiára nuestras costumbres; allí uno le preguntó ¿qué le parecia el baile? y él, haciendo un gesto espresivo y mirando con asombro á las parejas que bailaban agitadamente, contestó: «Me parece bien; pero creo que pagarán muy caro á esos jóvenes, porque *trabajan* mucho.»

—Ese turco era un sábio.

—No, general; el turco era un turco; hay que dar á cada pais lo suyo.

El rigodon habia concluido; la marquesa, separándose del embajador, llegóse al general y le presentó la mano, revelando en su fisonomía la satisfaccion de que estaba poseida.

Medina tenia todavía las cejas arqueadas y la marquesa habia aprendido ya lo que significaba ese gesto; su amor propio se encontraba satisfecho, pues aquel disgusto lo producia ella; además, su esperiencia le enseñaba el dominio que ejercia sobre aquel hombre, porque bastaba examinarlo para comprender que aquella noche se habia detenido algun tiempo delante del espejo, con el objeto de arreglar el lazo de su corbata y los bucles de su negra cabellera; él lo habria hecho instintivamente, sin estu-

dio, pero ella sorprendia en este detalle su victoria.

—Temia ya, dijo, que nos privara V. de su compañía.

—Ese temor vé V. que era infundado.

Y al pronunciar estas sencillísimas palabras, fijó la vista en la marquesa, con tal espresion, que ella se estremeció de placer y de triunfo. El general no sabia que la miraba así; cuando el alma está impresionada, impulsivamente, en un momento dado, se asoma á los ojos; los lábios entonces son malos intérpretes del sentimiento; lo que dicta la cabeza sale por los lábios; por los ojos sale lo que dicta el corazon; aquellos comprometen al individuo con el que habla; estos solo le comprometen consigo mismo.

La marquesa no hubiera querido que el conde se hallase presente en aquel instante, por que, contando con sus propias fuerzas y con el estado del general, creia llegada la hora de rendirlo, empeñada ya la gran batalla; aunque debia tranquilizarla el pacto con el jorobado, siempre abrigaba un temor sério, tanto mas fundado, porque sabia que guardaba aquella carta fatal por la que hubiera dado toda la sangre de sus venas: ¡tanto horror le inspiraba la idea de que Medina pudiese leer aquellas palabras que la harian perder su estimacion!

Conociendo el conde la esperanza que abrigaba la marquesa, se preparó á contrariar su plan, no soltando el brazo del general, y dijo:

—¿Creerá V., marquesa, que estábamos filosofando?

—¿Sobre qué? preguntó ella, sin mirar de frente al jorobado por temor de encontrar en sus lábios aquella risa que tanto la habia atormentado.

—Sobre el baile; como ni el general ni yo rendimos culto á Terpsícore, nos parecen ridículos los hombres que pierden su dignidad dando saltos.

—No hay cosa que no sea susceptible del ridículo; el baile tiene su poesía.

—Podrá ser; pero los hombres que vivimos de la prosa, cuidamos mas de nuestros cuerpos.

—Llama V. tranquilidad al egoismo, conde, dijo la marquesa sonriéndose; los egoistas en nada encuentran poesía.

—¡Apropósito de poesía! ¿no ha venido todavía nuestro amigo Campo-Real?

Palideció la marquesa y el jorobado sintió un estremecimiento en el brazo del general donde continuaba apoyado; sin duda para clavar mas hondamente el puñal, insistió, dirijiéndose á ella:

—¿Vió V. á Eduardo?

—No he reparado si está en el salon, contestó, queriendo aparentar una indiferencia despreciativa.

—Pues debe venir, marquesa, porque recibió la esquela de convite.

—Enhorabuena, continuó ella reprimiendo con trabajo su ira.

Y miró fijamente al conde, que le hizo un guiño de inteligencia para que sostuviera la conversacion, pero ella, que por mas que lo pretendia, no se esplicaba la ventaja de aquel diálogo inoportuno, dirijió-

se al general, cambiando de conversacion, y le dijo:

—¿Con qué detesta V. el baile?

—Detesto, señora, todo aquello que se separa de la verdad.

—¡Vea V. qué desgracia, general! Yo venia con la pretension de que bailáramos un vals.

—¡Señora! ¿un vals yo?

—Sí, un vals; ¿no sabrá V. seguir el compás?

—No sé mas que pelear; yo mismo me asustaría.

—¿Se niega V. á complacerme?

—Quizá me determinaría por el gusto de atormentar á V., marquesa.

—¿Atormentarme?

—Claro está: ¡haríamos buena pareja!

—¿Por qué?

—Porque no sé bailar; no me avergüenzo de hacer esta confesion.

Felizmente para el conde que comprendia que la idea de la marquesa no era otra que separarlo del general para agarrarse al brazo de éste, se oyó un murmullo estraño á su izquierda y volviendo la cabeza, distinguió á Eduardo de Campo-Real que se adelantaba por el centro del salon, mirando á todas partes con interés como quien busca algo.

—¡Ya pareció aquello, marquesa! esclamó: aquí está el favorito de la reina de los salones.

La marquesa se mordió los lábios, viendo llegar á Campo-Real, que se detuvo ante ella, aunque manifestando, sin embargo, que no era su persona lo que buscaba.

El general arqueó de nuevo las cejas y volvióse bruscamente, arrastrando consigo al jorobado, que prefirió dar aquella media vuelta forzada á soltar el brazo; los dos se alejaron de aquel sitio, dejando á la marquesa helada de espanto.

Haciendo esta un esfuerzo, aceptó la mano que el ex-favorito le presentaba; pero no pudiendo dominar su cólera, se acercó á su oido y le dijo:

—Espero que será esta la última vez que me vea obligada á tocar esa mano.

—No comprendo, marquesa...

—¡Debiera V. comprenderlo!

—¿No me ha invitado V. espontáneamente?...

—No.

—Entonces...

—No puedo esplicarme con mas claridad.

—Pues no será fácil que descifre este enigma.

—No hace falta.

—Bien, marquesa; no seré yo quien lo intente.

—Algun dia pediré á V. cuentas de su inícua conducta.

—¿Me insulta V. nuevamente?

—Bien lo merecia V., Campo-Real.

—Si estorbo, señora, me marcharé; pero no sin que me esplique V. porqué no está Lucía en el salon.

—Lucía está enferma.

—Temo, marquesa, que ejerciendo V. una tirania sin límites, haya prohibido á Lucía que se presente en el baile.

—¿Quiere V. devolverme la ofensa?

—No soy vengativo.

—Solo encargo á V. que sea esta la última vez que nos vemos y le suplico al mismo tiempo que no engañe á Lucía con protestas mentidas.

—Las mujeres que como V. no tienen corazon, dudan siempre de los nobles y puros sentimientos de los demás.

—¡Silencio! ¡nos están observando!

Y la marquesa se dirijió á un grupo, con la sonrisa en los lábios, quedándose Campo-Real absorto y aterrado, dudando si sería cierta la enfermedad de Lucía.

La marquesa no se habia equivocado; la estaban observando todos; los cuatro amigos de Tamajon que se comprometieron á arrancar la careta de la hipocresía con que se cubría el róstro, habian referido que vieron *con sus propios ojos* salir de madrugada á Campo-Real por la puerta falsa de la casa; su honra estaba herida de muerte; por eso aquella noche se habia estrañado tanto la tardanza del favorito; por eso miraban muchos con lástima al general Medina; por eso siguieron con la vista á Campo-Real, sorprendiendo aquel diálogo misterioso, del que alguno cojió palabras sueltas que se prestaban á interpretaciones malignas; por eso, en una palabra, faltaban en el salon algunas señoras rígidas, amigas de la casa, que no querian que sus hijas se rozaran con una mujer peligrosa.

El conde que veia los resultados de *su grande obra*, como la llamaba, creíase feliz aquella noche;

al separarse con Medina del lado de la marquesa, tuvo cuidado de observarla de reojo, y al notar que hablaba con calor al oido de Campo-Real y que la fisonomía de ambos revelaba una intriga, dijo al general, sonriéndose:

—Todo en el mundo es mentira; vea V. en este momento á la marquesa: sin duda dá quejas á su amante; y hace poco nos manifestaba desden; ¡oh! una mujer coqueta es mas hábil y reservada que un diplomático; ¿no es verdad, general?

Medina no contestó; estaba clavado en su sitio como una estátua: en su pecho rugia una tempestad; ¡y sin embargo, decia que en su pecho no habia amor!

Leopoldo Rivas con dos amigos, pasaba á la sazon cerca del conde, y éste le hizo una seña que debió comprender, pues fué á colocarse detrás del general para seguir su conversacion.

—Ya lo habeis visto, decia Leopoldo; apenas llegó Campo-Real, la marquesa le ha dado quejas muy amargas por su tardanza.

Medina, aunque permaneció inmóvil, sintió latir su corazon al nombre de Campo-Real y toda su alma se reconcentró en su oido para no perder una palabra de aquel diálogo que parecia encerrar una revelacion.

—No lo dudeis, continuaba Leopoldo; han vuelto á hacer las paces; los amantes riñen por el gusto de reconciliarse: la reconciliacion es la poesía del amor.

—Nos han contado una cosa imposible, dijo uno de los jóvenes.

—¡No seas cándido, Isidoro; lo que te contaron es verdad, porque lo vi yo; Campo-Real entra de noche con misterio en esta casa por la puerta falsa de la calle de Cañizares; si quieres convencerte, ven mañana á las dos de la madrugada.

—¡Dios me libre! ¿qué me importa la marquesa?

Si hubieran aplicado al cuerpo de Medina una botella de Leyden, no hubiera sentido un sacudimiento mas terrible; aquellas palabras le habian conmovido como la descarga eléctrica, atravesándole el corazon como una acerada daga. Volvióse hácia los que hablaban, pero Leopoldo, á una seña del conde, se habia confundido entre la turba que se lanzaba al baile al primer preludio de la orquesta; además, Medina estaba detenido por el fuerte brazo del jorobado y solo pudo pasar el pañuelo por su rostro, cubierto de sudor frio.

El jorobado conoció que habia llegado el momento de abandonar al general á su desesperacion, y dándole una disculpa que no oyó Medina, atravesó por el salon en busca de su íntimo amigo Campo-Real, á quien encontró desesperado porque Ana acababa de decirle en un corredor que efectivamente Lucía estaba enferma y que su dolencia se agravaba. Como el poeta conocia demasiado la causa de esta gravedad, sufria doblemente.

El baile continuaba muy animado.

En el umbral de la puerta del salon grande, casi cubierto con la pesada colgadura, se encontraba apoyado Medina, luchando con mil ideas contrarias que

se agolpaban á su mente, y ageno á cuanto pasaba á su alrededor; sin ver aquel tumulto que se atropellaba, sin oir la música que aturdia con sus melodiosos sonidos: Medina no veia mas que á Campo-Real y á la marquesa; Medina no oia mas que aquellas palabras fatales que se habian grabado en su pensamiento como el *Mane, Thezel, Phares* del festin de Baltasar.

Campo-Real, no viendo á Lucía, disgustado por la noticia y poseido de una idea solamente, se despidió de la marquesa que le dejó marchar con placer, y salió precipitadamente de la sala para abandonar el baile. Pasó tan cerca de la colgadura de la puerta, donde se hallaba apoyado el general, que puso su pié sobre el de éste, y preocupado sin duda, sin verle, ni sentir la pisada, pues no se detuvo para pedir que le dispensara segun lo exije la cortesía, siguió adelante.

El general estaba muy lejos de ser uno de esos hombres ridículos que juzgan caso de honra cualquier incidente sencillo que miden con el compás de lo que llaman deberes sociales; pero en aquel momento una nube velaba sus ojos, y como ya he dicho, veia á Campo-Real con el prisma de una realidad que escitaba furiosamente los celos de su alma virgen para las pasiones; el dolor de aquel pisoton le hizo volver de su enagenacion: al divisar á Campo-Real, estalló la tempestad que rujia en su pecho y corrió detrás de él, echando fuego por los ojos; en aquel momento no era el espadachin que iba á vengar una ofensa; era el tigre que tenia hambre y el destino le arrojaba una presa para que la devorara.

—¡Caballero! gritó ya en la antesala, deteniendo por el brazo á Campo-Real.

—¡Hola, general! dijo Eduardo con la mayor calma.

Y miró fijamente á Medina. Sorprendiéndole entonces la descomposicion de sus facciones, comprendió que aquel acto encerraba una agresion y se cruzó de brazos, clavando en él los ojos con dignidad.

El general, al ver la actitud de su rival, se repuso; aunque no acostumbraba á dominarse, como el vértigo habia pasado, adivinó sin duda el escándalo que promoveria y le dijo con acritud, pero en voz baja.

—Quisiera saber, caballero, si es permitido faltar á las leyes de buena sociedad, á esas leyes que tanto respetan los hombres cumplidos como V. sin pedir siquiera una escusa que nunca rechaza la educacion.

—Señor Medina, contestaria á V. debidamente si no creyese indigna la accion que acaba V. de cometer.

—Creo que nos entendemos: ofensa por ofensa.

—Me parece que no he inferido á V. ofensa alguna.

—Pido á V. una satisfaccion.

—Soy yo, general, quien debe pedirla.

—Es igual. Deseo que no perdamos el tiempo.

—En cuanto amanezca, tendré la honra de pasar por casa de V. con mis testigos.

—Es inútil que encargue á V. la reserva que exijen estos asuntos.

—Me ofende V. nuevamente, general, con ese encargo.

Medina le hizo un saludo grave, y cojiendo su capa, sin despedirse de la marquesa, bajó la escalera; dirijióse en seguida á casa del baron de Torre-Nueva, donde llamó dos veces con brio para despertar al portero que á aquella hora dormia á pierna suelta.

En vano trató Eduardo de Campo Real de esplicarse el motivo de aquel lance y renegando de su suerte, volvió á los salones para llamar al conde de Tamajon.

—¿No sabes lo que me pasa, amigo mio? le dijo.

—¿Qué? preguntó el jorobado, dejándose caer en un divan.

—Al amanecer me bato con el general Medina.

—¡Un duelo! ¿qué motivo?...

—No lo sé; dice que le hé ofendido.

—¡Es un delirio!

—Se niega á dar esplicacion alguna; así, como creo que serás mi testigo, acepta sus condiciones, cualesquiera que sean.

—¡Con cuánto dolor admito esta comision, mi querido Eduardo! pero te agradezco la preferencia, tanto que me resentiria de que elijieras á otra persona.

—¡Gracias! dijo Campo Real y estrechó la mano del jorobado que revelaba en su fisonomía un dolor acerbo.

—Vencerás, Eduardo; me lo dice el corazon.

—Lo veremos; iré á buscarte en mi carruaje al amanecer; asóciate con Leopoldo ó con el marqués

del Espino y que nadie se entere de este suceso desagradable.

—Fia en mi discrecion.

—Me retiro.

—Duerme tranquilo y espera en la Providencia.

La marquesa buscaba al general Medina, y recorria los salones con una inquietud creciente, no pudiendo esplicarse el que nada la hiciese superior á aquella impresion que ya la dominaba. Al ver á Tamajon, le dijo:

—¡Es V. implacable!

—¡Marquesa, por Dios! ¿no conoce V. que llevo siempre una intencion?

—¡Sí! ¡torcida!

—¿Alude V. á mi cuerpo? no es malo el epigrama... ¡Já, já, já!

—Conde, hace V. mal en suponer que de mi boca pueda partir tan sangriento insulto.

—¡Qué disparate! en lo que hace V. mal es en no decirme todo lo que le ocurra; ¿no vé V. que me burlo de mí mismo? Pero ya somos amigos, y quiero que comprenda V. que como mi intencion es sana, no deseo mas que ver á V. dichosa...

—La prueba.

—¡Bah! al hablar á Medina de Campo-Real trataba de hacerle ver que le era á V. indiferente; pero no sirve V. para el caso; por no saber finjir se compromete ahora á dos hombres.

—¡Cómo! preguntó la marquesa sobresaltada.

—¿Y todo para qué?

—¿Qué quiere V. decir?

—¿Yo? nada; sino que cuando se marchó Medina...

—¿Medina se ha marchado?

—Por supuesto, marquesa; despues de un suceso semejante...

La marquesa se apoyó en el brazo del jorobado y lo arrastró á una de las salas de paso donde no habia gente y podian hablar con libertad. El conde se estremeció; ¡era la primera vez que la marquesa arrostraba las miradas y la burla del mundo, dando el brazo á un hombre de figura ridícula! El jorobado rechinó los dientes cuando la marquesa le dijo:

—¡Hable V., que me matan esas medias palabras!

—Pues qué, señora, preguntó el conde, ¿ignora usted lo que ha ocurrido?

—¿No he de ignorarlo? ¡Hable V. pronto!

—No es nada: un lance que provocó Eduardo; ¡cómo es tan arrebatado! No se ocupan ya de otra cosa en la sala.

—¿Cuál fué el motivo de la provocacion?

—Una disputilla de poca importancia.

—¡Ah! ¡un lance en mi casa! ¡Dios mio!

—Nada pierde V. por eso.

—Pero Medina.... ¡no! ¡no! ¡yo no quiero que se batan!

—Soy demasiado amigo de V. para verla sufrir; prometo que se cubrirán las fórmulas y vivirá Medina para V.; á la verdad está rendido y sin fuerzas ama como un colejial.

—¿Me ofrece V. que no se batirán?

—Lo ofrezco; además tengo en ello mi interés; como sabe V. que quiero mucho á Eduardo, no lo expondré á las garras de ese ogro que lo mataria.

A esta frase, ella respiró;

—Vaya V., marquesa, porque la orquesta la reclama, y esté V. tranquila, que yo probaré que soy mejor amigo de lo que algunos creen.

La marquesa, trémula, entró en la sala y se negó á bailar, pretestando que estaba mareada.

El conde habia profetizado: un cuarto de hora despues no se hablaba en los salones mas que del duelo de Campo-Real y de Medina, que se batian por la marquesa, lo cual empezó á engendrar el desprecio en muchas de las personas que mas la habian distinguido hasta entonces. Los que suponen que la virtud de las mujeres no es de gran precio, vayan al mundo, á ese mundo desmoralizado, y vean como estima á las mujeres, á pesar de lo que se dice. La marquesa con su aureola de virtud habia sido un ídolo; perdido ese prestigio, no mas que en la apariencia, el ídolo dejaba de serlo y rodaba por el fango.

Felizmente para la marquesa, como todo martirio tiene su término, el baile tuvo el suyo; estaba fuertemente afectada y costóle gran trabajo cumplir con los deberes de su posicion, que entonces le parecieron insoportables.

Al salir del baile no se oian mas que estas frases:

—¡Cáspita! el amor de la marquesa se vá haciendo peligroso; no vuelvo á esta casa.

—Ni yo, añadieron varios.

—Esa mujer es una fortaleza; el que la ocupa se defiende como Guzman el Bueno; pero está sitiada por un soldado valiente como el Cid.

—¡Huiremos de la quema!

—¡Quién lo diria! esclamaba otro; esa coqueta parecia una *Lucrecia*...

—Sí: *Borgia*, añade otro.

—Ya no me parece tan seductora.

—¡Qué dichoso es ese pícaro de Campo-Real!

—Ella siempre lo prefirió.

—¡Y el pobre general es la víctima!

—El poeta manejará mejor la pluma que la espada.

—No es incompatible; un poeta puede manejar ambas cosas; acuérdate de Cervantes y de Quevedo.

—Ya: es que Campo-Real no es Quevedo ni Cervantes.

—¡Es horrible! dice una señora á otra al bajar la escalera; Rivas lo vió!

—¡Ese es un hablador!

—Y tambien el marqués del Espino.

—Entonces, hay que creerlo.

—Esa mujer ha perdido el juicio.

—Las coquetas, como no tienen corazon, concluyen siempre mal; les pasa lo que á los ramos de flores; hoy ocupan un magnífico vaso de china y mañana concluyen sus glorias en el carro de la basura.

Estas palabras de Leopoldo Rivas escitaron la risa general.

Entretanto que asi se hacia trizas el honor de la pobre marquesa del Fresno, que estaba pagando á

bien caro precio su coquetería, ella se encontraba en su tocador, caida mas que recostada en un sillon. En el suelo estaban hechos pedazos los guantes y los adornos que lucía pocos momentos antes en la cabeza y en el trage.

Al entrar en su tocador se habia encerrado por dentro para entregarse libremente á su desesperacion, y rompiendo cuanto la estorbaba esclamó con muestras de profundo dolor:

—¿Qué es esto, Dios mio! ¿Por qué pusiste en mi camino á ese hombre? ¿Con que es verdad que hay amor y que el amor produce este martirio?..... ¡Ah! ¡desdichada de mí! ¡Cuánto habré hecho padecer con mi indiferencia á los hombres, si alguno me ha querido como quiero yo á Medina!... ¡Oh! ¡sí, porque le quiero con toda mi alma! ¡porque estoy vencida y no me dá rubor el confesarlo!... ¡Ah! ¡el duelo! ¡no, no! ¡no puede ser que el cielo me lo arrebate!... ¡El conde! ¿por qué me inspira horror este jorobado?... ¡Mi carta! ¡esta lucha es horrible!... ¡Ah! ¡estoy llorando! ¡lágrimas en mis ojos! ¡Sí! ¡santo Dios! ¡gracias!...

Y se dejó caer anegada en llanto. Dios envia siempre á tiempo las lágrimas, porque son el rocio del alma.

La marquesa lloraba; aquel dolor era verdadero y la enseñaba á sentir; esta vez se interesaba en la lucha el corazon.

La coqueta habia roto su cetro: la coqueta era ya una mujer.

XIX.

El acecho del tigre.

El dia despues del baile, varios jóvenes rodeaban una mesa del Café Nuevo.

—Desengáñate, decia uno; no hay mejor castigo que el ridículo para el hombre que comete la tontería de esponer su vida por una mujer.

—Segun sea la mujer, replicó otro.

—Es regla sin escepcion, amigo mio, añadió el primero; la mujer se burla siempre de sus víctimas.

—¿Condenas el duelo?

—No; pero comprendo que un hombre se bata á muerte por una ofensa grave: por un pisoton, por una mirada torcida, por capricho, en una palabra, de jugar la vida en ese azar que llaman duelo; ¿pero por una mujer? ¡Es el colmo de la estupidez!

—Tiene razon, dijo un jóven que estudiaba segundo año de leyes; si alguna vez me toca reformar el Código penal, dejaré á los hombres libre el derecho de matarse cómo y cuándo les plazca, pero mandaré á presidio á todas las mujeres, porque ellas son siempre la causa de nuestras desdichas.

—¡Buena idea! esclamaron todos; ¡bravo por el reformista!

—Nosotros los filósofos, añadió un mozalvete que cursaba en San Isidro el tercer año de filosofía, condenamos el duelo en principio; pero conocemos que el duelo es necesario para que los hombres se hagan respetar; me parece que así opina Platon.

—Platon no dijo semejante vaciedad, repuso uno.

—Pues entonces, la vaciedad es original de mi catedrático, porque así creo que lo aseguró el otro dia.

—Tu catedrático es ilustrado y sin duda oiste mal.

—Puede ser, porque el dia que habló del duelo, como tengo formada sobre él mi opinion, me dormí en la clase.

—En resumidas cuentas, dijo uno, ¿no sabemos el resultado del desafío de Campo-Real con Medina?

—Sí, contestó el filósofo; la espada venció á la pluma; el general atravesó con su florete el pecho del poeta.

—Estás mal enterado, añadió el presunto reformador del Código; sé de buena tinta que Medina está herido gravemente, pues la bala de Campo-Real le entró en el vientre.

—¡Qué disparate! exclamó otro; me consta que Campo-Real está herido en un muslo.

—Todos se equivocan, dijo uno, porque he visto á Leopoldo Rivas que fué uno de los testigos y sé que los dos adversarios están ilesos.

—Ya; como el caso era de honra, se habrán batido á sable, á cuarenta pasos, añadió uno riéndose.

—No lo creo, porque como los dos estaban enamorados de la marquesa, y ella queria igualmente á los dos, decidieron que uno muriera para ocupar el otro la plaza.

—Campo-Real ya la habia ocupado.

—Entonces, no comprendo, dijo el filósofo, cómo ha corrido ese trance por ella; antes, menos malo.

—Allí viene Leopoldo; él nos sacará de dudas.

Leopoldo Rivas entraba en aquel momento en el Café Nuevo y se acercó á la mesa de los jóvenes, donde tomó asiento á peticion general.

—Ya sabemos, dijo uno, que fuiste padrino de Campo-Real; ¿es cierto?

—Sí.

—Se cuenta el lance de mil maneras; ¿quién fué el retador?

—El general Medina.

—Ese hombre es agresivo, como todos los militares.

—¿Y se sabe el motivo? preguntó otro.

—Se ignora; pero bastará decir que la provocacion ocurrió en casa de la marquesa del Fresno, contestó Leopoldo.

—Ya comprendemos, esclamaron varios á la vez.

—Cuéntanos los detalles del duelo, para ver si corresponde á la fama de valiente que disfruta el general.

—No es tan fiero el leon como lo pintan; se batió como se baten todos los hombres de honor.

—¿Y Eduardo?

—Cumplió con su deber.

—¿Quién salió herido?

—Ninguno.

—¡Ninguno? preguntaron todos en coro.

—Los dos están sanos.

—Las balas serian de algodon, añadió uno con ironía.

—No, repuso Leopoldo; se batieron con floretes, pero Medina es tan diestro que desarmó tres veces á su contrario; entonces los testigos, cumpliendo con nuestra sagrada mision de jueces de paz, dimos por terminado el combate.

—¡Parece imposible en Medina!

—Hay algun secreto en ese hombre; él, qué anoche juró matar á Eduardo, teniendo hoy su vida entre sus manos, no quiso tocarle con la punta del florete; no me esplico esté cambio, porque sabe bien que la marquesa admite en su casa á Campo-Real.

—Se habrá convencido, añadió el estudiante de leyes, que una coqueta no vale la pena de matar á un hombre, pues mañana podrá ocupar el puesto de su rival; hizo muy bien; ya tengo simpatías con ese general Medina.

—Es decir que el duelo concluyó segun costumbre en la fonda?

—No! concluyó en el campo: los dos combatientes se retiraron satisfechos, pero sin darse las manos.

—Ese desenlace ha perjudicado en sus intereses á los fondistas.

Con efecto, era estraño al parecer el resultado del duelo; cuando el general Medina lo habia provocado, alimentaba el terrible pensamiento de matar á su rival. Si has amado de veras, lector, y te has visto en la situacion de Medina ¿no ha surjido por tu mente, por bueno que seas, este mismo deseo? ¿no has sufrido algun vértigo que te ha hecho acariciar el homicidio? ¿no has visto como una cosa muy sencilla ese crímen que un trastorno mental cubre con el manto del honor para acallar la conciencia? Si no has sentido esta punzante idea, puedo asegurarte que no has amado nunca.

Felizmente la razon del hombre tiene un imperio sobre el alma, que contribuye mucho á menguar la estadística criminal; aunque Medina era hombre impresionable y arrebatado, aunque estaban vírgenes sus pasiones, aunque no podia dominarse, Medina tenia treinta años, y los años no trascurren sin ejercer una influencia directa sobre la sangre del individuo. Cuando Medina provocó á Campo-Real, lo hubiera despedazado: pero desde la provocacion al duelo habian mediado algunas horas: el tiempo es gran razonador.

Despues que Medina habia hablado con el baron de Torre-Nueva, cuando se encontró solo en su casa, como el viento deshace el turbion que amenaza, apa-

reciendo limpio de nubes el horizonte, así se despejaron sus ideas y su cabeza recobró la razon que los celos le habian arrebatado. Una hora despues, esclamaba paseándose por su estancia:

—¡He retado á un hombre!... ¿por qué?... ¡He debido estar loco!... Dentro de algunas horas me encontraré frente á frente de Campo-Real; mi corazon no vacilará porque no me arredra el peligro, y como soy diestro, lo mataré... Al ver manchadas mis manos con sangre, me reconcentraré en mi conciencia y tendré que alzar los ojos al cielo para implorar un perdon que Dios me concederá, porque Dios es bueno; pero yo no me perdonaré á mí mismo, y el ¡ay! del moribundo me seguirá á todas partes... ¡No! ¡no!... ¿Por qué le he retado?... No lo sé... ¡Ah! ¡ya recuerdo! ¡aquella revelacion!... ¿Qué me importa la marquesa? Soy por ventura su padre, su marido ó su hermano... ¿Será verdad que Campo-Real entra de noche en su casa?... ¡No! ¡Dios mio! ¡haz que oiga con indiferencia esta acusacion! ¡quiero hacerme superior y no puedo! ¡quiero engañarme y veo la realidad!... ¿Será cierto que amo á esa mujer? ¿Será amor lo que esa mujer me inspira?... Y si la amo, si es verdad que ella me distingue ¿cómo he dado oidos á la lengua del vulgo para lanzarme al crímen?... Antes debí cerciorarme, palparlo con mis manos, verlo con mis ojos... y entonces... ¡ah! entonces seria mas disculpable el paso que dí... ¿pero ahora?... ¡No! yo no puedo atentar á la vida de Campo-Real; es preciso para matarlo tener pruebas incontestables; ningun juez sentencia

sin una conviccion completa... ¡Un duelo!... ¿Cómo retroceder ahora?... El mundo lo sabe ya... ¿Qué tengo yo que ver con el mundo? ¿puede dudar de mi valor? ¡No me batiré!

En este momento entraron en su aposento el baron de Torre-Nueva y el otro testigo: apenas apuntaba el dia.

—¡Hola, querido! le dijo el baron; ¡puntualidad militar! ¿Ya está V. vestido?

—Sí, baron.

—¡Cómo! ¿vá V. á batirse de frac y corbata blanca?

—No me he desnudado todavía.

—Pues cambie V. de traje al momento, porque abajo esperan en un carruaje Campo-Real y sus padrinos; no quisiera que interpretáran mal nuestra tardanza.

—Al momento, baron; pero estaba pensando que me he portado como un niño, provocando á Campo-Real sin motivo alguno.

—¿Ahora sale V. con ese escrúpulo pueril?

—Soy hombre de conciencia.

—Amigo mio, no olvide V. que el mundo es implacable.

—¡El mundo es un necio!

—¿Está V. dispuesto á dar una satisfaccion completa á su adversario?

—¡No! exclamó el general entusiasmándose.

—Pues entonces, dése V. prisa y abríguese bien, porque la mañana está horriblemente fria.

Una hora despues, Medina cruzaba su florete con Campo-Real y habiéndole desarmado tres veces, dióse por terminado el duelo como Leopoldo lo contó en el Café Nuevo.

Medina se regocijó al poner el pié en Madrid; habia cumplido con el mundo y con su conciencia.

Campo-Real dijo á sus amigos al entrar en el carruaje:

—Este hombre es misterioso; cuando salí de Madrid no daba un cuarto por mi vida, y no me equivocaba: no ha querido matarme y ha hecho bien; este duelo levanta mi reputacion.

—Está claro, repuso Tamajon ocultando el disgusto que le causaba un duelo sin resultados; el general es mas diestro que tú, pero has acreditado que tienes mas corazon; él se presentaba en el terreno con la seguridad de matarte y tú entrabas muerto ya en la pelea: puedes compararte al Cid.

—¡Bah! dijo Leopoldo; este duelo es un recurso dramático del general: quiere que la marquesa le vea con el prestigio del valor y que le debas la vida.

—No me rebaja su generosidad.

Campo-Real entró en su casa y se acostó para reponerse de la mala noche. Cuando despertó, eran las tres de la tarde y pidió el almuerzo.

El ayuda de cámara al avisarle que estaba servido, entró en la estancia y le entregó una carta.

Estremecióse Eduardo al reconocer la letra y preguntó:

—¿Cuándo trajeron esta carta?

—Hace dos horas.

—¿Por qué no me la diste en seguida?

—Porque estaba V. durmiendo y habia pasado mala noche.

—Debiste comprender que urgia.

—Como me tiene V. dada la órden...

—Eres un animal: vete.

El ayuda de cámara salió inclinándose respetuosamente.

Campo-Real abrió la carta, que decia:

«¡Lo sé todo, Eduardo mio! no puedo vivir así, »porque esta lucha acabaría por matarme; Ana ha ido »tres veces á tu casa y te he visto apear del carruaje; ¡cómo se ha dilatado mi alma al saber que vivias!

»Vén esta noche á las dos y abandonaré esta casa »que me parece sin tí un sepulcro; ayer estuve muy »mala; pero hoy me siento con fuerzas para todo.

»Vén y llévame contigo. ¡Cuántas horas faltan todavia! La eternidad está simbolizada en una hora de »ausencia; entretanto, piensa en tu—*Lucia.*»

Campo-Real besó la carta con trasporte y sentándose á la mesa, comió sin saber lo que comia.

Vistióse despues y se lanzó á la calle, mirando á menudo el reló para consultarlo; creia sin duda que se habia parado, pues lo acercaba al oido: el reló andaba muy despacio aquel dia; [illegible] olvidaba la frase de la carta de Lucia, pero creia como ella que cada hora de ausencia era una eternidad.

Eduardo entró en una casa de la calle de Fuencarral: allí vivia su hermana Adela, con quien tuvo una

larga conferencia; despues recorrió los sitios públicos para distraer su impaciencia y refirió á todos los que encontraba los pormenores del duelo: quería á cualquier costa entretener el tiempo y que volasen las horas; le parecia que nunca llegaría aquella noche para oir las dos campanadas que habian de abrirle la puerta del Paraiso.

Como el tiempo pasa siempre y pasa demasiado pronto, llegó la hora que tanto anhelaba Eduardo de Campo-Real; al vibrar en el aire el sonido de la segunda campanada del reló de San Sebastian, un coche que bajaba de la calle de Carretas paró delante del átrio de la iglesia; Eduardo que iba dentro, apenas puso el pié en tierra, se dirijió á la calle de Cañizares y no viendo persona que le estorbase, metió la llave en la cerradura de la puerta falsa y entró.

Al parar el coche se habia deslizado por detrás de la reja un bulto; era un hombre embozado hasta los ojos, que hurtando el cuerpo se escondió por la esquina de la calle de Cañizares para observar á Campo-Real; apenas le vió meter la llave en la cerradura, lanzóse detrás de él, dando muestras de grande agitacion; pero llegó á la puerta en el momento que Eduardo la cerraba por dentro.

El encubierto rechinó los dientes y quiso mirar por el ojo de la cerradura; pero la llave estaba puesta, y con la oscuridad tampoco hubiera podido distinguir nada; entonces aplicó el oido y percibió solo el rumor confuso que formaban dos personas hablando en voz baja; en aquel momento sonó el estallido de un

beso: toda la sangre subió á su cabeza, sus ojos brillaron en la oscuridad como dos ascuas; y dando un golpe en el suelo con el pié, se desembozó y en su mano derecha llevaba una pistola, que amartilló, separándose un paso de la puerta, sin duda para que saliera el que esperaba y matarlo á traicion: el encubierto era ó un asesino ó un celoso.

Apenas entró Eduardo en el jardin, se dirigió á la reja, donde le esperaba Lucía.

—Mi bien, dijo él.

—Bien mio, dijo ella.

Lucía le tendió la mano y Eduardo estampó en ella un beso. Este beso era el que habia inflamado el alma del embozado.

—¿Has sufrido mucho, mi Lucía?

—Cuando no te veo, estoy enferma siempre.

—Entonces, te traigo la vida y la salud.

—¡Qué dichosa soy al verte! ¡Qué dia tan horrible! ¡Y qué noche la de ayer, cuando consideré que no podia asistir al baile, y que allí te hubiera visto consagrado á mí, entre tantas mujeres hermosas!

—Sí, mi adorada Lucía; pero no perdamos tiempo; el coche nos aguarda en la calle de Atocha.

—Vamos; Ana tiene la llave del patio; saldremos con cautela para no despertar al portero; Ana se vá conmigo.

—¡Escelente muchacha!

Retiróse Lucía de la reja y Campo-Real se paseó por el jardin, esperando á su amada.

Entretanto, ¿qué hacia el embozado en la calle?

Apenas se habia puesto en acecho, cuando uno que venia de la calle de la Magdalena á la de Atocha, por la misma acera, tropezó con él, sin que hubiera oido sus pasos: tal era su abstraccion. El choque le produjo un escalofrio general y dando un salto para atrás, sin saber lo que hacia, apuntó con la pistola al que llegaba, gritando:

—¿Quién vá?

—Un prójimo que vá á acostarse. ¡Já, já, já!

Aquella carcarjada heló la sangre del conspirador, que bajó maquinalmente la pistola, diciendo:

—Adelante.

—Soy yo, el conde de Tamajon; y por cierto que estaba muy lejos de creer que encontraria aquí á esta hora nada menos que al general D. Cárlos de Medina, haciendo centinela, arma al brazo, como el último soldado.

—¡Señor conde!

—No se enoje V., mi querido general, pues me parece que está motivada mi sorpresa.

—Se equivoca V., señor mio; yo no hago centinela.

—Las apariencias...

—Bajaba por esta calle, divisé un bulto sospechoso que me seguia y me detuve, preparándome á la defensa; pero veo que me hé equivocado.

Era la primera vez que el general Medina manchaba sus lábios con una mentira: el general Medina vivia ya en la córte y amaba.

—Muchas gracias por la equivocacion, dijo el jo-

robado riéndose; como supongo que iria V. á su casa, voy á tener el gusto de acompañarlo, si V. me lo permite.

—Agradezco la oferta.

—Me complace pasear á las altas horas de la noche; así, déme V. el brazo y sigamos nuestro camino.

—Permítame V., señor conde.....

—No me prive V. de este placer.

El conde que habia cojido el brazo del general, echó á andar y tuvo éste que dejarse llevar, no atreviéndose á revelar su debilidad.

No se habia equivocado Tamajon; conocia la pasion del general por la marquesa y comprendió que sabiendo que Campo-Real entraba de noche en su casa iria á espiarlo: en amor todos los hombres hacen lo mismo. El conde quiso evitar que hablara con Campo-Real y que supiera el verdadero motivo de sus visitas nocturnas.

Cuando doblaban la esquina de la calle de Cañizares Medina y Tamajon, abria Eduardo la puerta falsa; despues de observar bien, ofreció el brazo á Lucía, que se apoyó en él vacilante y llegaron al carruaje que los esperaba en la calle de Atocha.

Abrió Eduardo la portezuela y entraron Lucía y Ana; embozándose despues en la capa, subió al pescante y dijo al cochero:

—A escape: á la calle de Fuencarral.

Un cuarto de hora despues un hombre cruzaba corriendo el corto espacio que media entre la plazuela

del Anjel y la calle de Atocha, paróse delante de la iglesia de San Sebastian y no viendo el carruaje dió rienda suelta á su cólera.

Este hombre era el general Medina que volvia á salir de su casa, libre ya del conde de Tamajon. —

¡El general Medina aun no sabia si amaba á la marquesa del Fresno!

XX.

Alarma general.

Para ciertos hombres no hay mas aliciente en la vida que la mujer: todo lo que de ella emana influye directamente en la costumbre de aquellos. Eduardo de Campo-Real, aunque avezado en las campañas del amor, era un niño: se desvelaba con una nueva pasion que le hacia vislumbrar ensueños, sin ver que el resultado era siempre el mismo, como se desvela el niño con la posesion de un juguete nuevo, por mas que sea igual á los que rompió; así, Eduardo, despues de dejar á Lucía en casa de su hermana Adela, se retiró á la suya, sin que le fuera posible conciliar el sueño.

A las ocho estaba vestido y escribia en su diario para entretener el tiempo, llenando hojas, sin que de

todo lo que su alma vaciaba en el papel pudiese sacarse en limpio nada mas que un pensamiento: que amaba á Lucía. ¡En cuántas páginas habia dicho lo mismo! No habia mas diferencia que el nombre de la mujer, pues recorriendo el diario, se encontraba allí trasladado todo el calendario.

Tan embebido estaba en su tarea, que no sintió abrir la puerta, ni oyó los pasos de uno que entrando én su cuarto se puso á leer por encima de su hombro las palabras que su pluma trazaba en el papel.

—«¡La vida con mi Lucía será un paraiso...» ¡Bravo! ¡ja, ja, ja! Eres incorrejible, querido Eduardo.

—¡Cáspita! esclamó Campo-Real soltando la pluma y poniéndose en pié; entras sin que la tierra te sienta, amigo Tamajon.

—Me parece, repuso el conde, que no hubieras sentido ni un terremoto; te hallabas abstraido como Arquímedes en el saqueo de la ciudad, sin hacer caso del peligro.

—Es verdad; nada me importaba en este instante el mundo, porque estaba como Arquímedes resolviendo un gran problema.

—A juzgar por lo escrito, el problema está resuelto: has encontrado ya el paraiso, y no creo que pueda aspirar á mas un mortal; Dios quiera que tu enagenacion no te proporcione la muerte como á Arquímedes.

—Me caso con Lucía, querido conde.

—Entonces, tu fin desastroso corre parejas con el del matemático de Siracusa. ¡Ja, ja, ja!

—Eres á propósito para animar á los tímidos; pero te aseguro que celebro en el alma tu venida, porque así tendré á quien comunicar la inmensa felicidad que absorve mis sentidos.

—Ya sé que anoche viste á Lucía.

—¿Lo sabes?

—Sí: pasaba por la calle de Cañizares cuando entraste por la puerta falsa, cuya llave debiste á mi buena amistad.

—Es verdad.

—Por cierto que te hice un enorme servicio.

—No comprendo...

—Un embozado te esperaba en la calle, pistola en mano, y muy dispuesto á hacerte una mala partida.

—¿Te chanceas?

—No.

—¿Quién podia ser?

—¿No lo adivinas?

—Imposible.

—Era un celoso.

—¿Celoso? ¿De Lucía?

—No: de la marquesa del Fresno.

—¡Bah! vienes como siempre de buen humor.

—Te aseguro por mi honra que no te engaño: gran trabajo me costó arrancarle de la calle al general Medina.

—¿Al general Medina? ¡Deliras!

—¡Pobre Eduardo! el amor te trastorna la cabeza.

—Esplícate.

todo lo que su alma vacia... caso; como el general sacarse en limpio nada... enamorado de la marque- amaba á Lucía. ¡F... tu venganza mismo! No ha... hablas, mas bien piensa en el labe- mujer, pu... Mientras mas entre... traslad... deseabas vengarte?

T... no me ocupo de la marquesa; Lucía llena to- a... mi pensamiento.

—Pues bien; á pesar de eso, los sucesos te han favorecido; Medina supo sin duda que entrabas de noche en casa de la marquesa; y como ignora tus relaciones con Lucía, le arrebatado por la celotipia fué á cerciorarse; de fijo hubiera consumado un crimen, á no llegar yo tan á tiempo; puedes decir á Lucía que no sin razon me llamó *su Providencia*.

—Me dejas absorto.

—Escapaste de un peligro cierto, gracias á mí; nada temas ya, porque estoy seguro que el general dará un escándalo, desacreditando así á esa coqueta sin corazon que te puso en berlina.

—Nada me importa la marquesa, conde, pero me remuerde la conciencia....

—Déjate de escrúpulos y goza, como yo, con la venganza.

—Lo repugna mi delicadeza.

—Eres un niño, y seguiré guiándote; es preciso que el general crea que vas todas las noches á casa de la marquesa.

—No es posible.

—¿Por qué?

—Porque no volveré á su casa.

—¿No quieres ya ver á Lucía? ¿Y el paraiso?

—El paraiso se ha trasladado á la calle de Fuencarral, pues allí se encuentra el ángel de mis ensueños.

—No te entiendo, dijo el conde agitado; Lucía...

—Lucía está en casa de mi hermana Adela.

—¿Desde cuándo?

—Desde anoche; la saqué en mi carruaje, y me casaré con ella dentro de breves dias.

—¡Ah!....

El conde de Tamajon dió un rugido, haciendo pedazos los guantes; Campo-Real, mirándole con asombro, le preguntó:

—¿Qué tienes?

—¡Eres un estúpido!

—¡Conde!

—Debí preverlo; los hombres como tú para nada sirven; llevais la dignidad solo en los lábios; en el corazon, cierto.

—¿Te has vuelto loco?

—El hombre que no se estima á sí mismo, no debe asociarse ni comprometer á los que todo lo sacrifican por una idea.

—¡Absorto te escucho!

—¡Adios!

El conde, sin oir á Eduardo, cogió el sombrero y salió rechinando los dientes y dando rienda consigo mismo á su cólera.

El jorobado comprendió que al divulgarse la noti-

—Poco tiene que explicar el caso; como el general Medina estaba ciegamente enamorado de la marquesa, conseguiste consumar tu venganza.

—Mientras mas hablas, mas me pierdo en el laberinto de ese enredo.

—¿No deseabas vengarte?

—Ya no me ocupo de la marquesa; Lucía llena todo mi pensamiento.

—Pues bien; á pesar de eso, los sucesos te han favorecido; Medina supo sin duda que entrabas de noche en casa de la marquesa; y como ignora tus relaciones con Lucía, le arrebatado por la celotipia fué á cerciorarse; de fijo hubiera consumado un crimen, á no llegar yo tan á tiempo; puedes decir á Lucía que no sin razon me llamó *su Providencia.*

—Me dejas absorto.

—Escapaste de un peligro cierto, gracias á mí; nada temas ya, porque estoy seguro que el general dará un escándalo, desacreditando así á esa coqueta sin corazon que te puso en berlina.

—Nada me importa la marquesa, conde, pero me remuerde la conciencia....

—Déjate de escrúpulos y goza como yo con la venganza.

—Lo repugna mi delicadeza.

—Eres un niño, y seguiré guiándote; es preciso que el general crea que vas todas las noches á casa de la marquesa.

—No es posible.

—¿Por qué?

—Porque no volveré á su casa.

—¿No quieres ya ver á Lucía? ¿Y el paraiso?

—El paraiso se ha trasladado á la calle de Fuencarral, pues allí se encuentra el ángel de mis ensueños.

—No te entiendo, dijo el conde agitado: Lucía...

—Lucía está en casa de mi hermana Adela.

—¿Desde cuándo?

—Desde anoche; la saqué en mi carruaje, y me iré con ella dentro de breves dias.

—¡Ah!....

El conde de Tamajon dió un rugido, haciendo pedazos los guantes; Campo-Real, mirándole con asombro, le preguntó:

—¿Qué tienes?

—¡Eres un estúpido!

—¡Conde!

—Debí preverlo; los hombres como tú para nada sirven; llevais la dignidad solo en los lábios, en el corazon cieno.

—¿Te has vuelto loco?

—El hombre que no se estima á sí mismo, no debe asociarse ni comprometer á los que todo lo sacrifican por una idea.

—¡Absorto te escucho!

—¡Adios!

El conde, sin oir á Eduardo, cojió el sombrero y salió rechinando los dientes y dando rienda consigo mismo á su cólera.

El jorobado comprendió que al divulgarse la noticia

cia del robo de Lucia, sabria el mundo que Campo-Real entraba en casa de la marquesa por su sobrina, con lo cual devolveria Medina su estimacion á la coqueta. Campo-Real acababa de destruir todos los planes del conde de Tamajon.

Estupefacto quedóse el poeta del efecto que sus palabras habian hecho en el jorobado y en vano quiso esplicarse el motivo de su cólera; encogióse, por último, de hombros y se lanzó á la calle, enderezando sus pasos hácia la casa de la marquesa del Fresno.

Sorpresa, sin duda, causará al lector esta visita, pero no tardará mucho en convencerse de la buena intencion de Campo-Real.

El dia despues del baile habia sido de gran agitacion para la marquesa; sabedora del duelo de Medina con Campo-Real, no descansó hasta convencerse de que el combate no habia tenido un triste resultado; por la noche recibió, como siempre, á su amigo íntimo D. Mariano de Alba, á quien trató en balde de interesar en la lucha que ella sufria; Alba, encerrado en su egoismo, asistia al teatro de la vida, sin conmoverle las desgracias ni la felicidad del prógimo; su horizonte se limitaba á su individuo.

Al salir Alba del gabinete azul, llegó el conde de Tamajon, que refirió á la marquesa los pormenores del duelo, ponderando su eficacia para evitarlo; pero hizo ver que todos sus esfuerzos se habian estrellado contra la irritabilidad de Medina y contra el honor ofendido de Eduardo. Aquella noche concurrió poca

gente al gabinete azul y desapareció la marquesa porque faltó el general Medina.

Inútil será decir que la ausencia de Medina en aquella ocasion robó el sueño á la marquesa: al amanecer tenia fiebre y sus ojos delataban claramente las lágrimas que habian abrasado sus párpados; la mariposa se habia prendido en la llama y sentia el dolor de la quemadura: abrasadas las alas, no emprendia ya el vuelo de la inconstancia.

Levantóse muy temprano y no sabiendo que hacer tiró del cordon de la campanilla: cuando entró su doncella, dijo que llamasen á Ana para informarse del estado de la salud de Lucía.

La doncella volvió atribulada para darle parte de que la señorita no estaba en su cuarto ni en toda la casa y que sin duda habria salido con Ana, porque tampoco se encontraba á esta; júzguese ahora del espanto que semejante noticia causaria á la marquesa; corrió á la habitacion de Lucía, pero la huérfana al escaparse, no habia dejado ni una carta, anunciando el motivo que la impulsara á tomar semejante medida.

La casa se puso en conmocion; el portero no habia visto salir á las fugitivas, y solo despues de mil conjeturas y mil vueltas, se comprendió la verdad de lo ocurrido; un criado hizo notar que en el jardin estaban impresas las huellas de varias personas y esto dió á conocer que la puerta falsa habia sido el sitio de la evasion: entonces el portero echó de menos la llave y protestó para que no se le creyese culpable.

La marquesa, conociendo que Campo-Real era

el autor de aquel atentado, trató de ir en persona á su casa y dar parte á la autoridad, pero temia el escándalo; en la lucha de la desesperacion se encontraba, cuando el criado entró á anunciar que el señor don Eduardo de Campo-Real deseaba verla.

Púsose en pié la marquesa, como herida por un choque eléctrico; pero acordándose de que estaba delante de un criado, volvió á sentarse y aparentando serenidad le dió órden de que entrara la visita.

Al penetrar Eduardo en la estancia, subióle toda la sangre á la cabeza, pero procurando contenerse, le dijo:

—Supongo, señor de Campo-Real, que se atendrá usted á las consecuencias del paso infame que ha dado esta noche.

—Espero, señora marquesa, que suprima V. todas las palabras ofensivas hasta despues de oirme; las personas se entienden hablando.

—¿Vá V. á buscar alguna disculpa?

—Creo que al cabo me dará V. la razon.

—¿Yo?

—Sí, marquesa; suspenda V. por un momento el juicio que haya formado.

Campo-Real cerró la puerta y, acercando un sillon al de la marquesa, se sentó con la mayor calma, como si se tratara de un negocio de poco interés.

—¿Cierra V. la puerta?

—Es una precaucion que V. me agradecerá, porque solo los dos debemos saber lo que voy á decir.

—Estamos solos.

—Los criados son curiosos por naturaleza.

—Todos saben ya que Lucía se ha escapado esta noche con Ana por la puerta del jardin y sospechan que las ha llevado V. á su casa.

—Es una suposicion gratuita que pronto verán desvanecida.

—¡El honor de esa niña...

—Su honor me pertenece y yo daria hasta la última gota de mi sangre por conservárselo intacto.

—Entonces, no comprendo....

—Tenga V. calma.

—No es posible.

—Entonces, no nos entenderemos.

—Escucho á V., señor de Campo-Real.

—Lucía llegó á ser para mí una necesidad y como no podia verla en esta casa, donde no me querian bien y donde tampoco á ella la trataban con las consideraciones que merecia...

—¡Caballero!

—He venido, marquesa, á decir la verdad y á no perder el tiempo; V. y yo no podemos ya engañarnos.

—Concluya V. pronto.

—Lucía será mi esposa antes de una semana; me suplicó que la sacara de esta casa y accedí á ello, como hubiera accedido á cualquier empresa difícil que me hubiera propuesto. Lucía salió con Ana y la deposité en casa de mi hermana Adela, donde está tan segura como en la casa de su tia y donde será mas dichosa que al lado de la marquesa del Fresno.

—Señor de Campo-Real, si cree V. que he de sufrir el rapto y las ofensas que ahora escucho, se equivoca V.; ahora mismo voy á dar parte á la autoridad...

—¿Para provocar un escándalo inútil?

—Para castigar á V. y á mi sobrina.

—La autoridad que intervenga no hará mas que lo que hice yo: constituir en depósito á la mujer que quiere casarse. Créame V., marquesa; soy leal y vengo solo para dar un aviso saludable; sé que ama usted de veras al general Medina y una lamentable equivocacion ha influido en la honra de V. con un golpe mortal.

—¿En mi honra?

—Sí: el general supo que yo entraba en esta casa y vino anoche á espiar mi salida, decidido á matarme, lo cual hubiera consumado á no llegar muy á tiempo el conde de Tamajon.

—¡Ah! ¡esto es un complot horrible!

La marquesa, dando un grito, se cubrió el rostro con las manos.

—Serénese V., señora.

—Pero ¿qué es esto, Dios mio? ¿qué pecado tengo yo que purgar? ¡El conde de Tamajon!... ¡ese hombre es una serpiente venenosa!... ¡Ese hombre ha jurado perderme!...

—¡El conde!

—Sí; ¿y tambien V., Eduardo? Creia que era usted mas generoso.

—No, marquesa; verdad es que mucho tiempo he

sido juguete de la coquetería de V.; pero hoy tengo á V. lástima y le ofrezco mi apoyo. No comprendo qué interés pueda tener Tarbajon en perder á una mujer que en nada lo ha ofendido.

—¡Ah! sí; hace mucho tiempo que ese hombre se cruza en mi camino para amargar mi vida; el corazon me dice que hay aquí una trama infernal que me matará.

Campo-Real recapacitó, recordando la cólera del conde, y se estremeció: veía caer la careta que cubria el rostro del jorobado.

—Creo, marquesa, demostrar á V. mi lealtad, avisándola el daño para que lo repare; si en algo puedo contribuir á ello, cuente V. conmigo.

El poeta se puso en pié; la marquesa estaba toda convulsa, sin saber lo que le pasaba; habia en sus facciones mas dolor que ira.

—Adios, Campo-Real, dijo, y ¡Dios perdone á usted el mal que me ha hecho!

—Marquesa, Dios es justo, esclamó Campo-Real con tono solemne.

—Es verdad; estoy espiando mi pecado. Haga usted feliz á Lucía.

—Lucía se muere; ¡ay! ¡ojalá pudiera convencerme de que no tiene V. la culpa!

—¡Eduardo! ¡por piedad!

—Adios, marquesa.

El poeta, con los ojos arrasados en lágrimas, aceptó la mano que la marquesa, aterrada, le presentaba y salió del gabinete azul.

Pocos minutos despues entraba Eduardo en casa de su hermana Adela y corria á la estancia donde se hallaba esta con Lucía. Ambas le interrogaron, mas con los ojos que con los lábios, y él dijo:

—He visto á la marquesa: nada tenemos que temer; Lucía, serás mi esposa.

—¡Ah! ¡gracias, Dios mio! dijo la pobre niña.

—¿Cómo te sientes? preguntó Eduardo.

—Quiero engañarme á mi misma, pero los padecimientos morales de estos dias han agravado mi dolencia física; la tos me incomoda mucho.

—La semana próxima nos casaremos, bien mio; vendrás conmigo á Andalucía: su clima templado te restablecerá: allí la primavera te devolverá las fuerzas, viviendo entre flores.

—¡El cielo te oiga, Eduardo mio!

Volvamos á casa de la marquesa.

Cuando salió Campo-Real, comprendiendo esta su horrible situacion, dió rienda á su dolor, y fuera de sí, buscó mil medios de destruir el efecto causado por el golpe que contra su honra tan arteramente habia dirijido Tamajon. Despejáronse sus ideas, y conociendo que era fácil hacer palpable la verdad, fué á su escritorio, puso algunas líneas en una tarjeta y mandó á un criado que la llevara al momento á casa del general D. Cárlos de Medina.

Hallábase este á la sazon en su cuarto, con el corazon destrozado, y presa de mil ideas que tenian en alarma al buen Corrales pues lo vigilaba con paternal cuidado.

Llamaron á la puerta; al recibir del criado la tarjeta de la marquesa del Fresno, hizo Corrales un gesto espresivo y se dirijió á la habitacion de su amo.

—Señor, dijo, traen para V. este billete.

—¿Un billete? ¿de quién es?

—No lo sé, contestó Corrales, temiendo exacerbar á su amo si le daba á entender que conocia la procedencia.

—Dame.

Rompió el general el sobre y estremecióse al sacar la tarjeta; sin cuidarse de que estaba delante Corrales, leyó en alta voz:

—«*La marquesa del Fresno necesita hablar al momento con el señor general Medina y lo espera en su casa.*» ¡Me espera en su casa! esclamó el general con voz destemplada; ¿qué pretende de mí esta mujer?.... Dí que no puedo, que no quiero ir.

Corrales, inclinándose respetuosamente, salió de la estancia; pero no habia llegado al recibimiento, cuando le alcanzó Medina y dijo al criado:

—Voy al momento; hágalo V. así presente á la señora marquesa.

—Está bien.

—Corrales, mi sombrero y mi baston; ¡pronto!

Un momento despues salia Medina de su casa y Corrales meneaba la cabeza, murmurando entre dientes:

—¡Qué lástima! ¡el general ha perdido el juicio!... ¡Las mujeres!.... ¡Je! ¡reniego de la mejor!

XXI.

Las poesías de Campo-Real.

El estado de Lucía era alarmante; Eduardo quería engañarse, pero al saber por Adela que la primera noche no habia dormido, á causa de la tos y de la fatiga que la atormentaba, decidió consultar á los médicos mas afamados de Madrid.

Los médicos examinaron el pecho de Lucía con esa fria impasibilidad con que un alquimista examina una piedra para saber si tiene oro, cuando el resultado ha de ser en provecho ageno; al salir del cuarto de la doliente, Adela y Eduardo les interrogaron con el temor con que pregunta un reo su sentencia, y ellos contestaron que estando ya Lucía en el segundo grado de tísis, se hallaba herida de muerte.

La medicina es una alta mision como la magistratura; aquella se encarga de curar los males físicos de

la humanidad y esta los males morales; pero los médicos y los jueces, para cumplir con su deber, tienen que hacer abstraccion de los sentimientos humanitarios. Llega un médico á la cabecera de un enfermo; lo vé jóven, hermoso, soñando con la esperanza, y como el ojo de la ciencia adivina las horas que aquel sér cuenta, manda que se prepare á morir, sin que se le desgarre el corazon; otros enfermos lo aguardan y cuando sale de aquella casa, donde deja el dolor, no se vé en su fisonomía la contraccion del sentimiento; está familiarizado con la muerte. Así tambien el magistrado, al dejar su dulce sueño, coje la pluma y firma una sentencia de muerte, sin que le tiemble el pulso; como el primero corta un miembro gangrenado para salvar el cuerpo del individuo, el segundo arranca la vida del individuo para salvar á la sociedad.—No es del caso ahora saber si así se salva á la sociedad.

Al oir el terrible fallo de los doctores de la ciencia, se arrasaron en lágrimas los ojos de Adela y de Campo-Real.

Adela tenia un corazon escelente, y amaba ya á la que habia de ser su hermana.

Eduardo cojió el sombrero y se lanzó á la calle para andar á la ventura y distraer su dolor; no se atrevia á penetrar en la estancia de Lucía, temiendo que esta adivinara en su rostro el sentimiento de que estaba poseido.

Lucía se encontraba sola en su estancia; se habia dejado examinar de los médicos, confiada en que la

curarian; la pobre niña no adivinaba su verdadero estado, ni creia que una jóven á su edad, cuando alimentaba tan dulces sueños y tan halagüeñas esperanzas, podia morirse; pensando siempre en Dios, miraba al cielo y el cielo parecia sonreirse á ella tan inocente, tan candorosa, tan pura, ¿qué debia temer de la cólera divina? Su conciencia se abria como la flor á los rayos del sol y no dejaba entrever la menor mancha; si el sol la abrasaba entonces, confiaba en que el rocío de la noche le devolveria su frescura. ¡Pobre Lucía! ¡no se acordaba de que el sol que dá vida á las plantas, las quema, acaso por acariciarlas mucho!

Preguntó Lucía por su Eduardo, y al responder Ana que habia salido, se acercó á un estante pequeño, donde conservaba Adela algunos libros; quería buscar distraccion en la lectura mientras esperaba á su amado.

Despues de abrir algunos libros, volvió á dejarlos en su sitio, no agradándole sin duda el título; cojió por último un tomito encuadernado á la holandesa y se estremeció al leer en su primera página: *Poesías de Eduardo de Campo-Real.*

Dejóse caer en la butaca y devoró con la vista el volúmen, corriendo hojas y hojas, como queriendo leer todas á la vez; ignoraba la existencia de aquella publicacion.

Un tomo de poesías es la historia del amor del poeta: es su *hoja de servicios*, por decirlo así; allí consigna las primeras impresiones de su vida, sus delirios,

sus devaneos, sus penas y sus placeres; aquellas páginas *íntimas* del hombre que nace poeta, se reunen un dia y se venden al público indiferente por una mezquina cantidad: el vulgo aprecia el mérito mas ó menos grande de la rima, y no se cuida de adivinar quiénes son aquellas mujeres que con nombres supuestos figuran en el libro que corre de mano en mano, y apenas si *ellas mismas* se acuerdan ya de que fueron objeto de una inspiracion. En un tomo de poesías no hay *homogeneidad:* cada pensamiento pertenece á un dia distinto, pues los hombres—y menos los poetas— no piensan del mismo modo hoy que ayer. El poeta vive de la inspiracion y la inspiracion es hija del momento.

Campo-Real habia publicado su tomo de poesías, siguiendo la costumbre de la época y su tomo se habia perdido en ese inmenso mar bibliográfico que se traga tantas obras que, no encontrando eco en las masas, apenas si brillan el dia que vieron la luz; Adela conservaba un ejemplar de las poesías de su hermano, y no debe estrañarse este tributo que rendia á la fraternidad.

Aquel volúmen de Campo-Real, que el público habia manoseado y en el que acaso nada encontrara digno de fijar la atencion, encerraba un interés palpitante para Lucía; hojeando el libro, queria leer en el corazon de su amado. Despues de darle veinte vueltas, se decidió á leer la última página, creyendo que en ella iba á encontrar un índice, un resúmen de las sensaciones del poeta; pero en la última hoja es-

taban impresas unas estrofas con este título fúnebre: ¡*Morir*! Estremecióse Lucía y pasándose la mano por los ojos, leyó:

«Cuando la vida ofrece encantos á los seres
y la bella esperanza colora el porvenir,
y el alma sueña amores y dichas y placeres,
¡ay! ¡qué triste es morir!

—

Cuando deberes santos y lazos de ternura
y riquezas al hombre alientan á vivir,
cuando vé en lontananza la dicha ya segura
¡qué terrible es morir!

—

Pero cuando ya rotos los lazos mas queridos,
no tiene quien le ayude ni á llorar ni á sufrir;
cuando vé de la vida los encantos perdidos,
¡qué fácil es morir!

—

Cuando el cuerpo se dobla al peso de los años
y los sentidos torpes se niegan á sentir
y el alma encuentra solo acerbos desengaños,
¡es muy dulce morir!

—

Mas cuando la fé alienta y la conciencia pura
en las tranquilas horas nos hace sonreir;
cuando grita la gloria y calla la natura,
¡es un triunfo morir!»

Al leer el último verso, los ojos de Lucía brillaban

como dos ascuas y el libro cayó sobre su falda; el entusiasmo estaba pintado en su fisonomía;—en aquellas estrofas no había encontrado el nombre de una mujer.

—¡Ah! sí, esclamó; ¡Eduardo tiene alma de poeta! ¡La poesía es la verdad! es muy triste morir cuando se sueñan amores y placeres, cuando en la mente se acarician ensueños deslumbradores; Eduardo temia por mi vida, al escribir estos versos; pero yo no puedo morirme todavía; ¡oh! seria horrible! tengo que vivir para mi Eduardo... ¡Sí, sí, él escribió estos versos para mí!...

La pobre niña no veia que el volúmen estaba impreso cinco años antes de que el poeta la conociera; ¡se engaña tan fácilmente el que ama!

Recorrió Lucía el volúmen hoja por hoja y verso por verso, cambiando bien pronto de aspecto su fisonomía. Ninguna mujer soporta que su amante le cuente la historia de sus devaneos; tiene celos hasta de lo pasado y aborrece por instinto á las mujeres que le precedieron. Considérese ahora cuánto sufriria al encontrar en el libro aquella variedad de nombres que revelaban otras tantas pasiones de Eduardo. En su cólera mesábase los cabellos y apretaba los puños, queriendo así desahogar su corazon que rebosaba sentimiento.

—¡Hé aquí una triste verdad! decia: ¡cuánta pasion encierra esta poesía á Matilde! ¡cuánta ternura estas quintillas á Zenaida! ¡cuánta dicha este romance á Noemi! ¡cuánta amargura este soneto á Alicia! ¡Cuán-

to amor, en fin, encierran estas páginas! El hombre que ha prodigado así su corazon, ¿qué puede ya conservar para mí? ¡Ah! ¡Eduardo me engaña! No hace muchos dias que en su entusiasmo me decia *que yo era su sueño* y aquí encuentro la misma frase, el mismo pensamiento dedicado á una Isabel ¡qué Dios confunda! sí; le pinta un amor acendrado y concluye con este verso:

«¡He soñado, mujer! ¡tú eres mi sueño!»

¡Ah!, me dice en prosa lo que á otras dijó en verso; ni siquiera ha encontrado una frase nueva para engañarme! Y si es cierto que me quiere, ¿cómo no se ha inspirado conmigo una vez sola? ¡Ingrato Eduardo! Yo no debo leer este libro y sin embargo, una atraccion particular me arrastra á descifrar el enigma de su vida, á leer ese pasado que me roba el alma de mi amante..... ¡*El primer beso*! Hé aquí una página que me destroza el corazon:

«¡Ay! ¡déjame dormir! ¡nunca despierte!
y si es el sueño imágen de la muerte,
muera sintiendo en loco desvarío
el lábio tuyo sobre el lábio mio!»

¿Cómo soporto esta revelacion? ¡Mi Eduardo delirando por el beso de otra mujer! Y ¿qué se ha hecho este amor? ¡Murió al poco tiempo, apesar de ese beso con que tan feliz se consideraba?..... *A Inés*: tambien la adoró y tiene la crueldad de atormentarla; se goza en confesar su volubilidad. Yo quiero leer lo que dice:

«Cuando yo te conocí
bien sabes, querida Inés,
de qué modo enloquecí;
pasó un dia... otro... y despues...
tú me quieres y yo á tí.
Aparta un hierro candente
del interior de la fragua,
y gotas de agua, impaciente,
vé echando incesantemente:
verás que lo apaga el agua.
El amor que tuve yo
era ese hierro encendido;
mas despues, todo pasó,
pues tus caricias han sido,
el agua que lo apagó.»

¡Ay! ¿es esta mi esperanza? ¿Es decir que la vida del amor depende de sus arrebatos? ¿el amor se mata con las caricias que prodiga? ¡Y un hombre se atreve á clavar un puñal en el corazon de la mujer que se entrega á él sin reserva, sin contener sus espansiones!... ¡Infame Eduardo! ¡Maldecido libro!

Lucía, llorando, fuera de sí, tiró el volúmen y se comprimió el corazon; en aquel momento entró en la estancia Adela, que alarmándose al verla corrió á consolarla.

—¿Qué tienes, hermana mia? ¿Por ventura los médicos han cometido alguna imprudencia?

—No, Adela.

—¿Te sientes peor?

—No, no es eso.

—Entonces, esplícame la causa de tu desesperacion.

—No puedes comprenderme.

—¿Por qué?

—Porque no amas como yo.

—Te equivocas, Lucía.

—¡Amas y eres feliz!

—Dios que oye nuestras súplicas, te devolverá la salud perdida.

—¿Qué me importa morir? ¿vale acaso la vida la pena de suspirar por ella?

—¡Me sorprende tu lenguaje!

—Eres muy dichosa, Adela; tú no sabes lo que es una pasion contrariada; amas á tu marido y la fortuna te sonríe.

—Tú tambien......

—¡No! ¡Eduardo es un traidor!

—¡Lucía!.......

—Perdona; pero tengo fiebre; no sé lo que te digo.

—Tranquilízate.

—Ya no es posible; acabo de perder mis ilusiones: tu hermano me las ha arrancado de una manera cruel.

—¿Lo has visto?

—No; coje ese libro que está en el suelo y él te dirá bastante.

Adela, sorprendida, encojióse de hombros y levantando del suelo el volúmen, dijo con calma:

—Son las poesías de Eduardo.

—¿Qué encuentras en ese libro? preguntó Lucía con agitacion.

—Nada; muchos versos, muchas mentiras, mucho fárrago.

—¿Y nada mas?

—No, á fé mia.

—Entonces, no tienes corazon.

—Me acusas injustamente, querida Lucía.

La pobre niña, exaltada, repitió sus quejas para hacer ver á Adela que Eduardo ya no podia amarla, porque su corazon se habia gastado en sus infinitas pasiones.

Cuando hubo concluido, sonriose Adela y cojiéndola una mano, dijo con ternura:

—¡Ay, Lucía! tienes un alma muy hermosa, pero como eres muy jóven no sabes quilatar los sentimientos; ¿quién hace caso de los versos de los poetas? Esos nombres que te asustan en el libro, son idea les; el poeta escoje del calendario el que mejor suena al oido, y compone no á la persona sino al nombre; hay páginas *históricas*, pero son las menos y sin importancia alguna; el poeta y el hombre son dos cosas muy distintas; las que aman al poeta, no tienen derecho á exijirle mas que una hora de su vida, que es en la que se inspira; tú amas al hombre y se consagra todo á ti; crees que hay verdad en sus pensamientos, porque encuentras exaltacion, pero te engañas; la misma verdad encuentras en los cuadros de batallas, y sin embargo el artista que los pinta estuvo muy lejos de la época y sobre todo muy lejos del sitio del combate; esa verdad es el privilegio del poeta: es el arte combinado con el genio; pinta el artista lo que

debe ser, como canta el vate, lo que debe sentir.

—Esas mujeres...... interrumpió la jóven, todavía convulsa.

—¿Vas á tener celos de esas mujeres? añadió Adela, riéndose; entonces deben inspirártelos las nueve Musas, que son las que viven en ilegal consorcio con el poeta; ellas son las que le inspiran. Conozco muy bien á mi hermano; ha tenido muchas intrigas pero á ninguna mujer ha amado como á tí; si la traicion de Eduardo consiste en este libro, tranquilízate, hermana mia, porque en él no encontrarás ni una palabra que *haga fé*; el poeta escribe con la cabeza y no con el corazon; cuando siente con la pluma trabaja en su *oficio*, pero en nada se interesa con lo que canta; le pasa con los versos lo que á los confiteros con los dulces, que, estragado su gusto, los fabrican para los demás; en celebrando su obra ó pagándosela bien, están contentos su amor propio y su bolsillo. No vuelvas á ocuparte de esa idea.

—Si no ama el poeta, entonces, Eduardo.....

—Ama al hombre y deja en paz al poeta.

Eduardo de Campo-Real entró en la estancia y estrechó la mano de Lucía, que le miró fijamente y con los ojos arrasados todavía en lágrimas.

—Me alegro que vengas, dijo Adela, porque Lucía está furiosa contra tí.

—¿Es posible? esclamó Eduardo; ¿en qué puedo haberla disgustado?

—Tu tomo de poesías tiene la culpa.

—¡Qué bobada! dijo él; ¿quién se acuerda ya de ese libro?

—Me parece, añadió Adela, que la he convencido, haciendo una exacta pintura del poeta; tú podrás completar mi croquis para calmarla.

Adela salió de la habitacion, conociendo sin duda que en una escena semejante siempre estorba una tercera persona.

—¿Es verdad que me amas, Eduardo? preguntó Lucía con exaltacion.

—¡Con toda mi alma.!

—¿Y me amarás toda la vida?

—Aunque es espuesto contestar afirmativamente á esa pregunta, no temo decirte la verdad: sí.

—Y sin embargo, á otras mujeres se lo decias sin ese temor.

—Porque las promesas del amor á nada comprometen; el corazon no es una firma comercial. Si te amara como á esas mujeres que tanto te hacen sufrir, te engañaría sin cuidado.

—¿No amaste con delirio á Zenaida, y á Neolia y á Matilde y á Alicia y á otras mil?

—No; nos engañamos mútuamente algunos dias, porque esas pasiones *de tránsito* viven de una correspondencia engañosa; el amor mundano es una funcion de teatro que dura un tiempo marcado, y los actores se esfuerzan para representar bien su papel. No te sorprendan esas vivas imágenes que niega el alma á mis lábios cuando te hablo; nada hay más elocuente, ni mas rico en recursos que el corazon sin pasiones.

Cuando se ama de veras , se siente y se calla; callo y siento, porque te amo de veras.

—¡Eduardo, perdóname! ¡te habia llamado traidors

—Fuiste injusta conmigo.

—¡Si vieras cuánto daño me has hecho hoy! ¡hé sufrido tanto! Y ahora que vuelve la calma me encuentro muy mala; tengo oprimido el pecho y un abatimiento grande me impide ponerme en pié.

—Busca el descanso en el lecho, vida mia ; te dejo sola y avisaré á Adela.

—¿Te vás?

—Volveré á la tarde; pero antes dime que no dudas de mí, que has olvidado ya ese libro inofensivo.

—No dudo de tí, Eduardo; ¡te amo!

¡Qué fácilmente se convence la mujer que ama!

Salió Eduardo de la estáncia y cuando encontró á Adela, sus lágrimas, que habian estado comprimidas, saltaron de sus ojos; su hermana le estrechó la mano en silencio.

Aquella noche llenó Eduardo muchas hojas de su diario; el último párrafo decia:

«¡Sí! ¡mi Lucía se muere! ¡Dios mio! ¿serás tan cruel que me arrebates el sér en que cifro todas mis ilusiones?... ¡Ah! si ella muere, yo no puedo sobrevivirla... ¡El cielo se compadecerá de ella y de mí!.....

XXII.

El guante de Medina.

La marquesa habia llamado al general Medina y el general acudió á la cita; ¿podia esperarse otra cosa de un hombre enamorado? ¿De qué sirven todas sus protestas? La fuerza de voluntad del que ama, desaparece á la menor indicacion del sér querido; dad dinero á un jugador arruinado que juró no mirar mas la baraja y ponedlo delante del tapete; ¡oh! bien seguro es que no resistirá á la tentacion. Las palabras de la coqueta fueron para el general lo que las cartas para el jugador; aventurándose de nuevo á correr el azar de aquel juego, llegó á la casa donde lo llamaban.

El corazon de Medina latia con fuerza; la escalera de la casa lo agitó de tal manera, que tuvo que de-

tenerse á cada tramo; su mano temblaba al cojer el cordon de la campanilla. Hizo un esfuerzo sobrenatural y llamó.

Aquel ruido metálico arrancó un ¡ay! á la marquesa; sabia que era el general Medina el que entraba. La mujer, ó conoce pronto cuándo llama á la puerta su amante, ó lo adivina: ello es que nunca se equivoca.

Entró Medina en el gabinete azul y se detuvo antes de saludar á la marquesa: estaba en bata y con el pelo recojido: aquel desaliño, que en otra ocasion hubiera parecido estraño al general, le cautivó; la marquesa lo recibia en bata, sin cuidarse de que el hombre que amaba la viera sin los adornos que realzan á la mujer: su palidez añadia doble encanto á su fisonomía.

Quiso el general hacerse superior y manifestar indiferencia, pero se habia turbado al entrar y no encontrando una palabra que le ayudara en su propósito, se habia quedado petrificado y toda su vida se reconcentraba en el corazon.

La marquesa, sorprendiendo, como mas esperta, aquel fenómeno psicológico, hizo una seña al general para que se sentara y él se dejó caer en una butaca, como una máquina que obedece al impulso de un resorte.

—Doy á V. gracias, general, por esta visita, aunque ya sabia que no dejaria V. de acudir á mi llamamiento.

—¿Lo sabia V., marquesa?

—Si: lo sabia.

Aquellas palabras habian hecho un efecto terrible en Medina, que volvió en sí como el que está desmayado y aspira el álcali.

—Poco ha faltado, señora, para que no viniera.

—Ese poco habla en favor de V. y en el mio.

—¿Por qué, marquesa?

—Porque acredita que es V. un caballero y porque me dá derecho á vindicarme; si V. no hubiera venido, la marquesa del Fresno, que estima en mucho su honra, hubiera ido á casa del general Medina á darle una esplicacion y á pedirle otra.

—¿Esplicacion?

—Sí: sé que anoche un suceso fatal dió derecho á alguno para que pusiera en tela de juicio mi limpia reputacion.

—¡Marquesa!

—Lo sé todo. Se hallaba V. en la calle de Cañizares, cuando Campo-Real entró en esta casa por la puerta falsa.

—Pasaba casualmente por ese sitio.

—Está bien: no deseo que la esplicacion verse sobre ese particular; no se trata ahora de V., sino de mí solamente.

—Continúe V., marquesa.

—El conde de Tamajon, parece que llegó muy á tiempo para impedir una desgracia, separando á usted de aquel sitio para que no viese salir á Campo-Real con mi sobrina Lucía.

—¿Con Lucía? preguntó el general incorporándose en el sillon.

—Con Lucía; ella y Eduardo se amaban, y hasta hoy no he sabido que entraba de noche en mi casa, comprometiendo la honra de mi sobrina y sobre todo la mia.

—Lo que dice V., marquesa.....

—Lo que digo es la verdad, señor Medina, y á nadie doy derecho para que dude de mis palabras.

—Perdone V.; segun Tamajon.....

—Tamajon es un miserable que juró perderme, porque no dí oidos á sus protestas de amor.

—¿Es posible?

—Sí: hace tiempo que ese hombre me persigue de muerte.

El general apretó los puños y rechinó los dientos; la marquesa prosiguió:

—Un momento despues de abandonar V. la calle de Cañizares, salieron Eduardo de Campo-Real y Lucía por la puerta falsa.

—¿Un rapto?

—Lucía se encuentra ahora en casa de la hermana de Eduardo.

—¡Qué escándalo!

—Campo-Real acaba de estar aquí á noticiarme que se casa con Lucía en la próxima semana.

Medina pasó una mano por su frente y dijo:

—A veces los sucesos mas sencillos toman un carácter grave por las circunstancias; espero que me perdone V., pues he dudado de su virtud.

—Por eso llamé al general Medina; necesitaba sincerarme.

—¡Cuánto agradezco á V., marquesa, este paso!

—Haré frente al mundo si me acusa; ademas, sabiendo la fuga de Lucía, él mundo me hará justicia; en cuanto á V. no quise, no pude esperar.

—¡Gracias!

El general estrechó con efusion la mano que la marquesa le presentaba.

Hablaron una hora, dos horas, tres horas, sin consultar el reló; Medina no dijo á la marquesa que la amaba; la marquesa tampoco dijo que amaba á Medina; pero ¿era necesaria esta confesion, si tácitamente se estaban comunicando sus corazones?

Cuando Medina se puso en pié, dijo á la marquesa:

—Hasta la noche; estimo á V. tanto, que no sé esplicarme el motivo de mi emocion.

—Si el mundo me abandona, repuso ella, no le echaré de menos; los dos haremos frente al mundo.

—Adios, marquesa.

—Adios, Medina.

Y sus almas se confundieron por medio de sus manos.

La marquesa no se acordó mas aquel dia de su sobrina, ni de Campo-Real; ¡qué dichosa se juzgaba en aquel gabinete, donde habia oido las primeras palabras que hirieran su corazon! Medina estaba rendido á sus plantas.

Al poner Medina el pié en la calle, embargaba el gozo sus sentidos; parecia que la atmósfera se habia despejado, que todo le sonreia; en aquel momento se encontraba dispuesto á hacer bien á todo el mundo y

saludó á cuantos pasaron por su lado, con una afabilidad sin límites. El que haya dudado de la mujer que quiso, comprenderá el estado de Medina al ver desvanecida una certeza tan grande.

Cuando Medina entró en su casa le salió al encuentro Corrales, y el general, sonriéndose, le puso una mano sobre el hombro. El fiel servidor abrió los ojos con espanto, dudando que su señor estuviese en su juicio.

—¿Ha venido alguno á buscarme? preguntó.

—Sí, señor: el baron de Torre-Nueva.

—¡Por vida! siento no haberlo visto: hubiéramos hablado un poco de nuestras victorias; es un escelente veterano.

—Viene V. muy alegre, señor.

—No te equivocas, Corrales; pocos dias estuve mas predispuesto á creerme dichoso.

—¿Se anuncia por ventura algun movimiento? ¿Vá usted á pelear otra vez por la patria?

El general se estremeció, y mirando fijamente á Corrales, le dijo:

—¿Por qué me haces esa pregunta?

—Porque solo he visto á V. alegre en los dias de grandes batallas.

—¿Quién se acuerda ahora de la guerra? Despues de tanto trabajar, necesita descanso el cuerpo. Cada cosa á su tiempo. Tambien la paz tiene sus placeres, amigo Corrales.

Este miró á su amo con asombro, y meneando la cabeza, dijo:

—¿Quiere V. comer?

—No tengo ganas; voy á salir, porque hace un dia hermosísimo.

Corrales miró al cielo por entre los cristales y vió que estaba nublado.

La crónica se ocupó del rapto de Lucía y tuvo lástima á Eduardo de Campo-Real: veia ya al jóven libertino entre las garras de Himeneo.

El conde de Tamajon estaba desesperado; sabia que la marquesa recibia en su casa al general, y al ver frustrados todos sus planes, se retorcia los brazos; por último se decidió á jugar el todo por el todo: la ruina de la marquesa era para él cuestion de vida ó muerte.

Cuatro dias pasaron.

La marquesa recibia al general y juntos veian trascurrir las horas, sin pedirse cuenta del tiempo que empleaban en hablarse; ¡y hablaban de todo menos de amor!

En el gabinete azul están los dos: oigamos su conversacion.

—¿No es verdad, decia ella, que al fin transije usted con las exijencias ridículas de la córte?

—No me esplico el cambio que en mí noto, marquesa; pero juro á V. que esta molicie tiene sus encantos positivos.

—Mucho gozo oyendo á V. hacer esa confesion, porque veo que triunfo.

—Confieso mi debilidad.

—Al fin amará V., general; está escrito.

—Puede ser.

—Y yo tambien; voy aborreciendo el bullicio de los salones, porque siento en mi una necesidad de vivir aislada en el seno de la familia.

—Debe ser delicioso; algunas veces cruza por mi mente esa idea, y á fé que lo siento, porque me juzgo apóstata.

—¡Qué disparate! esclamó la marquesa riéndose; no hay apostasía, porque ahora no hay guerra que ofrezca á V. nuevos laureles. Además, bastantes ciñen ya esas sienes; ¡dichosa la mujer que sea digna de compartirlos con tan ilustre guerrero!

—¿De veras?

—Hablo con el corazon.

Los dos se dirijieron una mirada que hubiera sido eterna, á no haberse levantado la colgadura de la puerta.

La marquesa ahogó un grito y el general se puso en pié, erguido y lanzando fuego por los ojos: el que entraba era el conde de Tamajon.

—No hay que alarmarse, dijo este con su perpétua risa; soy yo, que vengo acaso á interrumpir algun coloquio de interés.

—¡Señor conde!

—Mi querido general, tome V. asiento y no se moleste por mí; soy un amigo de confianza.

El conde tomó asiento é imitóle Medina, sin dejar de mirarlo, siempre con las cejas arqueadas.

—No esperaba V. seguramente mi visita, marquesa, dijo el jorobado; pero no atribuya V. á olvido una

ausencia de cuatro dias: tambien tengo ocupaciones perentorias.

La marquesa no contestó.

—Sabe V. que la distingo, prosiguió el conde, y que en ninguna parte me encuentro mejor que en este gabinete, donde tan buenos ratos me ha proporcionado la dulce sociedad de la marquesa del Fresno.

—Gracias, conde.

—Dispense V. que no haya venido antes á ponerme á sus órdenes y ofrecerla mis servicios; pero en todas partes he sido un leal defensor de mi mejor amiga.

—¿Defensor?

—Sí: el suceso de Lucía dió motivo á hablillas que he desvanecido, como era mi obligacion. Sentí mucho este golpe, porque habrá afectado á V. la conducta de Eduardo: es un majadero.

La marquesa palideció, adivinando la intencion del jorobado; el general retorció un guante que tenia en la mano.

—Siempre creí, continuó el conde, que haria una de las suyas; nadie es capaz de negar que vale usted mucho mas que Lucía; pero los hombres somos raros y caprichosos; deseo solamente que conste que eché en cara á Eduardo su mal proceder y su ingratitud. El amor que V. le profesaba merecia otra correspondencia.

—¡Señor conde! esclamó la marquesa: ¿viene usted á burlarse de mí?

—¡Líbreme Dios de abusar del dolor de una señora

á quien respeto! Si V. no comprende mis sentimientos nobles, no es culpa mia; creo que el general sabe tambien como yo que V. amaba á Eduardo, y por eso dije delante de él.

—¡Yo nada sé! dijo Medina con voz de trueno.

—Me parece que es V. flaco de memoria, mi querido general y debo recordar á V. lo que hemos hablado sobre el particular; ¿no me aseguró V. que ningun lazo lo ligaba con la marquesa? Lo creí de buena fé y sentiria haberme engañado.

La marquesa conoció que se iba á desmayar y llamó en su socorro todas sus fuerzas; el general estaba desconcertado.

—En cuanto á V., marquesa, añadió el conde, no ignora la amistad que me ha unido siempre á Eduardo; así estoy en el secreto y sé mejor que el mundo que era el favorito de la reina de los salones.

—El mundo se equivoca y calumnia fácilmente.

—Me obliga V. á ponerme en buen lugar; las deferencias que prodigó V. á Eduardo fueron significativas.

—¡Miente V., caballero!

—Me insulta V., marquesa, dijo el jorobado riéndose, y el general dudaria de mí; no me culpe usted, pues me veo obligado á exhibir una prueba auténtica, un documento fehaciente.

—¿Qué prueba? preguntó el general poniéndose en pié.

—Nada: una carta de la marquesa, cuyo *fac-simile* reconocerá ella misma.

La marquesa dió un grito.

—Toma la escena, bien á pesar mio, un carácter trágico, continuó el conde; pero repito que no la he provocado yo.

—¡Esa carta! esclamó el general con voz estentórea.

—Esa carta existe en mi poder.

—Quiero verla.

—¿De veras? preguntó el jorobado dando una carcajada: y ¿con qué derecho me la pide V., querido general?

—¡Es V. un miserable!

Y arrojó el guante á la cara del conde.

Este se puso en pié y recojió el guante, diciendo:

—¡Esa ofensa, general, es indigna!

—¡La carta!

—La encontrará V. sobre mi corazon, en el bolsillo del frac; pero es preciso que la obtenga V. sacándola de mi cadáver.

—La obtendré.

—Lo veremos.

La marquesa, pálida como una estátua de mármol blanco, quiso levantarse y cayó sobre su sillon sin movimiento.

El general y el conde salieron.

En la puerta de la calle dijo aquél á este:

—¡Necesito esa carta. !

—Hasta mañana.

—¡A muerte!

—Claro está, añadió el jorobado riéndose.

XXIII.

El juicio de Dios.

El general Medina, al salir de casa de la marquesa, enderezó sus pasos á la del baron de Torre-Nueva.

Al verle este entrar, comprendió que algun suceso estraordinario lo llevaba á su casa y le preguntó:

—¿Qué trae V., amigo mio?

—Casi nada.

—¡Oh! no; esos ojos brotan fuego; hay en esa fisonomía un no sé qué particular, que me revela una gran agitacion.

—Es V. perspicaz, amigo baron; pero el negocio no es de importancia.

—¡Ah! yo tuve tambien pocos años, amigo Medina, y sé adonde arrastra á la juventud una pasion desenfrenada.

—¿Pasion yo?

—Sí: pasion que compra V. á caro precio; estoy impaciente por saber lo ocurrido.

—Nada que tenga que ver con las mujeres; sostuve una reyerta con el conde de Tamajon y debemos batirnos á muerte.

—¿A muerte?

—Acalorado, le inferí una ofensa grave.

—¡Por Dios, general! ¿es posible que un hombre de las circunstancias de V. descienda á provocar un escándalo cada dia, por sostener relaciones de cadete con una mujer coqueta?

—¡Señor baron!

—Perdone V., amigo mio; creí que mis años, mi antigua amistad y mi esperiencia me autorizaban á dar un consejo saludable; veo que me he equivocado, y solo me resta ofrecer á V. mis servicios.

—A mi vez, baron, suplico á V. que me perdone por haber olvidado el respeto que merecen sus canas, su esperiencia y sobre todo, su amistad con que me honro: bien sé que tiene V. razon, pero ya no hay remedio posible: causado el mal, hay que arrostrar las consecuencias. Lo único que deseo es hacer constar que la marquesa no tomó parte en esta cuestion: el conde es insolente y quiero castigar su atrevimiento.

—Conozco mejor que V. al conde de Tamajon; no puede respirar la misma atmósfera que el general Medina, porque sabe que este triunfa siempre, lo mismo en el salon que en el campo de batalla.

—Eso es un error.

—El demonio puso en el camino del héroe á la

marquesa del Fresno, pues no olvido que por ella se batió aquél con Campo-Real; trabajo le mando si ha de entrar en palenque abierto con todos los caballeros de esa dama.

—Suplico á V. que no lastime á esa señora.

—¿Con que la ama V., desventurado?

—No la amo: la respeto.

—Ese respeto está tan cerca del amor, que me dá miedo la posicion en que V. se coloca.

—No tenga V. miedo por mí.

—¿El duelo es inevitable?

—He arrojado mi guante á la cara del conde.

—¿Y él lo recojió?

—Entonces no hay mas que arreglar las condiciones del combate.

—Acepte V. las que él proponga, sean cuales quiera.

—Está bien.

—Hasta la noche.

—Adios, Medina; ¡ojalá sea esta la última vez que me vea obligado á aceptar tan triste comision.

—Lo será.

Los dos militares se estrecharon las manos y Medina salió.

Al oscurecer entró el general en su casa, y Cornales le dijo:

—Señor, tiene V. una visita en la sala que ha insistido en aguardarle.

—¿Quién es?

—Lo ignoro: trae el velo echado.

—¿El velo?

—Sí: es una señora.

—¿Una señora en mi casa? ¿por quién pregunta?

—Por el señor D. Cárlos de Medina.

—¡Es ella!

Y el general corrió á la sala.

La marquesa, al verle, comprimió un sollozo; Medina esclamó:

—¡En mi casa, señora!

—Vengo aquí, porque necesito evitar un duelo que por mi causa se prepara; no me acuse V., Medina; hay ocasiones en que la mujer debe prescindir de todo y dejarse guiar por los impulsos de su corazon; sé que V. comprenderá mi sacrificio, estimando en lo que vale este paso, sin que por él pierda mi decoro. Vengo á casa de un amigo para exijirle que no dé una campanada que espondría mi reputacion á la maledicencia del vulgo.

—¿Qué exije V. de mí, señora?

—Un servicio inmenso.

—No exije V. un imposible.

—¿Por qué?

—Porque mi honra está comprometida.

—¡La honra de una mujer, Medina, vale tanto como la de un hombre!

—No es mia la culpa, marquesa.

—Ni mia tampoco.

—Puede ser; pero ya no hay medio de arreglar una transaccion.

—Póngame V. las condiciones que guste para que no se verifique ese duelo; las aceptaré sin saberlas.

—Nada hay en el mundo, señora, que compense la necesidad de cumplir con los deberes del honor.

—¿Nada?

—¡Nada!

—¿Y mi amor? preguntó la marquesa, fuera de sí.

El general se estremeció, y ella, mirándole con los ojos muy abiertos, repitió su pregunta:

—¿Y mi amor?

—¡Tampoco! contestó Medina, haciéndose superior, aunque sentia que su corazon se quebraba.

—¿Tampoco? esclamó la marquesa.

Y se dejó caer en un sillon, cubriéndose el rostro con las manos.

—Señora.

—¡Es V. muy cruel!

—¿Cruel yo? ¡es V. la que me está atormentando!

—Creia que era V. mas generoso!

—Pídame V., señora, un sacrificio que esceda á lo humano y demostraré lo que por V. soy capaz de hacer; ¿pero renunciar á un duelo que he provocado yo? ¡eso nunca!

—¡No, no! yo no me perdonaria la muerte de un hombre; si V. mancha sus manos con la sangre del conde!...

—¿Y si yo tuviese necesidad de matarlo?

—¡No! ¡sea V. mas noble! ¡el perdon engrandece á los hombres!

—Yo no puedo perdonar.

—¿Por qué?

—Porque... porque... no lo sé; pero necesito matar al conde.

—¿Y si él matase al general Medina?

—¡Se muere solo una vez! ¡es tan feliz el que muere!

—¡Por piedad! ¡no me martirice V. con esas palabras! si V. muere, ¿qué será de mí?

—¡Ah! ¿qué dice V., señora?

—Disculpe V. mi debilidad; siento aquí en mi pecho una impresion desconocida, inmensa, que domina todo mi ser, á la idea de que podria V. sucumbir en ese duelo funesto, me siento morir.

—¡Calle V. por Dios, marquesa! ¿para qué me hace V. una declaracion semejante en un momento tan terrible?

—Porque ha llegado la hora suprema de abrir mi corazon.

—Y ¿quiere V. que ahora retroceda yo, ante la idea de matar á ese hombre que ha ofendido á V. y que la ama? ¡No, no! ¡es preciso que muerda el polvo ese miserable y que vuelva yo triunfante á ofrecer á V. mi victoria como tributo de mi sentimiento.

—¡Me ama V. entonces, general! ¡Hable V. por caridad!

El general se detuvo, frunció las cejas y calló.

Despues de un momento de pausa, dijo la marquesa á media voz y trémula de emocion:

—Repito que es V. muy cruel.

—¡Pídame V. la vida, marquesa!

—Pido menos y sin embargo...

—¿Menos? ¡no conoce V. entonces los deberes del honor!

—¡Nada menos que una mujer que ama?

—¿Ama V. por ventura?

—¡Con toda mi alma!

—¡Entonces!...

—¿Qué?... interrumpió la marquesa, cojiendo al general una de sus manos.

—¡Entonces!... ¡Nada, señora! ¡es imposible!

—¿Es decir que no se conmueve V. ni con mis súplicas, ni con mis lágrimas? ¿quiere V. perder á una mujer por el gusto de apuntar en su historia una página desastrosa?

—Bien sabe Dios que daria toda mi sangre por complacer á V. en este instante; además, ¿qué importa que ese deber se lleve á cabo? Es un peligro mas que voy á correr y los peligros ya me conocen.

—¡Puede V. perecer en el combate!

—No, marquesa; el corazon me dice que volveré ileso.

—¿Volverá V., Medina?

—Sí; nunca como hoy tuve mas apego á la vida y sabré defenderla bien; bullen en mi cabeza mil ideas de felicidad que no me esplico; arde en mi corazon un entusiasmo estraño que me impulsa á arrostrar un peligro que me ennoblecerá; yo no sé lo que pasa por mí en este momento, pero juzgo que si esta efervescencia no es locura, está muy cerca de serlo.

—¡Tenga V. compasion de una mujer que le ama!

—Selle V. sus lábios, marquesa; esas palabras en el mundo no tienen valor alguno.

—¿Por qué?

—Dicen que en el mundo es un juego el amor.

—¡Venga V., si sabe, á leer en mi alma!

—¿No ha amado V., marquesa, á otros hombres, desvaneciéndolos con esas frases deslumbradoras?

—¡No, Medina!

—¿Y Eduardo de Campo-Real?

—¡Campo-Real es un fátuo!

—¿Y esa carta?...

La marquesa se estremeció.

—¡Esa carta!... Campo-Real dió importancia á algunas pruebas de amistad sin consecuencia.

—¿Y el conde?

—El conde se venga de mis desdenes; ¿qué puede usted echarme en cara? Los rudos golpes de su venganza se embotaron en la pureza de mi conciencia.

—¿Y esos infinitos admiradores de V. que siempre la rodean?

—Mis admiradores responderán mejor que yo á esa pregunta.

—¡Quiero creer á V., marquesa! ¡Necesito apreciar esa pureza que anima mi valor y me presta fuerzas! ¡El conde morirá!

—¡No! ¡ese duelo!...

—Ese duelo es inevitable. Tranquilícese V. porque volveré mañana.

—¿Volverá V., Medina?

—Volveré digno de V., y de mí; el mundo no sabrá que una venganza armó mi brazo.

—Adios, Medina; confíe en la Providencia.

—La Providencia me proteje. Adios, señora.

Y dió su mano á la marquesa, que la estrechó con efusion entre las suyas.

La marquesa se echó el velo para ocultar dos lágrimas que se asomaban á sus ojos y salió.

Medina sentia toda su sangre agolpada á la cabeza; la emocion le habia rendido y se acostó.

Al dia siguiente, apenas asomaba el sol con esos débiles crepúsculos de invierno, dos coches salian por la puerta de San Vicente en direccion de la puerta de Hierro.

En el primero iban el general Medina, el baron de Torre-Nueva y otro testigo á quien no conocemos.

En el segundo, el conde de Tamajon, el marqués del Espino, Leopoldo Rivas y el doctor M., médico de fama.

Los coches, dejando atrás la Puerta de Hierro, pararon á una señal del baron de Torre-Nueva, y las siete personas se apearon, y siguiendo á pié por la derecha, cruzaron un monte, y cuando hubieron andado un buen trecho, hicieron alto.

—Me parece, dijo Leopoldo, que este sitio es á propósito para el caso; nadie puede vernos.

—Para matarse cualquier sitio es bueno, repuso el conde; la soledad de este monte me encanta.

—Despachemos, añadió el marqués del Espino.

Los testigos habian convenido en que se batirian á

pistola, á quince pasos, no dándose por terminado el duelo, hasta que uno quedase muerto ó fuera de combate, lo cual decidiria el médico.

Se midieron religiosamente los quince pasos y se colocó á los adversarios uno enfrente de otro.

El rostro de Medina era siempre inalterable; cualquiera diria que en aquel momento iba á tirar al blanco, segun la impasibilidad de sus facciones.

La cara del conde no asomaba su eterna risa; pero sus megillas no estaban descoloridas; sus ojos brillaban con una vivacidad que no podia traducirse por terror; habia algo de repulsivo en su mirada, fija y aguda.

Los testigos cargaron las pistolas y las pusieron en las manos del general y del conde.

Medina con una calma estóica examinó la pistola y al fijar la vista en el conde, sin duda para apuntarle bien, sintió que la sangre subia á sus ojos; aquel hombre tan noble acariciaba la venganza en una hora tan suprema: la mujer es la mano de Satanás que arrastra al hombre al precipicio.

El jorobado clavó sus ojos en el general; su mirada era insolente y despreciativa; en aquel instante el conde se habia arrancado la careta.

La muerte, que solo ponia quince pasos de distancia entre aquellos dos hombres que se aborrecian, iba á dejar caer su último grano de arena en el reló del tiempo, que mide la vida de los séres.

Los testigos hicieron la señal convenida y los dos combatientes dispararon á la vez.

La bala del conde de Tamajon atravesó el sombrero del general Medina, que permaneció firme en su puesto.

El doctor corrió á sostener al jorobado; solamente él con el ojo perspicaz de la ciencia, comprendió que el conde estaba herido; recibiólo en sus brazos y todos acudieron en su ayuda.

El conde habia querido sostenerse, pero su cuerpo vaciló, cayendo en los brazos del doctor.

Pasado el primer momento, el conde trató de incorporarse y viendo que no podia, metió la mano en el bolsillo de su levita, sacó una carta y la entregó al general Medina, que se estremeció involuntariamente al cojerla.

El conde de Tamajon se desmayó.

Despues de examinar el doctor la herida, hizo un gesto que dió á entender claramente que la herida era mortal.

Aquel gesto hizo palidecer á Medina; Medina tenia un alma noble y al replegarse en su conciencia, vió todo lo horrible de aquel paso.

Al volver á Madrid, sentia una agitacion estraña y no cesaba de mirar la carta, ansiando el momento de leerla cuando estuviese solo.

La carta de la marquesa estaba manchada de sangre.

La bala del conde de Tamajon atravesó el sombrero del general Medina, que permaneció firme en su puesto.

El doctor corrió á sostener al jorobado; solamente él con el ojo perspicaz de la ciencia, comprendió que el conde estaba herido; recibiólo en sus brazos y todos acudieron en su ayuda.

El conde habia querido sostenerse, pero su cuerpo vaciló, cayendo en los brazos del doctor.

Pasado el primer momento, el conde trató de incorporarse y viendo que no podia, metió la mano en el bolsillo de su levita, sacó una carta y la entregó al general Medina, que se estremeció involuntariamente al cojerla.

El conde de Tamajon se desmayó.

Despues de examinar el doctor la herida, hizo un gesto que dió á comprender claramente que la herida era mortal.

Aquel gesto hizo palidecer á Medina; Medina tenia un alma noble y al replegarse en su conciencia, vió todo lo horrible de aquel paso.

Al volver á Madrid, sentia una agitacion estraña y no cesaba de mirar la carta, ansiando el momento de leerla cuando estuviese solo.

La carta de la marquesa estaba manchada de sangre.

era ya la suya. El dolor tiene tambien sus preceptos: la naturaleza tiene tambien su ley de compensaciones.

Los hijos de Adela, distraian á la doliente con sus gracias infantiles. Lucía, como [illegible], se consideraba venturosa hasta en su postracion; [illegible] mujer, estaba llamando á sus puertas, empezaba á conocer la felicidad. ¡Qué implacable es el [illegible] de las criaturas!

Una mañana que [illegible] las vidrieras del [illegible] con un sol brillante [illegible] se encontraba con fuerzas sobrenaturales, [illegible] en una butaca, aspirando aquel rayo de sol que parecia dilatar sus pulmones. Adela estaba [illegible] á las demas dependencias [illegible] visitar á su amiga muy temprano, [illegible] bre, entró en la estancia [illegible] de la enferma, cuyas mejillas [illegible]

XXIV.

Castillos en el aire.

Ahora recuerdo que dejé á Lucía fuertemente impresionada con la lectura de las poesías de Eduardo de Campo-Real y que este se hallaba impresionado tambien por el triste estado de su amante.

Las horas y aun los dias pasaban [illegible].

Eduardo no se separaba de la cabecera de la enferma; Adela y su marido la velaban á los pies del lecho. Habia momentos en que Lucía se juzgaba feliz con su dolencia; ella, que habia vivido aislada, sin familia, sin una mano cariñosa que estrechara la suya, se veia rodeada del que consideraba como unido á ella para siempre y de una familia que

era ya la suya. El dolor tiene tambien sus placeres: la naturaleza tiene tambien su ley de compensaciones.

Los hijos de Adela distraian á la doliente con sus gracias infantiles. Lucía, como he dicho ya, se consideraba venturosa hasta en su postracion; cuando la muerte estaba llamando á sus puertas, empezaba á conocer la felicidad. ¡Qué implacable es el sino de las criaturas!

Una mañana que entraba por las vidrieras del balcon un sol brillante y que Lucía se encontraba con fuerzas sobrenaturales, abandonó el lecho y se sentó en una butaca, aspirando aquel rayo de sol que parecia dilatar sus pulmones. Adela estaba entregada á las faenas domésticas y Eduardo que venia á visitar á su amada muy temprano, segun su costumbre, entró en la estancia y cojió una de las manos de la enferma, cuyas megillas se colorearon con una muestra de inmensa satisfaccion.

—Lucía, dijo Campo-Real, parece que te encuentras mejor; si el médico te viera en este instante se sorprenderia: estás muy animada.

—Sí, Eduardo mio, [illegible] entre tus manos y con este rayo de sol que me vivifica, desafío á la muerte; hoy me encuentro fuerte, hay en mí un gérmen de vida. [illegible] el lecho me [illegible].

—Aquí estás bien; mientras á tus pies hablaremos de nuestra futura felicidad.

—Sí, sí, hablemos de nuestra felicidad en tu presencia, Eduardo; á veces

pies es ya la realizacion de mis ensueños mas irrealizables; detrás de esto no puede haber nada.

—No hay mas, Lucía; la felicidad es un horizonte infinito; allí donde crees ver el punto que ansías tocar, no existe el fin, al llegar á él encuentras otro espacio mas grande que recorrer; si hubiera un término, no, la felicidad seria mentira, y no es mentira lo que tú sientes ahora, lo que siento yo; ¿no es verdad que tu mente divisa un dilatado espacio que han de recorrer juntas nuestras almas? ¿no es verdad que esa senda, que no es dado al pincel dibujar, ni al lábio describir, la vés sembrada de flores mas bellas que las de los jardines del mundo?

—Sí, Eduardo mio; vé mi fantasía todo eso y vé mas que no acierta á describir; tú pintas mejor que yo; háblame de tu amor; mi pecho se oprime oyéndote; parece que hasta ese rayo de sol que me vivificaba antes, me mata ahora; pero morir recojiendo de tu lábio esas palabras sin precio, debe ser una muerte bendita.

—¡Morir! ¿quién piensa en morir, Lucía?

—¡No, no!

Eduardo de Campo-Real se habia sentado en un almohadon, á los pies de Lucía; estaba apoyado en sus rodillas y tenia cojidas sus manos; aquel rayo de sol que caldeaba las sienes de los dos amantes, era abrasador.

—¡Morir! esclamó Eduardo con frenética exaltacion; ¡morir tú! ¿quién piensa en la muerte cuando la naturaleza se sonríe y nos enseña un edén, cuya puerta se abre para los dos?

—La muerte, Eduardo, no es mas que un sueño prolongado; anoche soñé contigo; ¡ah! si la muerte puede alargar el pensamiento que por mi mente cruzó, venga y mil veces bendita sea. Al despertar hoy no te encontré á mi lado..... ¡Ay! aquel sueño no debe ser mas que un sueño.

—¿Qué soñabas, mi bien?

—¿Lo sé yo por ventura?

—Coordina tus ideas; recuerda.

—Este sueño es como la felicidad que tú antes me citabas; ni puede trazarla el pincel, ni puede describirla el labio; está en mi cabeza, pero es mio solo el pensamiento y no puedo trasmitirlo.

—Realizarás tu sueño.

—No, Eduardo; solo recuerdo que yo tenia alas, y que no me hallaba en la tierra; la atmósfera que respiraba no era esta atmósfera pesada que oprime mis pulmones; era un aire puro, aunque de fuego, que entrando por mi boca, corria por mis venas y encendia mi sangre; era un ambiente..... ¡Ah! no te acerques tanto á mí; creí que soñaba otra vez; creí que tu aliento era aquel aire abrasador.....

—Puede ser, Lucila; ¿me viste en tu sueño?

—¡Oh! sin tí ¿podia parecerme encantador ningun sueño? ¿sin tí no hubiera encontrado aquella atmósfera pesada? Sin tí, Eduardo, no hay horizonte bello que cause deleite á mis ojos. Tú no sabes lo que te amo; tú no lo sabes, porque has vivido demasiado en el mundo; yo no sé cómo se quiere en el mundo, pero no es posible que quiera nadie como yo.

—Te engañas, Lucía; ya verás si yo te adoro; ya verás si se realiza el sueño, pero un sueño que no tenga un despertar triste. Dentro de pocos dias serás mia, mia para siempre; viajaremos juntos; no veremos ciudades ni monumentos; viajaremos por viajar, para robustecerte; te veré y me verás; encontraré en tí mi dicha y tú la encontrarás en mí, unidas como ahora nuestras manos, que simbolizan la estrecha union de nuestras almas, y viviremos así confundiendo nuestros alientos; en el aliento se vacia el alma; el aliento es la sávia del amor......

—¡Ah, sí! esclamó Lucía; debe ser verdad; me estás matando, pero quiero morirme de esta suerte. Ahora recuerdo mi sueño; sí, te veo como anoche; mis sienes saltan y me rodea aquella atmósfera embriagada de perfumes....

—¿Me ves, Lucía? ¡Te amo!

—¡Yo te adoro!

—¡Eres mi esposa! ¡Eres mia!

—¡Soy tuya! ¡Oh!.....

La jóven dió un grito ahogado y cayó desplomada en el sillon; Eduardo en su entusiasmo no veia que la mataba; sus alientos se estaban confundiendo y el poeta habia acercado sus lábios á los de Lucía; un pequeño roce, un contacto ligerísimo, habia bastado para producir una convulsion en aquella naturaleza destruida. La palidez de Lucía era la palidez de la muerte.

Eduardo lanzó un grito penetrante y se puso en pié Adela entró en la estancia y corrió á socorrer á Lucía.

Pasados algunos segundos, Lucía entreabrió los ojos, los clavó en Eduardo y fijándolos despues en el cielo, los cerró para siempre.

Por sus labios vagaba una sonrisa.

El ángel acababa de tender las alas y remontándose por aquella atmósfera que se habia creado en su sueño, escalaba la azulada bóveda; el amor es el éter que cruza la fantasía con un vuelo privilegiado.

Campo-Real se arrojó llorando en los brazos de su hermana.

En el primer momento, juró matarse.

Un cuarto de hora despues, juraba no olvidar á Lucía.

XXV.

El dedo de la Providencia.

Toda historia tiene su desenlace y no es dado al buen cronista falsear la historia, porque *historia* es lo que vengo escribiendo con el título de *novela*. Algunos de mis lectores habrán conocido á mas de uno de los personajes que vienen jugando en mi libro. Al acercarse el desenlace, debo una esplicacion y voy á darla.

«¡Cuánto me alegro que haya V. matado al conde de Tamajon!» me dijo una señora ayer, y yo contesté espantado: «¡Líbreme Dios de semejante crímen, señora mia! La bala de Medina iba guiada por el dedo de la Providencia: ella lo mató: escrito estaba en el libro de sus inescrutables designios; de aquel libro lo copié yo.»

«¡No mate V. á Lucía!» me decia tambien el otro dia una jóven, tan amable como bella, presintiendo que la desventurada amante de Campo-Real estaba herida de muerte. Yo le contesté: «Si dado me fuera conservar la vida de esa criatura, lo haria; pero la Providencia lo dispuso así y yo no puedo librar á la víctima que señala con su dedo poderoso.»

Mi bella amiga no se dió por satisfecha.

Y es verdad: yo no he escrito mas que lo que *estaba escrito*, sin que por eso se me tenga por fatalista. Si la muerte del conde de Tamajon fué un castigo de su maldad y si la muerte de Lucía es un desengaño para la virtud, repito que salvo mi responsabilidad: en los dos casos veo el dedo de la Providencia y humillo la cabeza ante su poder.

El Código marca una pena para el que mata á otro en desafío; pero debe ser una humorada del Código, pues Medina, como otros muchos, no se vió inquietado por los alguaciles; la gente, en vez de llamarle *asesino*, lo calificó de *valiente* y de *hombre de honor* y lo señaló con el dedo:—este dedo no es de la misma mano que el dedo de la Providencia.

Eduardo de Campo-Real habia precipitado la muerte de Lucía, produciéndole una convulsion con aquel beso de fuego que confundió sus almas. El Código no señala pena al hombre que mata á una mujer con un beso: esta impunidad debe llamar la atencion de los reformadores: el Código está incompleto.

Dejemos descansar en paz á los muertos y vamos

en busca de los vivos; podrá no ser muy cristiana esta idea, pero no haremos mas que seguir la práctica de la humanidad.

Cuando el general Medina, despues de matar al conde para cumplir con los deberes de su honra, entró en su casa, corrió á su aposento y se dejó caer en un sillon. Su fiel servidor Corrales se estremeció al ver la descomposicion de sus facciones; pero no se atrevió á turbar su enagenacion, pues conocia demasiado el temple de su amo y sabia lo peligroso que era arrostrar su cólera en momentos semejantes.

Medina contempló la carta de la marquesa y al verla manchada de sangre, exhalando un gemido, la arrojó al suelo.

—¡Ah! esclamó: ¡sangre en ese papel! ¡sangre tambien en mis manos! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿qué he hecho yo?

El general, dejando caer la cabeza sobre el pecho, meditó por espacio de algunos segundos; incorporóse al fin y dijo:

—¡Esta sangre abrasa mis dedos!...... ¡Oh! ¡la última mirada de aquel hombre está fija en mis ojos! ¡esa mirada será el remordimiento de mi crimen! ¿Quién puso en mis manos el arma fatal? ¿Por qué lo maté?..... ¡Ah! ¡la marquesa! ¡es verdad! ¡esa mujer armó mi brazo!..... ¡La marquesa!.....

Levantóse Medina fuera de sí y se paseó agitado por la estancia; de repente, lanzándose sobre la carta que estaba en el suelo, la recojió, esclamando:

—¿Qué encierra este papel? ¡Quiero leerlo! Esta

carta contiene la sentencia de muerte del conde; yo no lo maté; fué el destino; fué su maldad; además, él me provocó, insultando á una mujer débil y acusándola infamemente. Ella me aseguró que su virtud habia resistido á toda prueba! y ella no habrá mentido!..... Veamos.

Abrió el general la carta, la leyó con espanto, pasándose la mano cien veces por los ojos, y articulando solo un ¡ay! desgarrador, cayó de rodillas, gritando:

—¡Perdon, Dios mio! ¡perdon!

Una hora despues, su fisonomía anunciaba una reaccion completa; nadie hubiera dicho que el alma de aquel hombre acababa de sufrir los estragos de una tempestad; sus facciones habian recobrado su sello habitual; así el mar, despues de una tormenta, aparece en calma, sin que el azul de la bóveda celeste revele la negra nube que descargó.

El general tiró del cordon de la campanilla y aun no habia vibrado en el aire el sonido metálico, cuando entró en la estancia Corrales: á pesar de la calma, Corrales, que leía en el alma de su amo, adivinó la tempestad pasada, pero no se atrevió á hacer la menor pregunta y ayudó á vestir al general, que puso gran cuidado en el aliño de su traje, como si fuera á un sarao.

Cuando Medina estuvo vestido, salió sin decir una palabra á su fiel servidor y se dirijió á casa de la marquesa del Fresno.

Como comprenderá el lector, hallábase esta en uno

de esos dias eternos, en que pesa la vida, en que los minutos son horas y las horas siglos; sabia que el general Medina y el conde de Tamajon habian salido á batirse por ella, y conociendo el temple de los dos y la causa que los impulsaba á reñir, no podia esperar sino un desenlace funesto.

Viendo llegar la tarde, su ansiedad era inesplicable y mandó preguntar al portero de la casa que habitaba Medina, pero le trajeron por única respuesta que el general habia salido: esta respuesta vaga aumentaba el tormento de la marquesa.

La campanilla de la puerta sonó y la marquesa se puso en pié impulsivamente; su palidez era mortal. Al levantar la colgadura del gabinete azul, vió al general que se adelantaba impasible, como si fuera á hacerle una visita de cumplido; ella, dando un grito, se precipitó sobre él y le cojió con efusion una de sus manos. Medina, sin retirarla, le dijo:

—Señora, sé cumplir las palabras que doy; á buen caro precio he comprado esta vez su cumplimiento; pero nunca retrocedo ante una deuda de honor.

La marquesa se estremeció; el tono de Medina encerraba algo de solemne.

—¿Qué está V. diciendo, general?

—La verdad.

—No comprendo...

—El conde de Tamajon ha muerto.

—¡Ah!

Dió la marquesa un grito y dejó caer la cabeza entre las manos; el general, sin alterarse, continuó:

—No me esplicó el vértigo que me ha impulsado hasta atentar contra la vida de un hombre; el mal no tiene ya remedio; fuí el arma alevosa que cometió el homicidio, pero el brazo fué V., señora. ¡Si en esto hay crímen, el remordimiento no es mio!

—¡General!

—Guardaba un hombre una carta que podia comprometer la honra de V., y yo la he sacado de su cadáver; tome V., señora, ese documento que le convenia recojer. Véalo V. bien; está manchado de sangre; está sellado por el dedo de la Providencia.

La marquesa no podia contestar; el terror y la emocion embargaban su voz. Medina continuó, echando la carta sobre su falda:

—Ha muerto un hombre, víctima de una pasion que V. no supo comprender; pero ¿qué importa? Mañana el mundo comentará el suceso y añadirá usted otro gran trofeo á su ambicion de gloria, que la hará mas codiciada.

—¡Por piedad, Medina!...

—Es tan fácil escribir cuatro mentidas frases de amor y trastornar la cabeza de un hombre, rendirlo á sus pies y decir al mundo: «¡He aquí otra víctima mas!» Este es el afan de una coqueta.

—¡Ah! esclamó la marquesa, dando rienda á sus lágrimas, hasta entonces comprimidas; ¡general! ¡me está V. matando!

—Una mujer, continuó Medina sin hacer caso del llanto de la marquesa, que juega con las pasiones, ¿qué puede ofrecer á un hombre puro que llegará

rendir á sus pies su amante corazon? Mi corazon es de hierro, marquesa; nada hay que lo dome, y sin embargo, vaciló una vez, acariciando un ensueño ilusorio; fui débil y cobarde.....

—¡Por Dios, general! ¡tenga V. compasion de mí; no me engañe V. ni se engañe á sí mismo!

—¿Engañarme yo? Si alguna duda cupiera en mi alma, esa carta me enseñaría á seguir mi camino.

—¿Esta carta? ¿Cree V. acaso?.....

—Nada creo, marquesa; nada quiero creer; ¿qué me importa ya que fuera V. á visitar á un hombre dándole una cita? ¡Ah! si hubiera visto ayer ese papel, me hubiera ahorrado un crímen, porque ayer amaba á V., marquesa.

—¡Oh! ¡repita V. esas palabras, general!.....

—Las repetiré; ayer mi corazon se habia abierto para el sentimiento noble del amor; no temo ya confesarlo, porque la tormenta pasó. Sí, marquesa, cabe en mi pecho el amor, pero un amor grande, inmenso, que reciba de Dios su sello, no ese amor que aquí se conoce, frágil, que vive y se alimenta con el humo del incienso; todo un amor sin pasado, sin deseos, amor purísimo que no deje detrás de sí una historia de devaneos y de miserias. ¡Amor! ¿sabe por ventura la mujer del gran mundo, lo que es ese nombre? Dios, con su dedo santo, borró de mi pecho esa impresion que me hubiera arrastrado al precipicio. Mi alma, virgen hechiza la comunicacion con un alma que ha evaporado su esencia, dejándola abierta alto—

das las sensaciones; ¡no! ¡no quiero dar mi corazon entero por un corazon gastado!

La marquesa, que se habia mantenido postrada ante el peso de las razones del general, se levantó con dignidad y dijo:

—¡No hay en mi vida un minuto que manche mi historia.!

—Esa carta....

—Esa carta, general, me acusa de una ligereza...

—Esa ligereza compromete á V. á los ojos del mundo.

—Pregunte V. á su conciencia si no me cree inocente.

—Mi conciencia calla, señora.....

—No, porque V. me ama.....

—Si todavía amara, sabria hacer pedazos mi corazon.

—¡Medina!

—¡Señora, adios!

—¡Ah! ¡no, no! ¡yo no puedo ya vivir sin este amor que ha dorado las primeras horas halagüeñas de mi vida.!

—Es V. la que ahora se está engañando á sí misma, queriendo engañarme.....

—¡No, no!

—A los pies de V., marquesa.

Medina levantó la colgadura de la puerta y comprimiéndose el corazon, salió precipitadamente.

La marquesa lo llamó con acento desgarrador y

lanzando un grito al oir el ruido que hacia la puerta al cerrarse, cayó desplomada sobre la alfombra.

Dos dias despues, una silla de postas conducía á su destino al capitan general de Estremadura; en la *Gaceta* habia aparecido aquella mañana el nombramiento para este cargo, que la Reina confiaba al mariscal de campo D. Cárlos de Medina.

El dia antes se habia despedido para Francia, la marquesa del Fresno, que cerraba sus salones, pretestando el sentimiento que le habia causado la muerte de su sobrina Lucía.

La crónica tuvo una semana sabroso pasto con que alimentarse.

La baronesa de Torre-Nueva ignoraba si habia ganado la apuesta á la marquesa del Fresno. El lector decidirá.....

EPILOGO.

EPILOGO.

20 de Junio de 1856.

§ I.

Diez y seis años han pasado.

Hoy que la humanidad camina en vapor, en diez y seis años casi concluye su jornada una generacion; la que entonces retoñaba, toca ahora á su término; la que entónces existia fuerte, ó ha desaparecido ó yace arrinconada.

Estamos, lector, en Madrid.

¿Es el Madrid de 1856 el Madrid de 1840?

Aunque no parece el mismo, no te dejes alucinar; si algunos edificios vinieron á tierra, otros se levantaron en su lugar. Madrid no cambia: es el mismo *indivíduo* que muda algunas prendas de su trage; cuando

los edificios envejecen, la cal y la pintura revocan sus fachadas; Madrid es una coqueta que combate los síntomas de la vejez con menjurjes.

Las capitales de provincia se embellecen, pero conservan en su fisonomía su fé de bautismo que las honra; sus *arrugas* se respetan; sus *ruinas* se veneran.

Las aldeas conservan sus costumbres tradicionales; allí no penetra la *Renaissance*; recorred la Mancha y abrid despues el libro inmortal de Cervantes; allí encontrareis la misma venta, el mismo candil y hasta la misma Maritornes: el lema de los pueblos en sus costumbres, es este: *non plus ultra*.

Madrid vive de prestado: se ajusta en todo al figurin que recibe de *allende* los Pirineos. Madrid vive una vida agena: es una *sucursal* de Paris.

Madrid no tiene costumbres: las costumbres españolas están en el resto de España.

En diez y seis años la civilizacion ha importado aquí cuanto grande inventaron los hombres en ese corto espacio de tiempo.

Han pasado diez y seis años y han pasado muchos individuos. Los niños son ya hombres; los hombres son ya viejos. Los que todavía viven, ven limitarse su horizonte; los que murieron, son ya polvo.

Madrid ha estrechado mas el círculo de sus necesidades; en Madrid no hay tinieblas donde esconder las miserias humanas: Madrid está alumbrado por el gas; este es otro gran paso de la civilizacion.

En un punto retirado de la Península, vive un

hombre con lo que tiene; en Madrid, por el contrario, vive con lo que no tiene.

La ambicion impulsa en este gran centro á la humanidad, que quiere, como Tifeo, escalar el cielo: aunque no lo consigue, lo aparenta.

La política es el Sísifo que sufre su tormento; arrastra una piedra enorme á la cumbre del monte para verla despues rodar despeñada; Sísifo, sin embargo, emprende de nuevo su afanosa tarea.

Madrid es el laberinto de Creta; unos no encuentran *salida*; otros, como Dédalo, emprenden el vuelo y *suben*; otros, menos diestros, al remontarse, no ven que sus alas son de cera, y como Icaro se acercan tanto al sol que se les derriten y caen en el abismo.

Ved á muchos incautos, queriendo, como las Danaides, recojer el agua, sin ver que su vasija está agujereada como una criba.

El *corazon* de Madrid es la ambicion; separad el escalpelo, si no teneis fuerzas bastantes para resistir una autopsia; en esta *anatomía* no encontraríais mas que desengaños.

Repito, lector, que estamos en Madrid, y que el Madrid de 1856 es el mismo Madrid de 1840.

Madrid no pasa: lo que pasa es sólo la humanidad.

§ II.

¿Adónde están los personajes de mi historia?

¡Cuán difícil te seria, lector, tropezar con ellos en

una poblacion, donde no conoce el vecino al que vive pared por medio!

—Voy á ahorrarte ese trabajo, llevándote con mi derecho de autor á dar con ellos; si no los reconoces, no es culpa mia; ¡han pasado diez y seis años! Si hace diez y seis años amabas á una mujer y vive aun, compara su rostro de 1856 con el de 1840; aquel rostro delicado habrá perdido su frescura; aquellos ojos no encerrarán ya el secreto de encender tu alma; aquella boca no será un incentivo del amor; aquellos cabellos negros ó rubios presentarán un cambio insolente, blanqueando por partes ó del todo—si no lo remedia Fortis; en una palabra, aquella cara será mas que cara, una mueca; compara y comprenderás el cambio de los personajes de mi historia: ó mas fácilmente, toma un espejo y mira tu propio rostro: él te dirá bastante, si es que el espejo no te engaña, como engaña á los pobres humanos.

Estamos en el cementerio de San Luis; no te quejes, lector, de esta visita piadosa; si no quieres sentir un estremecimiento nervioso, no fijes los ojos en los nichos vacíos: son bocas hambrientas que tragarán mañana su racion, y acaso tú... pero no venimos á eso: mira aquella sencilla losa de mármol negro, que solo contiene esta palabra, grabada con letras de oro:

¡ LUCIA !

¡Es ella! la infortunada amante de Eduardo de Campo-Real; ahí yace, sin una siempreviva debida al

amor ó á la amistad; su amor inmenso está envuelto en su sudario y encerrado en esos seis pies de terreno que compró su amante; ¡he aquí su sacrificio! y sin embargo, él la mató. No busques al lado de esa lápida otra con el nombre de Campo-Real; la muerte de dos amantes, por efecto de una pasion acendrada, pasa por mito; dicen que en Teruel se conserva solo este fenómeno.—¡Y hay todavía quien calumnia á los desgraciados *Isabel de Segura* y *Diego Marsilla*, atribuyendo á una causa *física* lo que fué puramente *moral*! ¡Qué implacables son los hombres! ¡no creen posible lo que no son capaces de sentir!

En la misma hilera de lápidas hay una donde se lee el nombre del conde de Tamajon. ¡Otra víctima del amor! Si oyes, lector, que alguno al pasar, esclama: «¡Fué un infame!» respetando su memoria, replica con las siguientes frases: «¡Fué un desgraciado! Vivió en perpétua lucha con la humanidad y la humanidad lo mató.»

Salgamos del cementerio de los muertos y vamos al cementerio de los vivos; aquellos descansan en paz; estos viven, muriendo.

Si entras en el Casino ó en el café Suizo, verás al marqués del Espino y á otros de los amigos de Tamajon; viven todavía *la misma vida*.

Adela, la hermana de Campo-Real, se considera siempre feliz con su marido y sus hijos; ha tenido la suerte de no perder ninguno de los seis que ya conocemos, pero en cambio ha tenido la desgracia de regalar otros ocho vástagos á su esposo. Este se cono-

suela con la idea de que su mujer vá envejeciendo.

No buscaré á D. Mariano de Alba, aquel amigo íntimo de la marquesa del Fresno, porque no habita en Madrid; hace algun tiempo que desesperado con el bullicio de la córte, marchó á un pueblo de la Sierra, donde construyó una casita con cuantas comodidades puede inventar el hombre que huye del hombre; allí encerrado en su egoismo, como el caracol en su concha, ni le conmueven las convulsiones políticas, ni le atormentan los males de la humanidad. Está suscrito á un periódico, pero no lee los artículos de fondo, ni las noticias; su seccion está en la cuarta plana; solo encuentra interés en los *anuncios*; lo que se inventa y se vende en beneficio de la comodidad del individuo, lo encarga á un *comisionado*, única persona que tiene el privilegio de incomodarlo, haciéndole escribir de vez en cuando una carta y proporcionándole la gran molestia de leer la contestacion. El *yo* es siempre su dios.

En cuanto al provinciano Perez, se cumplió la profecía del conde de Tamajon; conociendo sus paisanos lo sublime y elocuente que era su eterno silencio, le dieron sus votos, y hoy salva al país (callando por supuesto) en las Córtes constituyentes: solo abandona el salon cuando se empiezan las votaciones; no busques, lector, su modesto nombre en el *Diario de las sesiones*.

¿Y Leopoldo Rivas? me preguntarás; y por toda respuesta, te alargaré un periódico que me trajeron con unos objetos que habia comprado en una tienda; es del año 1849, en la *gacetilla* leo lo siguiente:

«Ayer estrajeron del Canal el cadáver de un jóven; habia dejado en la orilla su frac, con un papel escrito de su puño que decia:

«Atento á mi vida porque el hastío es una muerte lenta, que no puedo soportar. ¿Qué me espera? »Nada: ni siquiera desengaños, porque ya en nada creo. El amor es un pretesto; la amistad, un sarcasmo; la ambicion, una mentira. Me suicido, porque quiero matarme, y escribo este papel para aconsejar al mundo que siga mi ejemplo.—*Leopoldo Rivas*.»

«Este jóven desventurado, muy conocido en toda la buena sociedad de Madrid, debia haber perdido la razon, á juzgar por el estravío de sus palabras.»

La baronesa de Torre-Nueva enviudó en 1844 y llora todavía en silencio su irreparable pérdida. ¡Qué leccion para el mundo!

Quizás el acaso ponga en mi camino á los personajes que faltan.

§ III.

El dia 20 de junio de 1856 hacia un calor insoportable. Como mis lectores no lo recordarán, me tomo la libertad de consignarlo aquí, aunque nada les importe.

Viajar en verano es delicioso; sobre todo encajonado en la estrechez de la silla-correo ó en el interior de una diligencia. Nuestros abuelos eran muy felices: en sus tiempos no se conocian mas que los cab-

romatos, las mulas ó los coches de colleras, pero tambien es verdad que nuestros abuelos no viajaban; un viaje entonces era un acontecimiento en la familia; hoy se viaja por hacer algo.

Así discurria yo el dia citado, á las ocho de la mañana, viendo cruzar á escape la calle de Alcalá, una silla de postas, tan cubierta de polvo, que no era posible descubrir el color de la pintura de la caja; los caballos quedaban al morir, como dice el vulgo, y el conductor los azotaba, restañando el látigo, con ese movimiento peculiar *del oficio*, que avisa la llegada á una poblacion.

La silla entró en el patio de las Fondas Peninsulares; allí se apearon dos hombres.

El que bajó primero tendria cuarenta y seis años, aunque por la frescura de su cútis y la enérgica virilidad de sus pronunciadas facciones, apenas representaba cuarenta. Su pelo estaba negro como el azabache y solo en su poblado bigote se veian algunas canas que asomándose desvergonzadamente, daban à entender cierta despreocupacion, por cuanto hubiera sido muy fácil hacerlas desaparecer.

El que despues bajó era un jóven vivaracho, que vestia uniforme militar; los cordones que pendian de su hombro derecho, revelaban claramente que era ayudante de campo de un general.

Los viajeros pidieron dos cuartos en la fonda, y una hora despues salian vestidos de limpio; una vez en la calle enderezaron sus pasos hácia el ministerio de la Guerra.

Los periódicos de la tarde anunciaban que aquella mañana habia llegado á Madrid el teniente general D. Cárlos de Medina, á quien el gobierno llamó por el telégrafo, para comunicarle instrucciones reservadas.

Este Medina es el mismo que conocen mis lectores.

A la sazon era Medina capitan general de una de las principales provincias de España; todos los gobiernos habian utilizado los servicios de este militar, porque respondian por él sus antecedentes: Medina no se habia pronunciado nunca.

Al siguiente dia de su llegada, dió órden al ayudante para que estuviese arreglado todo, pues aquella noche regresaban al punto de su destino.

Despues de almorzar, Medina se recostó en un sillon; el ayudante no cesaba de mirarle con atencion, pues en el rostro del general habia una nube vaga, desde que habia puesto el pié en Madrid; el jóven no se atrevia á dirijirle la menor pregunta, pero recelaba que la entrevista del general con el ministro habria sido para tratar de algun asunto muy grave, cuando tanto le habia afectado. Medina no habia puesto el pié en la córte desde 1840.

Iba el oficial á salir de la fonda, ansioso de recorrer las calles de la villa, cuando en la antesala le detuvo una señora con el velo echado, para preguntarle por el general Medina. El oficial contestó urbanamente, y quiso traspasar con sus ojos el velo que cubria las facciones de la tapada para quilatarlas

pero como su exámen fué incompleto, le quedó la duda. Abrió la puerta de la habitacion del general, y la tapada entró sin dar tiempo á que anunciaran su visita.

El oficial hizo un gesto espresivo y se retiró, diciendo entre dientes:

—¡Hola! ¿tambien el general tiene sus *cuentas atrasadas* en Madrid? Por cierto que ella viste muy bien; pero ó soy torpe ó el traje vale mas que la cara.

Apénas hubo entrado en el cuarto la visita, cerró la puerta, y adelantándose al general que se habia puesto en pié, le dijo, levantando el velo que cubria su rostro:

—Si el general Medina no es flaco de memoria, conservará el recuerdo de una antigua amiga que no le ha olvidado.

—¡La marquesa del Fresno! esclamó Medina con espanto.

—Sí; soy la marquesa; los periódicos han anunciado la llegada de V. á la córte, y no he podido resistir á la tentacion de visitar á un hombre, que si bien me trató con crueldad, me enseñó á querer.

—Señora......

—He perdonado á V. hace tiempo; diez y seis años borran la ofensa mas grande y diez seis años de padecimientos, general, destruyen la hermosura ese don pasajero que nos regala la naturaleza sólo para hacernos llorar su pérdida. Retirada del mundo he vivido, y en la soledad he acariciado un pensa-

miento, que aunque me atormentaba, me hacia feliz.

—Tome V. asiento, señora.

La marquesa y el general se sentaron uno enfrente del otro.

No tenia la marquesa mas que cuarenta y un años; pero representaba algunos mas; ¡qué implacable es la naturaleza! imposible parece que aquella mujer fuese la misma que en 1839 ponia la ley en los salones y trastornaba las cabezas de la juventud. La marquesa era un sol poniente.

Cualquier hombre hubiera hecho esta observacion, lamentando el cambio; pero Medina ó la miró con indiferencia ó *con los mismos ojos* que diez y seis años atrás. Ya dije que Medina era impenetrable.

Despues de haberse mirado los dos fijamente, preguntó la marquesa:

—¿Se ha acordado V. de mi alguna vez, general?

—¿Yo? preguntó Medina con asombro.

—Esta pregunta puedo hacerla, sin que tenga mala interpretacion; mi edad me autoriza á todo, general! No hago mas que mirar el panorama de lo pasado, para recrearme; ¡son tan bellos los recuerdos!

—Cuando nos separamos, marquesa, me entregué con fervor al servicio militar; esta prosa, como usted la llamaria, rechaza cualquier pensamiento poético que quiera abrigarse en el alma.

—¿Ha sido V. feliz?

—He procurado serlo.

—Me alegro, porque no he dejado un dia de pedir á Dios por la felicidad del hombre que me hizo infeliz.

—¿Qué dice V., marquesa?

—Que fuí mas generosa que V., general.

—¿No ha sido V. feliz?

—Creo que sí, contestó la marquesa, contrayendo irónicamente sus lábios; desde el dia que marchó usted á Estremadura, cerré mis salones; despues que volví de viajar, sin haber distraido mi idea fija, he vivido en un absoluto aislamiento; la expiacion ha sido completa. Necesitaba del bullicio del mundo ó del amor de un hombre; lejos del primero y despreciada por el segundo, sostuve una lucha perpétua, que me destruyó demasiado pronto.

—Hubiéramos sido infelices, si el destino......

—Tiene V. razon, general; no pude ser amante del único hombre que amé, y la culpa no fué mia; pero quiero ser amiga de V., hoy que los años han puesto entre los dos una barrera.

—¿Para qué?

—Nos veremos de tarde en tarde, cuando venga usted á la córte, pero en mi triste soledad, recibiré alguna carta de V., que leyéndola siempre, me hará soportable el destierro á que me condené yo misma.

—¿No vé V. ningun peligro en esa correspondencia indiferente?

—El espejo me dice que no.

Medina no tuvo una palabra galante que oponer á la observacion de la marquesa. El corazon de esta mujer palpitaba conmovido. El corazon es siempre jóven.

—¿No he amado V., general? Dispense V. esta pregunta impertinente.

—He amado la gloria, como estas de conocer á usted, señora.

—Espero que no olvidará V. su promesa.

—Los militares somos hombres de palabra.

—Adios, Medina.

—Adios, marquesa.

Los dos se dieron la mano, y ambos notaron que los vendia un estremecimiento nervioso que no pudieron contener.

Al salir, la marquesa se echó el velo, ya para esconder su rostro á los curiosos, ya para ocultar dos lágrimas, que hacia tiempo estaban abrasando sus párpados.

El general se oprimió el corazon, esclamando:

—Aun está rebelde mi corazon; pero esa mujer es una calamidad; no puedo olvidar aquella carta.

Algunas horas despues salia Medina con su ayudante, en la silla de postas, que cruzó á escape la calle de Alcalá.

¿Y Corrales? oigo preguntar; el fiel servidor habia muerto al lado de su amo, cumpliendo su palabra de cuidarlo hasta la muerte.

§ IV.

España tiene hoy su poema de ferro-carril; la antigua Iberia puede vanagloriarse de que al cabo la ilustracion traspasó las fronteras para las gentes que

adoran el becerro de oro; la ilustracion consiste en los medios de enriquecerse que un pais ofrece; los que aseguran que *el Africa empieza en los Pirineos,* no conocen ni las tradiciones de este pobre suelo, tan vilipendiado por los estraños como protejido por la naturaleza.

Felizmente, en 1856, los españoles ven como la maravilla de Fulton empieza á desterrar los antiguos y molestos medios de comunicacion; no es solo en Madrid, Barcelona, Asturias y Valencia donde se encuentran ya líneas férreas. España está toda cruzada por ellas...... en los mapas de los esplotadores, si damos fundamento á la prodigalidad de los Constituyentes, que acaban de enriquecer con *proyectos* sus respectivas provincias.

Vuelvo á decir que estamos en junio: como el sol no escasea sus rayos en este tiempo, las clases acomodadas huyen de la villa coronada, que cede sus derechos y privilegios de corte á varios pueblos, menos favorecidos por el ardor canicular. En verano, Madrid es una parrilla y cada casa un horno; ¿quién no encuentra sobrado motivo para cumplir con el precepto imperioso de la moda? Esta ordena que la gente *comme il faut* cambie las comodidades de su casa espaciosa por un casucho estrecho, y los nuevos *dandys* y las flamantes *lionnes* se convierten gustosos en tránsfugas veraniegos. ¿Qué no consigue la moda? Si ella prescribiese que era de mal tono residir en la corte en invierno, bien pronto tendríamos que confesar que en esta estacion rigurosa, Madrid era un helado y cada casa una nevera.

Usando siempre de mi derecho, te llevo, lector, á la estacion del ferro-carril de Madrid, que me sujirió las anteriores reflexiones. No estrañes que te lleve de prisa, á pesar del calor, porque el tren no espera.

La máquina despide poderosas columnas de humo y el silbato anuncia que se acerca la hora *fatal*; voy á despedir á una familia que corre al Cabañal de Valencia á buscar el agua salada, de que Madrid carece con todos sus humos orgullosos.

Al pié de un wagon de primera clase, esperan la señal ocho personas:—hé aquí mi gente.

Es un matrimonio con cuatro hijos y dos criados.

El marido es un hombre de buena presencia, de cuarenta y seis años, calvo y grueso.

Al verme llegar, se adelanta á recibirme con la risa en los lábios y me tiende la mano, diciendo:

—Ya estrañaba la tardanza.

—Llego, sin embargo, á tiempo, le contesté.

Dí cuatro besos á los cuatro hijos de mi amigo y estreché la mano que me presentaba Clotilde.

Clotilde tendrá, poco mas ó menos, treinta y seis años; es bella, sin que su belleza deslumbre; elegante, pero sin ostentacion; aunque ha pasado de la primavera de la vida, su cutis conserva toda su frescura; en su rostro lleva retratada esa dulzura que produce la tranquilidad del alma. El mundo está para ella simbolizado en su marido y en sus hijos: como los lleva consigo, nada echa de menos.

La campana de la estacion dá el segundo toque, y entran en el wagon los criados con Arístides, Ale-

nais, Redulfo y Leda: estos eran los poéticos nombres de las cuatro criaturas, frutos de la union de Clotilde con Eduardo de Campo-Real.

(Supongo, lector, que lo habrás reconocido al momento.)

Me despido de mis amigos con la frase sacramental de «¡Buen viaje!» y me contesta Eduardo con la no ménos comun de «Escribir en llegando.»

El tren parte como un rayo, y al verme solo, me vuelvo á tí, lector, para regresar á Madrid en tu compañía.

Ya encontraste, cuando ménos lo esperabas, al poeta, al autor de *Los cien espectros*, al favorito de la reina de los salones, al amante de la desventurada Lucía.

Muchos años hace que nos tratamos con intimidad; lo conocí en el Ateneo, único sitio público que frecuenta diariamente, y simpatizámos no sé porque; pero visito pocas veces su casa, porque aunque él no lo llevaría á mal, sé que no le gustan las visitas.

Eduardo de Campo-Real es feliz, si puede serlo algun mortal.

Habita una casa amueblada con lujo y disfruta de todas las comodidades que le proporcionan sus rentas; viste con decencia, sin cuidarse de que el frac ó la levita estén conformes con el último figurin de Paris; no atormenta sus piés con un calzado estrecho y de algunos puntos ménos de los que calza; acepta de las modas lo que le parece cómodo; en una palabra, se cuida más de su persona que del mundo.

No lo busques en los clubs, en los salones, en el Casino, en las *soirées*: Campo-Real se acuesta á las doce de la noche.

Si entras en el café del Príncipe, no preguntes por él á Hartzenbusch, ni á Gil y Zárate, ni á Rubí, ni menos á ninguno de los jóvenes que se han levantado en el terreno literario de 1840 acá, porque esos escritores no conocen á Campo-Real. Este asiste á los teatros como espectador; si la obra dramática le gusta, aplaude; si no le agrada, se duerme, ó abandona su butaca. Ya la escena no le ofrece aquel interés palpitante del *oficio*: el ex-poeta renegó completamente de sus aspiraciones.

En el Prado no le hubieras conocido, lector; ya no es aquella mariposa que revoleteaba al rededor de todas las mujeres; las pocas veces que se apea en el salon, lleva del brazo á su Clotilde y delante á sus hijos; prefiere la Fuente Castellana y el Retiro, donde se goza en ver como sus retoños echan pan á los patos del estanque. Te estrañará que aquel Campo-Real tan impresionable, no persiga ya á las mujeres; pero no olvides que han pasado diez y seis años y que, mientras mas corre el hombre, mas cansado llega al punto de parada. Algunas veces,—se entiende, si vá solo—suele mirar de reojo á algunas de las bellezas que cruzan por las calles; pero hace un gesto y se arrepiente; ó tiene miedo al sexo ó no quiere ser infiel á la mujer tan buena que le deparó la fortuna, porque si es cierto, como dice un autor, que el hombre al casarse mete la mano en un cántaro, don

de hay noventa y nueve culebras y una anguila, Campo-Real, que habia atrapado la anguila, no queria esponerse á perderla, sabiendo que esta se vá fácilmente de entre las manos.

Campo-Real no comprendia cómo los hombres hablaban tan mal del matrimonio, pues él aseguraba que si se hiciera un divorcio general, correria á casarse de nuevo con Clotilde.

¿Y el poeta no habia sentido una pasion grande hácia la que fué despues su cónyuje? la conoció en una tertulia de confianza, se acostumbró á su trato, quilató sus virtudes y le ofreció su mano; una vez casado, adoró á Clotilde.

Campo-Real conoció la verdadera felicidad el dia que oyó el vagido de su primer hijo; aquel pedazo de su alma, al venir al mundo, le arrancó una lágrima.

Un año despues aprendió lo que era un dolor verdadero, al perder aquel hijo querido, primer lazo que estrechára su union; aquel pedazo de su alma, al dejar el mundo, le arrancó un raudal de lágrimas.

La Providencia habia, si no apagado, mitigado su dolor, concediéndole en sus diez años de matrimonio, los otros cuatro hijos que acabas de conocer en la estacion del ferro-carril.

¿Y Lucía? me preguntarás ahora.

¡Ah! al morir Lucía, Eduardo creyó que se volvia loco; pero la razon recobró su calma; viajó algun tiempo y otras mujeres le hicieron olvidar á aquella infeliz criatura que se habia consumido por una espe-

ranza que tardó en realizarse, y que al realizarse, la encontró sin fuerzas.

¡Leyes de la naturaleza!

Cuando Campo-Real vió llegar el dia de la boda con Clotilde, suspiró á su pesar. Entonces, quemó el promontorio de cartas eróticas que guardaba y se deshizo de cuantos objetos le recordaban algo de su vida borrascosa. Creyó que así se purificaba y que iba á presentarse en el templo de Himeneo, limpio de toda mancha...... ¡Ay! la mano borra el dibujo de la piedra litográfica; pero no recoje los ejemplares que circulan por el mundo á la vista de todos.

La víspera de su boda entró en mi casa para entregarme un cuaderno que no podia llevar á su nuevo domicilio: y que confiaba á mi amistad, no habiendo tenido valor para reducirlo á cenizas: era *el diario del poeta*.

Seria cansado, lector, que te reprodujese aquí las muchas páginas que habia escrito desde la muerte de Lucía; contentate con la última, que completará el retrato de Eduardo de Campo-Real: esta página era el canto del cisne que moria para el mundo.

3 de junio de 1846.—Voy á cerrar mi diario, porque hoy empiezo una segunda vida y ya tendré á quien comunicar mis pensamientos.

»Hoy es *Santa Clotilde*: solemnizo el santo de la mujer que elijió mi corazon, dándole mi mano; ¡cuánto me agradece ella esta deferencia!

»Hoy me caso; no sé por qué me estremezco al escribir esta frase. Hace tres noches que no duermo

viendo la mano del cura que nos echa la bendicion....... ¿Será el remordimiento de mi vida pasada?.... ¡No! ¡Dios es bueno! estoy contrito y Dios, otorgándome su perdon, no me elejirá como víctima expiatoria....... ¡Qué horror! Si el hombre comprendiera la santidad del matrimonio, cuando es soltero, retrocedería ante el crímen que comete, por satisfacer un capricho, separando á dos séres, unidos para siempre...... Luego ¡la sociedad es tan cruel! ¿qué culpa tiene el marido de la infidelidad de su mujer? ¡Ah! no quiero pensar en esto, porque me faltaría valor para pronunciar ese *sí* heróico que debe oir Dios........ ¡No! ¡Clotilde es un ángel!

»Anoche tuve una pesadilla, una escena de espectros como la de *Roberto el diablo*: mi imaginacion evocó los nombres de las infinitas mujeres que engañé; se me figuró que me hacian burla.—Solo faltaba la pobre Lucía: ¡no quiero acordarme de ella!

»¡Bah! voy á casarme y seré feliz; mi pasado ya no existe. Hice lo que todos los hombres, jugué al amor sin apreciar el valor de los naipes: no supe cuando ganaba, ni cuando perdia.

»El amor es un pozo de agua cristalina; pero la humanidad se dá tal maña, que lo revuelve y saca solo el cieno del fondo.»

POST-SCRIPTUM.

Yo no soy Hysern, ni Aróstegui, ni Asuero, ni Roviralta, ni Toca; pero sin sus conocimientos, sé lo que contiene el corazon de un cadáver cualquiera y la parte principal que ejerce en la vida de los séres. Esos distinguidos doctores de la ciencia saben cómo vive y cómo muere el hombre; pero no pueden decir *cómo siente*: es un misterio para los humanos; adonde acaba el hombre, empieza Dios.

Júzguese ahora cuán desatentada empresa arrostré al querer anatomizar moralmente el corazon; pues aun dado caso que mis ojos miopes pudiesen leer en lo interior de ese abismo, ímprobo trabajo me esperaba.

Si no miente la estadística, España cuenta catorce millones de habitantes; es decir, que para dar cima á mi tarea, solo en mi país tendría que usar catorce millones de veces el escalpelo de la razon, porque los corazones se diferencian unos de otros completamente. Con ellos sucede lo que con las facciones: todas se parecen y sin embargo, no hay dos fisonomías iguales.

La naturaleza es un simple alfarero; pero mas hábil que Bernardo de Palissy y que Benvenuto Cellini: en un mismo molde vácia figuras distintas.

Mi libro es inútil: es imposible hacer la ANATOMIA DEL CORAZON.

FIN.

INDICE.

Páginas.



